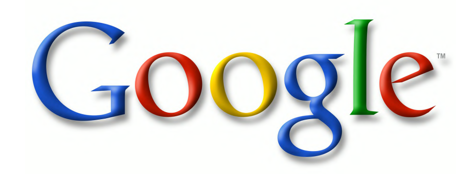




Cet ouvrage contient (les 3 tomes)
Blancs Biographies des[?] personnages
célèbres. –
Réimpr. à Paris, 1845 en un seul vol. in 8°
(qui se trouve de même dans la biblio-
thèque de l'Institut Taylorien.)

W. H. Mart

VIDAS

DE ESPAÑOLES CELEBRES

POR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

COMPREHENDE ESTE TOMO

LAS DE
- EL CID CAMPEADOR.
- GUZMAN EL BUENO.
- ROGER DE LAURIA.
- EL PRINCIPE DE VIANA.
- EL GRAN CAPITAN.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1807.



Cet ouvrage contient (en 3 tomes)
[illegible] biographies de [illegible] personnages
célèbres. —
Réimpr. à Paris, 1845 en un seul vol. in 8°
(qui se trouve de même dans la biblio-
thèque de l'Institut Taylorien.)

VIDAS

DE ESPAÑOLES CELEBRES

POR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

COMPREHENDE ESTE TOMO

LAS DE
- EL CID CAMPEADOR.
- GUZMAN EL BUENO.
- ROGER DE LAURIA.
- EL PRINCIPE DE VIANA.
- EL GRAN CAPITAN.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1807.



PROLOGO.

Las vidas de los hombres célebres son de todos los géneros de historia el mas agradable de leerse. La curiosidad excitada por el ruido que aquellos personages han hecho, quiere ver mas de cerca y contemplar mas despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formacion, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto mas la atencion, quanto en ellas se encuentra á los heroes mas desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Asi es que nada iguala al placer que

se experimenta leyendo quando niño las vidas de Cornelio Nepote, y las de Plutarco quando jóven: lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazon mas propenso á la virtud cree con facilidad en la virtud de los otros, y en que apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heroyco, se anima y exâlta para imitarlo. Entonces es quando elegimos por amigos ó por testigos de nuestras acciones á Aristides, Cimon, Dion, Epaminondas; y estos amigos son tal vez de los que se escogen en aquella edad, los únicos que al fin no hacen traycion á los sentimientos que nos han inspirado. Modélase uno entonces á su exemplo, y quisiera ansiosamente sembrar como ellos la carrera de la vida con las mismas flores de gloria y de virtud: y aunque despues el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres resfrien este ardor generoso, no se borran enteramente sus huellas, y

siempre queda algo de su fuerza para recurso en las situaciones arduas, y para consuelo en las adversidades. Se puede ciertamente dar la preferencia á los otros modos de escribir historia en su parte económica y política; pero en la moral las vidas les llevan una ventaja conocida, y su efecto es infinitamente mas seguro.

El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfeccion que Plutarco ha dado á las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad á todos los que se atrevan á seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso é importuno en sus digresiones, de creer como una vieja en sueños, oráculos y prodigios, de dar á genealogías, las mas veces inciertas ó fabulosas, un valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto comparado con la animacion que tienen sus pinturas, y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse; Plutarco no ha sido

igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamas.

Su libro manifiesta ser de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, que no se admira de nada, y por lo mismo aplaude y condena sin exâltacion: que cuenta y dice de buena fe todo lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máxímas profundas y consejos excelentes. Se le compara á un caudaloso rio, que se lleva sin ruido y sin esfuerzo por una dilatada campiña, y la riega y fertiliza toda con sus aguas. Pero esto no bastaria á dar á su obra el grande interes que tiene, sin la naturaleza de su argumento, único en su especie. Vense desde luego luchar en talentos, en virtudes y en gloria las dos naciones mas célebres de la antigüedad, una por las artes y el ingenio, otra por su fuerza y grandeza. Se fixa despues la vista en los retratos que ofrece aquella vasta galería, y cada uno sorprehende por el movimiento que

imprime en su nacion. Este la da leyes, el otro costumbres; el uno la defiende de la invasion, el otro la arrebata á las conquistas: este quiere salvarla de la corrupcion que la contagia, y aquel enciende la antorcha que ha de ponerla en combustion: todos ostentando caracteres eminentemente dispuestos ya á la virtud, ya á los talentos, ya á los vicios, ya á los crímenes; y casi todos en esta continua agitacion pereciendo violentamente, porque el movimiento y la reaccion, de que son causa, producen al fin el vértigo que los devora á ellos mismos. No: la historia moderna no puede presentar un espectáculo tan enérgico y tan sublime; y á pesar de quantos medios se puedan apurar, ninguno de nuestros personages, por grandes que se los suponga, se ha encontrado en la situacion de Solon, terminando la anarquía de Atenas por unas leyes sabias y moderadas, pedidas por todo un pueblo, y obedecidas por él: de Licurgo, arrancan-

do de un golpe á la molicie los ciudadanos de Esparta, y sujetándolos á un régimen de hierro para que no fuesen sujetados de nadie: de Temístocles, burlando en el estrecho de Salamina la arrogante ambicion de Xerxes: de Mario en fin vencedor de los cimbros, que iban á tragarse la Italia.

Pero aunque el talento no sea igual, ni la materia tan rica, no por eso deben desmayar los escritores, y abandonar un género tan agradable y tan útil. Es un oprobio á qualquiera que pretende tener alguna ilustracion ignorar la historia de su pais; y si la pintura de los personages mas ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad comun; aunque se esté muy lejos del talento de Plutarco, y aun quando los sugetos que hay que retratar no presenten la fisonomia fiera y proporciones colosales que los antiguos. . . . .

¿Y qual es la nacion que no tiene sus heroes propios á quienes admirar y seguir?

¿Qual la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal, y del mal al bien, que es quando se crian estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas septentrionales de España el estandarte de la independencia contra el ímpetu fanático de los árabes. Allí no solo se mantiene libre de la opresion en que gime el resto de la península; sino que adquiriendo fuerzas y osadía, baxa á derrotar á sus enemigos de la larga posesion en que estaban. Ningun auxílio, ningun apoyo en Príncipe ó gente alguna: dividido entre sí ya por las particiones de los estados imprudentemente establecidas por sus Reyes, ya por las guerras que estos estados se hacian, verdaderamente civiles: al mismo tiempo nuevos diluvios de bárbaros que el Africa de quando en quando envia para reforzar á los antiguos, y todo esto junto mantiene la lucha por siete siglos enteros, y forma una serie terrible de combates, de

peligros y de victorias. Salen en fin los musulmanes de España; y entonces, á manera de fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata á lo lejos en luz y en estallidos, se ve al español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarse á mares desconocidos é inmensos, y dar un nuevo mundo á los hombres. Para hacer correr á una nacion por un teatro tan vasto y desigual, son necesarios sin duda caracteres enérgicos y osados, constancia á toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heroyco y sublime.

La pintura de estos caracteres sobresalientes es la materia y objeto del libro que ahora se publica, excluyéndose de él las vidas de los Reyes, que como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo mas conocidas. Se engañaria qualquiera que buscase aqui la solucion de las qüestiones oscuras que á ca-

da paso ofrece nuestra historia por falta de documentos auténticos: en tal caso en vez de ser una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que es lo que el autor se ha propuesto, se convertiria en un libro de indagaciones y controversias, propias solamente de un erudito ó de un antiquario. Para sentar la probabilidad histórica de los hechos se han consultado los autores mas acreditados: y estando indicados al frente de cada vida los que se han tenido presentes para su formacion, los lectores que quieran asegurarse de la exâctitud y eleccion de las noticias, podrán buscarlas en las mismas fuentes donde se han bebido. Quando salgan á luz las infinitas preciosidades que ó por nuestra incuria ó por una mala estrella, se encierran todavia en los archivos públicos y particulares, se corregirán muchos errores, y se sabrán mil datos que ahora se ignoran, y son necesarios para escribir nuestra historia económica y política, que en concep-

to de muchos está aun por hacer. Tambien entonces nuestros héroes, conocidos quizá mejor, podrán ser retratados por un pincel mas diestro y mas bien guiado; pero entretanto la juventud, á quien se destina este ensayo, tendrá lo que hasta ahora nadie ha executado baxo este mismo plan, á lo menos que yo sepa.

Los retratos de nuestros varones ilustres, publicados con tanta magnificencia por la Imprenta Real, han sido dirigidos á diferente fin. En aquella obra la estampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio. Nadie se forma la idea de un gigante por un rasguño en miniatura: y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sugetos, no estan igualmente determinados la educacion, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas: circunstancias que son las que constituyen grande un personage, y le hacen sobresalir entre los demas. El

zelo mismo que emprendió la obra fue causa de dos inconvenientes que hay en ella. Uno es la multiplicacion excesiva de hombres retratados, y que se dan por ilustres; efecto necesario de no haberse antes de todo fixado los verdaderos límites de la empresa. No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa; y hay hombre realmente grande que se avergonzaria de los compañeros que le han puesto en aquella coleccion. El otro inconveniente es el tono de elogio que reyna generalmente en los sumarios. Nada mas contrario á la dignidad y objeto de un historiador: quando se exâgera el bien, y se disculpa ó se omite el mal, ó no se consigue crédito, ó se inspiran ideas equivocadas y falsas.

El autor de la presente obra ha procurado evitar estos escollos. Los heroes en quienes ha empleado su trabajo son aquellos cuya celebridad está atestiguada por la voz de la historia y de la tradicion; y

no cree que ninguna de las vidas que ofrece ahora al público pueda ser tachada de contradecir al título del libro. EL CID CAMPEADOR, *nombre que entre nosotros es sinónimo del esfuerzo incansable del heroismo y la fortuna:* GUZMAN EL BUENO, *igual á qualquiera de los personages antiguos en magnanimidad y en patriotismo:* ROGER DE LAURIA, *el marino mas grande que ha tenido la Europa desde Cartago hasta Colon:* EL PRINCIPE DE VIANA, *tan interesante por su carácter, su instruccion y sus talentos; tan digno de compasion por sus desgracias, y que reune en su destino á la magestad y esperanzas de un nacimiento Real el exemplo y la lástima de un particular injustamente perseguido, y bárbaramente sacrificado:* GONZALO DE CORDOBA *en fin, el mas ilustre General del siglo* XV, *aquel que con sus hazañas y disciplina dió á nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costum-*

bres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la ferocidad con el heroismo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprehende este tomo, escritas sin odio y sin favor, segun que los historiadores mas fidedignos las han presentado á mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la qual quedaria en tal caso reducida á una mera y fria relacion de gazeta. A las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplacion y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atencion nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, aunque ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade á un he-

cho aumenta la accion y la autoridad para juzgarle imparcialmente; y no sé yo por que hemos de carecer en el siglo XIX *de la facultad y derecho que Zurita, Mariana y Mendoza tuvieron ya en el* XVI.

No creo que debo permitirme añadir nada sobre el sistema particular de composicion que he seguido, formas de narracion, estilo y lenguage de que he usado. Toda recomendacion ó disculpa en esta parte seria absolutamente superflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelacion, ó tal vez disimulará los yerros y descuidos del autor en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas vidas.

ADVERTENCIA. Solo se pondrán en la obra aquellos retratos que sean dignos de crédito; por cuya razon este tomo no lleva mas que el del Gran Capitan. Para él se han tenido presentes un baxo relieve en mármol, que se conserva en el Monasterio de San Gerónimo de Granada; un quadro que posee el Excelentísimo Señor Conde de Trastamara; y el retrato grabado por Aliprando Capriolo á fines del siglo XVI, en su obra de *Cento Capitani illustri*; todos bastante semejantes entre sí.

EL CID.

Quando se fixan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe mas que sombras, donde estan confundidos los personages, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la mas diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos, y de las tradiciones vagas que nos han dexado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si despues de una prolixa indagacion se cree haber descubierto la verdad en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie mas ó menos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante obscuridad se divisa un campeon, cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exâctamente, pero cuyas pro-

AUTORES CONSULTADOS: Risco, historia del Cid. — Sandoval, historia de los cinco Reyes. — Mariana. — Crónica general. — Escolano, historia de Valencia.

porciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Diaz, llamado comunmente el CID CAMPEADOR, objeto de inagotable admiracion para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los quales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relacion de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interes. La imaginacion hallaba alli un alimento apacible, y veia señalados todos los pasos de este personage con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafio con el Conde de Gormaz, los amores y persecucion de su hija, el dictado de CID con que le saludan los Reyes moros cautivos, su expedicion bizarra á sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del Emperador de Alemania; todo preparaba el ánimo á la admiracion de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos adoptados imprudentemente por la historia, han sido ya confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo por ser menos singular en su juventud, no se presenta menos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Burgos, hácia la mitad del siglo undécimo, de Don Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á Don Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, Juez de Castilla. Reynaba entonces en esta provincia Fernando I, que reuniendo en su mano el dominio de Leon, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que despues gozó la nacion castellana sobre las demas de la península. Este Monarca tuvo cinco hijos, y á todos quiso dexarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual division que hizo su padre el Rey de Navarra Don Sancho el Mayor, ni las representaciones de quantos hombres cuerdos habia en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer Reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos, y sumió al estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la particion Castilla á Sancho, Leon á Alfonso, y Galicia á Garcia; las dos Infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, esta con la ciudad y contornos de Toro, aquella con Zamora, y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta division, y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamas respetada por la ambicion, y nunca menos que entonces: porque Don Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre, revolvió el

pensamiento á despojarlos de su herencia, y á ser
Año el único sucesor en el imperio del Rey difunto.
1065. Era entonces muy jóven Rodrigo Diaz, huérfano de padre; y Don Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al estado, tenia á su hijo en su palacio, y cuidaba de su educacion. Esta educacion seria toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde el Rey Don Ramiro fue vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le habia armado poco antes caballero, le hizo Alferez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que despues lo fue la dignidad de Condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores estan discordes sobre á quien de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinion comun, que designa á Don Alfonso como la primera víctima. Sus estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que este quisiese atacar antes al mas lejano. La lucha no podia durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El Rey de Castilla ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho mas grande, y

con una destreza militar superior á la de todos los Generales de su tiempo, debia arrollar facilmente al de Leon, mucho mas débil, muy jóven todavia, y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este Príncipe se dexó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situacion desesperada, junta nuevo exército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrion. Su ímpetu fue tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla, y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al Rey, que reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á los vencedores: *ellos*, le dixo, *se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos.* Hecho asi, los castellanos, puestos en órden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofender ni á defenderse, y se dexan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrion, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reyno, y á salir desterrado á Toledo, entonces poseida de los moros.

La guerra de Galicia fue mas pronta y me- 1071.
nos disputada, aunque con mas peligro de Don Sancho. Su hermano Garcia tenia enagenadas de

sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del Rey, á quien habia abandonado toda la administracion, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del Monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó Don Garcia á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle, ó vinieron á defenderle, quiso probar ventura junto á Santaren, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio los favoreció: Don Sancho se vió en poder de sus enemigos, y Garcia, dexándole entregado á unos caballeros, voló á perseguir los fugitivos. Entre tanto el Cid con su hueste, aun entera, acometió á la parte donde estaba el Rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndole á su frente, salió á buscar á Don Garcia. Volvia este de su alcance quando le anunciaron el vuelco que habian dado las cosas, y sin desmayar por ello, acometió á los castellanos; pero á pesar de su esfuerzo vióse arrancar la victoria que ya tenia, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó de reyno y libertad, y le envió al castillo de Luna.

Seria mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambicion desenfrenada, que olvida enteramente los lazos mas sagrados de la alianza, la compasion y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de Leon, Sancho II no se consideraba Rey, si no poseia tambien la corta porcion de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aqui la suerte le tenia guardado el término de su carrera; y el terror de tantos Reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca muger. Quando mas apretado tenia el sitio, Vellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del Rey, y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podia facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera á Zamora. Dícese que Rodrigo, viendo de lejos huir al asesino, y sospechando su alevosía, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle: de lo qual irritado maldixo á todo caballero que cabalgase sin ellas. 1072.

Mas dexando á parte todas las fábulas que se cuentan de este sitio, luego que fue muerto Don Sancho, los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo

acompañando el cadáver, que fue llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entre tanto Don Alonso, avisado de aquella gran novedad, partió á toda prisa de Toledo á ocupar los estados del difunto. En Leon no hubo dificultad ninguna: y en Galicia, aunque Don Garcia pudo escaparse de su prision, y trató de volver á reynar, fue arrestado otra vez; y Don Alonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó á prision perpetua, y ocupó su trono. Castilla presentaba mas obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su Rey, no querian rendir vasallage á Alfonso, mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se habia cometido sin participacion suya. Avínose el Rey á hacer la protestacion solemne de su inocencia; mas ninguno de los Grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Solo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nacion en la ceremonia, y esta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el Rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: *¿Jurais, Rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho por mandato ni por consejo? Si jurais en falso, plega á Dios que murais de la muerte que él murió, y que os mate un villano, y no caballero.* Otorgó Alfonso el juramento con otros doce vasallos suyos,

y repitióse otra vez; mudándosele en ambas el color al Rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche tambien esta incidencia como una fábula: pero ademas de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, quadra tambien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razon tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el Rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo enlazado con la familia Real por su muger Doña Ximena Diaz, hija de un Conde de Asturias, acompañó al Rey en sus primeros viages; fue nombrado campeon en varios pleytos, que segun la jurisprudencia de entonces habian de decidirse por las armas, y fue enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las parias que sus Príncipes pagaban á Castilla.

Hacíanse entonces guerra el Rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxíliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venian la vuelta de Sevilla para combatirla; y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su Rey, ellos despreciaron su aviso, y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, y atacándolos junto

al castillo de Cabra, los derrotó enteramente; y volvió á Sevilla, cuyo Príncipe no solo le entregó las parias que debia, sino que le colmó de presentes, con los quales honrado y enriquecido se volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en Andalucia, y Rodrigo postrado por una dolencia no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del Rey, entraron por los estados cristianos, y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo qual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no solo les tomó quanto habian robado, sino que, revolviendo hácia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes, y se los traxo á Castilla. Era el Rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo este y toda su corte llevaron á mal la expedicion del Cid. *Rodrigo*, decian los envidiosos, *ha embestido las tierras de Toledo, y roto los pactos que nos unian con aquella gente, para que irritados con su correria, nos cortasen la vuelta en venganza, y nos hiciesen perecer*. Alfonso entonces, dando rienda al encono que le tenia, le mandó salir de sus estados, y él abandonó

su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna. 1076.

El poder de los moros en aquella época habia degenerado mucho de su fuerza y extension primitiva. Extinguido el linage de los Abenhumeyas, que dominaron á todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su Reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados por otra parte con el regalo del clima, y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime, que en sus primeros tiempos habia espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros Príncipes, al contrario, se extendian y aseguraban, y contemplando la diferente posicion de las dos naciones, se extraña cada vez mas que nuestros ascendientes no arrojasen mas pronto de la península á los moros. Pero los Reyes y los pueblos, que debieran emprenderlo, estaban mas divididos entre sí que debilitados sus enemigos; y la particion impolítica de los estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacian, todo contribuyó á alejar la época de una reunion en que estaba cifrada la restauracion de España.

En tal situacion de cosas no es dificil de presumir, á pesar de la obscuridad de los tiempos y contra-

riedad de los escritores, qual fue la suerte del Cid despues de su destierro. Quando una region se halla dividida en estados pequeños, enemigos unos de otros, es freqüente ver levantarse en ella caudillos, que fundan su exîstencia en la guerra, y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas, y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de Reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los mas fuertes. Los régulos, que los temen ó los necesitan, compran su amistad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes: los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrias y de sus saqueos. Quando ningun Príncipe los paga, la máxîma terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado y de enemigo, son vexados con sus extorsiones, ó inhumanamente robados y oprimidos. Heroes para los unos, foragidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera, quando desecho su exército se deshace su poder; ya dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberania. Tales fueron algunos Generales en Alemania quando las guerras del siglo diez y siete, tales los Capitanes

llamados por los italianos en los dos siglos anteriores *condottieri*; y tal probablemente fue el Cid en su tiempo, aunque con mas gloria, y quizá con mas virtudes.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daria materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso: las memorias históricas, al contrario, no presentan mas que una sucesion de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interes. Su narracion seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaria al historiador sin instruccion alguna ni placer de los lectores. Por tanto parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero á Barcelona, y despues á Zaragoza; cuyo Rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dexando divididos sus dos estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos Almuctaman y Alfagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Alfagib, el Rey de Aragon Don Sancho Ramirez, y el Conde de Barcelona Berenguel, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus enemigos ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el Rey de Zaragoza, cediendo á su campeon toda la autoridad en el estado, colmán-

dole de honores y de riquezas, aun no le parecia que acertaba á galardonar tantos servicios.

Asi se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel Príncipe: despues se resolvió á volver á Castilla; y el Rey Alfonso, contento con la con-
1088. quista de Toledo que acababa de hacer, le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hízole muchas y grandes mercedes, entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribucion los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un exército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenia puesto sobre ella el Conde Berenguel; y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algun tiempo.

Inundaban entonces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecia que la buena fortuna de los árabes, viéndolos tan humillados en la península, habia suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucia. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos despues por la ambicion, los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer gefe; entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estre-

cho, ocupando á Tanger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolin ó Comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el Rey de Sevilla Benavet la llamó sobre sí, creyendo que con su auxîlio se haria señor de todas las provincias que en España poseian los moros. Era suegro de Alfonso VI por su hija Zayda, casada con el Monarca castellano; y esta grande alianza exâltó de tal modo su ambicion, que ya no cabia en los estados que pacíficamente le obedecian. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxîlio que se pidió á Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Aly, capitan valiente, exercitado en la guerra y locamente ambicioso; y su venida á nadie fue mas fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasion ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo Rey fue muerto en la refriega, y Aly, apoderándose del estado que habia venido á auxîliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallage á Jucef, y se hizo tambien llamar Miramamolin. Para acabarle de desvanecer la fortuna en el poco tiempo que le favoreció, dos veces se encontraron los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos; la una en Roda y la otra en

Badajoz, donde el Rey Alfonso mandaba en persona. Pero este Príncipe, mas estimable aun en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes, y acometió al usurpador á tiempo que, desbandado su exército, no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado alli, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar á gran precio la paz de sus enemigos, y hacerse tributario suyo. Pero ni aun asi pudo corregir su mala estrella: porque de alli á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominacion en la Andalucia toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el pais.

Con un exército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los Reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Halaet. Alfonso, que prevenia en Toledo tropas para marchar á encontrarle, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él; y le dió órden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el exército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, esta no se verificó, y el Rey con sola su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aqui fue donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron

ellas tanto con Alfonso, que no contento con desterrar otra vez al Cid de sus estados, ocupó todos sus bienes, y puso en prision á su muger y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte á retar ante el Rey á qualquiera que le hubiese calumniado de traydor. Mas su satisfaccion no fue admitida; bien que ya mas apaciguado el ánimo del Príncipe permitió á Doña Ximena y sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo; el qual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por 1089.
sí mismo.

Ni Alfabig, Rey de Denia, ni el Conde Berenguel podian perdonarle sus antiguas afrentas: el Conde principalmente hacia quantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasion de ello en las tierras de Albarracin. Hechas paces con el Rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia, y asistido de un número crecido de guerreros, Berenguel fue á encontrar á Rodrigo, que con su corto exército se habia apostado en un valle defendido por unas alturas. El Rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus estados, le avisó del peligro que corria. El contestó que agradecia el aviso, y que esperaria á sus enemigos, qualesquiera que fuesen. El Conde tomó su camino por las montanas, llegó cerca de donde estaba su adversario; y creyendo ya tenerle des-

truido con la muchedumbre que le seguia, le envió una carta para escarnecerle y desafiarle.

Decíale en ella, que si tanto era el desprecio que tenia hácia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se baxaba á lo llano, y dexaba aquellos cerros, donde estaba guarecido, mas confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero? *Desciende de la sierra*, añadia, *ven al campo, y entonces creeremos que eres digno del nombre de Campeador: si no lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.* A esto respondió Rodrigo, que efectivamente despreciaba á él y á los suyos, y los habia comparado siempre á mugeres largas en palabras y cortas en obrar. *El lugar mas llano de la comarca*, le decia, *es este donde estoy: aun tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo: aqui te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasion llevaste.*

Con estas injurias enconados mas los ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del Conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el dia embisten atropelladamente, dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas, y se arroja á ellos con su ímpetu acos-

tumbrado. Ya ciaban, quando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos; y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fue entonces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su General, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes: gran número de ellos fueron muertos: cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el Conde y sus principales cabos; y todo el bagage y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguel fue llevado á la tienda de Rodrigo, que sentado magestuosamente en su silla, escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente, y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus soldados que le custodiasen fuera; pero tambien mandó que se le tratase espléndidamente; y á pocos dias le concedió libertad. Tratóse luego del rescate de los demas cautivos. En los principales no hubo dificultad; ¿pero qué habian de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella traxeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no solo los dexó ir libres, sino

que les perdonó todo el rescate. Accion excesivamente generosa; pues en la situacion á que sus enemigos le habian reducido, su subsistencia y la de su exército dependia enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrias.

La suerte, al parecer, mejoraba entonces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habian ocupado á Granada y buena parte de Andalucia. La Reyna Doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey, y le auxîliase en su expedicion, pues de este modo volveria á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria quando le llegó este aviso; y aunque tenia reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reyno de Córdoba junto á Martos; y Alfonso, oyendo que venia, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó mas adelante en lo llano: lo qual al instante fue tenido á mal por el rencoroso Monarca, el qual decia á sus cortesanos: *ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detras de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia.* La adulacion respondia que sí; y era por cierto bien triste la situacion de

aquel noble guerrero, el qual no podia ni ir detras ni ponerse delante, sin que moviese un enojo, ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el exército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla, siguiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Ubeda, el Príncipe dió rienda á su enojo 1092.
disimulado; ultrajó al Cid con las palabras mas injuriosas, le imputó culpas que no tenian realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban mas á cada momento. Rodrigo, que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprehender bien este odio tan enconado y constante en un Príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes, y bravo por su valor; justo en su gobierno, y atinado en sus empresas; comedido y moderado en la fortuna, firme y esforzado en la desgracia; el primero de los Reyes de España, y uno de los mas ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia; no sufria junto á sí á un heroe, el mejor escudo de su estado, y el mayor azo-

te de los moros. ¿Era envidia, era preocupacion, era venganza? La obscuridad de los tiempos no ló dexa traslucir; pero las circunstancias con que esta aversion ha llegado á nosotros, la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel Monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entonces al Cid por seguir al Rey: y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo probablemente de adquirir alli un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde alli el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el Rey de Aragon, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideracion á Rodrigo hizo la paz aquel Príncipe con ella. Despues, ensoberbecido con esta consideracion y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era este Don Garcia Ordoñez, Conde de Náxera, Comandante en la Rioja por el Rey de Castilla. La segunda persona del estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia Real, por

sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el Rey le tenia, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja como en tierra enemiga, 1094.
taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres: ¿qué culpa tenian estos infelices de los malos procedimientos del Conde? pero siempre los errores y pasiones de los Grandes vienen á caer sobre los pequeños: el Cid irritado, no escuchando mas que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don Garcia, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias: él esperó; mas las tropas del Conde, al acercarse, se dexaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeon burgalés.

Satisfecho su enojo, y rico con el botin, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que los almoravides se habian apoderado de Valencia; y entonces fue quando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí, y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, baxo el cielo mas alegre y el clima mas sano y templado de España, era llamada por los moros su paraiso. Pero este paraiso habia sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado

por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fue siempre considerada como una dependencia del reyno de Toledo, y en tiempo de Almenon gobernada por Abubekér, con tal madurez y prudencia, que los valencianos, quando murió este árabe, dixeron *que se habia apagado la antorcha y escurecido la luz de Valencia*. Hiaya, hijo de Almenon, reynaba en Toledo quando Alfonso la ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse fue que los cristianos le pondrian en posesion de Valencia, donde se creia que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querria dexar. Pero Abubeker falleció entónces, y Hiaya, siendo admitido pacíficamente á la posesion del reyno, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente, y es peor obedecido, aquel que perdiendo un estado, se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la floxedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habian salvado de los dos Reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero no pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, pero mucho mas quando vieron la cabida que daba á los cristianos, y los tesoros que les repartia, acumulados á fuerza de tiranía y de

vexaciones odiosas. Asi quando vieron al Cid lejos, y ocupado en su expedicion de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictámen de Abenjaf, Alcayde que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazon habian tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que á pocos dias les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en trage de muger, y se acogió á una alqueria. Alli fue hallado por Abenjaf, que sin compasion alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el Monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser Rey.

Entre tanto la fama de esta revolucion llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa, y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situacion, pero mucho mas con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío salió con sus gentes, sentó sus reales junto á

la ciudad, destruyó todas las casas de campo, y taló las mieses. Los moradores afligidos de tantos estragos le pedian que cesase en ellos: él les puso por condicion que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos ó no podian ó no querian, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le habia intimado insolentemente que no entrase en Valencia. Pero Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los Reyes, despues de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de Africa de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponia contra él, estrechó el sitio con el rigor mas terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y despues embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones; y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron, y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid, formando de los suyos un esquadron solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dexar descansar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan rigoroso combate, fue tal la mortandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro

á gritar: *paz*, *paz*. Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su reduccion y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veia reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de alli, y entregarse á Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venian socorros del Africa. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrias en los contornos de Pinnacatel, donde encerró todo el botin que habia cogido, y despues pasó á las tierras del Señor de Albarracin, y las estragó todas en castigo de habérsele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxîlio que todavia aguardaban. Vino con efecto un exército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hi-

cieron, y se desbandaron, dexando á Valencia en el mismo aprieto que antes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió; y hubo dia en que precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla, para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso, á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes, y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los afligia era un enemigo mas terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella, habia mandado que se diese muerte á todos los moros que se saliesen de Valencia, y obligado por fuerza á entrar en ella á los que, con ocasion de la tregua, estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares mas viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasion en los enemigos, que, cumpliendo el decreto del sitiador inflexîble, les daban muerte cruel á vista de las murallas para escarmentar á los otros. Ni la edad ni el sexô encontraban indulgencia; todos perecian, á excepcion de

algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas, al contemplar estos exemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos mas cultos estan exêntos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborrecibles y crueles. Al fin, perdîda la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas; pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguia. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció tambien trágicamente de alli á pocos dias, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosia hecha á su antiguo amigo. 1094.

Asi acabó Rodrigo aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades, y mucho mas gloriosa al vencedor. Toledo habia sido sojuzgada por el Rey mas poderoso de España, con cuyos estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extrangeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma socorrida por el Africa, llena de pertrechos y de riquezas, fue vencida por un caballero particular, sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecia temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fue resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enor-

mes dificultades que lo contradecian. Para ello lo primero á que atendió fue á establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La crónica general contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las fábulas que refiere del Cid. El prescribió á los suyos el porte cortés y honroso que debian tener con los vencidos, de modo que estos, prendados de aquel trato tan generoso, decian *que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado, ni que tan mandada gente traxese*. Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso mas contribuciones que las que anteriormente solian pagar. Dos veces á la semana oia y juzgaba sus pleytos. *Venid*, les decia, *quando quisiéreis á mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mugeres á cantar ni á beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamas podeis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros, bien como amigo á amigo y pariente á pariente*. Volvió despues la atencion á los cristianos; y temiendo que ricos con la presa que habian hecho no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fue convertida en catedral, y nombró por Obispo de ella á un eclesiástico llamado Don Gerónimo, á quien los historiadores hacen

compañero de aquel Don Bernardo, que fue colocado en la silla de Toledo despues de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando exércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados despues completamente por él y Don Pedro, Rey de Aragon, en las cercanias de Xátiva. Estas dos victorias, y la rendicion de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años despues de la conquista de aquella capital, que aun 1099.
se mantuvo todavia casi tres por los cristianos baxo la autoridad y gobierno de Doña Ximena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruegos de la viuda de Rodrigo tuvó Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle; y él, considerada la situacion de la ciudad, y la imposibilidad de conservarla en su dominio por la distancia, sacó de alli á los cristianos con todos sus haberes, entregó la poblacion á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dexó el Cid de su esposa Doña Ximena dos hijas, que casaron una con el Infante de Navarra, y la otra con un Conde de Barcelona: algunas memorias le dan tambien un hijo, que murió muy jóven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fue sacado de Valencia por su familia al retirarse de alli, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto á Búrgos, donde aun se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viageros con admiracion y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna á este caudillo entre la muchedumbre de fábulas, que la ignorancia añadió despues. Todas son guerreras; y su exposicion sencilla basta á sorprehender la imaginacion, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro, que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la magestad de los Reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que, adonde quiera que acudiese, llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *Mio Cid*, *El que en buen hora nascó*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que

sus contemporaneos le tenian, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increibles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará quando se considere que casi todas sus batallas fueron contra exércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del pais, uno de los mas deliciosos de España y del mundo. ¿Por qué Castilla se privó de semejante guerrero? Su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del Rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquia hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO.

Reynaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fue la señal de ellas su viage á Francia en demanda del imperio de Alemania; pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, Rey de Fez y de Marruecos, inundan la Andalucia, llevándola toda á fuego y sangre: Don Nuño de Lara, Comandante en la provincia, muere en una batalla: el Príncipe heredero, Gobernador del reyno, fallece en Villareal; y el Arzobispo de Toledo Don Sancho, que salió con un exército á encontrar al enemigo, empeña un combate con mas ar-

AUTORES CONSULTADOS. Zúñiga, anales de Sevilla.—Mondejar, memorias de Alfonso el Sabio.—Mariana.—Crónicas de Don Alonso, Don Sancho su hijo, y Don Fernando su nieto.—Crónica de la Casa de Medinasidonia por Pedro de Medina.

dimiento que prudencia, y es hecho prisionero, y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquia su salud al Señor de Vizcaya Don Diego Lopez de Haro, que con toda la nobleza castellana baxó en socorro del mediodia; y á la actividad y acertadas medidas del Infante Don Sancho, hijo segundo del Rey. Con Don Lope vino entonces Don Alonso Perez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de Don Pedro de Guzman, Adelantado mayor de Andalucia, y de una noble doncella llamada Doña Teresa Ruiz de Castro. El Señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del Arzobispo. Este fue el primer combate en que se halló Guzman; y no solo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef; lo qual fue gran parte para la conclusion de la guerra. Porque vuelto Alfonso de su inútil viage, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fue el ministro de esta negociacion, pudo con el influxo de Aben Comat, antes cautivo suyo, y ya su amigo, ajustar con el Rey ber-
1276. berisco treguas por dos años.

En celebridad de este suceso se hizo un torneo en Sevilla delante de la corte, donde del mismo

modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarria. Llegada la noche, el Rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido mas en ella: á lo que contestó un hermano mayor de Guzman, que se habia criado en palacio: *Señor, mi hermano Alonso Perez ha ganado hoy á muchos.* Pareció mal esta razon á todos, y mas que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento; porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacian de mugeres no veladas. Viéndose, pues, sonroxado asi delante de los Reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: *Decis verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y sereis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debeis tratarme. Mas no teneis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.* El Rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dixo entonces: *No habla mal vuestro hermano, que asi es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mugeres veladas con sus maridos. Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla,* replicó él, *quando no son bien tratados por sus Señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga: yo*

lo haré asi; y juro no volver mas hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reyno, porque desde hoy me desnaturalizo, y me despido de ser vuestro vasallo. Quiso reducirle el Rey; mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, y al fin de él Guzman se salió de Castilla acompañado de algunos deudos y amigos.

En las estrechas relaciones que habia entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los estados de los cristianos. Estaba todavia en Algeciras Aben Jucef; y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiria en todas sus empresas, menos contra el Rey de Castilla ó qualquiera otro Príncipe cristiano. El Monarca berberisco recibió á él y á sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera expedicion en que le ocupó fue la de ir á sujetar los árabes tributarios de su imperio, que debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas. Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no te-

nian asiento ni domicilio fixo; no pagaban jamas sino forzados: y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al Rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los quales agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar moros consigo. Hízolo asi el Rey; y los cristianos salieron en busca de los árabes, á quienes arremetieron, y con grande estrago ahuyentaron hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquies, vinieron al campo de Guzman, y no solo entregaron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores, á fin de que los dexasen en sosiego. Con esto dieron la vuelta á Fez, y el Rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el qual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demas virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponia en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que alli disfrutaba resonaban en Castilla, á tiempo que la monarquia, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que

adornaban á Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy agenas del carácter entero y firme, que tan respetable habia hecho á su padre. A los dos grandes errores de su reynado, la alteracion de la moneda, y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus dias la intencion de variar la sucesion del reyno, solemnemente declarada en cortes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion habia sido hecha en perjuicio de los hijos del Príncipe heredero Don Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho habia defendido el estado; y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los Grandes, de los pueblos, y aun del Rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fue una injusticia, ya estaba hecha; y qualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dexarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Asi quando el Rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reyno de

Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricoshombres con Don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reyno al Legislador de Castilla. Las mas de las ciudades, los Prelados, los Grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron; menos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros Príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el Rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacia mas espantoso el peligro y mas escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz Monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dexando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las ondas y á la fortuna. Mas antes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al Africa, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entonces fue quando le escribió la carta, citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de eloqüencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los Príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

« Primo Don Alonso Perez de Guzman: la mi

cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe; é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios Perlados; los quales, en lugar de meter paz, no á excuso ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben Jucef; que yo le amo é precio mucho, porque él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé quanto sodes suyo, y quanto vos ama, con quanta razon, é quanto por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas, sino á presentes: catá quien sodes, é del linage donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien, nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso

Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro Señor y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la estorbedes, como yo cuido que non faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro Señor á mí viniere, será por vuestra mano: y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla á los treinta años de mi reynado, y el primero de mis cuitas. = El Rey." 1282.

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del Monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. *Ve*, respondió el generoso moro, *y lleva á tu Señor sesenta mil doblas de oro, para que de pronto se socorra; consuélale, y ofrécele mi ayuda, y vuelvete luego para ir conmigo. La corona del Rey quiero que quede aqui; no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa.* Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al Rey desvalido el tesoro que le traia. Asi cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reyno, de no volver á él sino quando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y

agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció fue la de unirle con Doña Maria Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucia. Tenia entonces Guzman veinte y seis años; y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el Rey donacion de Alcalá de los Gazules á los desposados. De alli á pocos dias dió la vuelta al Africa, de donde vino despues acompañando á Jucef, que seguido de gran tropel de ginetes berberiscos, traxo el socorro prometido.

Viéronse los dos Príncipes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al Rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal diciéndole: *Siéntate tú, que eres Rey desde la cuna, que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser*: á lo que respondió Alfonso: *No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reyno sino al que lo merece, y asi Dios te dió reyno porque lo merecias*. Tras de estas y otras cortesias trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. *Dame un adalid*, dixo el moro, *que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que*

te rinda la obediencia. Diósele con efecto el Rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde menos mal hacer pudiesen; cuidado paternal, bien digno del que despidiéndose públicamente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef: *Amigos*, les dixo, *vedes á que so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mí*[1].

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el Príncipe Don Sancho. El moro quiso tentar las vias de negociacion, y envió á Don Alonso de Guzman y un intérprete á exhortarle al deber, y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad, y admitidos á la presencia del Príncipe, quando este supo que los moros se habian acercado á las barreras, y habian muerto algunos peones. *¿Cómo me venis vosotros con tal mensage*, les dixo irritado, *quando los moros estan dando muerte á los mios? Idos pronto de aqui; no esteis un punto mas en mi*

1 Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondejar. El lector hallará en estas vidas otras muchas sentencias, y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es quando por su contestura y expresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personages á que se atribuyen, y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguage y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

presencia; pues vive Dios que no sé quien me detiene de haceros morir, y arrojaros por encima de los adarves. Ellos salieron, dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el justo motivo de la indignacion de Sancho, su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos; los quales, despues de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucia y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el Rey de Castilla, que como tan ultrajado de los hombres, á todos los tenia miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde alli volverse á sus estados.

Con él se fue al Africa Guzman, llevándose su esposa, la qual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español defendió en diferentes guerras el estado de Jucef atacado por los Reyes comarcanos: la victoria le siguió fiel en todas sus expediciones, y le colmó de despojos y de tesoros, mientras que la fama de sus hechos, saliendo de los términos de España, llegaba á Italia á oidos del Papa, que le escribia á él y á sus compañeros en términos y elogios

magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á rezelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ellas. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos; pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenia, llamado Amir, envidiaban su privanza, y le aborrecian; siendo de temer que faltando el Rey, el favor y la fortuna que hasta alli habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron pues separarse, aparentando estar desavenidos, y no poderse llevar bien viviendo juntos. El Rey creyó el artificio, y favoreció la separacion, de modo que Doña María Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de alli á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Quanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenia mas freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia ater-

rada á Fez y á sus contornos. Mas las circunstancias increibles con que se cuenta esta proeza, tienen demasiado ayre de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosia por Aben Comat, aquel moro que fue su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruecos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos. Mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensagero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y substituyendo otro, en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquies las pagas atrasadas, y

muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á los soldados las pérfidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del Africa, y volver á España. Dixoles que ya tenia avisado al General de las galeras de Castilla, que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedicion; y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del Rey, para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Alli le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo. 1291.

Ya en esta sazon habia muerto Alfonso el Sabio, y reynaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fue á verse con él á poco tiempo de su llegada, y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el Príncipe, diciéndole cortesmente, *que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus Reyes, que no á los africanos.* Informóse largamente de las cosas de aquel pais, del poder de sus gefes, y de la manera mas ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra esquadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció

ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban facilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman le aprontó; y junto el exército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto mas atendido en los consejos, y el brazo mas fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fue entrada por fuerza, y sus moradores hechos esclavos. Hubo pareceres de desmantelarla, creyendo imposible mantenerla por su situacion; pero el Maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año; pasado el qual, y no atreviéndose ninguno á seguir su exemplo, Guzman dixo que él la mantendria por la mitad del costo que hasta alli habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario; y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personages malvados que hubo en aquel siglo, y los produxo muy malos, debe distinguirse al Infante Don Juan, uno de los hermanos del Rey; inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por

su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reynado de Sancho fue siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A qualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro quando la muerte del Señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel Rey le mandó salir por respeto á Don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tanger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al Rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesia, y le envió en compañia de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los quales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del Alcayde, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y

la vil propuesta fue desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animósidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dexan pasar algunos dias; y manifestando á Guzman el desamparo en que le dexan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la villa. *Los buenos caballeros*, respondió Guzman, *ni compran ni venden la victoria.* Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, quando el iniquo Infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo Rey tenian deudo. En vez de dexarlo allí, se le llevó al Africa, y le traxo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la Alcaydesa

del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan exècrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el heroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. *No engendré yo hijo*, prorumpió, *para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean quan lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.* Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo. 1294.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto el Infante, desesperado y rabioso, hizo

degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos, que estaban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: *Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa*. De alli á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su exêcrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del Rey, enfermo á la sazon en Alcalá de Henares. Desde alli escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reyno acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos: señalábanle con el dedo por las calles: hasta las doncellas recatadas pedian li-

cencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varon insigne, que tan grande exemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle dixo á los donceles y caballeros que estaban presentes: *Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado.* A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; y entonces fue quando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucia, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadelete.

Tuvo, pues, en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heroyca de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola mas á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el movil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿Y á quien vamos á tachar de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexion con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste, que afligieron

la Andalucia en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de Bueno por su índole bondosa y compasiva, antes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroismo.

El Rey Don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contraxo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor. Su memoria seria mas respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido: triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia qualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia: y quando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba *que era muerto el mejor home de su linage*. De diez y ocho años salvó el estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades

enemigas de muchos pueblos y Grandes, contra la oposicion de casi todos los Reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo, en la infancia, se veria expuesto, sin defensa alguna, á la borrasca que iba á arreciarse con mas ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre Reyna Doña María, la nombró por Gobernadora; y antes de espirar dixo á Guzman estas palabras: *Partid vos á Andalucia, y defendedla, y mantenedla por mi hijo: que yo fio que lo hareis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado.*

Muerto el Rey todos los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona: el Infante Don Juan desmembrarla, haciéndose Rey de Andalucia: el de Portugal dilatar su frontera: los Grandes y pueblos, desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personages tener parte en el gobierno, para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villania, un descaro, y una sed tan hidrópica de estados y dinero, que dificilmente se encontrarian exemplares de escándalos iguales en las clases mas necesitadas

ó en las profesiones mas viles. A estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo Don Henrique, hermano de Alfonso el Sabio; y habíase acordado en cortes del reyno darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este Infante era tan malo ó peor que su sobrino Don Juan: su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Tunez, y desde Tunez á Italia, sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Exerció el empleo de Senador de Roma, dignidad á que entonces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose Gibelino, asistió á los Príncipes alemanes en su expedicion contra Cárlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad; hasta que al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado de la única qualidad brillante que tenia, el esfuerzo personal, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela, á cuya parte habia sido admitido, incapaz de órden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con

el Rey de Portugal, con el de Granada y con los Grandes sediciosos, engañando á unos y á otros, y destrozando el estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á España fue un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la Reyna oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexô, el disimulo y la condescendencia, y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencia. Guzman entretanto, considerado como el principal personage de Andalucia, defendió aquellos reynos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse. Porque de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y exponia la ciudad á todo el resentimiento de la República genovesa, floreciente entonces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas marítimas. En esta crisis volvió Guzman de su expedicion, y propuso á los sevillanos satisfacer á los genoveses los daños que habian sufrido, imponiéndose todos una contribucion para

este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan facil desviar los que amenazaban por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que les llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudieran escarmentarlos. Pero confiados en las tramas que urdia con ellos el artificioso Henrique, no sosegaban jamas, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecian por aquella plaza veinte y dos castillos, y pagar todas las parias atrasadas: el Infante venia en ello; pero Guzman tenia á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La Reyna conocia las malas artes de Henrique, y no se atrevia á hacerle frente. Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daria ni seria en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir, si los bárbaros, ayudados del Infante, se ponian sobre la plaza, escribió al Rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendria á su nombre, hasta que el Rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudie-

se satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaria en amparar á un Príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños, y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El Aragones alabó mucho su lealtad y su zelo, y no envió socorro alguno: mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman fueron mas poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el Rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los Príncipes de la Casa Real, la mayor parte de los Grandes, á manera de vandidos, siempre con las armas en la mano, y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La Reyna acudia con su prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedia á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que asi se procuraba, resistia el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dexaron de producir. Una hambre espantosa, como nunca se habia conocido, vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable los impidiese caer muertos de ham-

bre por las plazas y por las calles. Asi castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entretanto crecia el Rey, y á medida de su edad iba aumentándose el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y mientras duraba el sitio, envió á Guzman con el Arzobispo de Sevilla y Don Juan Nuñez á atacar á Gibraltar. Llegado alli, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza, por la primera vez, desde que los sarracenos la tomaron quinientos años antes. Este fue el último servicio que Guzman hizo á su patria: de alli á poco, enviado por el Rey á contener las correrias de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranias de Gaussin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los habia ahuyentado, quando adelantándose imprudentemente, cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadaver, llevado primeramente á los reales del Rey de Castilla, fue despues conducido á Sevilla

por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos, y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa mas lúgubre y magestuosa. Todos á una voz, y llorando, le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en mil trescientos y nueve, quando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fue en vida Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, primer Señor de San Lucar de Barrameda, y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo, en que la naturaleza degradada no presenta en Castilla mas que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y magestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personages mas señalados de la antigüedad, un Scipion por exemplo, ó un Epaminondas: y su nombre, llevando consigo el sello del mas acendrado

patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.

ROGER DE LAURIA [1].

Quando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Cárlos de Anjou; despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dícese que sacándose un anillo, que traia al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistia al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al Príncipe que le vengase. No faltó alli quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al Rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del Príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenia á los reynos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado

AUTORES CONSULTADOS. Zurita.—Mariana.—Herrera.—Giannone.—Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori.—Muntaner.—Desclot.—Felieu.—Capmany.—Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

1 Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *dell'Oria*: los catalanes *Lória*, y en su testamento tambien está escrito así. Los franceses y los castellanos *Lauria*.

E

con Constanza, hija de Manfredo, tio natural de Conradino; que Señor de aquellos estados, habia sido antes vencido y muerto por Cárlos en los campos de Benevento: y esta alianza daba mas peso á las pretensiones del Monarca aragones, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor, y codicioso de gloria y poderío.

Mas la ambicion de este Príncipe quizá se habria exercitado solamente contra los sarracenos, sin la conducta que tuvieron los franceses en el pais conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria, y apoyada en la persuasion que tenian de la santidad y justicia de su causa, no conociendo límites ni freno, se abandonó á los mayores excesos, y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entonces la indignacion rompió los lazos del miedo, y enseñó á los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocian. Un insulto hecho á una dama por un
30 de frances en las calles de Palermo, dió ocasion á
Marzo aquella matanza horrible, que se conoce en to-
de 1282. das las historias con el nombre de *vísperas sicilianas*. Los franceses, sus hijos y sus mugeres, aunque fuesen del pais, cayeron á manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia mas que un pueblo de corta consideracion llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al Rey Cárlos en

medio de los preparativos formidables que destinaba á la conquista del imperio griego; y parecia humanamente imposible que los infelices sicilianos pudiesen resistir á estas fuerzas, que al instante vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, embestida, y á pesar del ardor de sus defensores, conoce su flaqueza, y trata de capitular; pero el implacable enojo del Rey se niega á todo concierto, y solo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los mecineses entonces juran desesperados comerse primero unos á otros, que entregarse á sus duros opresores, y dan con esto lugar á que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, habia podido confederar entre sí al Papa Nicolao III, al Emperador de Grecia y al Rey de Aragon. Tres años antes se habia hecho esta alianza en ruina y odio del poderío frances, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo, el Emperador dinero, y el Rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao, y la adhesion de su sucesor á los intereses de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III desde la costa de Africa, donde se habia acercado con pretexto de hacer guerra á los moros, aportó con su esquadra á Palermo, quando ya los pobres

mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonia. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su Rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de almugávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota estremecido conoce entonces que la fortuna se le trueca, y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival, y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo estos vencidos, con pérdida de veinte y dos galeras y quatro mil prisioneros. Mandaba á la sazon la esquadra aragonesa, como Almirante, Don Jayme Perez, hijo natural del Rey: llevado del ardor juvenil quiso embestir á Regio, contra la órden expresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el Rey, le quitó el mando de la armada, y nombró por Almirante de ella á un caballero de su corte, llamado Ro-
1283. ger de Lauria.

Era nacido en Scala [1], pueblo situado en la costa occidental de la Calabria superior; y su pa-

1 Asi consta de una carta latina que se conserva en el archivo Real de la Corona de Aragon, escrita por Roger al Rey Don Jayme II.

dre, Señor de Lauria, habia sido privado del Rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fue traido á España por su madre Doña Bella, ama de leche, segun unos, y dama, segun otros, de la Reyna de Aragon Doña Constanza, á quien vino asistiendo quando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este Príncipe; el Rey Don Jayme le heredó en el reyno de Valencia; y por su educacion, y por las mercedes que habia recibido, estaba incorporado á la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron al empleo eminente á que fue elevado, y el diploma del Rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia, y de su amor á los intereses de su corona. Asi puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció á la curiosidad y al exemplo; aunque es fuerza confesar tambien que semejante obscuridad está ampliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron á la segunda.

Fue bien glorioso para el Monarca aragones que su enemigo, no atreviéndose á hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretextos de la política para alejarle de alli. Cárlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debia verificarse en Burdeos, autorizándole el Rey de Inglaterra, Señor entonces de aquella parte de Francia.

El Papa Martino IV, tan adicto á los franceses como contrario les habia sido su antecesor Nicolao, descomulgó al Rey de Aragon, puso entredicho en sus estados, y segun el extraño derecho público que reynaba entonces en Europa, le privó de ellos, y dió su investidura á uno de los hijos del Rey de Francia. Pedro partió de Sicilia á conjurar esta nube: mas para asegurar á sus nuevos vasallos con la confianza de su proteccion, hizo venir á la isla á la Reyna su esposa, y á Jayme y Fadrique sus hijos; declaró por sucesor suyo en aquel estado al primero; y dexando á Lauria la instruccion sobre el órden que habia de guardarse en el armamento de la esquadra que debia defender á Sicilia, se hizo á la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla, para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto; y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso mas bien esperar el dia para la batalla, y les envió un esquife á decirles que se rindiesen, ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia, y solo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito

únicamente podia absolver de temeraria esta bizarría. Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho: al rayar el dia embistieron las unas 1283. con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento, como si de aquella jornada dependiese la restitucion de la Sicilia. Medio dia era pasado, y aun duraba la accion, quando el General frances vió que sus galeras cedian, y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos: Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia, y el furor que los animaba. En medio de su refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navio, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entónces el General español, que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y

Lipari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando quantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanias se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas está devastacion, y ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El Rey Cárlos no se hallaba alli entonces; mas el Príncipe de Salerno su hijo, á quien habia dexado el gobierno del estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los varones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo qual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los

catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Quando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto volvió á subir á su galera, puso con ligereza increible la esquadra en órden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que 1284.
concurrian, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las conseqüencias importantes que tuvo, fue el mas ilustre de los que hasta entonces se habian dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercania se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del Príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate quanta venta-

ja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco exercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desasirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Henrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger, desde su navio, animaba á los suyos al seguimiento, y quando los sentia flaquear los amenazaba furioso, si dexaban escapar la presa. Entretanto se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el Príncipe de Salerno. Alli estaba la mejor gente, alli los mas bravos caballeros: unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera, y desfondarla para echarla á pique: entonces el Príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar, y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el General de la esquadra enemiga Jacobo Brusson, Guillermo Stendardo, y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el

suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: *Viva Roger, muera Cárlos.* Costó mucho afan á los ciudadanos, amigos del órden, contener esta agitacion; y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero antes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á dos caballeros de los que se habian rendido, por desertores del partido aragones: exemplo de rigor, que desluce el lustre de su victoria, por mas que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Mas noble accion fue la de pedir al Príncipe que pusiese en libertad á la Infanta Beatriz, hermana de la Reyna Constanza, custodiada en prision desde la muerte de Manfredo su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la Reyna; que para disminuir al Príncipe la humillacion vergonzosa de su situacion, tuvo la atencion delicada de alejar á los Infantes sus hijos al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento, que mani-

fiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguia, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecian estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y antes que los Magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos mas de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en cortes generales de la isla decretaron que el Príncipe cautivo debia pagar con su cabeza la muerte que su padre habia executado en Conradino. Quando Cárlos de Anjou hizo morir á este Príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaria un dia en que su hijo y heredero se veria tratado con la misma severidad; y que en tal aprieto solo deberia la vida á la generosa hija de aquel Manfredo, á quien despues de vencido y muerto habia tratado tambien con una barbarie sin exemplo. Con efecto, la Reyna Constanza hizo entender á los feroces sicilianos que un negocio tan grave no podia tratarse sin conocimiento del Rey Don Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar

al prisionero á otra fortaleza mas segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Asi le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y la posteridad, al paso que con ella hacia mas detestable la conducta sanguinaria del Rey Cárlos, condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del Legado del Papa se templó algun tanto, y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los mas culpados. Despues, sin entrar alli, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habian ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La esquadra de Roger, reforzada con las galeras que el Rey Don Pedro le habia enviado para que pudiese hacer frente á las de Cárlos, se hizo á la vela, y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo Pallerin, y no osando los franceses venir á batalla, el Almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicotera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad,

que sin ser sentido de la esquadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo, y con igual felicidad, saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fue preciso enviar de Sicilia un Gobernador, que por parte del Rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Despues de estas facciones Roger, dexando aquella costa, y acercándose á la de Africa, llegó á la isla de
1285. los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los moros, que entonces la poseian, no pudieron resistirle, y se la rindieron. Alli mandó alzar una fortaleza, y dexó un capitan que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un Régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina, con igual gloria que otras veces.

A principios del año de mil doscientos ochenta y cinco murió en Foggia el Rey Cárlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgrácias. Hombre esforzado, guerrero ilustre, si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tanto mas extraños en él, quanto mas se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el Rey de Francia San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes estados;

y de simple Conde de Provenza, se vió Rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le habia acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter, y de la insolencia de su gente. Porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderacion y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los Papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un Rey de Aragon. Leccion insigne dada á los ambiciosos, para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace mas felices. El murió en fin, y el odio que se le tenia publicó que se habia ahogado á sí mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo, elogió mucho sus prendas militares, y dixo que habia muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta un hijo del Príncipe prisionero tomó la gobernacion del estado, auxiliándole el Conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, Legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguia. El Rey de Francia, Felipe el Atrevido, habia invadido el Rose-

llon, apoyando con las armas la investidura que el Papa habia dado á uno de sus hijos de los estados del Rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables: ciento y cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas de cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El Rey Don Pedro, descomulgado por el Papa, vendido por su hermano el Rey de Mallorca, abandonado del de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rosellon, atravesaron el Ampurdan, y pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que de resultas de un choque que hubo entre las tropas del Rey Don Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido, y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo frances, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su pais. Despidieron ademas por economia una gran parte de las naves que tenian en Rosas, con lo qual, enflaquecida su esquadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria, que llamado por su Rey, venia á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto,

y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, quando Don Pedro le envió órden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hízolo asi, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Alli le fue á encontrar el Rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas diciéndole: *Ya sabes, Roger, por experiencia quan fácil es á los catalanes y sicilianos triunfar de los franceses y provenzales por mar.* El con tan buen auspicio salió á buscarlos, á tiempo que sus Almirantes, dexando quince galeras en Rosas, se venian con otras quarenta hácia Barcelona, adonde el Rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol, quando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinte y cinco de las suyas: escapóseles la division, y antes de que pudiesen las veinte y cinco reunirse á sus compañeras, dieron con la esquadra de Roger, á quien no creian todavia en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar: cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenian enfrente, y se apercibieron floxamente á la pelea; pero confiados en la obscuridad, intentaron desordenar la esquadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros Aragon, y ellos repetian Aragon; los buques de Roger llevaban un farol encendido, y tambien

le encendieron en los suyos: mezclados asi, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro la derribó todos los remos de un costado, cayendo al mar los remeros y gente que alli habia con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacian los demas buques españoles por su parte; y la ballesteria catalana, entonces la mas formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Henrique de Mar, y las demas se rindieron con Juan Escoto, su Almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas por estar en mejor estado que las suyas; estas las envió á Barcelona, y se dispuso á seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Solo el Almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolucion inhumana: y con fiereza indigna de su gloria, mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma; y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos, y los envió al campo frances. Corrió despues tras de

los que huian, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venia para la paga del exército. No estaba todavia en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos, si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se creyese comprehendido en aquella tregua, y le enviaron al Conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni á franceses ni á provenzales la concederia jamas. Acusóle el Conde de soberbio, y le dixo que al año siguiente pondria su Príncipe una esquadra de trescientas velas, y que el Rey Don Pedro no podria presentarle otra igual. *Yo la aguardaré*, replicó: *Dios, que hasta ahora me ha dado victoria, no me dexará sin ella; y yo fio que no osareis combatir conmigo.* Y creciéndole el orgullo con la contestacion: *Sabèd*, le dixo, *que sin licencia de mi Rey no ha de atreverse á andar por el mar esquadra ó galera alguna: ¿qué digo galera? los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragon.* Sonrióse el Conde al oir esta jactancia; y mudando de conversacion, se despidió de él, y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta los Generales franceses,

obligados á quemar los buques que tenian en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el Rey, sin embargo que ya tenian ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarse á su pais. Pusiéronse en movimiento para executarlo, y el desórden y el estrago que sufrieron en su
1285. vuelta fueron iguales á la presuncion y pujanza con que entraron. El Monarca aragones siempre sobre ellos, ostigándolos con encuentros continuos, cortándoles los víveres, no los dexaba ni marchar ni descansar: y aquel exército, que contaba por suya á Cataluña, sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dexando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su Rey del contagio, y con poco aliento en los que se habian salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se reduxo á la obediencia de Pedro, el qual, libre de los franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del Rey de Mallorca su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al Príncipe Don Alonso su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca á los quarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reyno defendido de tan formidable invasion, Mallorca

castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reynado. Los aragoneses le dieron el nombre de Grande; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no solo para distinguirle de los demas Reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la extension que habia dado á sus estados el Rey Don Jayme su padre; mas grandeza y mas gloria hubiera cabido á su sucesor, si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reynos para mantenerlas, y estableciendo aquella serie de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con rios de sangre española.

Muerto el Rey, Roger, antes de volver á Sicilia, exigió de Don Alonso, su heredero, palabra Real de ayudar con todas sus fuerzas, y contra qualquiera enemigo, al Infante Don Jayme, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta, que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres dias; y sola la gran diligencia y actividad

de los pilotos pudieron salvar la armada, que compuesta de quarenta galeras llegó á Trapana en muy mal estado. El Almirante fue por tierra á Palermo, y dió á Doña Constanza la noticia de la muerte del Rey Don Pedro. Al instante su hijo Don Jayme tomó el título de Rey de Sicilia, y se coronó en aquella ciudad; lo qual executado, mandó volver á Roger á España, para que manifestase á su hermano el estado de las cosas de Sicilia y de Calabria; y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz, que ya mediaban con el Príncipe de Salerno, á quien Don Pedro poco antes de su muerte habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el Rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus estados, y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia: deseábala el Príncipe para recobrar su libertad, y disfrutar de su corona: deseábala tambien el Rey Don Jayme para cimentarse en su nuevo estado, que siempre creia le seria asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el Rey de Inglaterra á ruegos del Príncipe; pero á pesar de su influxo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del Papa y del Rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el Rey de Aragon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la

paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El Almirante Roger, en este intermedio, armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguas-muertas, corrió la costa de la Provenza, combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grande presa en ellos, y se volvió á Cataluña, sin que la armada francesa, muy superior en 1286.
número, pudiese contenerle ni alcanzarle.

En su ausencia, el Rey de Sicilia, habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los mas valientes caballeros de aquel tiempo, el qual con doce galeras armadas de catalanes corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y se volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botin inmenso. Estos estragos obligaron á los Gobernadores del reyno de Nápoles á aprestar una armada, y juntar gente para invadir á Sicilia: las atenciones que distraian al Rey de Aragon, la ausencia de Roger, y la inteligencia que tenian en algunos pueblos de la isla, les prometian buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron el Obispo de Marturano Legado del Papa, Ricardo Murrono; y por Almirante un caballero muy estimado entonces, llamado Reynaldo de Avellá. Esta armada arribó

á Agosta; y el exército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza, y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del exército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger habia ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla; y quando llegó á ella, y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta, y á preparar la armada. Los sicilianos que vieron á los enemigos otra vez dentro de su pais, y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al Almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza habia abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oidos del Rey aquella odiosa imputacion, y calumniarle con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion, á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y asi como estaba, lleno de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado á palacio; y puesto delante del Rey y de aquellos viles cortesanos: *¿Quien de vosotros*, dixo, *es el que ignorando los trabajos mios, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusacion, y yo le responderé. Si despreciais mis acciones y mis fatigas,*

por las quales teneis vida y tesoros, mostrad lo que habeis hecho, y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el luxo que ostentais. Vosotros os divertiais mientras que á mí me oprimia el peso de las armas; ningun cuidado os agitaba mientras que yo disponia mis campañas; ociosos estabais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas: un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas: en fin, el hambre y el afan me consumian, mientras que nadando en deleytes hallabais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quien ha de ser el martillo de vuestros enemigos; pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia, como dolor vuestro peligro, si olvidais lo que valgo, y me desechais de vosotros. Vuelto entonces á los que le habian acompañado: *Id*, exclamó, *y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del Príncipe de Salerno; los despojos de Nicotera, Castrovechio y de Taranto; los de la Calabria, quando hice huir al Rey Cárlos de Regio; traed las cadenas serviles de los Gerbes;*

las insignias del triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza: traedlas; y pues que aun dura y durará la guerra, si entre estos hay alguno mas valeroso que yo, ese dirija las armas y esquadras de Sicilia, y defienda el estado contra sus enemigos. La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiracion á toda la corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparacion de la armada, que á fuerza de su increible actividad y diligencia, á breve tiempo estuvo dispuesta en número de quarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos al mismo tiempo que el Rey: despues de haber asegurado á Catania, que tenia inteligencias con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los mas fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin siendo mucha gente, y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido de que salvasen las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los tres principales personages del armamento enviado anteriormente por los Gobernadores de Nápoles, que eran el Legado del Papa, el

General Murrono y el Almirante Reynaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso llamado Fr. Prono de Aydona, dominicano, el qual habia traido letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma mision, y cogido, habia sido perdonado generosamente por el Rey, que respetando su estado, tambien mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso mas bien estrellarse la cabeza contra un muro, que sufrir la confusion de parecer á la presencia del Monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia, esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componíase esta de ochenta y quatro velas, y él no tenia mas que quarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Asi, luego que llegó á Sorrento, envió un esquife al Almirante enemigo diciéndole, que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso los franceses pusieron en órden su armada, en donde iban un número considerable de Condes y Señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes taridas los dos estandartes del Príncipe y de la Iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en órden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte Real,

que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballesteria, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fue rodeada de quatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron mas velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los Condes; y empeñada asi la batalla, los franceses se distinguian por el número y la valentia; los nuestros por la osadia y la destreza. Veíase á Roger armado sobre la popa de su galera animando á sus capitanes, y dirigiendo sus movimientos. A su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban, y se estremecian los enemigos. Declaróse en fin la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedia á los franceses maniobrar con acierto; y moviéndose tumultuariamente y en desórden, mas parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron mas la accion, y empezaron á hacer grande estrago en ellos; que ya desbaratados y confundidos no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los Condes y gente principal, apresadas quarenta y quatro, el resto se puso en huida con Henrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger

envió á Mecina las galeras apresadas con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápoles, que alborotada con tan grande derrota, se volvió á alterar, y á aclamar el nom- 1287.
bre del Almirante español.

En tan gran conflicto los Gobernadores del reyno tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas seria útil al Rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y fortaleza de Iscla, que habian cobrado los franceses: pero Don Jayme no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del Almirante; á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dexado ganar por dinero de los enemigos. El envió un comisionado suyo al Rey de Aragon para que la confirmase por su parte; mas tampoco vino en ello este Monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaria y guardaria si Don Jayme la admitiese.

Al año siguiente de mil doscientos ochenta y ocho consiguió su libertad el Príncipe de Salerno, baxo las condiciones siguientes: que pagase veinte y tres mil marcos de plata, diese en rehenes á Roberto y Luis sus hijos, y alcanzase del Papa y el Rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el Príncipe mismo. Otras

muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, Pontífice entonces, y el Rey de Francia no las aceptaron: que el Príncipe fue coronado por el Papa mismo Rey de Sicilia, y Señor de Pulla, Capua y de Calabria; y que la guerra volvió á encenderse con mas furor que nunca. El Rey Don Jayme pasó con su exército á Calabria á reducir los lugares que se le habian revelado en aquella provincia; y con intento de dirigirse despues á sitiar á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de alli el Conde de Artois, que habia con un grueso exército querido hacer frente á los nuestros; Don Jayme se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase alli el Señor de él Roger de Sangeneto, que habiendo sido antes prisionero del Rey de Aragon, por medio del Almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenage de reducirse él y sus castillos á la obediencia del Rey, y dexando en rehenes para seguridad dos hijos que tenia. Pudo mas con aquel caballero la fe jurada á su primer Señor que el amor de sus hijos; y al punto que se vió libre, siguió haciendo toda la guerra que podia desde sus posesiones. Fue pues combatido con el mayor teson el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenia en la mura-

lla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el Rey, hacia en los sitiadores un estrago terrible. El Almirante, que asistia á Don Jayme en toda aquella expedicion, acudió entonces á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con quatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la mancha que dexa en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroismo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que sordo entonces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su exercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadaver, cubierto con una rica vestidura, fue enviado al padre; y Don Jayme, no queriendo perder mas tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio, y envió á Sangeneto el otro hijo que tenia en su poder. 1289.

La armada y el exército se dirigieron despues á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El Rey intimó á la plaza que se rindiese; y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer

todos los preparativos del sitio, y comenzó á combatirla. El Rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con un exército poderoso, cifrando los dos Monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenia á su favor la compañia de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona; mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reynado, y la esperanza que tenia en el brillante exército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores Generales de aquel tiempo, que era el Conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el Almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada dia aumentándose con auxîlios que les venian del partido Guelfo en Italia; y los nuestros parecian ya mas sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia. Pero el Rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador, con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embaxador al Papa, exhortándole á que procurase

algun concierto entre los dos Príncipes: el Papa condescendió con los deseos de aquel Monarca, y envió un Legado á Gaeta, el qual con el embaxador ingles, persuadió á los dos Reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Asi lo hizo; y tres dias despues, Don Jayme se volvió con su armada y exército á Sicilia.

Mas á pesar de estas ventajas y mediaciones, la *suerte* de los infelices sicilianos iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenian otro escudo ni otros valedores que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y estas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El Rey Don Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricoshombres, zelosos de la conservacion de sus fueros y privilegios atropellados por el Rey difunto, al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido Güelfo en Italia; tuvo por mas conveniente dar la paz y la tranquilidad á sus estados, que sostener sus pretensiones á costa de una guerra, á la qual no veia fin. Hizo pues la paz con sus enemigos, ofreciendo entre otras condiciones renunciar su derecho á los estados de Sicilia;

sacar de allí sus fuerzas y sus Generales; persuadir á la Reyna su madre y á su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla; y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas quando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel Príncipe se disponia á celebrar sus bodas con una hija del Rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veinte y siete años de su edad en mil doscientos noventa y uno. Su muerte fue generalmente sentida asi por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la qual fue muy señalado, y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*, como por haber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano Don Jayme, con tal de que dexase el reyno de Sicilia á Don Fadrique, substituyendo á este en primer lugar en la sucesion, y despues de él al Infante Don Pedro, en caso de que Don Jayme prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este Príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para Espana; y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reynos y senorios por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria que-

darse con los estados de Sicilia y de Italia; y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de Gobernador y General de Calabria á Don Blasco de Alagon, hombre de un esfuerzo á toda prueba, y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber con su sagacidad y moderacion establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle; retó á los franceses, que el Rey de Nápoles tenia tambien en Calabria, y los desbarató, haciendo prisionero á su General Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella; y acabó de afirmar la autoridad de Don Blasco. Mas como nunca falten envidiosos al mérito, quando se levanta, fue acusado ante el Rey de haber tomado á Montalto, quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda en desdoro de la preeminencia Real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, y vino á España; pero antes hizo homenage al Infante Don Fadrique, Lugarteniente de su hermano en aquellos estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de Africa, y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por Don Jayme, á ruegos de Don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este Príncipe, navegó hácia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo Rey; mas luego, por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el qual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castella, puso en celada quatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprehender á Roger. Mas este, que prevenia siempre los accidentes, y vencia las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto concierto como si tuviesen delante á los enemigos. No pudo Estendardo excusar de venir á batalla, la qual fue muy reñida, sin embargo de darse con poca gente: pero herido el General frances, y sa-
1292. cado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger; el qual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofia, porque siendo Gobernador de Cotron por el Rey de Aragon, habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla, y recogida la gente

á la armada, dirigióse hácia levante, costeó la Morea, entró de noche y saqueó á Malvasia; taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entretanto las negociaciones de paz entre los Príncipes enemigos; y era dificil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estrecha entre las casas de Nápoles y Francia, la adhesion de los Papas á su partido por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia, el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Cárlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por base la renunciacion de la isla, á menos de que Don Jayme consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesion de aquel estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del Gran Don Pedro su padre. Blandeó pues al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el Rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y á su hermano, en caso de que no quisiesen dexar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del Rey de Nápoles, y por un artículo secreto le prometió el Papa la dona-

cion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los sicilianos enviaron embaxadores á Don Jayme á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el Rey algun tiempo, mientras se terminaba el tratado; y quando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la Infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reynos de Sicilia y Calabria en el Rey Cárlos su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricoshombres y caballeros, que á la sazon se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras.

¡Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre, y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe, y por quien con tanto teson hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el Rey de Aragon es quien la abandona, teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna, que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado,

como lo está el reyno de Sicilia, conquistada la Calabria toda, y la mayor parte de las provincias vecinas, vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un Monarca que nos tuviese en mas precio, y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un Rey, que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no solo abandona á sus mas fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de sus enemigos? Ellos vendrán á nuestras casas, verán las paredes teñidas aun con la sangre de los suyos, y si soberbios y crueles fueron antes, ¿qué no harán en nuestro daño, llevados de la rabia y la venganza? Decid ¿á quien quereis que nos demos? ¿Será á aquel, que siendo Príncipe de Salerno y prisionero, por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquel, que en un dia quitó el reyno y la vida al Rey Manfredo su padre? Pero la míseria y la injusticia producen al fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enagena por interes y dinero. Buscamos á la casa de Aragon para que fuese nuestra protectora, la juramos vasallage, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos, y

castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragon nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un Príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos quereis que seamos: mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exêntos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos, quando recibimos por Rey á Don Pedro vuestro padre.

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el Rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad que habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana; añadiendo que nada
1295. les decia acerca del Infante Don Fadrique, porque este, como buen caballero, sabria bien lo que habia de hacer.

Ocupaba en aquella sazon la silla pontificia Bonifacio VIII, Papa célebre por su ambicion, su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con Don Fadrique; y el Infante, luego que le vió Papa, le envió una embaxada á congratularle y hacérselo propicio. Bonifacio le pidió que viniese á verle

con Juan Prochita, Roger de Lauria y algunos Barones de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla, y tratar del acrecentamiento de aquel Príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el Papa viese la gentil disposicion del Infante, y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines que queria, y eran que la Sicilia se pusiese baxo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse despues á Roger, y considerándole despacio: *¿Es este*, dixo, *el enemigo tan grande de la Iglesia, y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes? Ese mismo soy, Padre santo,* respondió Roger; *mas la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra.* Tras de estas y otras pláticas Bonifacio se separó con Fadrique; y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último Emperador latino de Constantinopla; y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El Infante admitió la oferta; prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias

de la paz, ajustada entre el Rey de Aragon y sus enemigos. Mas quando los embaxadores, enviados á este fin, volvieron con la respuesta y declaracion definitiva de Don Jayme, sacando fuerzas de su desesperacion misma, los sicilianos en parlamento general del reyno, celebrado en Palermo, pidieron al Infante Don Fadrique que se encargase de aquel estado; lo qual, consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los Barones y Señores principales de la isla con los Síndicos y Procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplexo por las relaciones estrechas que tenia con el Rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella, y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reyno, convocado allí á este fin, él fue quien aclamó Rey de Sicilia al Infante, y él fue quien probó que esto le era debido por disposicion divina, por la sustitucion que habia
1296. hecho en él su hermano Don Alonso, y por general eleccion de todos los sicilianos.

El Papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embaxadores para estorbarla; pero fueron arrojados de la isla sin ser oidos. Don Jayme publicó un edicto, mandando á los guerreros aragoneses y ca-

talanes, que estaban en Sicilia, se viniesen para él, viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra, que ya preveia entre él y su hermano. Algunos obedecieron; pero los mas se quedaron en Sicilia á persuasion de Don Blasco de Alagon, que á despecho de Don Jayme habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que antes habia dado á Don Fadrique. Este les dixo, que perteneciendo al Infante aquel reyno, y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie deberia tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de qualquier Príncipe. Era este caballero uno de los mas señalados de aquel tiempo por su linage, sus hazañas y sus virtudes: su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas; y puede decirse que su presencia en Sicilia fue lo que mas contribuyó á mantener su independencia en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habia sido nombrado Almirante por Don Fadrique, y le acompañó en su primera expedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fe que le habia prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baxa Calabria, y que estaba enton-

ces defendida por Pedro Russo, uno de los Barones mas acreditados de Nápoles. Habia el Rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habia de embestir ó no á Catanzaro. El Almirante fue de parecer que se acometiese antes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados; los quales rendidos, la empresa de Catanzaro seria mas fácil. En un hombre tan arrojado como Roger, pareció extraño que propusiese el partido mas tímido; y todos lo atribuyeron al parentesco que tenia con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle; hasta que el Rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa, y autorizar sus armas, dixo, que si los enemigos los veian acometer las plazas débiles, y huir de embestir á las fuertes, menospreciarian su poder; y que por esto convenia acometer desde luego lo mas arduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictamen, y el exército embistió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de quarenta dias, á condicion de rendir la plaza, si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido; y todos los pueblos de la comarca siguieron el exemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanías asentó Don Fadrique su cam-

po. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que le guarnecian se movió un alboroto, y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los sicilianos; y estos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los franceses, que retirados al castillo, creyeron que todo el exército enemigo venia sobre ellos; y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Quando la noticia de este tumulto llegó á Don Fadrique, desarmado como estaba, subió á caballo, y tomando una maza corrió con algunos caballeros hácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño; y el Rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo poner en libertad dos franceses de los que tenia al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger; y su violacion, aunque imprevista, fue para su ánimo orgulloso un desayre á su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del Rey, y renunciando su empleo de Almirante, se despidió de él diciéndole, *que él no era mas famoso por sus servicios y sus victorias, que por su exâc-*

titud y puntualidad en guardar los pactos y conciertos que hacia: que esta fama de leal le hacia ilustre entre italianos, franceses, españoles, moros y orientales: que aquella violacion era una mancha en su fe, la qual mancillaba su buen crédito, y disminuia su autoridad: que le diese pues licencia para retirarse de su servicio; y que presto llegaria tiempo en que sus émulos, confundidos con el peso de los negocios y defensa de aquel reyno, confesarian la sencillez y la fidelidad con que Roger servia á su Rey. Este, alterado con aquella resolucion, le respondió indignado, *que se fuese donde gustase, aunque fuese á sus contrarios; porque si sus servicios eran muchos, no eran menores ni menos conocidos los premios que se le habian dado: sobre todo, era mucho mayor que ellos su soberbia y su jactancia, la qual no queria él sufrir por nada en el mundo.* Hubiera pasado á mas la alteracion á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el Rey, y Roger pidió perdon de su demasia, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el Rey de Aragon habia intimado públicamente á Roger que entregase al Rey Carlos el castillo de Girachi; y

que de no hacerlo, procederia contra él y sus bienes como señor contra vasallo: sabian que además de este requerimiento público habia tratos secretos entre el Almirante y Don Jayme; y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dexar el servicio de Don Fadrique.

Mas sea que estos tratos aun no tuviesen la correspondiente madurez, ó que todavia Roger estuviese de buena fe asistiendo á este Príncipe, lo cierto es, que despues de este lance, él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el Conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa; y viendo la oportunidad de su situacion y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas, y fortalecerla con baluartes. De alli pasó con la armada á Brindis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos del Rey Carlos, mandados por un frances distinguido, llamado Gofredo de Janvila. Roger desembarcó la caballería que llevaba en sus galeras; fortificó un puesto, y desde él comenzó á talar los campos, y estragar la tierra. Al dia siguiente, como estuviese

sobre el puente de Brindis, cubriendo con sus caballos los trabajos de los gastadores; estos se desmandaron, y Roger, temiéndose alguna celada, salió del puente con gran parte de los suyos á recogerlos. Al instante los enemigos embistieron el puente casi indefenso: el puesto fortificado por los sicilianos, y las galeras donde podian recogerse estaban lejos; y solo haciéndose fuertes en el puente, podian evitar el riesgo de ser muertos ó presos. Cargaron pues unos y otros á aquel punto, en que consistia la salvacion de los unos y la venganza de los otros. Dos caballeros de Sicilia pudieron sostener el ímpetu enemigo, mientras que Roger, animando á los suyos con el nombre de Lauria, que repetia á gritos, entró de los primeros en el puente, y cerrando con el General frances, le hirió en el rostro, y le hizo caer del caballo. A esta desgracia, juntándose el estrago que hacia en los enemigos la terrible ballestería del Almirante, volvieron al fin la espalda, y abandonaron el puente; desde donde los nuestros se recogieron libremente á su campo fortificado.

Quando Roger dió la vuelta á Mecina, halló en ella al Rey Don Fadrique y á dos embaxadores del Rey de Aragon, que venian á pedir se viese con su hermano en alguna de las islas de Iscla ó Prochita. Traian tambien una carta para el Almirante, en que Don Jayme le encargaba persua-

diese al Rey de Sicilia que consintiese en aquella conferencia. Para tratar este punto se celebró parlamento en Chaza; y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del Rey de Aragon, á quien asi Don Fadrique, como toda la Sicilia, debian reconocer por superior. Las razones en que el Almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel Príncipe, de la flaqueza de la Sicilia, y de la esperanza que podia haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los Barones y Síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazon del Rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si Don Jayme venia armado contra su hermano, este le recibiese á mano armada tambien, y la guerra decidiese su querella.

Vuelta la corte á Mecina, Roger mostró á Don Fadrique una carta del Rey de Aragon, en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia de executarlo; ofreciendo delante de Conrado Lanza, que solicitaria con aquel Monarca todo quanto conviniese á su servicio. Diósela el Rey, y le concedió ademas dos galeras, que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenia en Ca-

labria antes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á Don Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedicion á Otranto, y en aquel mismo viage que hacia para visitar sus castillos, se habia avistado con los Generales del Rey Cárlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decian que su cuidado en pertrechar sus fortalezas, manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del Rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besársela, y el Rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desayre; y Don Fadrique le responde, que un hombre que se entiende con sus enemigos, ya no es su vasallo: mándale ademas que quede arrestado en palacio, y entonces el Almirante, dexándose llevar de la ira, á que era tan propenso; *Nadie*, exclama, *hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el Rey de Aragon esté con ella: ni es este el galardon que mi lealtad y mis servicios han merecido.* Ninguno osaba llegarse á él; y respetando al cabo la palabra del Rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palici, que tenian grande autoridad con el Rey, salieron por sus fiadores, y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo, se dirigió á una de las fortalezas

que tenia en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Alli se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto; pagó la suma en que sus fiadores se habian obligado; y el Rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embaxadores del Rey de Aragon llevaban tambien el encargo de pedir á la Reyna Doña Constanza y á la Infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la Infanta y Roberto, Duque de Calabria, heredero del Rey Cárlos. Vino en ello Don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de 1297.
Lauria salieron á un tiempo de Sicilia. Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo, y como expelidos, dexasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo habia libertado la isla, y el guerrero invencible que la habia defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de alli, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes antes eran mortales enemigos. Roger perdia en la separacion no solo los grandes estados que tenia en Sicilia, sino caudales inmensos que habia puesto en poder de mercaderes. El Rey Don Fadrique se apoderó de todo, y arrojó

de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del Almirante, que desde ellas habian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de Almirante de Aragon, el de Vice-Almirante de la Iglesia, el estado de Consentayna, y el enlace de su hija Beatriz con Don Jayme de Exérica, primo hermano del Monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacia en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar sin embargo que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que pareceria mas grande al frente de las fuerzas sicilianas, y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfia, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraido por dones y empleos, seguramente todos desiguales á su mérito y á su nombre.

El alma de toda esta nueva confederacion era el Papa, y á nombre de la Iglesia se hacia todo. El Rey Don Jayme fue á Roma, celebró alli las bodas de su hermana con el Duque Roberto; recibió la investidura del reyno de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entretanto Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el Rey de Nápoles, entró en Calabria, con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia esta-

ban por Don Fadrique. Hallábase ausente Don Blasco de Alagon, General en Calabria por Sicilia; y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el Rey Cárlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse, si dentro de treinta dias su Rey no enviaba socorro tal, que pudiese ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un dia antes de cumplirse el plazo llegó Don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el Conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos; y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acudieron á tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en órden de batalla delante de la ciudad; y el Almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas, y unos pocos almugávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con solo oir el nombre de Lauria ya se creian seguros de la victoria; el sol le era contrario, y el guerrero que tenia contra sí estaba tambien acostumbrado á pelear, manda-

ba soldados aguerridos, y sobre todo no sabia ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caido y abandonado junto á un valladar, fue salvado por un soldado que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caida, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los franceses, que huyeron dexando el triunfo y la
1297. victoria en manos de los españoles. Este fue el primero y único desayre que recibió Roger de la fortuna, la qual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragonés los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel revés, y acusando altamente á los franceses delante del Rey Cárlos de su cobardía, y del desamparo en que habian dexado á su General, salió de Italia, y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba, ni tan exênta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el Rey Don Jayme navegó á Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la Iglesia, y despues se juntó con todas las fuerzas del reyno de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fue el armamento mas considerable que se hizo en aquel tiempo; Roger tenia la principal autoridad militar en él, y parecia

imposible que la isla resistiese á una invasion tan formidable. Don Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de Iscla para combatir á los aragoneses, antes de su union con las galeras francesas. Estando alli, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de tentar á la fortuna lejos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto á la isla, se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La esquadra combinada llegó á la costa de Patti, y desembarcado el exército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del Almirante, se dieron al Rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla, y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba: entretanto los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del Rey Don Fadrique, y estrecharon el castillo guarnecido con tropas de Don Jayme. Este envió á socorrer á los sitiados por tierra al Almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El Almirante atravesó la isla; á la fama de su venida, los sitiadores alzaron el cerco, y despues de pro-

visto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro; visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veinte y dos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como á traydor, y sentenciado á muerte por la gran corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quiza tan inhumano como impolítico, y que pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo, que en odio del Almirante, anunciaba á este su destino, si algun dia venia á parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colérico é impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto mas que por entonces se le dilataba la venganza, pues el Rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacia su exército y con el desastre de su esquadra, levantó el cerco, y como huyendo de su hermano, se fue precipitadamente á Nápoles, y de alli dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseo de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió á Nápoles con Roger y con su armada, convocó á la empresa todos los pueblos de la Italia; y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos

reynos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo exponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando; y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron al punto acometer sin órden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras, por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su Rey los contenia; y siendo puesto el sol, quando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro dia para la execucion de sus furores.

Fue esta batalla sin duda la mas escandalosa y horrible de quantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro no por delito, ni por usurpacion, ni por interes que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion agena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los 4 de Junio de 1299.

pueblos le habian dado. Apenas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios. Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil; reforzólas con los soldados de los presidios, que el Rey tenia puestos en los lugares vecinos de la costa; y luego que rayó el dia, hizo desenlazar sus buques, y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas quarenta. Los dos Reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistian al de Sicilia Don Blasco de Alagon, Hugo de Ampurias, Vinchiguerra de Palici y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su esquadra. Al de Aragon acompañaban en la capitana el Duque de Calabria y el Príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleóse gran espacio de lejos con las armas arrojadizas; mas Gombal de Entenza, impaciente de señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demas de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron

á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta medio dia. El calor era tan grande, que muchos soldados morian sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió: otras de Sicilia siguieron su exemplo, hostigadas de una division que Roger habia dexado suelta, para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilianos; y el Rey Don Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir; y mandó que llamasen á Don Blasco de Alagon, para juntos acometer al enemigo, y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacia, rindieron sus fuerzas, y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricoshombres que le acompañaban, acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que tambien huian. Don Blasco, que no quitaba los ojos de la capitana, luego que la vió huir, mandó á su alferez Fernan Perez de Arbe que moviese el pendon para acompañar al Rey: *No permita Dios jamas*, respondió aquel valiente caballero, *que yo mueva para huir del enemigo el pendon que me entregaron;* y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mastil del navio, y murió á otro dia. No peleó con menos aliento el Rey Don Jayme: clavado por el pie con un dar-

do á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el exemplo. Este teson era digno de la victoria que consegnia; y la hubiera merecido con mas razon, si no la dexára manchar con la inhumana venganza que executó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos; y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movian á compasion, y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enxutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo, y los prisioneros fueron llevados delante del Rey. No faltó entre ellos quien echase á los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habian recibido en Sicilia, en fin su ingratitud con aquellos marinos mismos que en San Feliú y en Rosas habian libertado á Cataluña de la invasion de la Francia. Don Jayme oyó estas quejas con indulgencia; y entre los circunstantes habia muchos que las aprobaban, y aun murmuraban de su victoria.

Con ella las cosas de Sicilia parecian ya desesperadas. El Rey de Aragon, creyéndolo asi, y

que para apoderarse de la isla no tendrian los napolitanos mas que presentarse; dió la vuelta á sus estados con gran disgusto del Rey Cárlos y del Papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo á su hermano de aquel reyno. Dexó empero al Almirante para que asistiese al Duque de Calabria á tomar la posesion de Sicilia, y con él á los principales capitanes que le acompañaban; los quales todos se dirigieron á la costa oriental de la isla, y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza, y la variedad que tuvieron los sucesos, dieron al mundo un nuevo exemplar, de que no es fácil poner á un pueblo un yugo que él unanimemente desecha; y que la constancia, la entereza y el horror á la tiranía prestan á las naciones, por desvalidas y abatidas que esten, una fuerza sobrehumana. Los sicilianos, abandonados á sí solos, vencidos completamente por mar, con dos exércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes al peligro, y le sacudieron de sí. Vuelto Don Fadrique á Mecina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ella á los pueblos; y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó á no desmayar por ella, y todos se apercibieron á la resistencia. El Duque de Calabria y el Almirante no pudieron tomar á Rendazo; se di-

lataron por el Val de Noto, rindiéndoseles, de fuerza ó de grado, casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Cásaro y Ragusa. Ya un legado del Papa habia venido á aquella parte á reconciliar los pueblos con la Iglesia; y el Rey Cárlos, para apresusar el suceso, habia enviado otra armada y otro exército con su hijo, el Príncipe de Taranto, á apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron á Trápana; y luego que Don Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir á encontrarse con el Príncipe, y darle batalla. El con su exército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el pais que no ocupaban, y conteniendo al Duque de Calabria. Don Blasco de Alagon, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el Rey su persona en aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al Príncipe, y vencerle. Pero Don Fadrique por su ánimo y su constancia, era digno de su elevacion; tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reyno al trance de la batalla. Salió pues en busca del Príncipe, que confiado en la suerte que favorecia su partido, no dudó de aceptar el combate, que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fue muy dudoso, y aun adverso á Don Fadrique; y se dice que uno de los Barones que le acompañaban, le requirió

que saliese de la batalla. *¿Salir yo?* respondió el Rey: *he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa: huyan los traydores y los que quieran imitarlos; que yo, ó he de morir ó he de vencer.* Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte, que le tendiese enteramente, y con los que tenia á su lado arremetió el primero, adonde el peligro era mas grande. Fue herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposicion que Don Blasco de Alagon dió al exército, y el valor y destreza de los terribles almogávares. El Príncipe de Taranto fue hecho prisionero, y el Rey mandó que se le custodiase en el castillo de Cefalú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de Don Fadrique y Don Blasco: y su dictámen en el consejo que tuvo el Duque de Calabria, quando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante los dos exércitos marchasen uno á otro á coger en medio al Rey de Sicilia, y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fue tarde; y sabida la derrota y prision del Príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso, y la victoria que junto á Galla-

no consiguió Don Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses, mandados por el Conde de Brena, que fue hecho tambien prisionero; los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veinte y siete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Náxpoles á buscar refuerzos de gente para el Duque de Calabria. Era Almirante de ellas Conrado de Oria, genoves, muy estimado de Don Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla; y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y mas todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo, y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran carniceria en los contrarios con la ballesteria genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfondasen; y como ni aun esto pudiese executarse, determinó que se acostase una galera, y la pegase fuego; entonces Oria se rindió, y entregó al Almirante el estandarte

Real. Fue esta batalla junto á la isla de Ponza; y Roger, segun su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos en venganza del daño que le habian hecho. Apenas él habia dado este exemplo de barbarie tan odioso, Oria y el Rey Don Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fue Oria tratado en su prision con todo rigor, y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavila que tenia en Sicilia: él se negó á la propuesta, diciendo que el castillo era del Rey
Don Fadrique; y este, estimando mas la persona 1300.
de aquel caballero, mandó rendir el castillo, sin embargo de la importancia de su posicion.

Esta fue la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer, y fatigado de triunfos, se avistó con Don Blasco de Alagon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos Príncipes. Púdose estrañar mucho en el carácter duro del Almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temia que se le trocase la fortuna. Mas qualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni Don Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años despues se ajustó al fin entre Cárlos y Don Fadrique. Habian si-

tiado los franceses á Mecina; y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fueles forzoso levantar el sitio, porque la hambre y miseria que sufrian los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la Duquesa de Calabria, hermana de Don Fadrique; y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el Conde de Anjou, hermano del Rey de Francia, con una poderosa armada y un florido exército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. Don Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por Don Fadrique, se hallaban en el estado mas miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reyno en poder de los enemigos. Mas el invencible corazon del Rey sobrepujó á todo: el Conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor, no quiso rendirse, y le hizo perder quarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuia y hostigaba, quando Don Fadrique, aprovechándose de esta situacion, se acercó á los franceses con intencion de darles batalla. El Conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea, ni dexar ver-

gonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo mas oportuno seria inducir á los Príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose Don Fadrique con el reyno de Sicilia, renunciando lo que tenia en Calabria, y casándose con Leonor, hija del Rey Cárlos.

Tal fue el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y en que Roger de Lauria fue el principal y mas glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debia con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes estados que habia perdido en Sicilia, y los servicios señalados que habia hecho á los Reyes de Aragon y de Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que asi fuese: el Rey de Nápoles perdia á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo Rey de la isla Don Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España; y murió en Valencia en diez y siete de Enero de mil trescientos y cinco. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del Orden de San Bernardo en Cataluña, debaxo del panteon del Rey Don Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: alli mandó él enterrarse en el testamento que otorgó en Lérida, año de mil doscientos noventa y uno, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los estados de Ara-

gon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice asi, traducido de la lengua catalana en que está escrito: *Aqui yace el noble Roger de Lauria, Almirante de los reynos de Aragon y de Sicilia por el Señor Rey de Aragon, y pasó de esta vida en el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo mil trescientos y quatro, á diez y seis de las kalendas de Febrero.*

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar mas la gloria de Roger, y avergüenza á los que habiendo sido nulos en vida, quieren despues engañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningun marino, ningun guerrero le ha superado antes y despues en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura mas pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podia igualarle en magnificencia, ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas qualidades la dureza bárbara que las deslucia: su corazon de tigre no perdonó jamas; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacia indigno de las victorias

que conseguia. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazon era mas terrible y mas inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fue casado dos veces: la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de Doña Constanza, muger del Rey Don Pedro; la segunda con una hija de Don Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragon y Cataluña, todavia dura conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España, y ser su linage extrangero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque venido á Aragon desde muy niño, aqui se educó, se formó, se estableció; por Aragon combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos, nos pertenecen.

EL PRINCIPE DE VIANA.

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personages pintados hasta aqui, se hacia menos horrible con la admiracion de sus hazañas, y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo mas bárbaro y mas vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado Príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignacion y el dolor.

Nació en Peñafiel, á veinte y nueve de Mayo de mil quatrocientos veinte y uno, de Don Juan, Infante de Aragon, y Doña Blanca, hija y sucesora de Cárlos III, Rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, *el No-*

AUTORES CONSULTADOS: Zurita. — Aleson, continuacion de los Anales de Navarra de Moret. — Mariana. — Historia de Poblet. — Crónicas de Don Juan II y Don Henrique IV de Castilla. — Nicolas Antonio. — Varios manuscritos auténticos del tiempo comunicados al autor.

ble. Ardia en aquella sazon Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambicion de los Grandes, que viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan el II, querian á porfia apoderarse de la administracion y del gobierno. El Infante hacia un papel muy principal en estas discordias, aunque por entonces favorecia el partido al parecer mas justo, que era el de la corte. Aragon sufria la calamidad de la guerra, que sostenia su Rey Don Alonso, en demanda del reyno de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas, y la invasion de los ingleses. Solo el pequeño estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida á la prudencia de su Rey, y á la habilidad con que habia sabido grangearse el amor de las potencias convecinas, sin chocar jamas con ninguna. Cárlos, su nieto, que segun los pactos matrimoniales ajustados entre Doña Blanca y Don Juan, habia de criarse en Navarra, fue llevado á ella por su madre, y puesto baxo la tutela y la educacion de su abuelo. Un año habia cumplido entonces; y el Rey, que tenia puesta en él toda la esperanza de su sucesion, y de la felicidad del estado, quiso condecorarle como su heredero, y erigió en principado el estado de Viana, para que fuese de alli en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institucion que fue aprobada en cortes generales del reyno, celebra-

das en Olite, al mismo tiempo que el niño jurado 1422.
solemnemente heredero y Rey de Navarra para despues de los dias de su abuelo y su madre Doña Blanca.

Don mas augusto y mas grande que el del principado fue la excelente educacion que recibió; y que si bien no pudo completarse en vida del Rey anciano, fue seguida baxo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó á ello: exercicios varoniles; máximas de virtud; estudios á propósito para enriquecer su entendimiento y formar su corazon; sobre todo el espectáculo de un reyno tranquilo y floreciente, baxo una administracion sabia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fue grande en los adelantamientos del Príncipe, cuya conducta y escritos son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas, que los pueblos pudieron prometerse, fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aun muy niño quando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veinte y un años cumplidos. Nombróle 1442.
por heredero suyo universal en los estados de Navarra y de Nemours, segun le competia de derecho, y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con Don Juan: mas le rogó, que para usar del título de Rey tuviese por bien tomar la bendicion y consentimiento de

su padre. Habia muerto Doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el Príncipe Gobernador del reyno, encargo en que quedó despues con beneplácito de Don Juan. Sus despachos de aquel tiempo manifiestan que el Príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos Príncipe de Viana, primogénito, heredero y Lugarteniente por su padre; particularidades que aunque parecen demasiado menudas en la historia, son sin embargo necesarias para sentar la justicia del Príncipe en las divisiones que despues se siguieron; viéndose por ellas, que su moderacion y su modestia fueron siempre iguales á su derecho.

Dexaba Doña Blanca al tiempo de su muerte, demas del Príncipe de Viana, una hija de su mismo nombre, casada con el Príncipe de Asturias Don Henrique; y otra llamada Doña Leonor, que casó con Gaston, Conde de Fox. El padre de todos estos Príncipes Don Juan, habia empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya corte queria mandar solo. Pudo á los principios conseguirlo, quando contra su mismo hermano Don Henrique favoreció el partido del Rey: mas despues que se halló con la privanza y el poder de Don Alvaro de Luna, hombre que no cedia á ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el Rey

de Navarra no logró con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban por que no se iba á mandar y gobernar en sus estados, y los navarros se resentian de tener que contribuir para sus empresas, de ningun momento ni utilidad para ellos. Quando murió su muger, la guerra civil se hallaba algo apaciguada en Castilla; y Don Juan y sus parciales habian logrado el triunfo momentáneo de hacer salir de la corte al Condestable Don Alvaro de Luna. Para mayor seguridad se habian convenido todos en mantenerse en igual valimiento con el Rey: convencion absurda, contraria á lo que cada uno de ellos deseaba; é imposible de verificarse, atendida la floxedad y flaqueza de Juan el II, el qual era incapaz de mantener su favor en un equilibrio prudente. Advirtió el Rey de Navarra que el Almirante de Castilla Don Fadrique Henriquez adelantaba en la confianza del Rey, y como ambicioso empezó á odiar aquel estado de cosas, rezelando que Don Alvaro iba á volver al mando, ó que el Almirante iba á alzarse con él; y aunque este era parcial suyo, ya le miraba con los ojos de un cortesano desgraciado, y le reputaba delinqüente porque el Monarca le favorecia. El Conde de Castro, su amigo y gran confidente, viéndole desabrido y ocupado de estos pensamientos, despues de manifestarle la in-

justicia de sus sospechas contra el Almirante, que siempre le habia sido fiel, para acabarle de sosegar le dixo: que si queria asegurarse enteramente, estrechase los vínculos que le unian con aquel caballero; y puesto que Doña Blanca era muerta, y concurrian en Doña Juana Henriquez, hija de D. Fadrique, todas aquellas prendas que podria imaginarse para un enlace digno, la pidiese en casamiento á su padre; y de este modo el nudo de su amistad y alianza seria indisoluble.

No bien fue dado el consejo quando se puso en execucion; y un Rey de Navarra, Lugarteniente al mismo tiempo por su hermano en los estados de Aragon, y heredero presuntivo de ellos, despues de hacer en la corte de Castilla el papel de un cortesano intrigante, buscaba la hija de un particular en apoyo de sus pequeñas miras, y de su ambicion subalterna. El matrimonio se efectuó; pero ni el Almirante ni Don Juan consiguieron de esta alianza el fruto á que aspiraban: porque vuelto Don Alvaro de Luna á la privanza, y asistiéndole la mayor parte de los Grandes, los Infantes de Aragon fueron vencidos en la batalla de Olmedo; y Don Henrique muerto de sus heridas, y el Rey de Navarra huido, perdieron de una vez sus estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entretanto el Príncipe de Viana el reyno de Navarra, que disfrutaba de la felici-

dad consiguiente á los sabios y moderados principios establecidos por Cárlos el Noble. Alguna vez llegaban á él las chispas de la guerra que se hacia en Castilla, pero eran desvanecidas al instante; y aunque en el año de mil quatrocientos cincuenta y uno el Rey de Castilla y su hijo Don Henrique entraron poderosamente en Navarra, y sitiaron la ciudad de Estella; el Príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes á resistir al castellano, tomó la resolucion de irse desarmado á sus reales, y habló á padre y á hijo con tal persuasion, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga union que habia entre los dos estados; que ellos convencidos de su razon, y movidos de su eloqüencia, alzaron el sitio de Estella, y se volvieron á Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia tuvo otro fin mas político y profundo; y que Don Alvaro de Luna, deseoso de librarse de los continuos tiros que hacia á su poder el Rey de Navarra, quiso darle en que entender en sus propios estados, para quitarle la ocasion de venir á inquietar los agenos; y que hizo unirse estrechamente al Rey y Príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando á este desconfianzas hácia su padre, ó abultando las quejas que ya tenia de él.

Los sucesos que siguieron dan verosimilitud á esta presuncion. El Rey de Navarra estaba muy

malquisto de sus naturales: ellos eran los que sostenian la mayor parte de los gastos á que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento: ellos sufrieron el amago y aun los golpes de la venganza castellana; y parecíales que nada debian á un Rey, que sacrificaba su provecho y su quietud al interes de lo que deseaba en Castilla. Sentian que segun lo pactado anteriormente entre los Reyes y con el reyno, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, á quien competia por edad, por mérito y por derecho: por último habian llevado muy á mal que se hubiese casado con la hija del Almirante, sin haber dado cuenta de ello ni á su hijo ni al reyno; y murmuraban que ningun respeto ni contemplaciones debian á un Rey extraño, que no tenia por aquel estado atencion ni amor alguno.

Estas centellas de descontento tomaron la fuer-
1452. za de un volcan, quando la venida de su muger á Navarra, con título de Gobernadora en compañía del Príncipe. *¿Con qué derecho*, decian, *nos envia una muger extraña á que nos mande, y hace esta injuria á su hijo, que ha gobernado tantos años con tal prudencia y acierto?* Los modales de la Reyna, que en vez de ganarse las voluntades con la afabilidad y dulzura propias de su sexô, afectaba una arrogancia y un imperio, siempre odioso, pero mas á ánimos des-

contentos; acabaron de apurar la paciencia, y soplaron la llama de la sedicion. Habia dos parcialidades en Navarra, la Agramontesa y Beamontesa, nacidas anteriormente de zelos de privanza. Toda la autoridad y cuidado de Doña Blanca en el tiempo de su gobierno no pudieron extinguirlas, y se volvieron á encender de nuevo con mas furia que nunca, al darse la señal de la division entre padre é hijo. Habia sido ayo de Cárlos, y principal consejero en su gobierno, Don Juan de Beamonte, Gran Prior de Navarra, y hermano de Don Luis, Conde de Lerin y Condestable, casado con una hija natural de Cárlos el Noble. Estos eran los gefes del bando Beamontés; mientras que los Agramonteses seguian por caudillo al Mariscal del reyno Don Pedro de Navarra, Señor de Agramont. Declaráronse los primeros por el Príncipe, y los segundos, por ser contrarios á aquel partido, favorecieron el del Rey. Dícese en prueba de ello que poco antes del rompimiento, saliendo el Príncipe un dia á caza, se encontraron con él Don Pedro de Navarra y su amigo Pedro de Peralta; y le dixeron: *Sepa V. A. que os conocemos por nuestro Rey y Señor, como es razon y somos obligados, y nadie en esto debe pensar otra cosa; pero si ha de ser para que el Condestable y su hermano nos manden y persigan; sabed, Señor, que nos hemos de defender*

con la mayor honradez que pudiéremos; porque nuestra intencion no es de faltar á V. A., sino defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren deshacer. A lo qual respondió el Príncipe: *Yo no entiendo que el Condestable y su hermano os procuren tanto mal como decis: no penseis en eso, que Dios dará remedio á todo, y proveerá que mi padre y yo conozcamos que sois tan fieles servidores como debeis.*

Rompieron en fin padre é hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana, como hasta entonces; y el segundo entrar en la posesion de ella como estaba convenido anteriormente. A qual de ellos asistia la razon no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido mas sano que el Príncipe no apoyase la suya con las armas; porque este partido tenia siempre el mal aspecto de la irreverencia, y el inconveniente y los escándalos de una guerra civil. El Rey de Castilla y el de Aragon pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias; y él quiza hubiera adquirido la autoridad á que aspiraba, sin llegar á la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales; pues aunque la mas sana parte de Navarra estaba por el Príncipe, casi todas las fortalezas, y el mismo estado de Viana, llevaba la voz del Rey, que desde que murió su muger Doña

Blanca, y mucho mas desde su segundo casamiento habia tenido cuidado de entregar los castillos y las alcaydias á sus servidores mas fieles. Si á esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su actividad, su artificio, y el largo uso que tenia de la guerra por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido mas justo no era el mas fuerte, ni seria el mas feliz.

Negóse el Rey á confirmar los conciertos que su hijo habia hecho con Castilla; y Cárlos, ó que ya estuviese cansado de exercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberania, ó que fuese arrastrado del partido beamontés, dió la señal de la guerra; y ayudado de los castellanos tomó á Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó despues con sus aliados á sitiar á Estella, donde estaba la Reyna su madrastra. A su peligro voló el Rey, ayudado de las fuerzas de Aragon, y contando con las que le habia prevenido la parcialidad agramontesa; mas sin embargo, hallándose menos fuerte para entrar en batalla, se volvió á Aragon por nuevos refuerzos, encargando á los suyos que entretuviesen mañosamente á los contrarios. *Engañó á Don Cárlos*, dice Mariana, *su buena, sencilla y mansa condicion:* creyó que la ida del Rey á Aragon era para no volver tan presto: detestaba la guerra; y tal vez no queria hacerse odioso á los navarros, teniendo por mas tiempo

en el reyno tropas castellanas. Estas, á persuasion suya, levantaron el sitio, y se volvieron á Burgos; á tiempo que el Rey, nunca mas activo que entonces, despues de haber juntado con increible celeridad las fuerzas que tenia en Aragon, volvió prestamente á Navarra, y se puso sobre Aivar, con intento de tomarla.

Acudió el Príncipe á socorrerla, y sentó su campo á vista del de su padre. El Rey quiso dar luego la batalla para impedir que se engrosase el exército enemigo, á quien llegaban por momentos nuevas compañias. Pusiéronse unos y otros en órden de pelear, quando algunos eclesiásticos, conociendo la abominacion de semejante contienda, hicieron aquella vez el papel que correspondia á su ministerio; y á fuerza de súplicas, de ruegos y amonestaciones pudieron traer á concierto los ánimos de los combatientes. Dió al instante el Príncipe oidos á la composicion; y propuso á su padre una concordia concebida en los términos siguientes: que recibiese en su gracia á él y á los suyos: se le restituyese el principado de Viana y sus fortalezas, y á los de su partido los lugares y villas que los contrarios les hubiesen usurpado: que él habia de quedar en su plena libertad, y en la de disponer su casa como le pareciese: que habia de gobernar el reyno, como hasta allí, en las ausencias de su padre: que aprobase este los

conciertos hechos con Castilla; y se le diese tiempo de avisar á su Rey de esta nueva concordia.

No eran estas seguramente proposiciones de un rebelde; puesto que en ellas se dexaba al padre toda la autoridad soberana, por la qual se contendia. El Rey condescendió con algunas, negó y modificó otras, y al cabo el Príncipe, por amor de la paz, cedió á todo; y dixo que como su padre le recibiese en su gracia, volveria con todos los suyos á su obediencia. Firmóse la concordia primero por él, y despues por el Rey; juróse solemnemente; y á pocas horas de haberse jurado, los dos exércitos vinieron á las manos. Qual fuese la causa de esta revolucion tan repentina y tan escandalosa no se sabe; aunque se hace verosimil la sospecha de Aleson, que conjetura que en la enemistad que se tenian las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del Príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del Rey, que aunque compuesta de sus mejores batallones, le fue forzoso ciar. Pero hallábase en ella Rodrigo de Rebolledo, Camarero mayor de Don Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acreditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando, á su exemplo los fugitivos cobraron el valor perdido, y volviéron á la pelea. Huyeron de su

encuentro los ginetes andaluces que habian venido al socorro del Príncipe; y él, viéndose arrancar de las manos la victoria, redobló su esfuerzo y osadia, y atacó con los que le acompañaban el batallon en que estaba su padre. Ya se hallaba este acosado, y próximo al peligro de venir á manos del Príncipe, quando su hijo natural Don Alonso de Aragon voló á socorrerle, y acometiendo por un costado con treinta lanzas á los beamonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió, y dió lugar á los realistas para que los desbaratasen, y ganasen la victoria. El Príncipe hostigado á rendirse, no quiso hacerlo sino á su hermano Don
23 de Octubre de 1452. Alonso, á quien dió el estoque y una manopla, que el otro recibió apeado del caballo, y besando al Príncipe la rodilla.

El padre irritado no quiso verle; y él tenia la imaginacion tan herida, que temia le diesen veneno en la comida; y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fue llevado, quiso probar bocado alguno si antes no le hacia la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban mas por momentos; y todos los medios de concordia parecian imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado á ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El Príncipe de Castilla trataba de quitar por fuerza la gobernacion á su padre;

el Rey Cárlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fue despues Luis XI; y Navarra vió darse la batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el Rey partió á Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las cortes de Aragon, que iban á celebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen quarenta diputados de los que asistieron entonces, y que estos interviniesen en la expedicion de los muchos y graves negocios que en aquella sazon ocurrian: acuerdo molestísimo á Don Juan, porque conocia la oposicion que en esta comision hallaria para sus miras ambiciosas. Ningun asunto mas grave que las discordias de Navarra, y la prision de Don Cárlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignacion, y ayudados del Príncipe de Asturias, soplaban con mas fuerza el fuego de la guerra civil: se apoderaron de varios lugares, y acometieron las fronteras de Aragon. Lo mismo amenazaba por su parte el Rey de Castilla; de modo que los quarenta diputados trataron seriamente de concordar las cosas de Navarra, para atajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones políticas se allegaba tambien la conmiseracion natural que inspiraba el rigor del Rey con el Príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fue llevado al de Mallen, de Mallen al de Monroy; sin

que el rencor sospechoso de su padre le creyese asegurado en parte alguna. Los ánimos mas templados se ofendian y murmuraban viendo al Príncipe propietario de Navarra, heredero presuntivo de los estados de Aragon, y jóven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prision en prision como un vil criminal.

La primera demostracion que los quarenta hicieron de su disgusto y de su resolucion, fue hacer jurar á las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras, que no asistirian al Rey Don Juan en la oposicion á su hijo: *Si, vos, como Rey de Navarra*, le decian, *y Lugarteniente de Aragon, teneis dos guerras, nosotros no queremos tener mas que una, y nos basta la de Castilla.* Despues, sabiendo que todas las fuerzas de este reyno se juntaban para entrar en Navarra, y favorecer el partido beamontés, formaron los capítulos de una concordia por la qual se habia de poner al Príncipe en libertad: se le entregabá su estado de Viana: él habia de rendir á su padre á Pamplona y Olite, que seguian su voz: las rentas del reyno se dividirian entre ambos: todas sus diferencias se ponian en manos del Rey de Aragon, que se hallaba en Italia; demas de esto el hijo debia disponer su casa á su gusto, y habia de concederse perdon recíproco á los parciales de uno y otro bando.

El Príncipe firmó este convenio: el Rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban á su hijo; tales eran la de que no habia de ir sin su permiso á verse con el Rey de Aragon su tio, y que su casa se habia de componer de sugetos de las dos parcialidades beamontesa y agramontesa. Creia Don Juan que á trueque de conseguir su libertad, vendria en qualquier concierto por duro que fuese; y Cárlos, seguro del armamento que en su favor se hacia en Castilla, queria mejorar su partido, aunque fuese á costa de alguna dilacion. Pasábase asi el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragon veia amenazadas sus fronteras; su Rey ausente no le acudia; y sus diputados no sabian qué hacerse para sacar al reyno de aquel conflicto. Enviaron embaxadores á Pamplona para tratar de concordia; y la ciudad contestó que sus armas no se movian en daño de Aragon, sino en defensa de su Príncipe, cuya libertad y gobierno querian. Hicieron mas los navarros, que fue enviar embaxadores á las cortes de Aragon á asegurar esto mismo, y agradecer los buenos oficios que hacian en favor del Príncipe; y ordenaron que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reynos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que nada se adelantaba en quanto al Príncipe, nombró una diputacion de tres sugetos principales,

para que auxiliándose de la intervencion de las cortes de Aragon, se la pidiesen al Rey. Este no pudo ya resistir á los ruegos reunidos de los dos reynos y á la fuerza de las circunstancias; y sacando á su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó á Zaragoza, y le entregó en la sala de las cortes, en veinte y cinco de Enero de mil quatrocientos cincuenta y tres. Mas la libertad concedida no era absoluta: habia de tener por prision á Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los quarenta. Dierónsele treinta dias para que concluyese la concordia: término que no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fue preciso prorrogarle por dos veces; queriendo siempre el Rey apretar el rigor de la convencion, y no allanándose su hijo sino á lo que fuese justo. Por último consiguió su libertad, quedando en poder de su padre, en rehenes de lo pactado, el Condestable de Navarra y sus dos hijos Don Luis y Don Cárlos de Beamonte, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron á ello, por ver libre á un Príncipe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El Príncipe de Asturias Don Henrique, que aborrecia mortalmente al Rey Don Juan su suegro, no queria entrar en ajuste ninguno, y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas á la parcialidad beamontesa. Por este tiem-

po hizo tambien á la Princesa, su muger, el agravio de repudiarla y enviarla á su padre; pretextando que por algun hechizo oculto era impotente con ella. No habia para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo que haber estragado aquel Príncipe su temperamento con los placeres ilícitos é infames á que se dió en la primera juventud. La desdichada Blanca fue arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que despues le ocupase aquella Juana de Portugal, cuya imprudente conducta fue la ocasion de todas las desgracias de Henrique IV. Vivió algun tiempo en Aragon, y despues se fue á Pamplona con el Príncipe su hermano, á quien amaba entrañablemente, motivo por el qual vino á incurrir en el odio que su padre tenia á Don Cárlos. La discordia pues siguió en Navarra con el mismo furor que antes, sin que se remitiese mas que el breve espacio de tiempo en que se ajustaban algunas treguas por las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, Justicia de Aragon, enviado por el Rey de Navarra al de Castilla á ajustar las diferencias que hubiese, y la Reyna de Aragon, á quien su esposo Alonso V, justamente afligido de los males que padecia España, envió desde Italia á componerlas todas. La paz se ajustó al fin con Henrique IV, que acababa de suceder á su padre Juan el II, muerto en

aquella sazon; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades: y solo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año, que aunque no
1455. muy bien guardadas, todavía excusaban algun derramamiento de sangre.

Mas cumplido el término de aquella suspension, las hostilidades volvieron con mas furor que nunca. Ardia de saña el Rey, porque no se acababan de entregar las fortalezas, que segun el pacto hecho quando la libertad del Príncipe, se habian de poner en poder de aragoneses: amenazaba con hacer morir á los rehenes que tenia; el Príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenia en su poder de villas que habia tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de Don Cárlos en esta ocasion, pues que faltó á lo que él mismo habia firmado, y sus apoderados prometido. Pero asi él como sus parciales conocian bien el ánimo del Rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la Reyna de Aragon se habia mostrado duro, inflexîble, sin querer ceder nada del rigor y nulidad á que queria reducir á su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el Conde de Fox, por la qual este se obligaba á socorrer al Rey con todo su poder, y entrar en Navarra á castigar á los rebeldes, y el

Rey á desheredar á sus dos hijos Cárlos y Blanca, sustituyendo en su sucesion para despues de sus dias al Conde y Condesa de Fox. Asi este insensato disponia de una herencia que no era suya, y daba un derecho que no tenia; y añadiendo la barbaridad á la injusticia, se obligaba tambien á no recibir jamas á reconciliacion alguna, ni perdonar á sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse á su obediencia.

Ya el Conde habia entrado en Navarra con sus tropas, y unido á los realistas ponia espanto en los parciales del Príncipe, no bastantes en número ni en fuerzas á resistirle. Ya habian sido sitiadas y rendidas Valtierra, Cadreita y Melida: Rada, famosa por su fortaleza, arrasada: Aivar tambien que Cárlos habia recobrado, tuvo que rendirse á su madrastra, que en persona la habia cercado y combatido. Aquel reyno, que tan floreciente y tranquilo se habia mantenido en los felices dias de Cárlos el Noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolacion y homicidios; frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interes ni la gloria, sino el rencor y la venganza. El Conde instaba por la desheredacion de los dos Príncipes; y Don Juan habia nombrado Letrados y Juristas, que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el Rey de Aragon, irritado de la entrada de los

franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió á decir que pusiese en sus manos la querella que tenia con su hijo, como ya este lo habia hecho; y que de no hacerlo asi, le quitaria el gobierno del reyno de Aragon, y ayudaria con toda su fuerza el partido y la razon del Príncipe. Temió el Rey de Navarra la amenaza de su hermano, y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. Don Cárlos, no sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, á quienes se creia que ayudaria tambien el Rey de Francia; no fiando en los socorros del Rey de Castilla, tuvo por mas seguro irse á poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el qual por sus hazañas, por su mérito personal, y por la magnificencia de su corte, era entonces el primer Monarca de Europa. Asi dexando encargado el gobierno de la parte de Navarra que le obedecia
1457. á Don Juan de Beamonte, tomó por Francia el camino de Italia.

Desde Poitiers envió á su tio un secretario suyo á que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que á su llegada estuviese bien prevenido á su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial, le decia: que por dos y tres veces habia enviado á su padre gentes, suplicándole que le quisiese tener como hijo, y se compadeciese del pobre reyno

de Navarra, que tan bien le habia servido en otro tiempo: y que quando las cosas estaban á punto de concordarse, el Conde y la Condesa de Fox lo habian estorbado. *Los quales*, son sus palabras, *como se debia de esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empachado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios et vuestra autoridad é decreto con aquella razon, que ha sobre nosotros, no extingue este fuego.*

Mas no solo habian hecho este mal los Condes de Fox; sino que tambien malquistaron al Príncipe con el Rey de Francia Cárlos VII, imputándole que habia favorecido á los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querian con esto ponerle de su parte, y le incitaban á que haciendo alianza con ellos y el Rey su padre, entrase por Guipúzcoa, y entretuviese asi las fuerzas del Rey de Castilla, que confederado con el Príncipe, se preparaba á socorrer poderosamente su partido. Cárlos, que como Señor de Navarra y Duque de Nemours, tenia tantas relaciones con la corte de Francia, siguió su camino á Paris, donde fue recibido por aquel Monarca con todo honor y cariño; descargóse de las calumnias levantadas por sus hermanos, y separó al Rey de su rompimiento

con Castilla. Hecho este bien á su pais, se dispuso á partir á Nápoles, donde ya le llamaba el Rey su tio. Era su intento, si no le favorecia, pasar su vida en destierro, para no causar mas enojo á su padre, y separarse de la guerra civil que aborrecia. Por todas las ciudades que pasaba recibia los honores y aplausos que nacian de la estimacion de sus virtudes y talentos, y del interes que inspiraban sus desgracias. El Sumo Pontífice Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió á hacerlo, y de alli partió el Príncipe á Nápoles por la via Apia.

Recibióle el Rey de Aragon con las mayores muestras de honor y de cariño: bien es verdad que le reprehendió la resistencia que habia hecho á su padre con las armas, diciéndole que aunque la razon y la justicia estaban claramente de su parte; debia obedecer y sujetarse al que le engendró, y disimular su dolor aunque justo, y asi hubiera cumplido con las leyes divinas y humanas. A esto replicó el Príncipe: que sus vasallos y buenos amigos habian llevado muy á mal el gobierno de su padre despues de la muerte de su madre Doña Blanca. Que todos deseaban le entregase á él el reyno que le tocaba, segun los pactos hechos; y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él habia dado muestras de con-

formarse con su voluntad en esta parte. Mas que las cosas no habrian llegado á aquel extremo, si la hija del Almirante no hubiera venido á gobernar con tanta ofensa suya y de su reyno: que asi él como sus vasallos habian tenido esto á grande afrenta y mengua de su reputacion, que no podia disimularse. Y concluyó diciendo: *Cortad, Señor, por donde os diere contento: solo ruego que os acordeis que todos los hombres cometemos yerros: hacemos y tenemos faltas, este peca en una cosa, aquel en otra. ¿Por ventura los viejos no cometisteis en la mocedad cosas que podian reprehender vuestros padres? Piense pues mi padre que yo soy mozo, y que él mismo lo fue tambien en algun tiempo.*

Fuera de este cargo no recibió de aquel Monarca sino aplausos y favores. Es cierto que aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unian, y la calidad de heredero de todos los estados de Aragon y Navarra que acompañaba á Don Cárlos; sola la aficion á las letras y buenos estudios, que sobresalia en él, y por la qual ya era célebre, bastaba á darle autoridad y consideracion á los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasion de este Rey por la civilizacion y el saber, y en esta parte su sobrino debia tener mucho mas precio á sus ojos que su hermano, el qual jamas hizo otra cosa que intrigar, alborotar

y destruir. Tratóle pues como á hijo; pagó todas las deudas que habia contraido en el camino; le hizo una consignacion para sus gastos ordinarios; y asi él como su hijo le daban cada dia nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádivas con que á porfia le agasajaban. Escribia Cárlos todas estas particularidades á su leal ciudad de Pamplona, con aquella efusion de alegria que tiene un desdichado al ver por la primera vez reir el rostro á la fortuna. *Presto*, les decia, *placiendo á Dios, irán tales personas de la parte del dicho Señor Rey, nuestro tio, que reglarán estos fechos en la forma que cumple.... E non danzarán mas á este son los que con nuestros daños se festejan.*

Luego que en España se supo la buena acogida que habia tenido en Nápoles, su padre mudó de tono, y empezó á darle en los despachos el título de *Ilustre Príncipe y muy caro y muy amado hijo*, quando antes se contentaba con llamarle á secas *Príncipe Don Cárlos*. Pero los Condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesion de Navarra, intrigaron tanto con aquel Rey rencoroso, que al fin dió el escándalo de juntar cortes de su parcialidad en Estella; y desheredó
1457. alli á sus dos hijos Don Cárlos y Doña Blanca, pasando la sucesion á su tercera hija la Condesa de Fox, y por ella á su marido. Acto por su

naturaleza nulo, si se atiende á la justicia; pero que de algun modo podia desconcertar el partido opuesto, engañando á los simples, abatiendo á los cobardes, y determinando á los indecisos. Mas los parciales del Príncipe, y Don Juan de Beamonte, que estaba á su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo á aquel acto otro, mas justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron á cortes en Pamplona á los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por Rey á Don Carlos, con todas las solemnidades legales, en diez y seis de Marzo del mismo ano; llamándole Rey de alli adelante en los despachos que emanaban del Gobernador y del Consejo.

Indignóse terriblemente Don Juan, llamando desacato y desafuero lo que él mismo habia provocado con su injusta y bárbara desheredacion; y achacando aquella medida generosa y atrevida á las instrucciones que habia dexado su hijo, redoblaba su cólera y su indignacion contra él. En esta posicion le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto; y, como es de presumir, no era sazon de recabar cosa alguna. Entretanto llegó al Príncipe la noticia de su aclamacion, y no pudo dar otra prueba mayor de su inocencia que apresurarse á escribir al Gobernador, á los Consejos, y á la diputacion de Pamplona, el sentimiento que le causaba aquella determi-

nacion, y la desaprobacion solemne del acto que se le imputaba. Exîste aun la carta que escribió entonces, y su contexto es una respuesta convincente de la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado despues. Su fecha es de veinte y nueve de Abril de mil quatrocientos cincuenta y siete, y no será importuno extractar algunas de sus expresiones, que manifiestan el verdadero espíritu que entonces le dirigia.

Por letras de gentes aragonesas supimos una novedad mucho grande, que se decia ser fecha por vosotros, á la qual nos no podiamos consentir ni dar fe, por ser ella tanto apartada é remota de toda facultad é razon..... Se escribe que vosotros nos habeis elevado por Rey con aquellos actos é celebracion de los Reyes de Navarra: lo qual nos ha puesto en tanta molestia é tormento, que no se puede escribir: maravillámonos de vuestra intencion é motivo: é no sabemos qual es, é no menos de vuestra providencia é circunspeccion, que asi poco ha mirado una tamaña é tanto escandalosa facienda...... No pudiérades esayar cosa alguna que tanto oscura nos fuese, ni mas decriase á nuestra opinion, estimacion é reputacion en el mundo. Habeis atropellado nuestra causa, honestat et razon; car defender nuestro patrimonio, nues-

tra persona é estado, lícito é honesto nos era: mas oscurar ó disminuir el honor paternal no lo sostienen las leyes; é solo este acto da fundamento é razon á todos nuestros rebeles é malos, et les habeis dado título de pugnar. Car á nos habeis preciso é atajado toda esperanza de remedios de paz: habeisnos expuesto á gran indignacion é desdeño de este Rey é Señor nuestro tio, en el qual solo, empues de Dios, restaba nuestro reparo é consuelo. Habeis puesto á peligro las vidas de nuestro Condestable é de los otros que estan en rehenes por nos; é finalmente, habeis provocado contra nos é vosotros todos aquellos que en favor nuestro eran.

Por ende no podemos consentir en vuestra errada determinacion; la qual si posible nos fuese quitar, é la dicha noticia é manifestacion en que es, nos seria mas grato é apreciable que ganar un reyno...... Que ceseis é fagades cesar á todos los nuestros que obedientes é súbditos é servidores nos son, de nos intitular ó notar é decir vuestro Rey. Entendidos sois todos....., é sabeis que el Real señorio é propiedad de las cosas no consiste en la vocal formacion, la qual solo es signo ó señal solament: que en otra manera si la intitulacion voluntaria diese razon de las cosas del mundo, todas serian comunes, é no de privadas personas. E á

nos solo venia bien, que nuestro genitor y señor se intitule Rey ancora en aquello que es nuestro..... Podria ser que causa vos habian dado á esto algunos procesos que se pudiera excusar facer contra nos...... No sentimos ni estimamos mas esto de lo que se debe estimar é sentir..... Brevemente vos enviaremos personas de nuestra casa con los embaxadores que van del señor Rey nuestro tio, mas á pleno instructas de lo que se ha de facer. Mas quisimos sintiésedes quanto mas presto pudimos, quan molesta nos es la novedad ante dicha, porque no perseveredes en ella, si mirais á nos complacer et servir.

No fue esta sola la gestion que hizo el Príncipe para allanar el camino á la concordia. Escribió tambien á su primo el Rey de Castilla, que restituyese las plazas y castillos entregados á él por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedian, al tiempo de los preparativos del Conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas por el amor de la paz, no impedian que en otras ocasiones el Príncipe sostuviese con entereza sus derechos, quando veia que de abandonarlos habian de resultar inconvenientes. Asi quando murió el Obispo de Pamplona él presentó al Papa para aquella dignidad á Don Carlos de Beamonte, hermano del Condestable y del Gobernador. Su padre se dió mas prisa, y pi-

dió el obispado para Don Martin de Amatriain, Dean de Tudela, que á la sazon estaba en Roma; y el Pontifice se le habia concedido. No cedió el Príncipe, conociendo que la intencion de su padre era poner en Pamplona un Obispo de su partido; y asi representó eficazmente al Papa que revocase la gracia: ni cedió tampoco á las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo; y el Papa, vencido de sus instancias, y creyendo que Don Cárlos no estaria tan firme sin la anuencia del Rey su tio, confirió la administracion del Obispado al célebre Cardenal Besarion.

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del Rey de Navarra, sin que las satisfacciones del Príncipe bastasen á calmarle. Rodrigo Vidal, despues de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerian, propuso una suspension de armas entre los dos partidos. Venian en él los beamonteses; pero el Rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal entonces, creyendo que su mision era hacer la paz á qualquier costa, pensó otros medios de conseguirla mas favorables al partido del Rey: propúsolos al Gobernador Beamonte, quien le preguntó, si aquellos artículos se habian propuesto con anuencia del Monarca aragonés: respondió Vidal que no; y entonces el generoso navarro, *yo no tengo*, dixo, *órden del Príncipe*

sino para obedecer lo que el Rey de Aragon ordene; y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos expondremos á todo riesgo por obedecerle, antes que tener paz y sosiego tan infame.

Mayo 1457 Por este tiempo tuvieron vistas los Reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre sí: vino la corte de Navarra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió tambien el Gobernador Beamonte, y propuso que se entregasen en seqüestro al Rey de Aragon todas las plazas fuertes del reyno, asi de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y Gobernadores de su mano, hasta que el mismo Rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el Rey Don Juan venir en este partido: tenia fundadas esperanzas de reducir al Rey Henrique IV, asi por sus gestiones propias, como por las que hacia su muger Doña Juana con la Reyna de Castilla. Las dos se veian y se festejaban; y es de ver en los monumentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los Procuradores del Príncipe el luxo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanas. Acostumbrados á la modestia con que se habian presentado siempre la Reyna Doña Blanca y la Princesa Ana de Cleves, muger del Príncipe, no podian menos de admirar la locura de las damas que acompañaban á la Reyna de Casti-

lla. *La una trae bonet, la otra carmagnola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almayzar, la otra á la vizcaina, la otra con un pañuelo: é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para armar ballesta, de ellas espadas, y aun lanzas y dardos, y capas castellanas, quanto, Señor, yo nunca vi tantos trages de habillamientos.* Asi escribia al Príncipe su Procurador patrimonial Martin Irurita; añadiéndole al fin: *Nuevas de acá otras, Señor, buenamente no sé que escriba, sino que tierra de Vascos, de ocho dias acá, está en vuestra obediencia, et todas las montañas, sino Gorriti; é los vuestros se esfuerzan lo mas que pueden: mas por Dios, Señor, son pocos é pobres, é á la larga no se podrán sostener.*

No era pues extraño que el Rey Don Juan, fiero con su preponderancia, se negase á toda composicion, que no humillase completamente á su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el Rey de Castilla, debieron unirse para este efecto las sugestiones de la Condesa de Fox, que tambien se halló á aquellas vistas, y trataria de impedir toda concordia que perjudicase á sus miras codiciosas sobre la sucesion del reyno de Navarra. Estaba entonces lisiada de una dolencia, que no la dexaria alternar en bizarria con las dos Reynas

concurrentes, y que hacia decir con gracia á Rodrigo Vidal, escribiendo al Príncipe: *Dícese, Señor, que la Condesa de Fox, vuestra hermana, está cerca de perder un ojo. A la mi fe, Señor, no tengais dolor ó penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano, bien merece perder un ojo, aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á mas que de paso, é hoy debe entrar en Tudela.*

Asi todo se conjuraba en España en ruina del desdichado Don Cárlos: su partido desmayaba; el del Rey su padre se hacia cada dia mas fuerte en Navarra: sus hermanos atizaban el fuego; y sus aliados le abandonaban. Pero el Monarca de Aragon creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer á su hermano, y le envió nuevos embaxadores que le hiciesen entender su voluntad, y abandonar á su decision los negocios de Navarra. Y aunque hasta alli lo habia repugnado mucho, porque asi se desvanecian sus tratos con los Condes de Fox; malgrado suyo al fin tuvo que rendirse, y firmó á últimos del año de mil quatrocientos cincuenta y siete, en Zaragoza, el compromiso, en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del Rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra: se dió libertad á los prisioneros; y despues, á principios del año siguiente, revocó el Rey Don Juan los procesos que tenia abiertos con-

tra el Príncipe y Princesa sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos; reserva inventada por el rencor y mala fe, á fin de no dexar nunca de tener pretexto para perseguirlos.

Mas las esperanzas que el Príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del Rey de Aragon, que falleció en Nápoles en Junio del año siguiente. Conquista- 1458.
dor de un reyno, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la Italia, que le debió su sosiego; espléndido en su corte, la mas civilizada y culta de Europa; honrador y apreciador apasionado del saber; Monarca paternal, buen amigo, hombre amable, Rey en fin de los Reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y á su muerte el sentimiento de los pueblos y de las naciones fue universal. La Italia y la España perdieron á muy mala sazon un moderador, que contenia con su respeto y su autoridad toda la ambicion de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió mas que el Príncipe de Viana: sus diferencias iban á ajustarse, y segun el amor que le tenia el Rey su tio, era de esperar que fuese muy á satisfaccion suya la sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del par-

tido que iba á tomarse; y cesaban al fin aquellos escandalosos debates, que ni hacian honor á su caracter y moderacion, ni eran favorecidos de la fortuna, ni podrian venir á parar en otro fin que en destruirle á él, y destruir su miserable reyno. ¿Cómo ya sin nota de insensatez ponerse á luchar con el poder del Rey su padre, Señor, por muerte de su hermano, de todos los estados de Aragon? ¿Ni qué esperanzas fundar en la proteccion de su primo, el heredero de Nápoles, cuyo poder é influxo eran ya tan inferiores?

Si el Príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasion se le presentó en la muerte de Alfonso, quando mucha parte de los Barones y Nobles napolitanos se ofrecia á aclamarle Rey suyo, no queriendo obedecer á Don Fernando, hijo natural del conquistador. Dicen que él daba oido á estos tratos, y que por no ver probabilidad de buen éxîto, se embarcó prontamente, y se dirigió á Sicilia. Mas lo cierto es que nunca se rompió la buena armonía entre él y su primo, y que este le pagó puntualmente mientras vivió la manda de doce mil ducados anuales, que el Rey difunto le dexó en su testamento. El mismo amor y reverencia de los pueblos que se habia grangeado en Nápoles por su moderacion, mansedumbre, sabiduría y prudencia, le siguieron á Sicilia, donde se llevó tambien las voluntades de todos: su pa-

dre, que conocia este atractivo de su persona, sabiendo las aclamaciones y el afecto de los sicilianos, hubiera entonces venido en cederle á Navarra y su independencia, con tal de sacarle de la isla. ¿Y qué hacia él entretanto para dar motivo á estas sospechas odiosas? Declarar en cortes del reyno que su intencion era volver á la obediencia y servicio de su padre; negarse á las repetidas instancias que se le hicieron para coronarle Rey de Sicilia; castigar á tres sugetos principales que no quisieron hacerle homenage en nombre del Rey, y negarse á las gestiones de los Barones de Nápoles, que otra vez le convidaban con aquel estado. Ocupado ademas en leer los excelentes libros de los monges benedictinos de San Plácido de Mecina; en escribir algunas obras en prosa y verso, y en corresponderse con los hombres eruditos y humanistas de su tiempo; no aspiraba sino á reposar de tantas agitaciones y torbellinos, y volver al seno y amistad paternal.

Para esto exploró la voluntad del Rey por medio de embaxadores que le envió á darle razon de su conducta, y negociar la reconciliacion. Fue contento el Rey de que se viniese á España; y dió la vela desde Sicilia, en una armada que se aprestó al efecto; pasó por Cerdeña, donde obtu- 1459.
vo las mismas aclamaciones y respetos, y arribó á Mallorca, donde se le aposentó en el palacio

Real, entregándole el castillo de la ciudad. No se hizo lo mismo con el de Belver, segun se lo habia ofrecido su padre; y esto le dió á entender que la indulgencia y amistad que le prometia eran inciertas y sospechosas. Escribióle en fin una carta, que todos los analistas copian, y cuya substancia viene á ser, reducirse á su obediencia; cederle lo que por él se mantenia en Navarra; pedirle con ahinco la libertad y el perdon de sus parciales; suplicarle que diese estado á su hermana Doña Blanca y á él mismo; proponerle que pusiese por Gobernador de Navarra un aragonés, libre de toda pasion, quitando aquel encargo á Doña Leonor su hermana, y pedirle la restitucion de su Principado de Viana y Ducado de Gandia, quedándose el Rey con los castillos para mas seguridad. Entre otras razones le dice esta, que pudiera ablandar á otro padre menos rencoroso y prevenido: *Y non tema ya V. S. de mí: ca dexadas las razones que Dios y naturaleza quieren; ya estoy tan farto de males y ausadas de mar, que me podeis bien creer.*

23 de Enero de 1460. El Rey condescendió con unos artículos, alteró otros, y se negó á algunos; pero al fin el convenio se hizo: la parte de Navarra que obedecia al Príncipe se entregó al Rey con poco gusto de los beamonteses, que se resistian á ello; el Condestable y demas rehenes se pusieron en libertad;

diéronseles sus bienes; al Príncipe se le restituian las rentas de su estado de Viana; y quedaba desterrado de los reynos de Navarra y de Sicilia, donde su padre no queria que estuviese. Era tal el ansia que tenia de concluir el ajuste, que hizo venir de Navarra á dos hijos naturales que tenia, Don Felipe y Doña de Ana de Navarra, y á la Princesa Doña Blanca, para que estuviesen al lado de su padre; cosa que ponia en gran sospecha á todos los suyos que decian, era entregarlos á sus enemigos para que completasen su perdicion.

Hecho esto, dió la vela desde Mallorca, y se vino á Cataluña: no habia creido que para ponerse en manos de su padre, debiese esperar su aviso; pero el Rey llevó á mal esta determinacion, como una ofensa hecha á su autoridad. Temíale donde quiera que estuviese; temia á la correspondencia que seguia en Sicilia, Nápoles, España y Francia; temia á aquel interes que inspiraban sus desgracias, al respeto que se grangeaban sus virtudes, á la seduccion que llevaba en la amabilidad de su caracter y en la moderacion de sus costumbres. El aspecto de estas bellas prendas, y el de las esperanzas que prometian, hacia en la imaginacion de los pueblos una oposicion terrible con los sentimientos que inspiraba el Rey Don Juan, hombre de pocas virtudes ó ninguna, ya anciano, gobernado por una muger ambiciosa y fiera, que

por lo mismo que era nacida particular, insultaba á los pueblos con la ostentacion de su imperio y de su tiranía. Llegó á Barcelona, donde sus moradores quisieron recibirle en triunfo; él entró modestamente, pero no pudo negarse á las luminarias, á los vivas y á las diversiones que el contento de verle inspiraba. Tratáronle con la solemnidad de primogénito; y el Rey se ofendió tambien de esto, y ordenó, que hasta que él le declarase por tal, no se le diesen mas honores que los debidos á qualquier Infante hijo suyo. Queria el Príncipe verse á solas con su madrastra para terminar todos los puntos de diferencia: ella constantemente se negó, y en compañía del Rey vino á verle á Barcelona, saliendo el Príncipe á recibirlos hasta Igualada. Al encontrarse con ellos se postró á los pies de su padre, le besó la mano, le pidió perdon de todo lo pasado, y su bendicion: con el mismo respeto hizo reverencia á la Reyna; y correspondiéndole los dos con muestras de benevolencia y de amor, entraron juntos en Barcelona, que hizo en aquella ocasion todas las demostraciones públicas de alegría en celebridad de aquella concordia.

Pero no se acaba tan presto rencor tan largo y cebado con tantos agravios, sobre todo de parte de los ofensores. El Rey tenia ya apagado todo cariño hácia su hijo: entregado enteramente á su

muger, no veia sino por ella y para ella: la Reyna aborrecia personalmente al Príncipe: el interes de su hijo le aconsejaba su pérdida; y su corazon, ardiente y perverso, no desdeñaba medio ninguno de conseguirla. ¿Qué acuerdo pues podia tomarse, ni qué concordia ajustarse que fuese estable y segura? Faltaba casar al Príncipe, y declararle los derechos y prerogativas de primogénito y sucesor. El Rey se negaba á lo último, á pesar de los ruegos que le hacian los estados de Aragon y Cataluña, que creian ser este el medio mas seguro para afirmarse la paz, y evitar nuevos disturbios. No estaba tan negado en quanto á casarle; pero queria fuese con Doña Catalina, hermana del Rey de Portugal. Accedió el Príncipe á este enlace, viendo que su padre le deseaba, aunque era mas de su gusto y de su interes el de Doña Isabel, hermana del Rey de Castilla; union que estrecharia mas los nudos de la larga alianza que habia tenido con aquella corte, y de la proteccion que habia hallado en ella. Mas los Reyes de Aragon querian á Isabel para su hijo Fernando; y es preciso confesar que esta boda, por la edad igual de los dos Príncipes, era mas acertada que no la de Don Cárlos, el qual llevaba treinta años á Doña Isabel. Todo entregado á este trato el Rey Don Juan, descuidaba el casamiento del Príncipe como una cosa de poca importancia; y

repugnaba el declararle su sucesor como si fuera una injusticia.

En este tiempo los Grandes de Castilla, descontentos del gobierno de Henrique IV, conspiraron á reformarle, entrando en esta liga, á ruegos del Almirante Henriquez, el Rey de Aragon. Esperaba él, por favor de los descontentos, recobrar los muchos estados que habia perdido en aquel reyno: miserable achaque de hombre, no contentarse con tantos dominios y señorios como tenia, y aspirar á revolver todavía el dominio ageno, para poseer lo que por sus turbulencias y agitaciones habia perdido. Henrique IV y sus Ministros, hábiles esta vez, creyeron conjurar la nube, estrechando la confederacion que tenia aquel Rey con el Príncipe de Viana, y ofreciéndole la mano de la Infanta Doña Isabel. Enviaron á este fin un emisario, que secretamente se lo propusiese; y el Príncipe dió gustoso oido á este nuevo trato. Quánta fuese su culpa ó su imprudencia, ó bien su razon y su derecho en dar la mano á esta negociacion, no es fácil determinarlo ahora: seria preciso para ello tener noticia de todos los chismes, de todas las palabras, de todas las acciones, indiferentes en la apariencia; que llevadas de una parte á otra, y exâgeradas por la pasion, causan sospechas, incitan á venganza ó á temor, y hacen revivir los odios mal apagados. Lo cierto es que

el Príncipe por la concordia se habia atado las manos, y privado de todos los recursos, sin querer mas que las prerogativas de primogénito y sucesor de su padre; y que el Rey, retardando esta declaracion, dilatando el darle estado, y teniéndole alejado de sí y de su cariño, se mostraba mas en disposicion de favorecer los intentos de sus enemigos, que de cimentarle en su gracia.

Celebrábanse á la sazon cortes de Cataluña en Lérida, y de Aragon en Fraga. Los diputados de este reyno habian pedido la jura del Príncipe, y no la pudieron conseguir, quando el Almirante de Castilla, que llegó á averiguar el trato secreto que habia entre su Rey y el Príncipe de Viana, dió aviso de todo á los Reyes de Aragon. Dicen que Don Juan no quiso al principio dar asenso á esta noticia, y que fue menester para que la creyese que la Reyna se la confirmase, llorando y maldiciendo su fortuna. El consentimiento y aun el poder que habia dado Don Carlos para ajustar su matrimonio con la Infanta de Portugal, pudo servir de fundamento á la incredulidad del Rey. Viéndose pues engañado, y teniendo á traycion las pláticas de su hijo, determinó arrestarle, y envió á llamarle á Lérida, donde entonces se hallaba celebrando las cortes de Cataluña. Ibanse estas á concluir; y el Príncipe, viendo que no se trataba de jurarle en ellas sucesor del Rey su pa-

dre, mostraba desesperacion y abatimiento, como adivinando lo que iba á sucederle. Muchos de sus amigos y consejeros le advertian que no fuese allá á ponerse en manos de sus encarnizados enemigos. Su médico desenfadadamente le decia: *Señor, si sois preso, sed cierto que sois muerto, porque vuestro padre no os prenderá sino pora haceros matar; y aunque os hagan la salva, os darán un bocado con que os enviarán vuestro camino.* Unos opinaban que debia escaparse á Sicilia, otros á Castilla: todo era propósitos y proyectos; y él, constituido en extrema urgencia, avisaba á varios pueblos de Cataluña que le socorriesen con dinero. Al fin resolvióse á obedecer á su padre, fiado en el seguro que daban las cortes. Llegó á Lérida, y al otro dia despues de fenecidas, llamado por su padre, se presentó á él. Dióle el Rey la mano, y le besó, segun costumbre de entonces; y al instante le mandó detener preso. A este terrible mandato el Príncipe se echó á sus pies, y le dixo: *¿Dónde está, ó padre, la fe que me disteis para que viniese á vos desde Mallorca? ¿Adónde la salvaguardia real que por derecho público gozan todos los que vienen á las cortes? ¿Dónde la clemencia? ¿Qué significa ser admitido al beso de padre, y despues ser hecho prisionero? Dios es testigo de que no emprendí ni imaginé cosa alguna con-*

2 de Diciembre de 1460.

tra vuestra persona. ¡Ah Señor! no querais tomar venganza contra vuestra carne, ni mancharos las manos en mi sangre. A estas añadió otras razones, que el Rey escuchó sin conmoverse; y fue entregado á los que estaba ordenada su custodia.

A la nueva imprevista de esta prision toda Lérida se alteró, como si de repente fuese asaltada de enemigos. Atónitos al principio y pasmados, no sabian qué creer y qué juzgar, y pensaban si habia alguna conspiracion contra el Rey: mas quando fueron ciertos de lo que era, y se dixeron los motivos y las circunstancias de aquella novedad, entonces los ánimos vueltos á la conmiseracion, empezáron casi á gritos á exâltar las virtudes del Príncipe, á llorar su desgracia, y á deprimir al padre inhumano que le perseguia. Los diputados de las cortes de Cataluña se presentaron al Rey: le recordaron el seguro que daban las cortes: le pidieron que se les entregase la persona de Carlos: salian por fiadores de su seguridad; y ofrecieron servir al Rey con cien mil florines por esta condescendencia. Las cortes de Aragon, que aun se tenian en Fraga, enviaron tambien una diputacion reclamando la clemencia del padre para con el hijo, y el interes que todo el reyno tomaba en su libertad y seguridad: pedian tambien que se les entregase el Príncipe; y ofre-

cian condescender con las demandas que el Rey habia hecho en ellas. Negóse ásperamente el Monarca á todo concierto, y por suma gracia concedió á su hijo que le llevaria á Fraga desde Aytona, en donde le habia puesto; pero para ello le hizo renunciar todas las libertades y fueros de Aragon, y le dió á entender que esto se lo concedia á ruegos de la Reyna su madrastra.

Entretanto mandó que se ordenase de nuevo el proceso que anteriormente habia fulminado contra él. Imputábanle sus enemigos que queria matar á su padre, valido del auxîlio que esperaba en los facciosos de todos los estados que le obedecian: que tenia concertado irse secretamente á Castilla, y para ello habia venido á la frontera gente de este reyno; y se hablaba de una carta del Príncipe á Henrique IV, donde estaban las pruebas de su horrible conspiracion. Mas no exîstiendo tal carta, inventada solo por el rencor y la calumnia, apelaron los perseguidores á otras pruebas. Habia sido preso al mismo tiempo que el Príncipe su grande amigo y consejero Don Juan de Beamonte, Prior de Navarra, aquel que en la guerra civil defendió los intereses del Príncipe con tanto heroismo y constancia. Este fue llevado á la fortaleza de Azcon, tratado con todo rigor, y preguntado acerca de los capítulos de acusacion que se hacian contra su Señor. Horrorizóse él al oir

la inculpacion de parricidio; y aunque declaró los diversos propósitos en que vacilaba el Príncipe, atosigado de las sospechas y del peligro que le mostraban los procedimientos y el rigor de su padre; todos ellos eran dirigidos á la seguridad de su persona, y ninguno al perjuicio del Rey ni del estado. Estas declaraciones no contentaban á la ira, ni la apaciguaban; y el Príncipe desde Aytona fue llevado por el Rey á Zaragoza; luego á Miravet, y desde alli á Morella, donde al fin le creyó seguro por la fortaleza de su situacion.

Los catalanes, viendo desairadas las representaciones que sobre el caso habian hecho en Lérida las cortes al Rey, acordaron formar un consejo de veinte y siete personas, las quales, juntas con los diputados de las cortes, ordenasen todas las providencias y actos concernientes á este negocio, y enviaron al Rey una diputacion de doce comisarios, y al frente de ellos al Arzobispo de Tarragona. Este prelado pidió al Rey que usase de clemencia: le representó los males que iba á causar su repulsa: lo extraño que aquel rigor pareceria á los pueblos, todos persuadidos de la inocencia del Príncipe; y le recordó la obligacion en que estaba de mantener en ellos la paz en que se los habian dexado sus antecesores. Respondió el Rey que las desobediencias de su hijo, y no odio ú enojó particular que le tuviese, le habian precisado á pren-

derle. Que el Príncipe estaba continuamente poniendo asechanzas á su persona y estado: que nada aborrecia mas que su vida: que habia hecho liga con el Rey de Castilla contra la corona; y al decirlo, maldixo la hora en que le engendró. Viendo los veinte y siete el poco progreso que habian hecho estos embaxadores, hicieron poner á toda Barcelona sobre las armas, y diputaron otras quarenta y cinco personas, con un acompañamiento de caballos armados, tan numeroso, que mas parecia exército que embaxada. El Abad de Ager, que iba al frente de ella, representó al Rey que el principado pedia á voces la libertad de su hijo: que solo con ella podian sosegarse los pueblos alterados con semejante novedad: que tuviese piedad del Príncipe, y de sí; y por si acaso fiaba en los socorros del Conde de Fox y del Rey de Francia, recordóle que los franceses habian llegado un tiempo hasta Girona, y se volvieron vencidos, pocos y sin Rey á su pais; y le amonestó por fin que no diese lugar con su tenacidad á los últimos extremos de la indignacion pública. Esto era mas bien una amenaza que una súplica; y el Monarca, fiero y temoso por carácter, contestó que él haria lo que la justicia y la obligacion le mandaban; y amenazándoles, añadió: *Acordaos que la ira del Rey es mensagera de muerte.*

En un dietario de la diputacion general del principado, que tengo á la vista, se dice que el Rey no quiso aguardar en Lérida á estos últimos embaxadores, y que teniendo miedo á su acompañamiento, salió para Fraga, huyendo á pie, de noche, y sin cenar. Otros hacen esta salida posterior, quando la amenaza, convertida en amago, vió ya la llama de la sedicion arder en toda Cataluña, y la asonada de guerra retumbar en sus oidos.

Con efecto, no esperando ya remedio alguno de la sumision ni de las representaciones, el principado apeló á las armas. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la diputacion las banderas de San Jorge y la Real: se proclamó persecucion y castigo contra los malos consejeros del Rey: se mandaron armar veinte y quatro galeras: se cerraron unas puertas de la ciudad: se puso presidio en otras; y los diputados y oidores se encerraron en la casa de la diputacion con propósito de no salir de alli hasta la conclusion de aquel gran negocio. Empezáronse á convocar y alistar gentes de armas y ballesteria; y los terribles gritos de *via fora somaten* resonaban por todas partes, encendiendo y exâltando los ánimos á la defensa de su Príncipe. No habian podido contener esta agitacion el Maestre de Montesa y Don Lope Ximenez de Urrea, enviados antes por

el Rey á este fin: el Gobernador Galceran de Requesens, á quien tenian por uno de los acusadores del Príncipe, huyó de Barcelona al acto de tremolar las banderas; pero fue preso despues en Molins del Rey, llevado á Barcelona, y puesto en la veguería. Los capitanes catalanes que estaban en Lérida salieron tendidas sus banderas, y se dirigieron á Fraga, de donde el Rey huyó á Zaragoza; y la villa y el castillo se rindieron á los malcontentos. En esta ocasion ya toda España estaba en armas en favor del Príncipe. El Rey de Castilla arrimó sus tropas á la frontera de Aragon, amenazando: los beamonteses alzaron la frente en Navarra, y su caudillo el Condestable, ansioso de vengar las injurias del Príncipe y las de su familia, revolvió sobre Borja con mil lanzas castellanas: Zaragoza alterada pedia tambien á voces la libertad del primogénito de la corona, y el contagio cundiendo desde el centro hasta las extremidades, los mismos clamores se oian y el mismo daño amenazaba en Mallorca, Cerdeña y en Sicilia.

Triunfaba en su prision el Príncipe de Viana de sus viles enemigos, que faltos de consejo, desnudos de recursos, no sabian qué partido tomar. No era entonces como despues de la batalla de Aivar, quando socorrido de una faccion, y ayudado de sus fuerzas aragonesas, el Rey oprimia

la faccion contraria, y dictaba leyes á los vencidos: ahora todos los estados del reyno pedian á voces al prisionero; y la conmocion universal, y los progresos que hacia la gente armada, no dexaban respiro á la agonia, ni lugar á la dilacion. Cejó en fin, y concedió la libertad al Príncipe, dándosela como á ruegos de la Reyna su madrastra. Ella se hizo este honor en la carta que escribió á los diputados del principado de Cataluña, avisándoles que ya habia recabado del Rey la libertad de su hijo, y que ella misma iria á Morella para sacarle del castillo, y llevarle á Barcelona. Asi lo hizo; y el Príncipe dió al instante parte de su libertad á Sicilia, á Cerdeña, y á todos los Príncipes sus amigos y confederados. La carta que en aquella ocasion escribió á los de Barcelona es la siguiente: *A los Señores, buenos y verdaderos amigos mios, los diputados del principado de Cataluña:* = *Señores, buenos y verdaderos amigos mios: hoy á las tres de la tarde ha venido la Señora Reyna, la qual me ha dado plena libertad; y ambos vamos á esa ciudad, donde personalmente os daremos las debidas gracias. Escrita de prisa en Morella el dia primero de Marzo.* = *El Príncipe que os desea todo bien.* = 1461. *Cárlos.*

Estas demostraciones no engañaban á nadie, y menos á la diputacion, que envió embaxadores á

recibir y encargarse de la persona del Príncipe, y á intimar á la Reyna que no llegase á Barcelona, si queria evitar los escándalos que su presencia iba á ocasionar. Ella se quedó mal contenta en Villafranca del Panadés; y el Príncipe siguió su camino, y entró en Barcelona el dia doce de aquel mes á las quatro de la mañana. Su entrada fue un triunfo mas solemne que el que pudiera celebrarse por una gran victoria sobre los enemigos; y mas apacible siendo inspirado por la alegria y el amor general de todo un pueblo. Desde el puente de San Boy hasta la ciudad todo el camino de una y otra banda estaba lleno de ballesteros y de gente armada á dos filas: salíanle tambien al encuentro quadrillas de niños, que armados puerilmente á la manera de los hombres, mostrando alegria por su libertad y venturosa venida, le saludaban gritando: *¡Cárlos, primogénito de Aragon y de Sicilia, Dios te guarde!* Toda Barcelona salió á recibirle en sus diputados, eclesiásticos y nobles, no en congregacion, sino cada qual por sí, y á caballo; cosa que hacia la alegria y la ceremonia mas sincera y mas grande. Las filas de hombres armados estaban tendidas al rededor de la muralla por donde habia de pasar, y la rambla guarnecida de mas de quatro mil menestrales armados tambien. Barcelona en aquel aparato manifestaba los esfuerzos qne habia hecho para conseguir tan buen

dia; y las grandes luminarias que encendió por la noche eran la demostracion de su regocijo.

Comenzóse despues á negociar para sosegar los movimientos de guerra que por todas partes amenazaban. El Rey de Castilla se hallaba en Navarra con un poderoso exército, y ya habia tomado á Viana y Lumbierre. Al Rey de Aragon, á pesar de su poder, le faltaban fuerzas para acudir á aquel reyno, pues no podia servirse de las de Cataluña, y los aragoneses no se prestaban gustosos á ser opresores de los navarros, ni á intervenir en lo que no les importaba. Por tanto necesitaba hacer la paz con prontitud. Las proposiciones que el Príncipe hizo al Rey no eran seguramente de hombre orgulloso y desvanecido con su victoria: pedia ser declarado primogénito y sucesor: gozar las prerogativas de tal: que se pusiese en Navarra otro Gobernador que la Condesa de Fox, dando este encargo á una persona de la corona de Aragon; y las plazas y castillos los tuviesen hombres del mismo reyno por el Rey hasta su muerte; quedando despues la sucesion expedita al Príncipe. Tambien negociaba la Reyna desde Villafranca; pero los diputados que Barcelona le envió al efecto, quizá en odio de ella, hicieron unas proposiciones tan duras, que mas parecian escarnio que composicion. Pedian que se declarasen válidos y firmes todos los actos hechos por ellos sobre la

libertad del Príncipe, y en defensa de sus privilegios: que se pusiese al instante en libertad la persona de Don Juan de Beamonte: que fuesen declarados inhábiles y destituidos de los empleos todos los consejeros que tuvo el Rey, desde que fue hecha aquella prision, sin que pudiesen ser habilitados jamas: que el Príncipe fuese jurado primogénito, y como tal sucesor de todos los reynos de su padre y Gobernador de ellos: que la administracion del principado y condados de Rosellon y Cerdaña fuese suya, con título de Lugarteniente irrevocable: que el Rey no entrase en el principado: que no interviniesen en el consejo del Rey ni del Príncipe sino catalanes: que en caso de morir Don Cárlos sin hijos, fuese nombrado al mismo fin Don Fernando su hermano con las mismas facultades: ofrecian heredarle alli; y al Rey, si venia en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron tambien que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas Reales ó sus hijos, sin intervencion del principado de Cataluña, ó de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y por último, no contentos con dar la ley en su casa, querian tambien ordenar las cosas de Navarra; y propusieron que la jurisdiccion y fuerzas de este reyno se encomendasen á aragoneses, catalanes y valencianos.

La Reyna, asombrada de tales pretensiones,

no atreviéndose á concertar nada, se vino á Aragon á comunicarlas con el Rey; y al instante dió la vuelta á Barcelona á dar en persona su contestacion. Mas por segunda vez sufrió el desayre de que la diputacion del principado la intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del odio que la tenian; y perseveraba en pasar adelante, quando el Príncipe tuvo que enviarla nuevos embaxadores, excusándose de aquella necesidad; pero intimándola que no se acercase ni con quatro leguas á Barcelona; y pidiéndola que declarase á estos mismos la voluntad del Rey sobre los capítulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó á Tarrasa con ánimo de detenerse alli á comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos, y tocaron las campanas á rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores ó foragidos. Ella con esto hubo de pasar á Caldes, donde comunicó á los catalanes la resolucion del Rey.

¡Cosa verdaderamente extraña! Este Monarca tan temoso y tan fiero, vino á conceder al principado todos los artículos que se le propusieron, menos la jurisdiccion Real que se pedia para el sucesor, y la facultad de presidir y celebrar las

cortes: y aun ofrecia, á pesar de la vergüenza y humillacion que le costaba, no entrar alli hasta que enteramente se sosegasen las diferencias; pero en lo que no queria consentir de modo alguno era en lo que se le pedia acerca del reyno de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en negarse á la condicion mas justa de las que se le proponian, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embaxadores tanto descontento, que ni aun quisieron oir el resto de las declaraciones que llevaba la Reyna. Ella, viendo su tenacidad, les dixo que sus poderes para ajustar la concordia eran amplios, y asi que la dexasen entrar en Barcelona, y en el término de tres dias compondria las cosas á gusto de la diputacion. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurrase, que habia en la ciudad quien tenia inteligencia con la Reyna, fue tal el tumulto del pueblo, y tan grande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse á Martorell, y desde alli pasar á Villafranca.

En esta villa se firmó al fin por la Reyna el convenio, cuyas condiciones principales eran, que el Príncipe fuese Lugarteniente general irrevocable del Rey en Cataluña, y que su padre se abstendria de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para cele-

brarla. El Príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona y las demas libertades de la tierra: armó en aquel punto caballeros á varios ciudadanos; y salió de la iglesia, paseando por las calles con estoque delante de sí, como correspondia á su dignidad, y á las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fue empleado en perseguir y destruir á los que en el proceso de todo aquel gran negocio habian sido contra él. Galceran de Requesens, antes Gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes, y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, y creido uno de los instigadores del Rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demas que tenia por sospechosos, y poco afectos á su partido, se contentó con enviar una lista á la diputacion, rogándola que no eligiesen á ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un dia salió de Barcelona á perseguir en Villafranca á un revoltoso, y llegado allá, le perdonó.

Mas á pesar de la concordia hecha, como su situacion era violenta, y el padre habia venido en aquel ajuste á mas no poder; la desconfianza de los dos partidos seguia siendo la misma. Los catalanes, para empeñar mas su accion, hicieron al Príncipe juramento de fidelidad como á primogé-

nito en treinta de Julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Quando trató de leerse la fórmula, no permitió el Príncipe que se leyese, diciendo que ya sabia él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harian mas que lo debido, asi como sus antepasados lo tenian de costumbre; y quando los síndicos nombrados, despues de prestar el juramento, fueron á besarle la mano, él con rostro afable y palabras corteses los hizo levantar, alzándose de su sitial, inclinándose á ellos, y poniéndoles las manos sobre los hombros. Toda su confianza la tenia puesta en Castilla; pero su Rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podia afianzar mas seguridad, que la que hubiese en los intereses del Marques de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del Rey de Aragon, á cuya frente estaban el Almirante y el Arzobispo de Toledo, procuraban hacer suyo al Marques, y ponian ya en balanzas los conciertos, que despues de libre el Príncipe se habian seguido sobre su casamiento con la Infanta Doña Isabel. Demas que el Rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra, trataba de volverse á su reyno, y dexar aquella empresa. En esta incertidumbre Don Cárlos y el principado enviaron al Rey de Aragon una solemne embaxada, para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la

Reyna, y despues pasase á Castilla á concluir el concierto del matrimonio.

El Rey, que aborrecia este enlace mas que la muerte, detuvo á los embaxadores baxo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto, mientras el Rey de Castilla tenia una guerra tan furiosa contra él. Envió ademas á Cataluña al Protonotario Antonio Nogueras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detencion. Llegó, y presentado ante el Príncipe, este, despues de haber recibido su salutacion, sin dexarle comenzar su mensage, y saliendo por entonces de su moderacion y mansedumbre acostumbrada, le dixo: *Maravillado estoy, Nogueras, de dos cosas: una de que el Rey mi Señor no haya escogido persona mas grata que vos para enviarme; y otra de que vos hayais tenido osadia de poneros en mi presencia. ¿No os acordais ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta á exâminarme; y á entender por vos mismo, que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepais que jamas me acuerdo de este paso sin dexarme arrebatar de la ira; y sed cierto, que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi Señor, de cuya parte venis, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis, y sin*

la mano con que lo escribisteis. No me pongais pues en tentacion de mas enojo: yo os ruego y mando que os vayais de aqui; porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme. Queria responder Nogueras para satisfacerle; y él le dixo: *Idos, vuelvo á decir, y no sopleis el carbon que está ardiendo.* Salióse el enviado aquel mismo dia de Barcelona; pero á ruegos de los diputados permitió que volviese á entrar en ella, y les dixese su embaxada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el Rey de este caso, y el Príncipe no estaba menos indignado de la oposicion que su padre ponia á sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potentados de Europa, que ya se correspondian con él como con un Soberano. A pesar de esto siempre se temia de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenian casi vuelto á su favor al Rey de Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el zelo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse á su obediencia. En este conflicto buscó el socorro del Rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder á su padre, y con quien habia tenido alianza mientras era Delfin. Queria que le ayudase á

cobrar su reyno de Navarra contra su padre y el Conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel pais; y le decia, que pues Dios le habia constituido en tan alto lugar, le ayudase como deudo suyo, por ser su primo; y como mayor y cabeza por el reyno que tenia, y descender los dos de una cepa: y decia, que casaria con una hermana de aquel Rey, ofreciendo tambien unir á su hermana Doña Blanca con Filiberto, Conde de Ginebra, Príncipe heredero de Saboya, y sobrino del Rey Luis. Con estos enláces y confederacion pensaba él recuperar su dominio de Navarra, y suplir la fuerza que perdia en la desercion del Rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del Príncipe, que no habia gozado dia bueno desde que salió de la prision de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados y la incertidumbre en que todavia veia su suerte; y adoleciendo gravemente á mediados de Setiembre, falleció en veinte y tres del mismo més. Asistieron 1461.
á su enfermedad los conselleres de Barcelona; y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dixo: *mi proceso va á publicarse:* despues recibió los auxilios de la Iglesia, y pidió perdon á todos de las molestias y afanes que les habia causado, con una mansedumbre y dulzura tal, que prorumpieron en lágrimas: de alli á poco espiró en-

tre las tres y las quatro de la mañana. Movióse gran duelo en Barcelona por el amor que le tenian, y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exêquias, que fueron celebradas con toda la pompa y magestad dignas de un Rey, lo mas hermoso y lo mas apreciable fueron el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalian. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el Rey su padre le mandó llevar á Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteon de los Duques de Segorve.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo; y se empezaron á publicar al instante milagros que Dios habia hecho por su intercesion. Pero sin recurrir á estos medios, que hoy dia la razon y la circunspeccion desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el Príncipe mas cabal que entónces se conocia. Su padre Don Juan II de Aragon, fuera de sus talentos militares, no puede ser considerado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de Rey tuvo ni dió sosiego: Henrique de Castilla era un imbécil: Luis XI un déspota capcioso y sanguinario: Fernando de Nápoles otro político suspicaz, pérfido y malquisto: Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es solo conocido por sus tristes y ma-

logradas pretensiones sobre Castilla. El Emperador de Alemania Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fue el desprecio universal de Italia y de Alemania. Todos ellos, á excepcion de Fernando, rudos y bárbaros: todos reynaron, y aquel que recibió de sus mayores la mejor educacion; que criado en costumbres pacíficas se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduria, sin la qual los estados no pueden ser bien fundados ni instituidos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderacion y de su justicia; aquel á quien los votos, los aplausos y las aclamaciones de todos los pueblos que le conocian le llamaban al mando y al gobierno; este acabó desgraciadamente, luchando por su exîstencia, aborrecido y perseguido de su padre, y despojado de lo que era suyo.

Tenia quarenta años cumplidos quando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la qual falleció sin darle sucesion en mil quatrocientos quarenta y ocho: de sus tratos y amores con otras mugeres tuvo despues á Don Felipe de Navarra, Conde de Beaufort, en Doña Brianda Vaca; á Doña Ana en Doña María Armendariz; y á Don Juan Alonso en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fue de estatura al-

go mas que mediana; su rostro era flaco; su ademan grave, y su fisonomia melancólica. Su madre, para enseñarle á ser liberal, le hacia distribuir diariamente, quando era niño, algunos escudos de oro, y su magnificencia y su generosidad, quando jóven y hombre hecho, correspondieron á este cuidado. El estudio fue el consuelo que tuvo en la adversidad, y el compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composicion de algunas obras en prosa y verso, y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo, llenaban aquellas horas, que en otros Príncipes hubieran sido de afliccion y de amargura, ó de crápula y disipacion. Entre los hombres de letras con quienes se correspondia, el principal en su estimacion fue el célebre Ausias Marc, príncipe de los trobadores de su tiempo. Duraba aun en Sicilia cien años despues, quando el analista Zurita pasó por alli, la memoria de las ocupaciones del Príncipe y de su aficion á los libros. Escribió una historia de los Reyes de Navarra; traduxo la filosofia moral de Aristóteles, y compuso muchas trobas, que solia cantar á la vihuela con gracia y expresion. Deleytábase mucho con la música, y tenia particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traia por divisa dos sabuesos muy bravos, que sobre un hueso reñian entre sí: emblema de la porfia que los

dos Reyes de Francia y Castilla tenian por el reyno de Navarra, que con sus contiendas tenian ya casi consumido. Su condicion y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relacion, no amancillada por la parcialidad y la envidia, sino tal qual resulta de los hechos que las memorias del tiempo nos han transmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence, y han querido dar á su caracter algunos visos de ambicion y rebeldia, no pueden dexar de confesar aquel atractivo que la reunion de los talentos, de las virtudes, de la discrecion y de la liberalidad ponia en su persona, y arrastraba tras de sí la aficion de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razon con que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: *Mozo dignísimo de mejor fortuna, y de padre mas manso.*

Quando sus amigos le vieron cercano á morir quisieron todavia ser fieles á su memoria, y no obedecer sino á su sangre: para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con Doña Brianda Vaca, y legitimase al hijo que de ella habia tenido, Don Felipe. El no lo consintió, ya fuese por no dar ocasion á mas disturbios, ya por no contemplar digna á aquella muger del honor á que se la queria elevar. Poco satisfecho de su conducta habíala poco antes apartado de su hijo, en-

comendándole al zelo de un caballero de Barcelona, llamado Bernardo Zapila, y á ella la puso baxo la guarda de Don Hugo de Cardona, Señor de Bellpuig.

Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte hizo jurar heredero del reyno de Aragon á su hijo Don Fernando; y la Reyna le llevó á Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenage, segun estaba sentado en los artículos de Villafranca. No se negaron los catalanes á este acto; pero resistieron constantemente la entrada del Rey, á quien aborrecian. La Reyna, ó por ceremonia, ó por complacencia, fue á ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del Príncipe, y llegando á él, hizo encima una cruz, y la besó. Si el Príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querian, debió entonces con alguna demostracion repeler de sí aquel obsequio, que por quien le daba, y al tiempo que se hacia, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos dias despues falleció su repostero, y se comenzó á decir, que su muerte venia de ciertas píldoras que habia gustado de las que se sirvieron al Príncipe en el castillo de Morella. La Reyna dió licencia para que le abriesen, y se le hallaron los pulmones podridos, como se habian encontrado los del Príncipe. Estas señales, unidas á la sospecha que antes ya habian levantado los

furores de la madrastra, y sus condescendencias despues que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo, que de alli á poco tiempo los catalanes, apellidando á su Rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad, y se pusieron en rebelion abierta contra él. Diéronse primero al Rey de Castilla, que aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó á ella ó por moderacion ó por flaqueza. Llamaron despues á Don Pedro, Infante de Portugal, á quien aclamaron Rey de Aragon, y Conde de Barcelona, y este murió de veneno. Trataron á su muerte de constituirse en república; pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera, y llamaron á Renato de Anjou, que aunque viejo y cascado, vino á apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que traxo. Su muerte acaecida de calenturas en lo mas próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes; los quales, despues de una rigorosa resistencia, vinieron al cabo á la obediencia del Rey Don Juan, baxo condiciones muy favorables. De este modo los estragos y los escándalos siguieron en Cataluña diez años despues, y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas, que los catalanes consagraron á la memoria infausta del Príncipe que fue su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que

murió de perlesía; y que la acusacion de veneno es una fábula, como la de los milagros, y la de la aparicion del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra; que, dicen ellos, fueron inventadas para alterar los pueblos, y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afirmarse nada sin una circunspeccion prudente. Pero estos cronistas eran pagados por el Rey Fernando el Católico, que fue él que sacó partido de la ruina de Cárlos: por otra parte el rencor de la Reyna; la ambicion de que reynase su hijo; el enojo del padre; la rabia de tener que soltarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados; el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud despues que salió del castillo de Morella; la costumbre que aquel tiempo hacia de esta alevosía infame; la muerte del repostero igual á la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion: y si á ellas se añade la manera bárbara con que el Rey trató á la Princesa Doña Blanca su hermana, toman el caracter de una evidencia casi completa.

Tenia esta desdichada contra sí parecerse mucho á Don Cárlos, haber seguido siempre su suerte, y ser legítima Señora del reyno de Navarra despues de sus dias. Habíala envuelto el Rey su padre en la misma proscripcion del Príncipe; y las condiciones con que el Conde de Fox vino de

Francia á ayudarle en su guerra de Cataluña, eran que Blanca habia de renunciar el derecho de sucesion, ó hacerse religiosa, ó ser entregada en poder del Conde. Despues de la muerte de su hermano la habia el Rey tenido custodiada en diversas fortalezas, porque no cayese en poder de los beamonteses; mas quando ya se resolvió á cumplir su inhumano concierto, la anunció que se preparase á pasar los montes con él, para ir á ver al Rey de Francia, y casarla con el Duque de Berri su hermano. Ella respondió que no queria ser homicida de sí misma, y que de ningun modo iria. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazon de fiera, no hicieron mas que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para mas asegurarla, dió el encargo de su persona á Pedro de Peralta, el agramontés mas acérrimo y mas duro. Este la conduxo á Marcilla, y la aposentó en su misma casa. Dícese que alli la desventurada le pidió, *que se compadeciese como caballero de una dama la mas afligida y desamparada que se vió jamas; y como buen vasallo de la hija de su Reyna Doña Blanca y nieta de Don Cárlos, á quien él y su familia habian debido su exâltacion: que su padre llevaria á bien esta resolucion quando la mirase con ojos serenos: que no la sacase de su casa; y no la llevase á Bearne,*



EL GRAN CAPITAN.

EL GRAN CAPITAN.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*, nació en Montilla en mil quatrocientos cincuenta y tres. Su padre fue Don Pedro Fernandez de Aguilar, ricohombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre Doña Elvira de Herrera, de la familia de los Henriquez. Dexaron estos Señores dos hijos, Don Alonso de Aguilar y Gonzalo, el qual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa, baxo el cuidado de un prudente y discreto caballero, llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria, y todas aquellas virtudes que despues manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna; pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor Don Alonso de Aguilar, Gonzalo no podia buscar po-

AUTORES CONSULTADOS: Zurita.—Mariana.—Crónica del Gran Capitan. — Paulo Jovio. — Duponcet. — Ayala. — Guicciardini. — Giannone. — Herrera, hechos de los españoles en Italia. — Bernaldez, Crónica manuscrita de los Reyes Católicos. — Comentarios de los hechos del Señor Alarcon.

der, riqueza, ni consideracion pública sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entonces el reyno de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se exercitan con mas accion y energía. La incapacidad de Henrique IV habia puesto el estado muy cerca de su ruina: los Grandes descontentos; las ciudades alteradas; el pueblo atropellado, robado y saqueado; el pais hirviendo en tiranos, robos y homicidios; las leyes sin vigor alguno; ninguna policía, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo órden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reynado. Dividióse el reyno en dos partes; favoreciendo la una al Infante Don Alonso, hermano de Henrique, á quien despojaron en Avila del cetro y la corona como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del Infante; y entonces fue quando Gonzalo, muy jóven todavia, se presentó enviado por su hermano en la corte de Avila, á seguir y ayudar la fortuna del nuevo Rey.

La arrebatada muerte de este Príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba. Mas despues fue llamado á Sego-

via por la Princesa Doña Isabel, que casada con el Príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la Princesa Doña Juana, hija dudosa de Henrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable Rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su muger, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba: despues, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí, y declarar por hija suya legítima á la que antes habia confesado agena, y á destrozar el estado con este manantial de eternas divisiones y querellas. Isabel, sostenida por la mayor y mas sana parte del reyno, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entonces fue quando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dexaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardia de su persona, la magestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y eloqüente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y dies-

tro en todos los exercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española, ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebataba los aplausos: y las voces unánimes de los que le contemplaban, le aclamaban Príncipe de la juventud. Añadíase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites, y una profusion verdaderamente real. Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del luxo mas exquisito. Reprehendiale á veces el prudente ayo aquella ostentacion muy superior á sus rentas, y aun á sus esperanzas, por magníficas que fuesen; y su hermano Don Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella, y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudian. *No me quitarás, hermano mio,* contestó Gonzalo, *este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre, y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos; ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos.* Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

1474. Muerto Henrique IV, el Rey de Portugal

que habia tomado la demanda de la Doña Juana, hija del Monarca difunto, sobrina suya, y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reyno, en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizage militar baxo el mando de Don Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago. Mandaba la compañía de ciento y veinte caballos de su hermano, el qual se hallaba en Córdoba: y empezaba á demostrar con su valor y bizarria la realidad de las esperanzas, cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los dias de accion vestir armas comunes, para no llamar la atencion de los enemigos: Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacia distinguir por la bizarria de su armadura, por las plumas de su yelmo, y por la púrpura con que se adornaba: creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatia, servirian de exemplo y de emulacion á los demas nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fue la que en la batalla de Albuera le grangeó la alabanza del General; quien, dando al exército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apacigua-

do el interior del reyno, Isabel y Fernando volvieron su atencion á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder, y necesaria á su política. Ningun medio mas á propósito para aquietar á los Grandes, para afirmar su autoridad, y ganarse las voluntades del estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron estos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte, situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fue la señal de una guerra sangrienta y porfiada que duró diez años, y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, despues de Gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballeria. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase; pero en donde su valor y su inteligencia sobresalieron mas, fue en la toma de Tajara, en el asalto de Loxa, y en la rendicion de Illora. Llamaban á esta plaza el ojo derecho de Granada
1486. por su inmediacion á la ciudad, y por su fortaleza. Los Reyes dieron el cargo de defenderla á Gonzalo, el qual desde allí, talando los campos del enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y aun á veces llegándose á las murallas de Granada, y destruyendo los molinos

contiguos, no dexaba á los infieles un momento de reposo. Dícese que entonces fue quando ellos espantados á un tiempo, y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de Gran Capitan, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada dia Granada veia caer en poder de los cristianos alguno de los baluartes que la defendian. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavia tenia en sí un mal interior, peor que todos estos para completar su ruina. Dividíanla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos que se llamaban Reyes; Albohacen, Boabdil su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *Rey chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada, despues que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaycin y otro en la Alambra, armándose trayciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dexaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban á sus

intentos tanto ó mas que sus armas mismas; y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital á Zagal, y dexar en ella bien establecido al Régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenia autoridad para mandar, ni caracter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, y hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos asi los lazos que le hacian respetar de nosotros, los Re-
1491. yes se acercaron á Granada, y la estrecharon en sitio formal. La bizarria y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras. Quiso la Reyna un dia ver mas de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida: mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal ímpetu, que su osadia pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de ene-

migos, muerto el caballo, y desamparado de los suyos, hubiera perecido, á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo, quando se quemó la tienda de la Reyna por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa Doña Maria Manrique, con quien se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias: y la magnificencia de las ropas y muebles fue tal, tal la prontitud con que fueron traidos, que Isabel admirada dixo á Gonzalo, *que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora*; á lo que respondió él cortesanamente, *que todo era poco para ser presentado á tan gran Reyna.*

Por último los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra de parte del Rey Fernando, y por Bulcacin Mulch de la de Boabdil. Las llaves de la plaza fueron entregadas el dia dos de Enero del año de mil quatrocientos noventa y dos; y el seis hicieron los Reyes su entrada pública y solemne 1492.
en ella.

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alqueria, con muchas tierras dependientes, y la ce-

sion de un tributo que el Rey percibia en la contratacion de la seda. Pero aunque las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, aun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano Don Alonso de Aguilar, el Conde de Tendilla, el Marques de Cádiz, y el célebre Alcayde de los Donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones mas importantes, y los que ganaron mas reputacion. Asi es que en las historias generales apenas se hace mencion de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora, y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria, con que saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputacion de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra siguió á la corte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamas estaba mas contenta y satisfecha que quando Gonzalo concurria á su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalia la galantería respetuosa y bizarria de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el áni-

me de aquella Princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos á sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reyna le dispensaba habria algo mas que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debian desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia queria mas bien calumniar la virtud de una muger sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocia bien, y sabia hacerle justicia, y en quantas ocasiones se ofrecian se le designaba al Rey su esposo, como el sugeto mas á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creia asi tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, quando determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y exército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion, y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho mas arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes estados de Italia, y al qual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho *el Moro*, gobernaba el Milanesado, ó mas bien le dominaba baxo el nom-

bre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentines y los Reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Cárlos VIII, Rey de Francia, haciendo alianza con él, y excitándole á la conquista del reyno de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este estado por las adopciones que Juana I y Juana II habian hecho en diversos Príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, Rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponia podria echarse de Nápoles á la casa reynante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia: sobre todo, la juventud de Cárlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, mas absoluto que el de otro ningun Rey de Francia, levantado así á fuerza de fatigas, y aun crímenes de su antecesor. En Nápoles reynaba Fernando I, hijo de Alonso V, el Conquistador, Príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerian. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dexó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aun mas aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que

unian á esta casa con la de Aragon podrian ser un contrapeso al peligro inminente; pero Cárlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al Rey Católico los estados del Rosellon y Cerdaña, habia exîgido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el Emperador Maxîmiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su muger; y en fin, para no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el Rey de Francia se sometió á pagar á Henrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Asi empezaba cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar, y segun la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato *llegar á la gloria por la senda del oprobio.*

Carlos en fin baxa á Italia con un exército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho mas careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada, y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror; y la expedicion

de Carlos pareció mas bien un viage que una conquista. Allanado el paso por Placencia: puestos en respeto los florentines: escarmentado el Papa Alexandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus Reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente, y su entrada parecida á un triunfo, segun la magestad y aparato con que la celebró, le hacia tocar la realidad de los sueños que le habian
21 de halagado en Paris. Ya con una mano amenazaba
Febrero á Sicilia, y con la otra al imperio de oriente,
de 1495. por los derechos que le habia cedido un Príncipe de la casa de los Paleólogos, quando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los estados de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El Emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el Rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya Duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadia otro no menos grave. Los franceses por su ligereza, su imprudencia y su libertinage se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenian cuenta con los que ó por odio á los Príncipes aragoneses, ó

por amor á la casa de Francia les habian favorecido en la conquista: el Rey, abandonado á sus favoritos, ni sabia gobernar ni mandar: el pueblo vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito; dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho; y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba menos á los Príncipes desposeidos. Noticioso pues el Rey de Francia de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los quatro meses de su entrada en Nápoles, dexando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel estado, con la otra mitad se abrió paso para su pais por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al exército que los Príncipes italianos habian juntado para cortarle el paso. Asi dexó la Italia, hecho la exêcracion de toda ella, habiendo llevado con su ambicion frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron despues; y no compensando con qualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma, que le hacian un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase á Nápoles con su exército, ya el Rey Alfonso II habia renunciado el reyno en su hijo Don Fernando, con lo qual creyó que se embotaria el odio que todos sus súbditos

tenian á la casa de Aragon, por ser aquel Príncipe muy bien quisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompaña en el peligro á los malos Reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara en Sicilia á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío, quando los franceses á las puertas, el estado en convulsion, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo Rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas pues desesperadas, y despues de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó tambien, primeramente á la isla de Iscla, y despues á Sicilia.

24 de Mayo de 1495. Por el mismo tiempo habia arribado alli Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos: exército preparado ya de antemano por el Rey Católico, cuya sagacidad preveia la vuelta que habian de tomar los negocios, y el partido que podria sacar de las turbaciones de la Italia. En Mecina se abocó el General español con los dos Reyes desposeidos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debia seguirse, atendido el estado de las cosas. Queria Don Fernando que se fuese en derechura á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominacion francesa. Mas Gonzalo fue de dictamen que debian entrar por la Calabria, en

donde Regio estaba por el Rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa; por no haber puesto los franceses presidio en ellas, y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase á esta razon la de que aquella provincia, por su inmediacion á Sicilia, era mas afecta que otra alguna al partido de España, y Gonzalo queria aprovecharse de esta buena disposicion. Este fue el partido que se siguió, y el exército, compuesto de las tropas que habian ido de España, y de las que se habian arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Cárlos, Everardo Stuart, Señor de Aubigni, Capitan célebre y experimentado; y era Virrey de Nápoles Gilberto de Borbon, Duque de Montpensier, de la casa real de Francia, General mas distinguido por su nobleza, que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del exército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnicion, por haber violado pérfidamente la tregua que se la habia concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimacion primera; é interceptado y hecho prisionero un regimiento enemigo, que marchaba á guarnecer á Seminara, esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragonés. Aubigni, viendo los

progresos de Gonzalo, se adelanta á largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla á su enemigo. La calidad mas eminente del caudillo español era la prudencia: no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente á combatir con los moros, no eran iguales todavia en destreza ni á los caballos franceses, ni á la infanteria suiza, rehusaba la peleà, y no queria comprometer el crédito de sus tropas, ni la suma de la empresa al trance de una accion. Pero el Rey Don Fernando, como jóven, y como valiente, deseaba señalarse, y no queria parecer tímido ni á sus contrarios, ni al estado que deseaba recobrar: fiaba tambien en que el enemigo era inferior en número; y llevó á su opinon la de todos los Generales que habia presentes. La batalla se dió; y el éxito manifestó quan justos eran los rezelos de Gonzalo. Porque aunque al principio este con sus españoles sostuvo y aun rompió el ímpetu de la caballeria francesa y de la infanteria suiza; los sicilianos se desbandaron casi sin combatir, y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creian segura. El Rey hizo increibles esfuerzos para restablecer la batalla, y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de su persona, que muerte el caballo en que iba, hubiera sin duda ó muerto ó caido en poder

del enemigo, si Juan Andres de Altavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose á hacer frente á los que le perseguian: generosidad que le costó la vida. El Príncipe, con esto, pudo salvarse, y llegar á Seminara, donde tambien Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fue la única accion en que Gonzalo dexó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El General frances, abatido por una dolencia que le afligia, no pudo hacer mas que dar las disposiciones para el combate, el qual ganado, tuvo que apearse del caballo, y meterse en el lecho. En tal estado no se atrevió á dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos; y no pudiendo ir á su frente, les concedió un descanso, que él necesitaba mas que nadie. Descanso que le arrebató todos los frutos de su victoria. El Rey se pasó al instante á Sicilia, y en la armada que estaba preparada en Mecina voló inmediatamente á Nápoles, donde aun no se sabia aquel mal suceso, y donde fue recibido con las mayores demostraciones de alegria. Gonzalo abandonó á Seminara, que no podia defenderse; y retirándose á Regio, se rehizo alli de su descalabro, y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que habia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenia la Calabria mucha semejanza;

guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del pais, y al corto número de tropas que tenia á sus órdenes. No pasaban estas de tres mil infantes, y mil y quinientos caballos; y con ellas se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó de fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del Rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotron, Esquilache, Sibaris, y de toda la costa del mar Jonio, veia el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, quando recibió un mensage de Fernando, que le llamaba á reunirse con él.

Habia este Príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse alli sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos, si antes no les venia auxilio. Aubigni, que no queria desamparar lo que restaba en la Calabria, habia enviado á Persi con alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tro-

pas del Rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió primeramente á Salerno: entonces el Rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los Generales de Italia, para que le viniese á asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacian la guerra el Rey y los franceses. Todo el pais intermedio era quebrado y montuoso: los Barones anjoynos ocupaban las plazas fuertes; y los pueblos de todas las serranias estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos, que la naturaleza y los hombres le oponian, fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria: entró á Cosencia á despecho de los franceses que la defendian, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo dia les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que fiados en la fragosidad de sus alturas, y dificultad del terreno, se atrevieron á formarle asechanzas, y á cogerle los caminos. Por último sorprehendió á todos los Ba-

rones de la parcialidad anjoyna, que se hallaban en Layno: ellos, descuidados, no acertaron á defenderse; el principal de aquella faccion, Almerico de Sanseverino, murió peleando; y la plaza fue entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó á juntarse con el Rey, á tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su General Montpensier, se habian encerrado en Atela, creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el Rey, el Legado del Papa, y el Marques de Mantua, General de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debian al atrevimiento y felicidad de su marcha, y á la reputacion, que no solo llenaba ya la Italia, sino tambien la Europa. Con efecto, en su presencia todos los Generales parecian sus inferiores; y él por la elevacion de su espíritu, por la prudencia de sus consejos, y por la osadia y valor en las acciones, parecia destinado á mandar donde quiera que se hallase. Alli fue donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siempre afecto á su memoria. El Rey, que antes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al Marques de Mantua, comenzó á manifestar mas de-

miedo y mas aliento, como si la autoridad del General español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo á batalla, que no fue aceptada; y Gonzalo, considerada la disposicion del sitio, estableció sus quarteles; y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza. Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveian de agua los sitiados; y en cuyos molinos se hacia la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posicion con un puesto fortificado y defendido por la infanteria suiza, la mejor entonces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrasó los molinos; y con esta faccion llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que acosada y fatigada con los continuos asaltos, tuvo que capitular, pactando, que si dentro de treinta dias no era socorrida por el Rey de Francia, se rendiria con todas las demas; exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto, y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino; y los franceses, con efecto, entregaron á Atela, y todas las demas plazas que mandaban Gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, baxo el pretexto de que sus comandantes no las rendirian sin órden expresa del

Julio de 1496.

Rey de Francia: circunstancia que dió ocasion al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demas defensores de Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parages mal sanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigni, que con su ausencia se habia vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el General frances que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensage, quejándose de la contravencion que se hacia á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habian sido los franceses, y él en particular, pues habia salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convencion no estaban en su poder; y por lo mismo que la suerte de las armas, y no el tratado de Atela, era quien habia de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal que los soldados de Italia se iban á sus banderas, y le seguian sin sueldo: las plazas se le rendian sin defenderse: engrosado su campo, vencedor por todas partes, Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia, que medirse con el Gran Capitan, el qual en pocos dias la reduxo toda á la obediencia del Rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin ha-

ber podido gustar enteramente ni del reyno ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disenteria, falleció en Nápoles á siete de Octubre del mismo año. La época de su reyna- 1496.
do será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entonces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este Príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Llamósela mal frances, porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reynó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él mas que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistian. Algo obscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros, y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los Ursinos. Estas muestras hacian sospechar á la Italia que despues de afirmarse en el reyno, mas bien quisiese imitar las depra-

vadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condicion de Alfonso V, el fundador de su casa. Pero al fin él murió sin confirmar estas sospechas, dexando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reyno pasó á su tio Federico, Príncipe amable, ilustrado, mas á propósito para regir el estado en una situacion sosegada, que á defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fue reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos dias á saludar á aquel Rey, hizo que se le rindiese, por la poca esperanza que tenia de ser socorrida. Un dia antes de la rendicion de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el Rey, que le recibió con todas las muestras de alegria y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, queria colmarle de dones y de estados. Pero su moderacion, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos, mientras no fuese autorizado á ello por los Monarcas de España. Asentadas asi las cosas de aquel reyno, marchó con su gente á Roma, donde el Papa Alexandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dexado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, vizcaino de nacion, y hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano, y la fe-

rocidad de un foragido. Este desde allí hacia una guerra tanto mas cruel al Papa, quanto mas proporcion tenia por el puesto que ocupaba de afligir con hambre y necesidad á su corte. Todos los navios mercantes que surtian de víveres y demas géneros á Roma por el Tiber, era preciso que se sujetasen antes á sus rapiñas, y contentasen su avaricia, á menos de exponerse á ser echados á fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestia se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á lás proposiciones de Alexandro, insensible á sus descomuniones, insultaba desde alli á la debilidad del Papa, que no tenia fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadia el temor de que permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses.
En tal extremidad Alexandro recurrió á Gonzalo, 1497.
el qual, tomando á su cargo la empresa, se acercó con sus españoles á Ostia, y hizo á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza, y dar fin á su tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido, y se preparó á la defensa; no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiese rendirse sino despues de mucho tiempo, lo que quizá daria lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la for-

taleza, y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió órden para que se batiese la muralla por una parte con la artilleria. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mismo lado un baluarte de madera, por alli se arrojó el exército al asalto, acudiendo tambien alli los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embaxador en Roma, que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artilleria, hallando las murallas sin defensa, las escaló facilmente; y los franceses divididos no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital fue un triunfo: salió á recibirle, y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador: él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas, y al son de la música guerrera; los prisioneros con cadenas iban á pie en medio; y Menoldo encadenado tambien, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto todavía feroz, ma-

nifestaba mas despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano, y subió á dar cuenta de su expedicion al Sumo Pontífice, que colocado en su trono, y rodeado de varios Cardenales y Señores de Roma le esperaba. Arrojóse á besarle los pies, y Alexandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, despues de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los Papas solian dar entonces cada año á los que eran mas beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo solo le pidió dos cosas: una el perdon de Menoldo, y otra que los vecinos de Ostia, en indemnizacion de los males que habian sufrido por la tirania de aquel pirata y por la guerra, fuesen exêntos de contribuciones por diez años: ambas fueron concedidas; y Menoldo, despues de haber sufrido la mas severa reprehension del Papa, tuvo libertad de volverse á su pais.

La escena que pasó entre Alexandro y Gonzalo, al tiempo de despedirse, fue de un género diferente, aunque no menos honrosa al Gran Capitan. Dexó el Papa caer la conversacion hácia los Reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocia bien, y que debiéndole muchos favores, no le habian hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alexandro, cuyas costumbres y condicion eran tales, que sola la ambicion de los

Príncipes cristianos, opuestos entre sí, y necesitando alternativamente de él para sus miras, podia mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los Príncipes, á quienes entonces representaba, contestó al Papa, *que sin duda alguna podia conocer bien á los Reyes de Castilla, así por natural de estos reynos, como por los muchos beneficios que les debia. Que ¿cómo se olvidaba de que las armas españolas habian entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿Quién le habia hecho superior á los Ursinos, que ya le afligian? ¿Quién le acababa de conquistar á Ostia?* A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenia de reformar su casa y su corte; y Alexandro, que no esperaba semejante contestacion de un hombre, á quien tenia mas por militar que por estadista, le despidió de su presencia sin estimarle en menos por aquella osadia.

Gonzalo volvió al reyno de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del Rey y de los principales de su corte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sola una vana pompa, le creó Duque de Sant Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior, con siete lugares dependientes de

ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberania al que era acreedor á una corona. Embarcóse despues para pasar á Sicilia, alterada entonces por las contribuciones que el Virrey Juan de Lanuza habia cargado en sus pueblos. Alli hizo el papel hermoso de pacificador, despues de haber tan dignamente exercido el de guerrero: oyó las quejas; reformó los abusos; administró justicia; contentó los pueblos; fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses, y se resistia á sus armas, volvió á tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discrecion. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedicion á Italia, y despedido del Monarca napolitano, dexando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de
los socorros que habian dado, regresó á España 1498.
con la mayor parte de las tropas que le habian asistido en la empresa.

Fue recibido en la corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el Rey, que la reduccion de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respe-

tado como su gloria merecia, quando una agitacion que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse mas. Habíase prometido á los moros, quando se reduxeron á la obediencia del Rey, que se los mantendria en el libre exercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos, que habiéndose hecho al principio cristianos, despues habian vuelto á sus ritos. Las diligencias, y aun rigor que se usó con estos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo, y á hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se habia hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa, y en la distraccion de los Reyes á las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelion, y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo mas alto de aquella sierra. Hallábase á la sazon en Granada el Gran Capitan; el qual salió á domar á los rebeldes en compañia del Conde de Tendilla, Comandante general de la provincia. Para llegar á Guejar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantanado, y despues subir por las faldas de la sierra, que eran agrias y fragosas. Atollábanse los caballos,

sumíanse los peones, y entretanto los enemigos los herian á su salvo, y huian. Gonzalo aquel dia, sirviendo mas de soldado que de General, dando el exemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fue el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su exemplo los demas soldados entraron tambien, y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja, y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo, que fue preciso al Rey Don Fernando pasar á aquella provincia, convocar exército, y seguir en persona á los alborotados. Tomó por asalto á Lanjaron; y los infieles amedrentados trataron de rendirse baxo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales, que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocian y veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concierto. Asi fue; y Gonzalo les ganó el perdon, y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de mil y quinientos, 1500.

quando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado, que pedian á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el Rey de Francia Cárlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó tambien en sus miras ambiciosas sobre aquel pais. Cárlos habia sido llamado alli por Esforcia; y Luis vino á despojar á este usurpador del estado de Milan: exemplo insigne á los Príncipes débiles, que casi nunca buscan un protector mas poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha alianza con el Papa Alexandro, con los florentines y con los venecianos, se apoderó del Milanes, y empezó á extender la mano al reyno de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia: el Rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba: pero Fernando el Católico quiso mas bien entrar á la parte de los despojos, que la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro, y aun con indignacion, ir las mismas armas y el mismo General á arrojar de Nápoles á aquel Príncipe, que tres años antes habia sido reconocido y amparado por el Rey de España su tio, á quien no habia hecho ni agravio ni injuria: como si lo que se llama alta política, entre los hombres, atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infan-

tes y seiscientos caballos, salieron en Junio de aquel año, y se dirigieron á Sicilia, llevando por General á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo habia exâltado la juventud española; y ansiosos de gloria y de fortuna los nobles habian corrido á alistarse en sus banderas. Con él fueron entonces Don Diego de Mendoza, hijo del Cardenal de España; Villalba, que despues se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego Garcia de Paredes, tan señalado por su osadia y por sus fuerzas herculeas; Zamudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero mas por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se habia perdonado gasto alguno en los preparativos, y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bizarria correspondiente á su reputacion, auxîliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano Don Alonso de Aguilar. 1500.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Mecina, salió al instante á unirse con la esquadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadian las islas de la república en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseida de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco tiempo habia por los bár-

baros á la dominacion veneciana. Saltó el exército en tierra, y puso sitio al fuerte que habia en la isla, llamado de San Jorge, donde se habia recogido toda la gente de guerra. Hechos todos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo, antes de empezar, envió á requerir á los cercados con un mensage, en que les decia: que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso Rey, y vencedores de los moros en España, habian venido en auxîlio de los venecianos; que por tanto si entregaban la isla y la fortaleza, podrian retirarse salvos; pero que si hacian resistencia, no se libraria ninguno. *Gracias os doy, cristianos*, respondió el albanés Gisdar, comandante del castillo, *de que seais la ocasion de tanta gloria, y de que vivos, ó generosamente muertos, nos proporcioneis tal lauro de constancia con Bayaceto nuestro Emperador. Vuestras amenazas no nos espantan: la fortuna ha puesto á todos en la frente el fin de la vida. Decid á vuestro General, que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las quales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á vuestro esfuerzo, ó á vuestra fortuna.* Dichas estas palabras hizo traer un fuerte arco, con un carcax dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia, y despidió á los mensageros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus enemigos fue igual á esta ostentacion de bizarria. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces: el fuerte bien pertrechado, y situado ademas sobre una roca de áspera y dificil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artilleria veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacia, ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga, ni excusar peligro, resistian á los asaltos, ofendian con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veian cubiertos de ellas. Añadíase á esto que estaban enerboladas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenian ademas ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entonces llaman *lobos*, con los quales asian los soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo, dexándolos caer, ó los atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fue asido Diego Garcia de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones, si eran forzados á rendirse.

Asi proseguia la porfia igual en unos y en otros. Las freqüentes salidas de los turcos tenian en continua vela á los sitiadores; y alguna hicieron que á menos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, hubiera sido grande el estrago y daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas el General español habia dispuesto un bastion, cuyos tiros, alcanzando mas que los arcos enemigos, arredraban á sus flecheros. Mandó despues preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y disponer las escalas para asaltar el fuerte con su gente. Las minas reventaron; y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenian hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojadizos, con aceyte, azufre y pez hirviendo, se resistian desesperadamente, rompiendo las escalas, y arrojando del muro á los españoles que ya habían subido. Fue necesario mandarlos retirar; y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco despues intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros, que habian domado los moros en Espana, y expelido los

franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron despues, con daño suyo, á temerlos y á estimarlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, quando Gonzalo, juzgando tambien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería, y por los soldados. Puestas á punto todas las cosas, y animado el exército, dióse la señal; y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro, y entraron la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna: solos pudieron cogerse ochenta turcos vivos, los quales debilitados por los trabajos y heridas recibidas, no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demas.

Tomada asi Cefalonia, y dexándola en poder de su aliado, el Gran Capitan, pasados algunos dias, en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volvió á Sicilia á principios del año de

1501. mil quinientos y uno. A Siracusa le vino á encontrar un embaxador de la república; la qual, en demostracion de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de Gentilhombre veneciano, y un magnífico presente de piezas de plata labrada, de martas y texidos de brocado y sedas. Rehusólo al principio; mas obligado á aceptarlé por las instancias del embaxador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su Rey, y él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente, *que lo hacia para que sus competidores, aunque fuesen mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentileshombres que él*. Estas satisfacciones y esta gloria fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habíanse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversion. Don Alonso de Aguilar fue uno de los primeros que acudieron al peligro en compañia del Conde de Ureña; y uno y otro con su hueste empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en sierra Bermeja. En todos nuestros historiadores, pero mas bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde, en que los nuestros hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan, y dexan caer la noche sobre sí, desamparando sus gefes y bande-

ras. Alli puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Ferí de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios, y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desórden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano Don Alonso, Don Pedro su hijo, y el Conde de Ureña hacen prodigios de valor: todo es inútil: los nuestros caen ó muertos ó heridos ó derrumbados. Don Alonso de Aguilar combatia entre dos peñas: alli le fue á buscar el Ferí: alli se asió á brazos con él: *yo soy Don Alonso*, decia el cristiano, *yo soy el Ferí de Benastepar*, replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á Gonzalo á Sicilia; y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de alli á poco á Regio para executar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavia el Rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¡Quál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir á un Rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa, en pleno consistorio, anunció la liga en-

tre los Reyes de Francia y España; y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reyno de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico, para que renunciase solemnemente en su nombre los estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel Monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes, aun en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á excepcion de Taranto y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados tambien de casi todo lo que les pertenecia en la particion. Federico, despues de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, habia abandonado sus estados, y acogídose á la isla de Iscla, desde donde se concertó con el Rey de Francia; y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel estado mejor que á los del Rey de España su tio, á quien aborrecia mortalmente por su perfidia. Gonzalo en esta situacion, previendo ya que la union entre dos Príncipes ambiciosos no podia durar mucho tiempo, y que cada uno queria tener el todo para sí, se aplicó á ganar la aficion de los naturales del pais, y

atraer á su partido todas las personas de distincion. Restituyó sus estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes habia despojado Federico, en castigo de su adhesion á la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colomna, gefes de la familia de este nombre en Roma; excelentes militares, á quienes dió al instante el mando de las alas de su exército. A estos siguieron una porcion grande de nobles y soldados veteranos, con los quales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Taranto.

Era esta plaza la mas fuerte y la mas importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de oriente y de poniente, y á la cabeza de ellos habia dos castillos fortísimos para defenderlos; mientras que á la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proxîmidad á los navíos. Fiado en esta posicion, y en seis mil hombres de guarnicion que tenia en Taranto, el infeliz Federico habia enviado á ella á su hijo Fernando, Duque de Calabria, con intento de que se mantuviese alli todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnacion quizá daria ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo dudoso si ata-

caria la plaza á viva fuerza, ó convertiria el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó pues la ciudad con trincheras por tierra; puso dos fuertes enfrente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen al rededor de la isla, y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto. Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la qual dependia el fin de la guerra; y quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado alli un escollo, si el poco ánimo de los que dirigian al Duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les habia encomendado Federico, desempeñaban toda su confianza, aun quando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo, pidiendo treguas por dos meses, para recibir avisos del Rey desposeido. Las treguas se ajustaron; y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorrogaron despues por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en terceria por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del Rey, se entregase de ella el General español, dexando libertad al Duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre, ó adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones

sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con mas solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fue entregada conforme al concierto; pero el Duque 1502.
de Calabria en vez de ser dexado en libertad para irse con su padre, fue enviado en una galera á España á padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de estado. ¿Fue nuestro heroe en esta ocasion un pérfido, un sacrílego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo, que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podia anular una condicion hecha sin participacion suya: en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del Duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Efugios inútiles! ¿á quien persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel Príncipe desgraciado fue traido á España por fuerza, mientras que Taranto, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendicion. Dígase lo que se quiera, este es un torpe borron en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al Rey de España, y seria mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el exército por falta de bastimentos y de dinero: mas á pesar de esta escasez Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la esquadra francesa mandada por el Conde de Rabestein, despues de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lesbos, fue acometida en el mar de una tempestad violenta, que echó á pique muchos buques, y maltrató cruelmente los demas. Desbaratados y dispersos arribaron por fin á las costas de Calabria, siendo los mas maltratados el General y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se los auxiliase á todos; y él en particular envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia mas bien regalo de un Rey que expresion de un particular; bastando no solo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creido eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna, y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostracion de bizarria, era quando sus tropas estaban mas necesitadas. Empezaron

á murmurar altamente los soldados de que su General fuese tan liberal con los extraños, y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga, y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. *Mas le valiera*, decian, *pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra*: de la murmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropados y armados se presentan á su General, y en altas voces demandan lo que se les debe, y con su gesto, ademan y armas le amenazan y procuran amedrentarle. El desarmado y tranquilo escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado, fuera de sí, le pone la pica á los pechos, y él desvia blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose, *mira que sin querer no me hieras*. Un capitan vizcaino, llamado Iciar, se arrojó á decirle, en ofensa de su hija Elvira, palabras, que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efecto tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y por lo mismo debió serle tanto mas sensible la increpacion del insolente vizcaino. Mas no dándose por entendido de ella entonces, sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana en castigo de su desacato. Este exemplo de severidad aterró á los alborotados, que no

osaron despues desmandarse; pero el desconten-to seguia, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de Cesar Borja, hijo del Papa Alexandro. Este habiéndose desnudado del caracter de Cardenal, hecho Duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los estados de la Romaña, y rico con los auxîlios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada; y Gonzalo, baxo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó mas de cien mil ducados, y con ellos contentó á su exército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar que á tuerto ó á derecho era preciso buscar con que mantener los soldados, y procurar la victoria; y despues quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados; los quales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del Rey de España. En la particion que los dos Monarcas habian hecho de Nápoles, se habia expresado generalmente que al de Fran-

cia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitinata y Basilicata, que despues cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses en particular decian que la Capitinata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, ó deberia ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada, y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España, y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografia: despues los franceses impacientes empezaron á apoderarse por fuerza de algunos lugares; y aun quisieron oponerse, aunque en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El Duque de Nemours, su General, y el Gran Capitan consultaron á sus Soberanos; y estos lo remitieron á su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita, situada entre Melfi y Atela; y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto pues que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, despues de haberse dado todas las muestras de estimacion y cortesia, se separaron á anunciar á sus tropas, que la parte que tuviese mas fuerza ó mas fortuna, esa seria

señora de todo el reyno. Italia estremecida vió llegado el tiempo en que renovadas las antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto los hizo ser mas tenaces en la altercacion. Su Rey les habia enviado socorros de hombres y dinero: y con estos refuerzos, ensoberbecidos sus ánimos, comenzaron á apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada á España. Sus principales gefes eran el Duque de Nemours, Virrey, Aubigni, segundo en autoridad, y primero en reputacion, Alegre y Paliza, oficiales valientes y experimentados. El Vrirey se puso delante de Gonzalo, y Aubigni marchó con una division á la Calabria, donde su crédito le habia conservado muchos parciales. Luis XII, desde Leon, donde estaba para dar calor á la guerra, pasó á Milan con el mismo fin, y desde alli vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo con su corto exército se habia retirado á Barleta á esperar los socorros que á toda prisa habia pedido á España, confiando entretanto mantenerse en aquella plaza, que situada en la marina de la Pulla, le facilitaba la comunicacion con Sicilia, y le podia sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los oficiales que con sus divisiones cubrian las pose-

siones españolas, no podian, á pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el Rey de Françia que vió ocupada por los suyos la Capitinata, á Aubigni vencedor de un exército de españoles, que se reunió en Calabria á las órdenes de Don Hugo de Cardona; y en fin superiores por todas partes los franceses, y dueños de toda la tierra, á excepcion de algunas pocas plazas de la costa, dió la vuelta á su pais, creyendo ya inevitable la entera expulsion del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del General español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas; y la estacion de Barleta será para siempre memorable, como un exemplar de paciencia, de destreza y de heroismo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya ó la circunvalacion de Capua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesia caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los Generales, todo da á esta época un ayre de tiempo heroico, que ocupa agradablemente la imaginacion.

El Duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrages y mantenimientos, ya sobre la posesion de los

pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros, y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafios que sucedieron entonces. El primero fue entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pie; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrian. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensage á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo quan superiores les eran. El mensage
1502. vino un lunes diez y nueve de Setiembre, y el desafio se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se senaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones, entre los quales el mas célebre era Diego Garcia de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores ca-

ballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del exército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dixo: *que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, y de quan buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no solo de ellos mismos, sino la del exército, la de la nacion, y la de sus Príncipes, dependia de aquel conflicto; y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir antes que volver sin la gloria de la batalla.*

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron acompañados cada uno de dos pages al lugar del desafio. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron quatro franceses, matándoles los caballos: al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los quatro franceses, que estaban á pie, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fue forzoso rendirse. A este punto un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que

se habian rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid: cayó otro frances del caballo, y por matarle ó rendirle todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente á defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas: la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pie y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pie, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron pues á concluir la batalla: mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus ginetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces Garcia de Paredes á voces les decia, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podia

hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba asi, los franceses movian partido, y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que asi podrian salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplian con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictamen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven las luchas de los heroes en Homero y Virgilio, quando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles, y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase asi, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los

nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo asi, cangeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el *caballero sin miedo y sin tacha*: entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo, y rendir á sus contrarios. Es notable aqui el honrado proceder de Paredes: él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian: él fue quien los defendió delante de su General diciendo, que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no habia para que tener en poco lo que se habia he-

cho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. *Por mejores los envié yo al campo*, respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

Quisieron todavia los nuestros apurar mas su ventaja, y al dia siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que habia sido rendido, envió á desafiar al frances á quien habia cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con mas justa causa que él; y que si otra cosa decia, se lo haria conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el frances el desafio; pero no acudió al dia señalado; y Aller le arrastró pintado en una tabla á la cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego Garcia con un oficial frances llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo, y no vino á medirse con el español. Por último, veinte y dos hombres de armas nuestros retaron otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de exército á exército se verian.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honor exâltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya mas parecia que luchaban por la gloria y la reputacion de valor, que no por el imperio del pais. Gonzalo procuraba mantener

este espíritu generoso, movil de las bellas acciones; y para acabar con las altercaciones que se movian todos los dias por el rescate de los prisioneros, arregló con el Duque de Nemours la quota que debia pagarse por cada uno, segun su calidad; y con sus consejos y su exemplo exhortaba á sus soldados á usar de toda humanidad y cortesia con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballeria español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero del famoso Bayard, y tratado por él con toda urbanidad y cortesia, habia recibido su libertad por un rescate moderado. El espanol publicaba haber sido tratado por su vencedor dura é ignominiosamente: lo qual, llegando á noticia del pundonoroso Bayard, hizo que al instante retase á su contrario desmintiéndole. Rehusaba el español, segun se dice, la batalla; pero el Gran Capitan le obligó á aceptarla, diciéndole: *que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, ó sufrir el castigo que merecia por ellas*. Tuvo pues que salir al campo, donde el frances le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo: el frances, pequeño y delicado, manifestaba mas agilidad que fuerza, apocada en aquellos dias por unas quartanas que padecia. Todos le creian vencido, y mas al ver que las armas del combate eran las de un hombre de armas.

Tiró Sotomayor á aturdir á su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español; y á la accion de alzarse este con toda su furia para vengarse de aquella herida, dexó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increible le metió un puñal: la sangre salió á borbotones; y Sotomayor cayó muerto con grande alegria de los franceses, y sin ningun sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua é indigno proceder.

Entretanto los dos Generales, observándose recíprocamente, no perdonaban ocasion, ni excusaban diligencia para atacarse, y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarria de sus soldados. Los franceses habian tomado á Canosa, donde estaba Pedro Navarro, que no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la habia rendido, pero saliendo de alli las banderas desplegadas, y al son de las trompetas y atambores con todos los honores de la guerra. En aquella plaza estableció el Duque de Nemours su quartel general, y desde alli molestaba y estrechaba á los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprehendiendo las partidas que salian á hacer víveres, y á veces ocupando los lugares vecinos á Barleta para cerrarla de mas cerca. Gon-

zalo oponia iguales ardides á estos, igual actividad; pero con mas prudencia y mas fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenia pedidos para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entretanto todos los contornos sufrian los estragos de las correrias de uno y otro campo. Los que mas sufrian estós daños eran los infelices pastores del Abruzzo, que teniendo que conducir sus ganados á las tierras ocupadas de uno y otro exército, debian sufrir el vexamen de estos ó aquellos, ó de ambos á un tiempo. Creyendo á los franceses mas fuertes, habian sacado seguro de su General; el qual efectivamente cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de víveres que tenia su exército, y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacian de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrias encomendadas casi siempre á Don Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros; en las quales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos á Nemours, amenazando que se irian á los lugares ásperos del pais, si no eran mejor defendidos. El Duque se acercó á Barleta con sus gentes, cañoneó el puente del Ofanto, con intento de derribarle, y envió un trompeta á desafiar á los nuestros. Gonzalo, que queria quebrantar algun

tanto el ímpetu frances con la tardanza, respondió: *que él estaba acostumbrado á combatir quando la ocasion y la conveniencia lo pedian, y no quando á su enemigo se le antojaba: y así que aguardase á que los suyos herrasen los caballos, y afilasen las espadas.* Nemours, creyendo haber intimidado á los españoles, dió la vuelta á Canosa; pero apenas habia comenzado su marcha, quando el Gran Capitan, ordenadas sus haces, salió de Barleta, y empezó á inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta á anunciarle que ya iba, y que le aguardase; á lo que contestó el frances, *que ya estaba muy adelantado el dia, y que él no escusaria la batalla, quando los españoles se acercasen tanto á Canosa como él se habia acercado á Barleta.*

En una de las correrias del oficial Mendoza habia sido hecho prisionero La Motte, capitan de la partida francesa con quien se habia peleado. Por la noche en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistia á él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dexó decir que los italianos eran una triste y pobre gente para la guerra. Un español llamado Iñigo Lopez de Ayala sacó la cara por ellos, y dixo al frances que habia en el exército italianos tan buenos caballeros como los mejores del mundo: mantúvose La

Motte en lo que habia dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversacion á oidos de Próspero Colonna, el qual zeloso del honor de su nacion, despues que se aseguró de la certeza del hecho, y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafio proyectado, con licencia que obtuvo del General. Los combatientes habian de ser trece contra trece, y se pactó que los rendidos, ademas de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo á los italianos concurrentes toda clase de honras, como si á su valor estuviese fiada la fortuna de aquella guerra: y porque el Duque no queria asegurar el campo, con intento de ver si podia desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dixo que él aseguraba el campo á todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna, y pertrechados de todas armas: llegaron al campo, dióse la señal, y se encontraron unos con otros con tal ímpetu que las lanzas se les quebraron: entonces echaron mano á las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender quanto podian. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, mas diestros, en el espacio de una hora echaron á sus contrarios del campo, menos uno que quedó muerto, y otro,

que habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado tambien, si los jueces no se hubieran interpuesto, declarando á los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante, y se presentaron al Gran Capitan, que los hizo cenar consigo aquella noche, y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares, que se dieron mientras su estancia en Barleta. Habia alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprehendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, á quien despues de la pérdida de Canosa envió Gonzalo á defender á Taranto. Nemours previno sus gentes para castigar aquel pueblo, y ocuparle otra vez; y el Gran Capitan, para distraerle, ó para vengarse anticipadamente, con una parte de sus tropas salió en persona á combatir á Rubo. Era esta una plaza muy fuerte, defendida por quatro mil hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses mas distinguidos, y Comandante en el Abruzzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de dia llegaron á Rubo, y empezaron á batir el muro con la artilleria: luego que fue abierta la brecha se precipitaron en ella, y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el

combate siete horas, y todavia se dilatára, si Paliza herido no hubiera tenido que retirarse, y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar, y le pusieron á saco: fueron grandes los despojos que alli consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta; sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mugeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexô, y luego que volvió á Barleta dió libertad á las mugeres sin rescate, y á los hombres por un precio moderado; pero á los franceses *los* trató con mas rigor, y los envió de remeros á las galeras de Lezcano. Preguntado despues por esta severidad, contestó que siendo tomados por asalto, el no pasarlos por las armas era una gracia que le debian. Nemours, avisado del peligro de Rubo antes que pudiese forzar á Castellaneta, voló al instante á socorrerle, y fue doblemente infeliz; porque no ganó la plaza que atacaba, y no pudo amparar á la otra del desastre que la vino.

Con estas ventajas, y los socorros que de quando en quando les llegaban, ya de Sicilia ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un pueblo, donde á cada momento estaban apurados por la falta de víveres. Murmuraban sí, y se quejaban; pero al parecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante magestuoso, la dignidad que sobresalia

en su bella figura, y la alegria y serenidad que siempre ostentaba; al oir la confianza con que les aseguraba que pronto se verian en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban tan á tiempo, que la confianza que tenian en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos dias que una nave de Sicilia arribó alli con una gran porcion de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestes y demas pertrechos por su exército con tal profusion, que aquellos mismos soldados que antes desnudos y andrajosos presentaban el aspecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entonces á toda prisa: la pérdida de Castellaneta y la de Rubo, Aubigni vencido y preso junto á Seminara por un refuerzo de tropas españolas, venidas últimamente á Calabria; las galeras de Lezcano vencedoras de la esquadra francesa delante de Otranto; los dos mil infantes que se esperaban de Alemania llegados á Barleta; todo anunciaba que el viento de la fortuna soplaba en favor de España, y que era tiempo de dar fin á la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse por la falta de víveres, y el peligro de la peste que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto

á abandonar aquel puesto, anunció al Duque de Nemours su determinacion; mandó venir á sí á Navarro y á Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fue Canas, tan célebre por la rota que Anibal dió allí á los romanos; y al otro dia se dirigió á Cirinola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenian grandes repuestos de víveres y municiones. El General frances, sabida la marcha de su adversario, reunió tambien sus tropas, y corrió en su seguimiento: asi las nubes acumuladas tanto tiempo sobre Barleta, vinieron á descargar su furia en Cirinola, donde la suerte de Nápoles iba á decidirse sin retorno.

27 Abril de 1503. No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel dia los nuestros ningun suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del dia grande, y superior la fatiga: caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos sofocados morian. En vano hallaron pozos con agua: esta, mas propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dexaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo habia hecho prevenir á su salida de Canas, no eran bastantes al ansia y necesidad que todos tenian: uno y otro auxîlio servia mas de confusion que de ali-

vio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba á los caidos; animaba á los desmayados; dábales de beber por su mano, y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los infantes, dió el exemplo con la órden, subiendo en el suyo á un alférez aleman. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenian conseguida la victoria. Asi toda el ansia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo, y esperar alli el ataque de los franceses..

Cerinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso quanto lo permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior á manera de rebellin, y guarneciéndole á trechos con garfios y puntas de hierro, para inutilizar la caballeria enemiga. Recogiéronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ansia de apaciguar la sed los puso en confusion, de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en órden. En esto el polvo annunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al General. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes, y mil y quinientos caballos entre hom-

bres de armas, arqueros y ginetes. Gonzalo los dividió en tres esquadrones, que colocó en tres diversas calles, que formaban las viñas: uno de españoles mirando hácia Cerinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba: otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego Garcia de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artilleria para ayudarla y defenderla: flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna: á Fabricio su primo y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones, y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga, que habian sufrido aquel dia, hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, quando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos: *Para ahora, Señor,* le dice, *es necesaria la firmeza de corazon que siempre soleis tener: nuestra causa es justa: la victoria será nuestra, y yo os la prometo con los pocos españoles que aqui somos.* Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, mas prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria, y acabar con aquel exército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadia que no podia esto diferirse sin nota de cobardia. A esta increpacion Nemours, picado vivamente, da la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguíale Chandenier, Coronel de los suizos, con otro esquadron, donde iba toda la infanteria, y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artilleria, que era igual de una y otra parte; pero con algun mas daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hace volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo: se anuncia este reves á Gonzalo, y él con cara alegre contesta: *Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria.* El Duque de Nemours y su esquadron, para libertarse del mal que les hacia la artilleria, acometieron la lanza en ristre, y á toda carrera, contra la parte de donde les venia el daño; mas halláronse

alli atajados por el foso, por los garfios de hierro, y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro parage menos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopeteria alemana, que estaba mas allá: entonces cayó el General frances muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin gefe y sin órden, comenzaron á huir. El esquadron mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fue recibido por la infanteria española, que lanzaba todas sus armas arrojadizas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandenier, que por la bizarria y brillo de sus armas, y por su arrojo llamaba hácia sí la atencion y los tiros, cayó tambien sin vida: caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desórden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos queriendo apurar su ventaja salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los Príncipes de Melfi y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos, y se abandonaron á la fuga. La noche detuvo el alcance, y atajó la mortandad: Próspero Colonna entró sin resistencia en

el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del General frances, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volvia, le lloraban por muerto.

Este fue el éxito de la batalla de Cerinola, que si se regula por el número de los combatientes, y por los muertos, no se contará entre las mas grandes; pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del General vencedor, y por las conseqüencias importantes que tuvo. Los exércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses: de estos murieron cerca de quatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno, y el auxîlio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria, y la hicieron poco costosa; á pesar de ser su caballeria tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante esquadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el General frances, á cuya vista no pudo el vencedor dexar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar á Bar-

leta, donde se hicieron sus exêquias con la misma magnificencia y bizarria que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que le señalaba su buena estrella.

Cerinola, Canosa, Melfi, y todas las provincias convecinas, se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles á apoderarse de aquella capital. Llegado á Aterra, salieron á recibirle los síndicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria, y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian la obediencia al Rey Católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la persona misma del nuevo Monarca: la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo, en nombre del Rey, les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fue esta entrada
1503. á diez y seis de Mayo. Asi en poco mas de ocho años los napolitanos habian tenido siete Reyes. Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Cárlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el Católico. Nacion incapaz de defenderse; incapaz de guardar fe: entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido, si acaso la suerte se declara en favor suyo: sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se le echa-

ban por los extrangeros: el pueblo nulo, y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion de quien deba tenerse á un tiempo lástima y desprecio, esta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles, que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamas compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras de ambicion y de concurrencia extraña.

Quedaban sin embargo por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnicion numerosa, y bastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, antes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del exército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas, para dexar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el exército Pedro Navarro: y su destreza y su pericia en la construccion de las minas, eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables, que presentaban los castillos en su rendicion. Embistióse primeramente á Castelnovo; y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente que está antes, Navarro dispuso sus minas, y las llevó hasta debaxo de la muralla principal del castillo. En tal estado se intimó á los sitiados que se rindiesen; y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no solo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta

de matarle, si volvia otra vez con semejante mensage. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que dexando una gran boca abierta, con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que habia encima, vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, embrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fue furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos jamas los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadia. Ganaron primero el adarbe; y los enemigos, que se retraxeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendian, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles: el otro ya habian logrado los franceses levantarle, quando Pelaez Berrio, gentilhombre de Gonzalo, que estaba alli, asido de un brazo á los maderos, y subiendo con ellos, pudo colgado en el ayre cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos: cayó entonces el puente otra vez, y él entró, acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el ímpetu enemigo hasta que acudieron mas españoles, y en-

tre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela, y pudieron cerrar las puertas. Entonces el combate se hizo mas espantoso: los nuestros, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas, y los franceses desde arriba, con cal, con piedras, con aceyte, con fuego, con todo lo que el furor ó el temor les suministraba, ofendian á los españoles; que terribles, aumentando siempre su furor y su ímpetu, batian por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo á flaquear, y movia ya condiciones de entrega: quando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego, que los sitiados les arrojaban; embravecidos de nuevo volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió este á sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenia, atesoradas alli por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni aun á las municiones, que el General habia mandado se conservasen. Quando se los quiso reprimir, dixeron, que debiéndoseles tantos dias de paga, y teniendo aquellas riquezas delante ganadas con su sangre y su sudor, querian pagarse por su mano.

Gonzalo les dexó hacer, proponiéndose comprarles despues los artículos necesarios; y porque algunos, menos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habian cogido en el saqueo, su generoso General, *id*, les dixo, *á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna*. No bien fueron dichas estas palabras, quando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alojado con la mayor magnificencia; y uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble, ni cortina, ni comestible, desde las salas mas altas hasta las cuevas mas profundas. Ganado asi el castillo, puso en él por alcayde á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los mas valientes soldados del exército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiese el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte; pero aun con mas daño de los franceses, porque el efecto de las minas fue mas espantoso.

La armada francesa, que habia llegado al otro dia de la toma de Castelnovo, tuvo que retirarse á Iscla, en donde tampoco fue admitida por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitan, aun antes de que se rindiese el se-

gundo castillo, reunido el grueso del exército, salió de Nápoles, y rendidos San German y Roca Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que habia llevado alli todas las reliquias del exército vencido en Cerinola: alli estaban los principales barones que seguian el partido de Francia, los Príncipes de Bisiñano y Salerno, el Duque de Ariano, el Marques de Lochito y otros: tenian por suya la mar, y el Marques de Saluzo, que traia un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un exército frances. Empezóse á batir la plaza; y aunque Navarro, despues de allanado el castillo del Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardides y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez mas orgullosos con su número y la ventaja de su posicion, despreciaban á su enemigo, y ofendian con tal acierto, que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos Don Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Asi que despues de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar por entonces el ataque, mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta, y se retraxo á Castellon, situado no muy lejos de alli.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder, y juntó tres exércitos y dos esquadras á un mismo tiempo, para atacar por todas partes á su enemigo. Dos exércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon; y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores Generales de aquel tiempo, se dirigia á entrar en Nápoles por el Milanes, y volverse á apoderar de aquel estado: de las esquadras, una, mandada por el Marques de Saluzo, habia de sostener esta última expedicion, y la otra se quedaria cruzando el Mediterráneo, para impedir la llegada á Italia de los socorros que se enviasen de España. Era tal la confianza que los franceses tenian en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrian á recibir, él respondió: *que holgaria mucho de ello;* añadiendo, *que daria veinte mil ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Viterbo.* Tuvo el caudillo frances la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo, y embaxador nuestro á la sazon cerca de la República; á lo que Suarez respondió graciosamente: *mas hubiera dado el Duque de Nemours por no haberle encontrado en Pulla.*

No pudieron cumplírsele los deseos á Tremo-

uille, porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fue forzoso retraerse á Milan. Entonces el Rey de Francia dió el mando de sus tropas al Marques de Mantua, que, segun la costumbre de los Capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecia sus servicios á quien mas daba. Componíase el exército de mas de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reyno de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo dificilmente resistieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazon muriese Alexandro VI; y el Cardenal de Amboise, Ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen al rededor de Roma, para influir en el cónclave, y ser elegido Papa. El Cardenal de la Rovera tuvo maña para desconcertar sus medidas, alejar las tropas, y hacer elegir Pontífice á Pio III, que al cabo de pocos dias falleció: en cuyo espacio pudo ganar los Cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando en consequencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles, pero el tiempo estaba muy adelantado; y el Cardenal de Amboise, despues de subordinar los intereses del Rey á los suyos, ni consiguió ser Papa, ni aprovechó la ocasion unica que se ofre-

cia de reconquistar aquel estado.

1503. Era ya entrado el invierno, y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barrizales y las campiñas pantanos, apenas dexaban marchar los hombres, quanto mas el gran tren de artilleria que el exército arrastraba consigo. Otro inconveniente, que tuvo su tardanza, fue que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que habia en Calabria, mandadas por Don Fernando de Andrade, y vencedoras de Aubigni, y con un número considerable de capitanes y soldados espanoles que se vinieron á su campo, dexando las banderas del Duque de Valentinois, cuyo poder, despues de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades, y llegaron á las fronteras del reyno: intentaron tomar por fuerza de armas á Roca Seca; y Pizarro, Zamudio y Villalba, que la defendian, los rechazaron de alli: Roca Guillerma se les entregó casi por traycion; pero Gonzalo, á vista de su exército, la volvió á tomar, sin que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla del Garellano, y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que hecho esto, todo el pais que hay desde el rio hasta la capital se les allanaria fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su exército, y tenia la desventaja de que siendo por alli mas baxa la

orilla, la artilleria enemiga podia hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y maderos con el qual intentaban pasar el rio, á la sazon invadeable, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos, los hacian retroceder. Un dia al fin mas afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron á pasar, y ganaron el bastion en que los nuestros se colocaban. Retraxéronse los fugitivos al campo, y le llenaron de agitacion y tumulto. Llega á oidos del General que el enemigo habia echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados, se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipítanse los demas capitanes á su exemplo: Navarro, Andrade, Paredes ordenan sus huestes, y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero que arremete al enemigo, el qual no bien ordenado todavia, no puede sostener el ímpetu de los nuestros, y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artilleria francesa hacia; mas despues que los españoles se mezclaron con los franceses no podia ser-

vir, á menos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del exército frances estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos, que seguian á los primeros. Estos arrollados caen desordenados sobre ellos, y los españoles furiosos entran tambien en el puente hiriendo, matando, arrojando al rio quanto hallan por delante. Fuéles en fin forzoso á los franceses recogerse á sus estancias, y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres mas intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba despues, que no habia visto refriega mas terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artilleria, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecian á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel dia el lauro del valor entre los oficiales Fabricio Colonna, que fue el primero que con mas peligro salió al encuentro al enemigo, y le lanzó hácia el puente; y entre los particulares Fernando de Illescas, alférez, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada esta tambien, cogió la insignia con los codos, y asi se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos exemplos de valor en un campo que por todas partes

respiraba honor y bizarria. El puente quedó echado, y protegido por la artilleria que tenia el enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que antes ocupaba. Diego Garcia de Paredes le dixo: *Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artilleria: mejor será excusar la guardia, dexar que pasen mil ó dos mil de ellos, y entonces los acometeremos, y quizá podremos ganar su campo.* Gonzalo, todavia irritado de la pérdida del bastion, le contestó: *Diego Garcia, pues Dios no puso en vos miedo, no le pongais vos en mí. Seguro está vuestro campo de miedo,* respondió el campeon, *si no entra en él mas que el que yo inspirare.* Picado hasta lo vivo desciende del caballo, y poniéndose un yelmo, y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses que le conocian, creyendo en su ademan que queria parlamentar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos: mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterias, diciendo en altas voces que iba á hacer prueba de su persona, sacó el montante, y empezó á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza, en la qual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor

aun no estaban sastisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos dias despues sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro exército. Habíase dado á guardar la torre del Garellano á un capitan gallego; y el puesto era tan fuerte que con diez hombres solos podia mantenerse, y tan importante que desde alli, como desde una atalaya, se veian todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y estos se vinieron á nuestro real; dando por causa de su rendicion mil falsedades, que se les creyeron. Mas quando al fin se supo en el campo su villania y su traycion, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitan castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entretanto la discordia tenia divididos entre sí á los cabos del exército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un General extrangero sin acierto y sin fortuna, que los tenia detenidos alli, sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle á gritos los dictados mas viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española; ofendido de los libres discur-

sos del exército, y de las increpaciones atrevidas de Alegre, renunció el mando, y abandonó el exército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavia, á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el Marques de Saluzo, á quien dieron el mando despues de ido el Marques de Mantua, era un General inteligente y activo. Su primera operacion fue fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente, y puso en él su guardia. Mas no por eso habia adelantado mucho en su intento de pasar delante: 'Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde alli impedia la marcha del enemigo. Es verdad tambien que el invierno, entonces en su mayor rigor, contribuyó mucho á esta inaccion de unos y otros. El Garellano, saliendo de madre, inundaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada: el campo hecho un lago, apenas podian con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban: los víveres escaseaban cada vez mas: las enfermedades picaban, y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del exército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desma-

yado, y se fueron á Gonzalo á aconsejarle, que pues el enemigo no podia por el rigor de la estacion emprender faccion de momento, diese algun alivio á sus tropas, y las pasase á Capua, donde mejor alojadas y mantenidas podrian repararse de los trabajos pasados, y estarian á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada: *Permanecer aqui es lo que importa al servicio del Rey y al logro de la victoria; y tened entendido, que mas quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno solo hácia atras.*

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por alli mas alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su exército, les dieron algun reparo contra la humedad: el resto fue repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban menos sufridos á los rigores de la estacion. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y solo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrian. Entretanto llegó al campo español Bartolome de Albiano, de la casa de los Ursinos, con tres mil hombres de so-

corro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y odiosa, igualmente que ellos, al Papa Alexando VI y á su hijò César, habian servido contra España hasta entonces; pero al fin fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenia por máxîma el atraer las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro pues llegó al tiempo mas oportuno; y Albiano, que le conducia, era un excelente militar. El fue quien inspiró ó hizo valer el dictamen de marchar al instante al enemigo, echando un puente mas arriba de donde tenian el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra; y Albiano hizo construir quatro millas mas arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendióle en el rio, y todo estuvo dispuesto para la noche del veinte y siete de Diciembre. Al instante pasó 1503.
la mayor parte del exército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio, y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demas infanteria, le guiaba el mismo General; y la retaguardia, que se habia quedado de la otra parte del rio, mandada por

Andrade, tenia órden de embestir el fuerte que defendia el puente frances, y pasar por él á juntarse con el resto del exército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio, y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron: mas despues, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar alli y contrarrestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desamparan apresuradamente el campo, y huyen despavoridos hácia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellon. Gonzalo envió á Próspero Colonna y á Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y municiones. Alli se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseidos tambien de miedo, le habian desamparado y deshecho, puesta en las barcas su mas pesada artilleria, para que rio abaxo llegase á Gaeta. Mas este mismo peso fue causa de que no caminasen con la priesa necesaria; y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente, y pasar el rio. Entretanto los franceses huian, pero ordenados: hacian cara á sus contrarios en los pasos difíciles para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artilleria, luego los infantes, y la caballeria se retiraba la última,

aunque siempre con algun daño. Llegaron asi al puente que está delante de Mola, y alli el Marques de Saluzo acordó hacer frente al enemigo, y procurar recobrarse. Cien hombres de armas mandados por Bernardo Adorno se paran, y peleando valerosamente, hacen á los nuestros detenerse, y aun retroceder: acuden los fugitivos, y á la sombra de aquel esquadron se ordenan junto á Mola, cobran ánimo, y se preparan á la pelea. Mas el centro de nuestro exército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba alli animando la gente y exhortándola á apresurarse: el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino, y cae con su dueño al suelo: acuden á socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesion, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasion semejante dixeron á sus soldados: *Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere*. Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su exército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes, con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad peleaban como leones: no asi los franceses, cuyo espíritu primero sorprehendido, despues aterrado, no acertaba ni con la ofensa, ni con la de-

fensa, ni á guardar ni á seguir consejo. Su General en este apuro, no contando ya con la victoria, y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo el precepto y el exemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen, pero desordenados y dispersos, abandonando banderas, artilleria y bagages, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose estos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquellos á la venganza de los paisanos vecinos, que cogiéndolos dispersos los degüellan.

Tal fue la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagage, la artilleria mas hermosa de Europa, y la pérdida irreparable de aquel hermoso reyno. La Italia, que habia visto aquel poderoso exército, cuya muchedumbre y aparato parecia que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenia delante, le vió á poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posicion, y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponian. El conocia á los franceses: sabia que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados: veia su impaciencia, y

quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estacion. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida á la capacidad del Gran Capitan, que entonces llenó toda la extension de este renombre.

Aquella noche reposó el General español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres, que habian hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinte y quatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artilleria para batirla, los sitiados se rindieron á partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles: otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el dia primero del año de mil quinientos y quatro, habiendo antes desfilado los franceses, desmontados los caballeros, y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesia, alabando su valor; y fue tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbi-

trio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegria y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino, y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoria fue igual á las muestras de sentimiento que hizo mientras estuvo enfermo. Siete dias tuvo audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre, á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policia del reyno; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aun se tenian por los franceses; y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que mas sobresalian en él, los premios que dispensó fueron mas propios de un Rey que de un Lugar-Teniente. Restituyó á los Colonnas los estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano dió la ciudad de San Márcos; á Mendoza el condado de Mélito; el de Oliveto á Navarro; á Paredes dió el señorío de Coloneta;

en fin á todos los que se habian distinguido repartió estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacíanse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exâltar mas en él, si la magestad heroyca de su persona, la gracia y cortesania de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria que la busquen por todos los medios con que se la adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocian mayores talentos para la alta poesia, á que se exercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con mas dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesia.

Como la pacificacion y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo á este objeto. Habia empero un estorbo para conseguirlo, que era el genio

revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del Papa Alexandro VI, y hecho Cardenal al tiempo de la exâltacion de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenia el Duque de Gandia su hermano mayor. Hízole asesinar una noche; y el Papa estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de alli á pocos dias una dispensa para dexar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entonces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pension, le costeó una compañia de cien hombres de armas, y le casó con Juana Albret, hermana del Rey de Navarra, y parienta suya. Con semejante apoyo su ánimo fiero y atrevido se revolvió á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortalezas de la Romagna, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *Aut Cesar aut nihil.* Sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores mas célebres del mundo no emplearon en sus expediciones mas esfuerzo, mas osadia, mas astucia, mas perfidia ni mas atrocidad, que este hombre extraordinario en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas: se apoderó del ducado de Urbino: hizo dar muerte por la mas baxa alevosia á las principales cabezas de la casa Ursina: ocupó sus estados; y Rímini, Faenza, Forli, y todas las

plazas y fuerzas de la Romagna tuvieron que baxar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios; y quando estos faltaban, el veneno dado á los Cardenales mas ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia General ninguno que mejor pagase sus soldados, que mas bien los tratase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. El de su persona era agil, esforzado, diestrísimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el mas ardiente en el combate. La gentil disposicion de sus miembros era afeada por la terribilidad de su rostro, que llena de herpes, destilando materia, y con los ojos hundidos y sanguinos, demostraba la negrura de su alma, y daba á entender ser amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio, y la ambicion brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado Don Alonso de Aragon, para gozar libremente de su hermana Lucrecia: abusó feamente de Astor Manfredo, Señor de Faenza, y

despues le hizo arrojar en el Tiber: mató con veneno al jóven Cardenal Borja, porque favorecia á su hermano mayor el Duque de Gandia: hizo cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina... La pluma se niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginacion se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los mas de los tiranos, que quieren la justicia para los demas, y no para *sí*, la hacia guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que quando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo, y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometian, les hacian desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del Papa Alexandro cortó el vuelo á la ambicion de Cesar. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron: los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas; y el Papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó, y le hizo vendir á la Iglesia casi todas las demas. Entonces fue quando con un salvo conducto, firmado por el mismo Gran Capitan, vino á Nápoles, y se puso baxo el amparo de España. *Dícese* que el salvo conducto tenia por basa que Cesar no haria ningun movimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico: sin duda Gonzalo pre-

vió que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabia estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos, y dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Asi fue; y nunca Cesar Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entonces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia, y volverla á encender en guerra. El oro, que aun tenia en abundancia, le daba lugar á conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que aun no habia entregado al Papa Julio; trató de ocupar el estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro, y matar al Señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió órden á un capitan español, que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa, y estorbase que esta ciudad se pusiese baxo la proteccion de España; alteró á Pomblin, que se alzó por él; negociaba á un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco; y empezó á sonsacar compañías enteras del exército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que habia recibido órden del Rey para que echase de Nápoles á Cesar, y le enviase á Francia, á España ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande

y furioso gritó, maldiciendo su fortuna, y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle; y de alli á pocos dias fue enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo, y se recogió á Navarra; donde sirviendo al Rey su cuñado en la guerra que hacia al Conde de Lerin, fue muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borja, en cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan: es verdad que César era un tizon eterno de discordia, incapaz de sosegar ni de dexar sosiego á nadie; es cierto que era un monstruo, indigno de todo buen proceder: todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho mas por su gloria, si no abusara de la confianza que César habia hecho de él, poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista, y en mirar por los intereses de su patria y de su Rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y á la gloria. Nada habia mas opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: este franco, confiado, magnífico y liberal: aquel zeloso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repar-

tia á manos llenas las rentas del estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el Rey, que aun no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servia tener un nuevo reyno, conquistado sí con la mayor gloria y el esfuerzo mas feliz; pero tambien disipado por la prodigalidad imprudente de su General. Los malsines atizaban esta siniestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin órden ni arreglo alguno: los otros que se permitia al soldado una licencia opuesta á toda policia, y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas, ¡ quién lo creyera! los Colonnas, zelosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al Rey que la conducta del Gran Capitan en Nápoles era mas bien de un igual, que de un Lugarteniente suyo.

Mientras vivió la Reyna Católica estas semillas de division apenas produxeron efecto. Los poderes amplios que tenia se reduxeron á las funciones de Virrey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo: entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fue dado en guarda á Luis Peyjoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que mas se habia distinguido quando se tomó; y decia

que el que supo ganar aquel castillo, tambien le sabria defender. Quiso dexar la habitacion que alli tenia; pero Peyjoo, á fuerza de súplicas le contuvo: en fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los Reyes que añadiria este servicio á los demas que ya los habia hecho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirlos en su corte. No tuvo res-
26 de Noviembre de 1504. puesta esta representacion, y entretanto murió Isabel; siguiéndola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora habia sido. A su magnanimidad, á su actividad y á su constancia se debe la pacificacion del reyno, entregado quando ella entró á reynar á facciones y á bandidos; la expulsion de los moros; la conquista de Nápoles; el descubrimiento de la América. Los errores de su administracion, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era mas altivo, mas rencoroso, mas entero que lo que corresponde á una muger; la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenia á la felicidad y á la gloria de la nacion que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gon-

zalo. Ella habia sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando: con su falta iba á ser el objeto de los desayres y desabrimientos de un Príncipe, que desconfiado por carácter, hecho mas sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitan, iba á entregarse á las sospechas, para quitarse de encima la obligacion del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposicion Próspero Colonna, que entonces habia venido á España, con sus pérfidas sugestiones: el ingrato Nuño de Ocampo, que tambien se manifestó su acusador con respecto á la inversion de caudales: el artificioso Francisco de Roxas, embaxador de España en Roma, el qual despues de haber auxíliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influxo en Italia, aspiraba á que le sacasen de ella: en fin, el Virrey de Sicilia Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitan por la justicia que hizo á los pueblos de la isla, quando sus vexaciones los alborotaban. Todo se convertia por estos malsines envidiosos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el luxo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenian los pueblos y Barones principales del Reyno, la veneracion y respeto de los estados de Italia.

Hallábase entonces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un político, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter, para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dexaba sus reynos á su hija Doña Juana, casada con el Archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese Gobernador el Rey Católico, mientras llegaba á mayor edad Cárlos su nieto, hijo mayor del Archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fernando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla. Felipe deseaba venir á administrar el patrimonio de su esposa; y la mayor parte de los Grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujecion en que habian estado hasta entonces, favorecian las pretensiones del Archiduque. Este vino con la Reyna á España, y fue en fin forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel estado, que por tantos años habia gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad mas gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le habia asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta

imperdonable. Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivia retirada en un claustro; pero ni aquel Rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entonces en la consideracion de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la habia despojado del reyno? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con Luis XII: contrató casarse con Germana de Fox, sobrina de aquel Monarca, y ofreció restituir á todos los Barones Anjoynos los estados que habian perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convencion era buscar un apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podia con su nuevo himeneo tener herederos á quien dexar sus propios dominios, y destruir asi la grande obra de la reunion de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragon, ofrecian un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando ó al Archiduque? El Rey Católico temia que Gonzalo, siguiendo los intereses de este Príncipe, alzase por él aquel reyno, y se le entregase. Su mayor ansia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese: mandóle publicar la paz ajustada, restituir los es-

tados á los Barones desposeidos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitucion de los estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedian la asistencia de Gonzalo, y mas tiempo que el que podia sufrir la impaciencia del Monarca rezeloso. Para activar su salida de aquel reyno se obligó Fernando á conferirle, luego que llegase á su corte, el Maestrazgo de Santiago. Entretanto negociaban con él el Archiduque, Maximiliano su padre, y el Papa, procurando explorar sus intenciones, y ofreciéndole grandes premios si conservaba el estado baxo su obediencia. Dícese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado Duque de Calabria Don Fernando, restituir á este en aquel reyno como feudatario de Castilla, y dexarle á él alli de Gobernador perpetuo.

Pero él, firme contra las sugestiones del interes y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quien era Gonzalo de Córdoba, no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo, se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se los hacia salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reyno para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser

arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin mas causa que la flaqueza del Rey en escuchar á quatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El Monarca, ya incapaz de sufrir mas retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las trayciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el Arzobispo de Zaragoza, con órden de reasumir en sí toda la autoridad, y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolucion Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio, que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de executarse, y capaz por sí sola de precipitar al heroe á una resolucion desesperada, no se llevó á execucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan, en que entre otras cosas le decia: *Aunque V. A. se reduxese á un solo caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviese la potestad y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni he de tener en mis dias otro Rey y Señor sino*

2 de Julio de 1506.

á V. A. quanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo qual, por esta letra de mi mano escrita, lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleyto homenage como caballero, y lo firmo con mi nombre, y sello con el sello de mis armas, y lo envio á V. M. para que de mí tenga lo que hasta agora no ha tenido; aunque creo que para con V. A., ni para mas obligarme de lo que yo lo estoy por mi voluntad y deuda, no sea necesario.

En fin, Fernando teniéndose por desayrado en España si no reynaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles, y visitar aquel reyno: por el mismo tiempo Gonzalo se habia embarcado
1 de Octubre de 1056. en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova. Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel Monarca, á quien se suponia tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos; y el mismo Rey dió algunos momentos á la sorpresa, que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entonces las viles sospechas que le habian agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiracion, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañia, y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fue donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El Rey ponia todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia. Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que mas bien le habian servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones, y le pedia sus recompensas. ¿Veia entre el tropel de la corte alguno, que por encogimiento no osaba llegar al Rey? El entonces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido esperar. ¿Tenia otro alguna pretension ardua? Acudia á Gonzalo, y Gonzalo se la conseguia. Aquel Monarca reservado, detenido, y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo; y se vió con admiracion, que nada de lo que le pidió en aquel tiempo, en favor de otros, fue denegado por él: como si hubiese tenido á menos en aquel teatro negar algo á quien se le habia conquistado y defendido. Podian todavia estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero alli escondidas no se manifestaban: y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiracion y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su

influxo, le constituia á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó sin embargo para que los tesoreros no prosiguiesen en odio de Gonzalo, y por adular al genio del Rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habian amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que habia hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra; y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitírselo, y aun de asistir á la conferencia. Ellos produxeron sus libros, por los quales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion, asi á ellos como al Rey, de la manera como debia tratarse un conquistador. Respondió pues que al dia siguiente él presentaria sus cuentas, y por ellas se veria quien era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto presentó un libro, y empezó á leer las partidas que en él habia sentado. *Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en fraytes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey.*=*Setecientos mil quatrocientos noventa y quatro ducados en espias.*=Iba leyendo por este estilo otras partidas tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se con-

fundieron, y Fernando avergonzado rompió la sesion, mandando que no se volviese á tratar mas del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer, para tachar la ingratitud y avaricia del Rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran; la tradicion lo ha conservado; se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en esta, en nimiedad y en baxeza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el Archidúque; el qual, acometido de una dolencia aguda en Búrgos, habia fallecido en tres dias, en la flor de su edad, y antes de gozar el reyno y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió sin embargo su camino, y en su interior no suspiraba mas que por Castilla, donde ya la mayor y mas sana parte de los Grandes y de los pueblos le llamaba, para ponerle al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia: y la cosa mas señalada que hizo en los siete meses que alli permaneció, fue la restitucion de los estados confiscados á los Barones Anjoynos, segun lo pacta-

do en la paz con el Rey de Francia. Estos estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando ofrecerles una compensacion correspondiente en otros bienes y en rentas. De aqui resultó que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dexaban arrancar con repugnancia aquellos estados, que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre; ademas que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas: los Anjoynos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia, se les coartaba el beneficio de la restitucion; pues quanto menos se les devolvia á ellos, tanto menos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entonces, y cedió voluntariamente el ducado de Santangelo con sus dependencias, don que le habia hecho el desposeido Federico; y el Rey en recompensa le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio á los ojos del mundo y de la posteridad de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula, que por la singularidad de sus expresiones y de su estilo superior á la rudeza del siglo, y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos, he creido conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba si no sacaba al Gran Capitan de Italia: negóse á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa, para que se le dexase por General de sus armas en la guerra que iban á hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el Maestrazgo de Santiago, luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias: convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos: hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenian para cumplir; y arreglada su casa y su séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacia, era superior á la casa Real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reyno, de los principales personages, y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion; como si al salir él de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos Príncipes, que hasta entonces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la ven-

ganza y de la mala fe, lo dieron entonces de confianza, de estimacion y de amistad: contienda harto mas gloriosa que la primera, si estas muestras en los políticos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfia los cortesanos de una y otra nacion su luxo ostentoso y bizarria; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitan; y la magestad de los Monarcas se veia deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos tantas veces por él debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celeridad y astucia increible con que asaltó de improviso á los Barones alojados en Layno, ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste: ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la qual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Cirinola, el valor y fortaleza con que inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militàr y las estratàgemas con que habia conseguido aquella victoria. La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la magestad excelente de su presencia, por la

magnificencia de su semblante y sus palabras, y gravedad y gracia de sus modales. Mas nadie le honró mas dignamente que el Rey Luis: él le hizo sentar á la mesa Real, y cenar con Fernando y consigo: le hizo contar sus diversas expediciones: llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal General; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos.

Este fue el ultimo dia sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fue todo desabrimientos, desayres y amarguras. Desembarcó en Valencia; y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se dirigió á Búrgos, donde la corte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguiale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos, que no querian separarse de él: á esto se añadia la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrian á verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la mas rica, adornados con las mas exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello, y en las penachudas celadas que

30 de Junio de 1507.

les cubrian las cabezas. El pueblo deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudia y le apellidaba Grande; pero los mas prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian quanto le habia de ofender aquella ostentacion de poderío. Entre ellos el Conde de Ureña dixo con mucha gracia, *que aquella nave, tan cargada y tan pomposa, necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaria en algun baxío.*

14 de Mayo de 1508. Llegó á Búrgos, y toda la corte para honrarle salió á recibirle por mandato del Rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al qual, Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dixo cortesmente: *Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomasteis para vos en las batallas.* Hizo pocos dias despues su pleyto homenage de obedecer á Fernando, como Regente de Castilla, hasta la mayor edad de Cárlos su nieto, y este fue el ultimo punto de su buena armonia con él. Desayrado en la corte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el Maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto transpiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos el

que mas parte tomaba en su pena era el Condestable de Castilla Don Bernardino Velasco, con quien para estrechar mas la amistad casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la corte, con tanta mas razon quanto el Rey queria casar con Elvira un nieto suyo, hijo del Arzobispo de Zaragoza, para que asi entrasen en la familia Real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El Condestable habia sido antes casado con una hija natural de Fernando; y por esto un dia la Reyna Germana le dixo severamente: *¿No os da vergüenza, Condestable, siendo como sois tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros á una dama particular, habiéndoos antes desposado con hija de Rey? El Rey me ha dado un exemplo digno de seguirse*, respondió él, *pues habiendo estado antes casado con una gran Reyna, despues se ha enlazado á una particular, digna de serlo tambien.* Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quien era, y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que antes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El Condestable perdió toda la gracia, y no volvió á ser admitido en la corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro

desabrimiento al Rey. Queria este que Ximenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Ximenez grato oido á esta propuesta; y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito, y le exhortaron á la resistencia. De modo que quando se le volvió á hablar de parte del Rey acerca de ello, contestó que si se le apuraba, abandonaria arzobispado, corte y dignidades, y se volveria á su celda, de donde contra su voluntad la Reyna Isabel le habia sacado. Blandeó el Rey, conociendo quan injuriosa era aquella permuta á la eleccion de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hácia esta época fue quando Diego Garcia de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba este mal con aquel campeon, porque se habia puesto á servir con Próspero Colonna, á quien por las causas ya dichas Gonzalo aborrecia. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debia á su General. Hallábase un dia en palacio, y en la sala misma del Rey oyó á dos caballeros que decian que el Gran Capitan no daria buena cuenta de sí. Entonces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el Rey, exclamó: *Que qualquiera que dixese que el Gran Capitan no era el mejor vasallo que tenia, y de mejores obras,*

se tomase el guante que ponia sobre la mesa. Puso con efecto el guante: nadie osó contestar; y el Rey, tomándolo y devolviéndosele, dixo, *que tenia razon en lo que decia.* Desde entonces volvió á reynar la buena armonia entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del Condestable, y de la contradiccion que hacian á sus deseos, encontró poco despues la ocasion de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sosegarle á un Alcalde de su Casa y Corte, con órden que intimase al Marques de Priego se saliese de la ciudad. Era el Marques hijo del ilustre y desgraciado Don Alonso de Aguilar, y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, á exercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimacion que le hizo el Alcalde, y no solo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona, y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reyno. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes, y la administracion de justicia, soltó la rienda á su enojo, y trató de executar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato mas solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes, y se dirigió desde Castilla á Andalucia,

diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse los Grandes, tembló Gonzalo por el Marques, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvario á su juventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le habia escrito estas precisas palabras: *Sobrino, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os pongais en poder del Rey: si asi lo haceis, sereis castigado; y si no, os perdereis.* Obedeció el mozo, y con toda su familia se vino á poner á disposicion del Monarca irritado, á tiempo que este, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la corte, poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenia, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba hizo prender al Marques, fulminó proceso contra él y otros culpados como reos de lesa magestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al Marques, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía, y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde habia nacido el Gran Capitan, y que era el mas bello de toda Andalucía, apuraron el Condestable, Gonzalo y los Grandes todos los medios del ruego y de la queja: en

vano le representaron que debia perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos: en vano en fin los embaxadores de Francia manifestaban que parecia indecoroso no conceder un castillo al que habia ganado para la corona cien ciudades y un reyno floreciente. El Rey se mantuvo inflexible: la fortaleza se demolió; y Gonzalo tuvo que devorar el desayre y la humillacion de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algun tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loxa; y aun se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes, en caso de que renunciase al Maestrazgo que se le habia prometido, y no se le conferia. Era ciertamente impolítico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El Monarca mas poderoso y prudente de Europa ¿no tenia otros medios de recompensar á un heroe, que con una palabra engañosa? Gonzalo, mas generoso y mas franco, no quiso admitir el dominio de Loxa, y respondió fieramente, que no trocaria jamas el título que le daba al Maestrazgo una promesa real y solemne; *y que quando menos, se quedaria con su queja, que para él valia mas que una ciudad*. En Loxa vivió desde entonces, siendo su

casa la concurrencia de todos los señores de Andalucia, y la escuela de la cortesania y de la magnificencia: él era su oráculo: él apaciguaba sus diferencias, y los instruia del estado y movimientos de toda la Europa, y aun de Asia y Africa, en cuyas principales cortes tenia agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que alli se tomó fue el de proteger á los conversos y á los moros de aquellos contornos contra las injurias y los agravios que el odio de los cristianos les acarreaba. Gonzalo creia que debian tratarse con blandura, y atraerlos á la fe y á la amistad con el exemplo de la buena fe y de las virtudes, y con los buenos tratamientos. El Rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo obscuro, que tenia mas apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por General á la expedicion que aquel Prelado hizo á las costas de Africa, ni menos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habian sentado contra la Francia, se le pedian para que mandase el exército coligado. En estas circunstancias todos los Grandes le creian arruinado y sin recurso. *¡Qué encallada estará aquella nave!* decia el Conde de Ureña: lo qual sabido por Gonzalo, *decid al Conde*, contestó, *que la nave, cada vez mas firme y mas entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.*

Y asi iba á suceder: la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron al exército de la liga, mandado por el Virrey de Nápoles Don Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del exército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la órden y los poderes plenos para pasar con tropas á Italia. Aprestóse en Málaga la armada que habia de conducirle, y toda la nobleza española voló á la Andalucia á alistarse en sus banderas, y á entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfia y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componian la infanteria y guarda ordinaria del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitan, siendo de todas partes, pero mas del Andalucia, infinitos los caballeros que se ofrecian á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo con su generosidad y afabilidad natural los recibia, y con celeridad increible corria de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedicion, y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró mas que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose, y de que los franceses no habian sa-

bido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento, y para que el Gran Capitan sobreseyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida quando llegaron estas órdenes. Nunca fue recibida con tanto dolor y consternacion por exército ó General ninguno la noticia de una derrota completa, y del último infortunio; y aquel heroe, que adversidad ninguna, ningun trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas poder disimular en el semblante el negro luto de que su corazon estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegria por la mejora que habian tenido los negocios públicos, las prometió recomendar al Rey su buena voluntad, y los sacrificios que habian hecho en aquella ocasion, y las pidió que esperasen tres dias para hacerles alguna demostracion de su agradecimiento, por el zelo con que le habian querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del exército. Representábale un doméstico suyo la exôrbitancia de aquella liberalidad, y el empeño en que se metia por ella: *Dadlo*, contestaba él, *que nunca se*

goza mejor de la hacienda, que quando se reparte.

Habiendo asi cumplido con los soldados, volvió su ánimo á manifestar al Rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna, que en el aprieto en que la batalla de Ravena habia dexado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en *aquellos agujeros de las Alpujarras*, que asi llamaba á Loxa. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos; su mayor dolor, al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones, era creer que las malas sugestiones de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió pues al Rey una carta llena de quejas y de amargura. ,,Preguntábale si sus reynos y sus estados habian recibido por su medio alguna mengua ó deshonra; si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le habia servido, quien mas habia acrecentado su poder: que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él habia de pasar *por la grita de tanto disfavor?* Mas parecia esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabian

con otros medios merecer el lugar que tenian cerca del Rey. Al fin él, acostumbrado á sufrir, podria llevar esto en paciencia; pero doliále el daño padecido por muchos que habian vendido sus haciendas, y desechado buenos partidos por servir en aquella expedicion, los quales estaban todavia sin gratificacion ninguna. Yo, añadia, no tengo mas premio que la obligacion de escuchar las quejas de todos: mas si á ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie estará mas premiado que yo; pues por lo que toca á los gastos que he podido hacer con ellos, han salido de las liberalidades de V. A., por cuyo servicio expenderé todo lo que tengo, hasta quedar *en el fuste de Gonzalo Hernandez.*"

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para salir de España, y irse á vivir á su estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba mas lejos Fernando que de consentirle pasar á Italia, de qualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas con razones suaves; diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del exército, como se habia obligado: y en quanto á la licencia le añadia, que llevando unos poderes tan amplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo Príncipe los llevára, si alla fuera;

no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia antes de tener arregladas las cosas con aquellos Príncipes: que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loxa; y que entretanto se tomaria asiento en las cosas de la liga, y le avisaria lo que se determinase. Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al Rey sus poderes, diciendo, *que para vivir como ermitaño poca necesidad tenia de ellos;* y añadió, *que él se iria á sus agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios.*

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que disipase las siniestras impresiones de Fernando, ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la órden de Santiago, y se las negó: y á las cartas que el Emperador Maximiliano le envió, proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó: que en ninguno podia confiarse menos que en aquel caudillo, del qual tenia por cierto que trataba secretamente con el Papa, para pasando á Italia tomar el cargo de General de la Iglesia, y arrojar de aquel pais á todos los extrangeros, asi españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su capacidad: y Fernando, se-

gun la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginacion lisiada se presentaba como posible. Decia tambien que los servicios de Gonzalo habian sido públicos, y sus ofensas secretas; sin duda para conciliar el honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponia á su engrandecimiento, con que tenia escandalizada á toda España.

Mas fundados quiza fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La Grandeza estaba dividida en dos bandos, uno que queria el gobierno de Fernando, á cuya frente estaba el Duque de Alba; otro de los que descontentos con él, volvian sus ojos y sus esperanzas á la corte de Flandes, y aspiraban á traer á España al Príncipe heredero, para que administrase los reynos de su madre, y lanzar otra vez al Rey de Aragon á sus estados. El alma y cabeza de este partido se creia que era Gonzalo: ya se decia que á la primera ocasion daria la vela desde Málaga, y partiria á Flandes para traer al Archiduque, y ponerle en posesion de Castilla; por lo qual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y aun se añade que ya se habian dado para prenderle.

El entretanto, doliente y moribundo, salió de Loxa, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mudanza de ayres cortaba

las quartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habian mediado desde su última ocurrencia, habia permanecido firme en su posicion, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma publicidad que tenia su disfavor. Púsose el Rey malo, y no le fue á ver, diciendo que no queria se atribuyese á lisonja, *que era la moneda que menos queria dar y recibir*. Llamóle Fernando para un capítulo de las órdenes militares que habia de celebrarse en Valladolid; y no quiso asistir, dando por razon que S. A. tendria á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos dias de amargura y soledad se le oyó decir, que solo se arrepentia de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al Duque de Calabria quando la rendicion de Taranto: otra la de no haber guardado el salvo conducto que dió á César Borja; y la tercera una que no queria descubrir. Creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles baxo la obediencia del Archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna, y de la aficion que le tenian los Barones y los pueblos, y haberse hecho Rey de aquel estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el dia dos de Diciem-

bre de mil quinientos y quince. Su muerte apaciguó las sospechas del Rey, y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la corte de luto: mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reyno, y escribió una carta afectuosa, dando el pésame á la Duquesa viuda. Celebráronse sus exêquias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fue depositado antes de pasarle á la de San Gerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del estado, recordaban á los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan.

APENDICES

A LA VIDA DEL CID.

Los autores que principalmente se han seguido en esta narracion son Sandoval en sus cinco Reyes, y Risco en la historia que ha publicado del Cid. Estos dos escritores han dado á los hechos del héroe burgalés mas verosimilitud, mas conexion y concierto con la historia general del tiempo y con la cronologia. No ignoro las dudas y objeciones que Masdeu ha acumulado en el tomo 20 de su historia crítica de España, así sobre la existencia del códice, donde está el antiguo manuscrito producido por Risco, como tambien sobre la del Cid mismo; pero á veces no se prueba nada por querer probar demasiado. El códice estaba extraviado al tiempo que Masdeu se hallaba en Leon: despues ha parecido; y me consta que en Julio del año pasado de 1806 se hallaba en la biblioteca del Real convento de San Isídro de aquella ciudad, donde Risco le halló. Los caracteres con que está escrita la vida del Cid, de cuyas primeras líneas he visto una copia exácta, manifiestan, segun el dictámen de inteligentes, ser del siglo doce ó principios del trece. Mas dexando estos puntos de controversia á la pluma encargada de defender la buena memoria de Risco, yo me contentaré con decir que Rodrigo Diaz es un personage muy principal de nuestra historia, y que he debido escribir su vida segun las relaciones mas probables.

I.ª

Linage de Rodrigo Diaz, y sumario de sus hechos, que se hallan en el tumbo negro de la iglesia de Santiago, escritos en la era 1301, segun Sandoval: cinco Reyes, fol. 56.

Este es el linage de Rodric Diaz el Campiador, que dezian mio Cid como vino dereytamente del linage de Lain Caluo, que fo compaynero de Nueño Rasuera, & foron amos Iuizes de Castiella. De linage de Nueño Rasuera vino el Emperador. De linage de Lain Caluo vino mio Cid el Campiador. Lain Caluo ovo dos fillos, Ferran Laynez, & Bermut Laynez. Ferrant Laynez ovo fillo Rodric Bermudez: é Rodric Bermudez ovo fillo á Ferrant Rodriguez. Ferrant Rodriguez ovo fillo á Pedro Ferrandiz, & una filla que ovo nombre Doña Elo. Nueño Laynez priso muyller á Doña Elo, & ovo en ella á Lain Lueñez. Lain Lueñez ovo fillo á Diego Laynez, el padre de Rodric Diaz el Campiador. Diaz Laynez priso muller filla de Roy Áluarez de Asturias, & fui muy bono home & muy rico home, é ovo en ella á Rodric Diaz. Quando morió Diaz Laynez, el padre de Rodric Diaz, priso el Rey Don Sancho de Castiella á Rodric Diaz, é crióla, é fizolo cavalleiro, & fo con él en Zaragoza. Quando se combatió el Rey Don Sancho con el Rey Don Ramiro en Grados non ovo mejor cavalleiro que Rodric Diaz: é vino el Rey Don Sancho á Castiella, é amólo muyto, é dióle su Alferezia, é fo muy buen cavalleiro. Et quando se combatió el

Rey Don Sancho con el Rey Don Garcia en Santarem, non ovo y mejor cavalleiro de Rodric Diaz: é seguró su seynnor, que le llevaban priso, & priso Rodric Diaz al Rey Don Garcia con ses homes. Et quando se combatió el Rey Don Sancho con el Rey Don Alfons su hermano en Volpellera prop de Carrion, non ya ovo millor cavalleiro que Rodric Diaz. Et quando cercó el Rey Don Sancho su hermana en Zamora, ay allí desbarató Rodric Diaz gran campayna de cavalleiros, & prisó muytos de illos. Et quando mató Heli el Alfons al Rey Don Sancho á traycion, encalzó Rodric Diaz entro á que lo metió por la puerta de la ciudad de Zamora, & le dió una lanzada. Pues combatió Rodric Diaz por su seynnor el Rey Don Alfons con Ximenez Garceis de Torreyllolaf, que era muy buen cavalleiro, & matólo. Pues lo getó de tierra el Rey Don Alfons á Rodric Diaz á tuerto, assi que non lo mereció, & fo mesturado con el Rey, & egió de su tierra. E pues passó Rodric Diaz por grandes trabaillos, & per grandes aventuras. E pues se combatió en Tebar con el Conde de Barcelona, que habia grandes poderes, é venciólo Rodric Diaz, & prisol con gran compayna de cavalleiros, & de ricos homes: & por gran bondad que avia mio Cid soltóles todos. Y en pues cercó mio Cid Valencia, é fizo muytas bataillas sobre ella, é venciólas. Plegaronse grandes poderes de aquent mar & de ayllent mar, & vinieron á conquerir Valencia, que tenia mio Cid cercada, & ovo y catorce Reyes: la otra gent non avia conto; & lidió mio Cid con ellos, & venciólos todos, & priso Valencia. Morió mio Cid en Valencia, Dios haya su alma, era mil

ciento treinta y siete, el mes de Mayo, & levaronlo sus cavalleiros de Valencia á soterrar á Sant Pedro de Cardeña prop de Búrgos. Et mio Cid ovo moyller Doña Ximena, nieta del Rey Don Alfons, hija del Conde Don Diego de Asturias, é ovo en eilla un fillo & dos fillas. El fillo ovo nome Diego Royz, & matáronlo moros en Consuegra. Estas dos fillas, la una ovo nome Donna Christiana, la otra Donna Maria. Casó Donna Christiana con el Infant Don Ramiro. Casó Donna Maria con el Conde de Barcelona. L Infant Don Ramiro ovo en su moyller, la fija de mio Cid, al Rey Don Garcia de Navarra, que dixeron Don Garcia Ramirez. Et el Rey Don Garcia ovo en su moyller la Reyna Donna Margerina al Rey Don Sancho de Navarra, á quien Dios dé vida honrada.

2.º

Provision del Emperador Cárlos V al monasterio de Cardeña, con motivo de la traslacion que se habia hecho de los cuerpos del Cid y Doña Ximena.

EL REY.

Venerable Abad, Monges y Convento de San Pedro de Cardeña. Ya sabeis como Nos mandamos dar y dimos una nuestra cédula para vosotros del tenor siguiente: El Rey: Concejo, Justicia y Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de la ciudad de Búrgos, ha sido hecha relacion, que bien sabiamos, y á todos

es notorio, la fama, nobleza é hazañas del Cid, de cuyo valor á toda España redundó honra, en especial á aquella ciudad donde fue vecino, y tuvo orígen y naturaleza; y que asi los naturales de estos reynos como los extrangeros de ellos, que pasan por la dicha ciudad, de las principales cosas que quieren ver en ella es su sepulcro, y lugar donde él y sus parientes estan enterrados, por su grandeza é antigüedad; é que habia treinta ó quarenta dias que vosotros, no teniendo consideracion á lo susodicho, ni mirando á que el Cid es nuestro progenitor, y los bienes que dexó á esta casa, y la autoridad que de el estar él ahí enterrado se sigue al dicho monasterio, habeis desechado y quitado su sepultura de en medio de la capilla mayor, donde ha mas de quatrocientos años que estaba, y le habeis puesto cerca de una escalera y lugar no decente, y muy diverso en autoridad y honra del lugar, y honra que es fama. Tambien habeis quitado de con él á Doña Ximena Diaz, su muger, y puéstola en la calostra del dicho monasterio, muy diferente de como estaba. Lo qual aquella ciudad, asi por lo que toca á nuestro servicio como por la honra de ella, ha sentido mucho: y que como quiera que luego se supo, fueron á ese monasterio el Corregidor é tres Regidores de ella, á procurar con vosotros que restituyésedes los dichos cuerpos al lugar en que solian estar, no lo habeis querido hacer; y que si esto así pasase, la dicha ciudad se tenia por muy agraviada: allende de que es cosa de mal exemplo para monasterios é religiosos, que viendo la facilidad con que se muda la sepultura de una tan famosa persona, tomarán el atrevimiento de alterar y mudar qua-

lesquier sepulturas y memorias, de que se siguirá mucho daño á nuestros reynos: suplicándonos y pidiéndonos por merced fuésemos servidos de mandar, que restituyésedes los cuerpos del Cid y su muger en la sepultura, lugar é forma que antes estaban. E porque habiendo sido el Cid persona tan señalada, como está dicho, y de quien la corona Real de Castilla recibió tan grandes y notables servicios, como es notorio, estamos maravillados de cómo habeis hecho esta mudanza en sus sepulturas; vos mandamos, que si es así que los dichos cuerpos, ó sus enterramientos, estan mudados, luego que esta recibais, los volvais al lugar, y de la forma y manera que estaban; y en caso que no estuvieren mudados, no los mudeis ni toqueis en ellos agora ni en ningun tiempo: y habiendo cumplido primero con lo susodicho, si alguna causa ó razon teneis para hacer la dicha mudanza, enviarnoseis relaciones de ello, y de cómo volvisteis los dichos cuerpos y sepulturas á su primero lugar dentro de quarenta dias, para que lo mandemos ver, y proveer en ello lo que mas convenga. Fecha en Madrid á ocho dias del mes de Julio de mil quinientos y quarenta y un años.= Joannis Cardinalis.=Por mandado de su Magestad, el Gobernador en su nombre.=Pedro de Cobos.

Berganza: *Antiguedades de España, tomo 1.*

3.º

Elegía árabe sobre la ruina de Valencia en tiempo del Cid, traducida en castellano, segun se halla en la Crónica general, fol. 329.

Valencia, Valencia, vinieron sobre tí muchos quebrantos, é estás en hora de morir: pues si ventura fuere que tú escapes, esto será gran maravilla á quien quier que te viere.—E si Dios fizo merced á algun logar, tenga por bien de lo facer á tí, ca fueste nombrada alegría é solaz en que todos los mozos folgavan; é avien sabor é placer.— E si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados é por los tus grandes atrevimientos que oviste con tu soberbia.—Las primeras quatro piedras, caudales sobre que tú fueste formada, quierense ayuntar por facer gran duelo por tí, é non pueden.—El tu muy nobre muro, que sobre estas quatro piedras fuè levantado, ya se estremece todo, é quiere caer, ca perdido ha la fuerza que avie.— Las tus muy altas torres é muy fermosas, que de lejos pareszien é confortaban los corazones del puebro, poco á poco se van cayendo.—Las tus brancas almenas, que de lejos muy bien relumbraban, perdido han la su lealtad con que bien parescien al rayo del sol.—El tu muy nobre rio caudal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tu muy bien servies, salido es de madre é va onde non deve.—Las tus azequias muy cralas, de gente mucho aprovechosas, retornaron torvias: é con la mengua de las limpiar van llenas de muy gran zieno.—Las

tus muy nobres é viciosas huertas que enderedor de tí son, el lobo rabioso les cavó las raices é non pueden dar fructo. — Los tus muy nobres prados en que muy fermosas flores é muchas avie, con que tomava el tu puebro muy grande alegría, todos son ya secos. — El muy nobre puerto de mar de que tú tomavas muy grande honra, ya es menguado de las nobrezas que por él te solien venir amenudo. — El tu gran término, de que te tú llamavas señora, los fuegos lo han quemado, é á ti llegan los grandes fumos. — A la tu gran enfermedad non le puedo fallar melezina, é los fisicos son ya desesperados de te nunca poder sanar. — Valencia, Valencia, todas estas cosas que te he dichas de tí, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazon, las dixe é las razoné. — Ya quiero departir en la mi voluntad que me lo non sepa ninguno, si non quando fuere menester de lo departir.

APENDICES

A LA VIDA DE GUZMAN EL BUENO.

I.º

Se han omitido de propósito en esta vida dos circunstancias, que aunque creidas comunmente por los cronistas de la casa de Medinasidonia y por los historiadores, parecen inventadas por el amor á lo maravilloso, que siempre reyna en los siglos de ignorancia. Para que el lector pueda formar juicio de ellas, he creido debia indicarlas en este lugar.

La primera es el combate con la sierpe. Dícese que al tiempo en que ya reynaba Aben Jacob una sierpe, dexando la selva donde hasta entonces se habia ocultado, se vino á las cercanias de Fez, y empezó á infestar los caminos, devorando los ganados, y asaltando y despedazando á los hombres. Su grandeza era monstruosa, su piel, cubierta de conchas durisísimas, era impenetrable al acero, y las alas que tenia la hacian mas ligera que un caballo. Nadie se atrevia á atacarla, y el envidioso Amir aconsejaba á su primo el Rey que mandase á Guzman ir contra ella, á ver si perecia en la demanda. No quiso Aben Jacob dar la órden; pero Guzman, noticioso del consejo, salió una mañana con sus armas y caballo, acompañado de solo un escudero desarmado, y se dirigió al sitio donde el monstruo hacia sus estragos. Al acercarse encontró con algunos hombres que huian espantados, y de ellos supo que la sierpe, no lejos de alli, reñia con un leon. Guzman los hizo volver, y llegando al sitio vió la lucha de las fieras, y que el leon herido se defendia á saltos de los ataques de su enemigo. El heroe acometió con su lanza á la sierpe, que le salió á recibir con la boca abierta, y por ella entró la lanza hasta las entrañas. En esto el leon, mas atrevido, la arremetió impetuosamente, y acabó de derribarla: murió, y Guzman hizo venir á los hombres, mandó que la cortasen la lengua, y llamó al leon, que se vino para él haciéndole mil halagos con la cola, y le acompañó hasta Fez. La presencia de este animal agradecido, la lengua de la fiera, y la admiracion de aquellos hombres, fueron alli los testimonios de su victoria, cuya fama se extendió á

lo lejos por Africa y por España. Los discípulos de Buffon y de Linneo podran decir si hay en la naturaleza individuo que se parezca á la sierpe que va pintada; y si en la índole y costumbres conocidas del leon cabe la conducta que se le asigna en este cuento, que el historiador sensato desterrará sin reparo alguno al pais de las fábulas caballerescas.

A esta misma época pertenece la historia del tizon, que algunos atribuyen á la esposa de Guzman Doña Maria Coronel. Cuentan que á los tres años de haberse venido de Africa, donde quedaba su marido, fueron tan vivos en ella los estímulos del apetito sensual, que para libertarse de ellos sin mengua de su virtud, se abrasó con un tizon ardiendo la parte misma en que los sentia: remedio que no solo los apagó por entonces, sino que la dexó inhábil por el resto de su vida para el uso del matrimonio. La naturaleza estremecida se niega á creer semejante esfuerzo, que mas parece acto violento de una frenética bacante, que medio acomodado á la condicion de una dama virtuosa. La variedad con que se cuenta el hecho, atribuyéndole otros á una señora del mismo nombre que vivió despues, y añadiendo que se le siguió la muerte al instante, ayuda á la incredulidad, sin embargo de haber sido adoptado por tantos. A él alude Juan de Mena en la copla setenta y nueve de sus trescientas.

Poco mas abaxo vi entre otras enteras
La muy casta dueña, de manos crueles,
Digna corona de los Coroneles,
Que quiso con fuego vencer sus hogueras.

O ínclita Roma, si de esta supieras
Quando mandabas el gran universo,
¡Qué gloria, qué fama, qué prosa, qué verso,
Qué templo vestal á la tal hicieras!

2.°

Carta del Rey Don Sancho á Guzman despues de alzado el cerco de Tarifa por los moros.

Primo Don Alonso Perez de Guzman: Sabido habemos lo que por nos servir habeis fecho en defendernos esa villa de Tarifa de los moros, habiéndoos tenido cercado seis meses, y puesto en estrecho y afincamiento. Y principalmente supimos y en mucho tuvimos dar la vuestra sangre, y ofrecer vuestro hijo primogénito por el mi servicio y del de Dios delante, y por la vuestra honra. En lo uno imitasteis al padre Abrahan, que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio; y en lo leal quisisteis semejar la sangre de donde venides. Por lo qual merécedes ser llamado el *Bueno*, y yo ansi vos lo llamo, y vos ansi vos llamaredes de aqui adelante. Ca justo es que el que face la bondad tenga nombre de bueno, y no finque sin galardon de su buen fecho: y á los que mal facen les tollan su heredad y facienda. Vos que tan gran exemplo y lealtad habeis mostrado, y habeis dado á los mis caballeros, y á los de todo el mundo, razon es que con mis mercedes quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras, y venid vos luego á verme: ca si malo no estoviera y en tanto afincamiento, nayde me tollera que no vos fuera á ver y socorrer. Mas haredes conmigo lo que yo

no puedo hacer con vusco, que es veniros á mí, porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejables á vuestros servicios. A la vuestra buena muger nos encomendamos la mia é yo, y Dios sea con vusco. De Alcalá de Henares á dos de Enero era de mill y trescientos y treinta y tres años. — El Rey.

Medina: *Crónica de la casa de Medinasidonia, cap. 27, lib. 1.*

APENDICES

A LA VIDA DE ROGER DE LAURIA.

I.

Título de Almirante expedido á Roger por Pedro III de Aragon.

20 de Abril de 1283.

Noverint universi presentem paginam inspecturi. Quod nos Petrus &c. Attendentes merita probitatis prudentiæ et devocionis nobilis Rogerij de Loria dilecti militis consiliarij et familiariis nostri de quibus excellencia nostra plenam gerit fiduciam ab experto officium Amiracie regni Cathalonie et Sicilie eidem duximus fiducialiter comitendum exercendum per eumdem ad honorem et fidelita-

Los cinco primeros documentos existen originales en el Real archivo de la corona de Aragon, y de alli se han trasladado á la letra; el último está copiado del testamento de Roger, que se conserva en pergamino en el archivo del monasterio de Santas Cruces.

tem culminis nostri usque ad nostre bene placitum voluntatis. Mandantes universis et singulis hominibus armate eiusdem quod ipsi Rogerio tamquam Almirallo nostro pareant fideliter et intendat in omnibus quibus Amiratis predecesoribus suis officium ipsum gerentibus sunt intendere et parere. Dantes et concendentes dicto Rogerio plenariam potestatem faciendi si oportuerit ab hominibus stolij seu armate predicte et de omnibus alijs hominibus qui sunt de foro Amiracie predicte racione jurium ipsius officij tam in mari quam in terra justicias civiles et criminales et omnia alia exercenda circa dictum officium que consueverunt exerceri per alios Amiratos cui Amirato nostro predicto concedimus quod habeat et percipiat iura omnia que ad predicte Amiracie officium pertinere noscuntur. In cujus rei testimonium presens privilegium fieri jussimus et sigillo pendenti nostri fecimus communiri. Dat. Mesane duodecimo kalendas Maij anno Domini millesimo ducentesimo octuagesimo tertio.

2.°

Provision del Rey Jayme II, por la que se obliga á no pedir á los sucesores y herederos de Roger cuentas ningunas de la administracion del Almirante, en caso de que muera sin darlas.

Jacobus &c. Bono animo et spontanea voluntate &c. per nos et por omnes heredes et sucesores nostros promitimus bona fide vobis nobili Rogerio de Loria fideli nostro Almirato Arago- 7 de Marzo de 1291.

nie &c. à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus heredibus et successoribus vestris et Petro Marti notario publico Barchinone à nobis legitime stipulanti nomine ipsorum heredum et succesorum vestrorum quod si contingat vos finire dies vestros antequam nobis reddideritis compotum seu racionem de gestis et administratis per vos in oficio vestri Almiratus vel de quibuscumque allijs que usque ad dies obitus vestri de bonis nostris ex quacumque alia causa receperitis procuraveritis et aministraveritis nos non movebimus nec moveri faciemus nec moveri sustinevimus post obitum vestrum contra heredes et successores vestros ex testamento vel ab intestato nec contra testamenti exequionem et comissarios testamenti seu ultime voluntatis vestre nec contra quoscumque alios nomine vel racione vestri aliquam peticionen questionem demandam vel causam in judicio vel extra judicium nec exigemus à predictis heredibus et successoribus vestris nec ab alijs quibuscumque personis aliquibus racionibus supra expressis vel allijs quibuscumque ita etiam quod ubi assereremus nos in vobis invenisse faticam de computo reddendo vel etiam penes vos aliquid modo aliquo remanssisse et non posimus contra vos et heredes et sucessores vestros allegare proponere vel dicere nos fatigam de compoto reddendo in vobis invenisse nec etiam per dolum per vos vel per heredes aut sucessores vestros aliquid remanssise. Jmmo qulicumque actione vel jure contra vos vel heredes aut succesores vestros agere possemus illi actioni et juri penitus renuncamus facientes vobis et vestris heredibus et sucesoribus et notario infrascripto, nomine ipsorum here-

dum et sucesorum vestrorum per nos omnes heredes et successores nostros de predictis omnibus et singulis bonum &c. hec omnia predicta et singula ut superius dicta sunt promitimus per nos et omnes heredes et sucesores nostros vobis et notario infrascripto à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus heredibus et sucesoribus vestris tenere complere et observare perpetuo et non in aliquo contravenire aliquo jure causa vel ratione. Jn cuius rei testimonium presens instrumentum jussimus fieri per predictum Petrum Marti notarium publicum Barchinone et fecimus sigillo nostro sigillari actum est hoc Barchinone nono idus Marcij &c. Signum.

Segun el registro pertenece al año de 1291.

3.º

Provision del mismo Rey, en que se contienen las diferentes gracias y la autoridad, adictas al empleo de Almirante, mientras sea exercido por Roger.

Jacobus Dei gracia Rex Aragonun Maioricarum Valencie et Murcie comesque Barchinone ac Sante Romane Eclesie vexillarius Ammiratus et Camitaneus generalis Prelatis eclesiarum Comitibus Baronibus Procuratoribus Vicarijs justicijs Capitaneis et ceteris alijs quibuscumque oficialibus et personis per omnia Regna Aragonum Maiorice Valencie et Murcie Cerdenie et Corsice ac Comitatus Barchinone constitutis tam presentibus quam futuris dilectis et fidelibus suis salutem et dilectionem. Ad eximje laudis et fame preco- 2 de Abril de 1297.

nium magnificencia regallis extollitur dum subjectos quos extremjtas fidelitatis jntegrias et generis novilitas corroborat et decorat honoribus et dignitate sublimat. Attendentes igitur extrennitaten novilis Rogerij de Lorja regnorum nostrorum et comitatus predictorum Ammirati dilecti consiliarij familiarijs et fidelis nostri devotionis et fidei grata servicia per eum prestita illustribus dominis parentibus nostris et nobis et que nobis confert et in futurum autore Domino conferre poterit gratiora nec minus labores et periculaque in strage et confusione nostrorum hostium subijt et est subire paratus per exaltacionem nostrj nominis et honoris eundem Rogerium omniun regnorum nostrorum et comitatus predictorum Ammiratum jn tota vita sua duximus statuendum volentes et presencium tenore mandantes quod jdem Ammiratus per se suosque viceadmiratos ordinatos et alios comisarios et nuncios suos predictum Ammiratie officium jn omnibus regnis et comitatu predictis toto tempore vite sue ad honorem et fidelitaten nostram nostreque Curie comodum et profectum fideliter et diligenter exerceat et faciat exerceri. = Et ut circa diligentem et legalem construcionem et reparationem vasellorum nostre Curie que processu temporis repararj et de novo fierj et construj contigerit eficatius et studiosius jntendatur volumus et precipimus quod jdem Ammiratus per se et ordinatos suos in constructionibus et reparationibus predictorum vassellorum quotiens ea reparari et construi de mandato nostro opportebit curam et cautelam adhibeat et faciat adhiberj quodque in singulis predictorum regnorum et comitatus debeat et posit statuerit

loco sui unum vel duos probos et legales viros qui jntersint sciant et videant ad occulum construcionem et reparationem predictorum vasellorum coustruendorum et reparandorum et omnes expensas propterea faciendas et de jntroitu et exitu totius peccunie et rerum expendendarum et recipiendarum per illos qui ad hoc sunt per nostram Curiam statuti et in antea stuatentur plenam noticiam et conscienciam habeant jta quod eosdem Ammiratum et ordinatos suos nihil exjnde lateat quoquomodo et de jntroitu predicto pecunie et aliarum rerum et expensis faciendis in constructione et reparatione vassellorum ipsorum fiant tres quaternj consimiles quorum unus sub sigilis singulorum statutorum per nostram Curiam super predicta constructione et reparatione penes predictum Ammiratum remaneat alium predicti statuti per curjam sub sigillo predictorum ordinatorum per predictum Ammiratum sibi retineant et tercius sub sigillis predictorum statutorum et dicti Ammirati nostre Camere annis singulis transmitatur. = Nemini quoque in eisdem Regnis et Comitatu liceat contra quoscumque per mare hostiles discursus et piraticam exercere sine licencia predicti Ammirati et illius quem ad hoc loco sui duxerit deputandum. Ita tamen quod ipse et ordinati sui priusquam per eos super hoc personis aliquibus licencia concedatur recipiant ab eis idoneam et sufficientem fideiussoriam cautionen de non offendendis amicis fidelibus et devotis nostris jn personis vassellis mercibus et rebus eorum. Quodque si eos postmodum osendere impedire vel molestare pressumpsserint tan offendentes et molestantes eosdem quam fideiussores proterea dati ad

jntegram emendam et restitutionem peccanie et aliarum quarumcumque rerum et mercium ab ipsis amicis et fidelibus ablatorum per predictum Ammjratum et statutos suos cohercione qualibet compellantur. Et si forte ipsi et fideiussores prestiti jn sufficientes et non solvendi fuerint jdem Ammiratus totum deffectum et insufficienciam eorum supplere de suis bonis propjis teneatur ad quod se voluntarie obligavit. Si vero aliquos de nostris ffidelibus per aliqua vassella aliquarum communitatum et specialium personarum communjtatum ipsarum perdirrobari et capere contigerit statuimus et precipimus quod predictus Ammiratus Comunitatem seu Comunitates illas per quam seu quas cuius seu quarum speciales personas dicti fideles nostri more piratico seu aliqua quavjs causa dirrobabuntur et capientur per mare per suas litteras requirere debeat ut nostris fidelibus dampna passis vassella pecuniam merces et omnia alias res eorum ab eis predicto modo ablatas et captas restituat et restituj faciat. Et si predicte comunjtates vel earum aliqua receptis predictis Ammirati litteris predicta dampna predictis nostris fidelibus restituere et resarcire neglexerint, idem Ammiratus authoritate presentium super bonis et rebus et de bonis et rebus Communitatum que seu cuius speciales persone contra predictos fideles nostros predictam dirrobacionem piraticam exercebunt et emendam et restitucionem facere neglexerint que ubicumque per Regna nostra jnvenirj poterunt predicta dampna predictis nostris fidelibus restituat et faciat jntegraliter resarcirj.=

Volumus insuper quod de causis et questionibus tam civilibus quam criminalibus que jnter homi-

nes generalis et specialis armate nostre et quorumlibet vassellorum armandorum ad exercendam piraticam movebuntur jnde Ammiratus et ille quem ad hoc loco suj statuerit summarie secundum statutum et consuetudinem armate ad suum arbitrium cognoscat et singulis conquerentibus justitiam aministret quam cognitionem exerceat et exercerj faciat de causis et questionibus videlicet quam moverj contingat a quindecim diebus jn antea postquam pro predicta armata et vassellis armandis jncipient solidj exhiberj usque ad quindecim dies postquam vasella ipsa fuerint exarmata. = Concedimus etiam eidem Ammirato quod homines deputati et deputandi ad servicia nostrorum tercianatum de questionibus civilibus et criminalibus autoritatibus seu accusatoribus coram predicto Ammirato et ordinatis suis et non officialibus alijs respondere in judicio compellantur et cause per eum secundum justiciam fine devito terminentur. = Volumus preterea quod jdem Ammiratus comitos deputatos et deputandos ad armatam nostram felicis extolli quos ad hoc jnsuficientes et minus utiles viderit ab officio comiterie amovere valeat et loco eorum alios in arte maris expertos jdoneos et sufficientes ad hoc in eodem officio deputare. = Cetera quia multa et diversa servicia jncumbencia in nostra curia sic mentem nostram undique occupant quod ad exequendum et expediendum omnia pertinencia exaltacioni nostrj nominis et honoris vacare comode non valemus ut per illorum jndustriam de quibus confidimus deffectus huiusmodi suppleatur providimus et precipimus quod idem Ammiratus tempore tan guerre quam pacis per predicta Regna nostra et

Comitatum absque mandato nostre celsitudinis et quorumcumque nostrorum officialium de pecunia nostre Curie tunc sibi per vos seu officiales ejusdem curie asignanda in quantitate sufficienti quam proterea requisiverit posit armare usque ad galeas duas deputandas ad nostra servicia et alia requirencia negocia que pro exaltacione et honore nostro tunc temporis jnminebunt. = Ad hec cum jdem Ammiratus et ordinatj suj de pecunia et rebus alijs solutis et solvendis per eos pro predicta armata et negocijs alijs propter per plexitates multorum negociorum recipere requirere apodixas volumus et mandamus quod jdem Ammiratus de pecunia et rebus alijs quas per se et ordinatos suos propter ea receperit et solverit oponat nostre Curie per quaternos tantumodo finalem et debitam rationem et de hijs stetur fidei quaternorum ipsorum jnstrumentis apochis et cautelis alijs omnino exclusis. Si vero in debellatione et conflicto extolij rebelium et jnimicorum nostrorum Ammiratum eiusdem extolij per nostrum felix extolium in quo jdem Ammiratus presit capi contigerit volumus et dicto Ammirato nostro concedimus quod Ammiratum extolij rebellium et hostium nostrorum cum omnibus rebus suis in eodem extolio existentibus habeat suis utilitatibus applicandum. = De navibus quoque et alijs quibuscumque vasellis capien per preditum nostrum extolium idem Ammiratus habeat et habere debeat omnia arma et ropas usitatas pecias pagnorum non jntegras set jncisas sacarias et jmbolias vacuas in eisdem vassellis et navibus existentes. Et si naves et vasella ipsa frumento et ordeo fuerint honerata jdem Ammiratus de victualibus honeratis in qualibet navium et vasel-

lorum ipsorum habeat usque ad palmum unum jnoiree in paliolis cuiuslibet navis et vassellij ipsiusque suis comoditatibus adquirantur. = Habeat preterea jdem Ammiratus annis singulis pro expensis suis de pecunia Curie nostre a die videlicet quo armata ipsa fieri jncipiet usque quo completa fuerit die qualibet sexaginta sotbarch. = Ad hec volumus et mandamus quod prefactus Ammiratus habeat et habere debeat omnia vasa armate nostri extolij ad navigandum jnutilia et non apta coireda etiam affixos et alia guarnimenta nostre curie vetera jnutilia existencia in nostris tarcianatibus et extra tarcianatus eosdem suis utilitatibus applicanda provis prius per aliquos providos et discretos viros in arte maris expertos per nos ad hoc eligendos quod vasa predicta sint ad navigandum jnutilia et non apta. = Concedimus equidem predicto Ammirato de gracia specialj quod de sarracenis capiendis cum nostris vassellis armandis per eum vel alios de mandato suo ipse vicesimam partem consequatur et habeat reliquis partibus sarracenorum fisci nostri comoditatibus applicandis. = Concedimus etiam ut si contingat eundem Ammiratum sua providenci et tratatu a sarracenis quibuslibet aliqua forsant solita recuperare tributa seu servicia jn solita et nova adquirere tributis solitis et jn solitis nobis jntegre remanentibus ad quantitatem equalem decime predictorum tributorum ipso Ammirato sarracenos cogente predictos eum ad opus suum illam de speciali gracia volumus optinere. = Naves vero et vassella exterorum sive extraneorum que in regnorum nostrorum partibus naufragium paciantur de quo naufragio jus consuetum et debitum nostra Curia consequatur

jdem Ammiratus habeat suis utilitatibus adquirendas seu etiam adquirenda. = Predicto etiam Ammirato concedimus quod habeat et habere debeat omnia jura que Ammirati alij predecesores suj vacatione Ammiracie officij tam a Curia nostra quam a marinaris et alijs per mare navigantibus conssueverunt recipere et habere. = Atendentes jtaque pericula et labores jmmensos que pro nobis sustinuit et sustinet Ammiratus predictos concedimus eidem de liberalitate mera et gracia speciali quod de omnibus rebus et mercibus licitis et permissis quas de suo propio emj fecerit et extrahi jn quibuscumque et de quibuscunque portubus et locis maritimarum Regnorum et Comitatus predictorum nullum jus nostre Curie solvere teneatur. Volentes ac universis et singulis officialibus nostris presentium tenore mandantes quod ab eodem Ammirato et eius nuncijs de rebus et mercibus emendis per eum et eius nuncios de sua pecunia propia honerandis jmmitendis et extrahendis jn quibuscunque et de quibuscunque portubus et locis maritimarum Regnorum et Comitatus nostrorum predictorum nullum jus ab eodem Ammirato et suis nuncijs exigant nec per alios exigi patiantur ut autem in armate nostre negocijs cuiuscumque occasionis pretextu nullus deffectus eveniat quoquomodo volumus et vobis universis et singulis officialibus et personis per predicta Regna nostra et Comitatum constitutis tenore presencium mandamus quod eidem Ammirato et ordinatis suis de omnibus que ad ipsius Armate negocia expectare noscuntur ad honorem et fidelitatem nostram devote pareatis et efficaciter jntendatis. Dat. Rome quarto nonas Aprilis anno Dominj

millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

4.°

Concesion que hace el mismo Rey á Roger de exercer mientras viva el mero imperio en Consentayna, Alcoy, Zeta y otros pueblos.

Noverint universi quod nos Jacobus Dei gratia Rex Aragonum Mayoricarum Valentie et Murcie Comesque Barquinone ac Sante Romane Eclesie vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis. Considerantes et attendentes plura grata et accepta servicia per vos nobilem Rogerium de Loria regnorum nostrorum Ammiratum dilectum consiliarum familiarem et fidelem nostrum nobis exhibita et que speramus nobis per vos exhiberi jn antea gratiora volentes vos propterea prosequi graciis et favore concedimus et damus vobis de liberalitate mera et gratia speciali merum imperium per vos vel per quos volueritis loco vestri utendum et exercendum in tota vita vestra tantum et non amplius tan in loco de Cocentayna que pro nobis tenetis ad fedum honoratum quam locis vestris jnfrascriptis videlicet Alcoy Ceta Caljs Altea Navarres et in loco vocato Podio de Santa Maria Balsegua et in Castronovo pro-ut ipsum merum imperium per nos vel officiales nostros exercebatur et exerceri poterat in locis ipsis. Mandantes procuratori regni Valencie ac universis et allis officialibus et subditis nostris eiusdem Regni quod predictam concessionem et donacionem nostram vobis dicto nobili Rogerio in tota vita vestra observent et faciant observari et non contra- 4 de Diciembre de 1297.

veniant nec aliquem contravenire permitant aliqua racione. Dat. Valencie II. nonis Decembris anno à nativitate Domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

5.º

Breve del Papa Bonifacio VIII al Rey de Aragon pidiéndole, que defienda á Roger de las correrias que algunos émulos suyos hacen en sus tierras.

7 de Octubre de su Pontificado, esto es, de 1300.

Bonifacius Episcopus Servus servorum Dei carissimo in Christo filio Jacobo Regi Aragonum ilustri salutem et apostolicam benedicionem. Grata et utilia servitia que dilectus filius nobilis vir Rogerius de Loria novis et Romane Eclesie iam impendit et iugiter continuato studio impendere non desinit promerentur ut idem nobilis nos et apostolicam Sedem non solum circa conservacionem suorum bonorum et iurium verum etiam in gratiarum exhibicione debeat favorabiles invenire. Exparte siquidem eiusdem nobilis gravius nobis est oblata querela quod Gilibertus de Castro novo et non nulli allij milites de partibus Aragonie et Catalonie ad sugestionem ut creditur quorundam emulorum suorum de partibus supra dictis in castris et terris que dictus nobilis in eisdem partibus obtinet et graves molestias et dispendiosa gravamina per pignorationes depredationes multiplices et alljs diversis modis inferre presumunt. Nos igitur volentes huiusmodi molestias et gravamina per tue potencie presidium submoverj Regalem Excellentiam rogamus et hortamur attente

quatenus predictum nobilem habens pro nostra et predicte sedis reverentia propensius comendatum eum à predictis militibus et quibuslibet alijs dictarum partium eidem iniuriantibus favorabiliter tuearis. Iniuriatores huiusmodi potestate tibi tradita efficaciter compescendo. Huiusmodi autem preces nostras Celsitudo Regia sic admittat quod memoratus nobilis eas sibi sentiat profuisse. Nosque serenitatem tuam possimus exinde dignis in Domino laudibus commendare. Dat. Anagnie kal. Octob. Pontificatus nostri anno sexto.

6.°

Testamento de Roger.

Noverint universi quod nos Rogerius de Lu- 1291.
ria regnorum Aragoniee et Ceciliee Almiratus, gratis et spontanea voluntate, ac sola propia devotione ductus, damus et offerimus cum testimonio huius presentis publici instrumenti corpus nostrum Deo, et beate Mariee monasterii Sanctarum Crucum, et ibidem eligimus sepulturam in manibus, et potestate vestri fratris Natalis Cellerarii majoris nomine fratris Bonati Abbatis, et conventus ejusdem monasterii promitentes vobis, et conventus eiusdem loci legitima stipulatione quod si in Catalonia, vel in regnis Aragonum, Valentiee, et Maioricee nos mori contigerit, quod ad preedictum monasterium nostrum corpus aferatur, et ibidem sepelliatur, et quod nullo tempore de preedictis voluntatem nostram presentem mutemus, nec in alio loco in predictis partibus Cataloniee, Aragonum, Valenciee et Maioricee sepul-

turam nostram eligamus. Et si forsitan alibi eligemus in preedictis partibus, illud penitus ex certa scientia revocamus. Et si extra partes prenominatas nos fortase mori contigeret; sepelliri in dicto monasterio nullatenus teneamur. Et quod corpus nostrum sepelliatur in solo dicte ecclesiee ad pedes sepulcri Illustrisimi Domini Regis Petri claree memoriee ubi sepultus est quod plane, sicut per solum aliud ecclesiee super lapidem sepulturee supraposituum possint euntes lapem ipsum pedibus calcare; et quod in lapide ipso fiat suprascriptio literarum ad nostrum beneplacitum sicut concedum est nobis per vos, et conventum dicti monasterii juxta tenorem instrumenti perpetuum inde confeoti. Et ut preedicta omnia, et singula melius, et firmius à nobis atendantur, et compleantur juramus super sancta quatuor Dei evangelia nostris própriis manibus tacta supradicta omnia atendere, et complere, et non aliquo contravenire aliquo tempore, modo aliquo, jure, ratione, vel causa sic Deus nos adjuvet, et ejus crux, et sancta evangelia. Quod es actum quarto idus Septembris anno Domini millesimo, ducentesimo nonagesimo primo. = Sig✠num Rotgerii de Luria supradicti, qui predicta omnia concedimus et firmamus firmarique rogamus. = Sig✠num Raymundi Dez-prats. = Sig✠num Leonardi nostri dicti Domini Almirati testium. Z—

Ego Michael Gasol publicus nots. Illerde hoc instrumentum auctoritate regia à memor. per me recepi scribi feci, et clausi et hiis omnibus suprescrips. presens fui, et hoc sig✠num imposui...

APENDICES

A LA VIDA DEL GRAN CAPITAN.

I.º

Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitan, testificado por el Secretario Miguel de Almazan en Nápoles, á veinte y cinco de Febrero de mil quinientos y siete.

Nos Don Fernando por la gracia de Dios Rey de Aragon y de Sicilia, de aquende, de aliende Faro, de Hierusalem, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega; Conde de Barcelona; Duque de Atenas y de Neopatria; Conde de Ruysellon; Marques de Oristan y de Gociano &c. Como los años pasados vos el ilustre Don Gonzalo Hernandez de Córdoba, Duque de Terranova, Marques de Santangelo y Vitonto, y mi Condestable del reyno de Nápoles, nuestro muy charo y muy amado primo, y uno del nuestro secreto Consejo, siendo vencedor hecistes guerra muy bien aventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza della: y ansimesmo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de *Gran Capitan* alcanzastes donde por nuestro Capitan General vos enviamos. Por ende paresciónos que era cosa justa y digna de Rey para memoria perdurable de los

venideros dar testimonio de vuestras virtudes. Y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escrebiros esta: aunque confesamos de buena gana, que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que paresce cosa rezia poderos dar digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos hiziesiemos, parecernos hia ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosi, como enviado por nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reyno de Nápoles al Rey Don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reyno de Nápoles, el qual muerto, despues el Rey Federico su tio, y sucesor en el dicho reyno, vos dió el señorio del monte Gárgano, y de muchos lugares que estan cerca dél; por lo qual volviendo en España honradamente vos rescibimos Y acordándonos otrosi, como enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la qual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo qual vos confirmamos y retificamos, y hezimos Duque de Terranova y Santangelo. Y finalmente despues de la discordia nascida entre nos y Don Luis, Rey de Francia, sobre la particion del dicho reyno de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestelencia assaz; y de ahí tomastes á Rubo, do muy grande exército de franceses estaba, dentro veynte y quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla á vuestros enemigos los france-

ses, quasi en aquel mesmo lugar adonde venció Anibal á los romanos. Y de lo que es muy mas de maravillar, que estando cercado, salistes á los que vos tenian cercado: en la qual dicha batalla matastes al Capitan General, y fuistes en el alcance, desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano; adonde los vencistes, y despojastes de mucha y buena artilleria, señas y banderas, con aquel sufrimiento de Fabio, Dictador romano, y con la destreza de Marcelo, y la presteza de César. Y acordándonos ansimesmo como tomastes la ciudad de Nápoles con increible sabiduria y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes, hasta entonces invencibles, y de qué manera despues asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho rio, los quales pasados ya por una puente de madera sobre barcas, que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes, pero hechas por vos y los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del rio, y dándoles batalla los vencistes, metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la qual dada que le fue á su capitan para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo. ¿Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes á Ostia, tan fuerte, proveida de gentes y artilleria, de que tanto daño los franceses á Roma hacian? Los quales por vos echados de Italia con los naturales della que los seguian, sometistes el reyno de Nápoles á nuestro señorio, donde mucho tiempo fuistes nuestro Visorrey. Por ende aca-

tando lo suyo dicho, vos hacemos merced del estado y señorio del ducado de Sesa &c.

2.º

Carta del Rey Católico á la Duquesa viuda de Terranova despues de la muerte del Gran Capitan.

Duquesa prima: Vi la letra en que me hizistes saber el fallecimiento del Gran Capitan; y no solamente teneis vos muy gran razon de sentir mucho su muerte porque perdistes el marido; pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor, y á quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio, con el ayuda de nuestro Señor, se acrescentó á nuestra corona Real el nuevo reyno de Nápoles; y por todas estas causas, que son grandes (y principalmente por lo que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte. y con razon. Pero pues á Dios nuestro Señor ansi le plugo, debeis conformaros con su voluntad, y darle gracias por ello; y no fatigueis el espiritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña á vuestra salud. Y tened por cierto que en lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitan nos hizo: por ellos y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo vereis por experiencia, placiendo á Dios nuestro Señor, segun mas largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envio á visitaros. De Truxillo á tres de Enero de mil y quinientos y seis años. == Yo el Rey.

VIDAS

DE ESPAÑOLES CÉLEBRES

POR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS
30 julio 1830.

ESTE TOMO COMPRENDE

LAS VIDAS DE { VASCO NUÑEZ DE BALBOA.
FRANCISCO PIZARRO.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

Eran pasados ya doce años desde que Colon habia descubierto la Tierra firme de América, y todavía los españoles no tenian en ella ningun establecimiento permanente. Aquel gran navegante, que primero en 1498 recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaná, intentó cuatro años despues poblar en la de Veragua. Pero la imprudencia de sus compañeros, ayudada de la ferocidad indomable de los indios, le privó de esta gloria; y aquellos pobladores, desamparando la colonia tan luego como empezaron á fundarla, tuvieron que abandonar la empresa á otros aventureros mas felices.

Ya antes en 1501 habia Rodrigo de Bastidas

Autores consultados. *Impresos*: Pedro Martir de Anglería: *De rebus oceanicis et orbe novo decades.* — Relacion de los sucesos de Tierra firme por el Adelantado Pascual de Andagoya; impresa últimamente en el tomo 3.° de viajes del señor Navarrete. — Francisco Lopez de Gomara: *Historia de las Indias.* — Antonio de Herrera: *Historia de las Indias*, décadas primera y segunda.

Inéditos. Algunas relaciones del mismo Balboa. — Oviedo: *Historia general de Indias*, *lib.* 29. — Juan Cristobal Calvet de Stella: *De rebus Indicis.* — *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme* por Fr. Pedro Simon. — Fr. Bartolomé de las Casas: *Historia Cronológica.* — Diferentes documentos del tiempo respectivos á Vasco Nuñez y Pedrarias.

recorrido las costas de Cumaná y Cartagena, sin ánimo de poblar, y solo con el intento de comerciar pacíficamente con los naturales [1]. Despues Alonso de Ojeda, aventurero mas célebre que Bastidas, compañero de Colon, y uno de los españoles mas señalados por la audacia y tenacidad de su caracter, visitó tambien los mismos parages, contrató con los indios, y no pudo, aunque lo intentó, establecerse en el golfo de Urabá, descubierto anteriormente por Bastidas. Pero los contratiempos que habia experimentado en las dos primeras tentativas, no le retrajeron de su propósito, y tercera vez quiso probar fortuna. Él y Diego de Nicuesa fueron á un mismo tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y gobernar en la Costa firme de América, señalándose por límites de sus jurisdicciones respectivas, á Ojeda desde el cabo de la Vela has-

1 Bastidas, de cuyo viaje hay una sumaria relacion en el tomo tercero de los publicados por el señor Navarrete, no se hizo célebre ni como descubridor ni como conquistador; pero su memoria debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando aquel pais mas bien como un objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquistas. *Siempre le cognosci*, decia de él el P. Casas, *ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacian agravios blasfemaba*. No es menos ventajosa la opinion de Antonio de Herrera: *Y en todo aquel viaje no hizo Bastidas ningun enojo á los indios*, dice en el capítulo 11, lib. 4.º decada primera. Estos principios de moderacion le acarrearon la muerte: estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.

ta la mitad del golfo de Urabá; y á Nicuesa desde allí hasta el cabo de Gracias-á-Dios. Las dos expediciones salieron primero de España, y despues de Santo Domingo, casi á un mismo tiempo. Iba delantero Ojeda, que arribando á Cartagena, perdió en diversos encuentros con los indios muchos de sus compañeros, y tuvo que dar la vela para el golfo, en donde entró buscando el rio Darien, célebre ya entonces por las riquezas que segun fama llevaba. Mas, no siendo hallado entonces, determinó Ojeda fundar sobre los cerros al oriente de la ensenada un 1510. pueblo, que se llamó San Sebastian, y fue el segundo que se asentó por manos européas en el continente americano.

Su suerte, sin embargo, iba á ser igual á la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar, los españoles no podian mantenerse sino á fuerza de correrías. Recurso incierto, y mas que incierto peligroso; porque los indios del pais, naturalmente feroces y guerreros, no solo se defendian, casi siempre con ventaja, sino que, terribles con sus flechas enerboladas los asaltaban á cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veían otro término á su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga La única esperanza de Ojeda era la llegada de Martin

Fernandez de Enciso, un letrado asociado á su empresa, que se habia quedado en la Isla Española preparando un navío para seguirle. Pero Enciso no llegaba, y los castellanos descontentos y casi amotinados precisaban á su capitan á tomar algun partido. Acordó, pues, salir él mismo á activar la venida del secorro, dejando el mando en su ausencia, ó hasta tanto que llegase Enciso, á aquel Francisco Pizarro, que despues se señaló con tanta gloria y terror en el descubrimiento y conquista de las regiones del Sur. Dió palabra de volver antes de cincuenta dias, y les dijo que si no parecia en aquel tiempo despoblasen y se fuesen á donde mejor les pareciese. Esto dispuesto, se embarcó para la Española, perdió el rumbo y fue á dar en Cuba, y por una serie de aventuras, cuya exposicion no es de este lugar, pasó al fin á Santo Domingo, en donde murió de allí á pocos años pobre y miserablemente.

Entre tanto los españoles de San Sebastian viendo pasar los cincuenta dias del plazo sin llegarles socorro alguno, determinaron embarcarse en dos bergantines y volverse á la Española. De doscientos y mas que eran cuando salieron con Ojeda, estaban entonces reducidos á sesenta. Mas estos sesenta no cabian en aquellos buques y tuvieron que aguardar á que la hambre y la miseria los redujese á menos. No tardó esto en suceder y entonces se embarcaron. El mar se sorbió al instante uno de los dos navichuelos:

Pizarro atemorizado huyó á guarecerse en Cartagena, en cuyo puerto entraba cuando descubrió á lo lejos la nave de Enciso, que acompañada de un bergantin venia ácia ellos. Esperóla, y Enciso á quien por el título de alcalde mayor que tenia de Ojeda competía el mando en su ausencia, le reasumió y ordenó dar la vela para Urabá. Resistíanse aquellos infelices á arrostrar otra vez los trabajos y las miserias que habian allí sufrido: pero Enciso, parte con autoridad, parte con alhagos, los hizo al cabo ceder á pesar de su repugnancia. Llevaba consigo ciento y cincuenta hombres, doce yeguas, algunos caballos, armas y buena provision de bastimentos. Llegar empero á Urabá y descubrirse al instante con nuevos infortunios que aquel pais no consentía europeos, todo fue uno. La nave de Enciso dió en un bajío y fue en un momento hecha pedazos, perdiéndose casi cuanto en ella venía, menos los hombres que se salvaron desnudos. La fortaleza y casas que habian antes construido estaban reducidas á cenizas. Los indios ciertos ya de su ventaja y de la flaqueza de sus enemigos; los esperaban y los acometian con una audacia y una arrogancia, que no dejaba lugar ni á la paz, ni á la reduccion. Volvieron, pues, las voces de volverse á la Española: dejemos, decian, estas costas mortíferas de donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan. Nadie profería palabras que no fuesen de desaliento, ni otros consejos que de pusilanimidad

y de fuga. Segunda vez iba á ser abandonado el establecimiento, y acaso para siempre, si en aquella consternacion general no hubiera aparecido en medio de ellos un hombre, que entonces con su aviso volvió á todos el ánimo y la esperanza, y despues con su esfuerzo y sus talentos dió consistencia y lustre á la vacilante colonia.

«*Yo me acuerdo*, dijo Vasco Nuñez de Balboa, *que los años pasados viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte de occidente saltamos en tierra donde encontramos un gran rio, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponia yerba en sus flechas.*" Con estas palabras, como resucitando de muerte á vida, todos tenian nuevo aliento, y siguiendo en número de ciento á Enciso y á Balboa, saltan en los bergantines, atraviesan el golfo, y buscan en la costa opuesta la tierra amiga que se les anunciaba. El rio, el lugar y el pais se hallaron tales como los habia pintado Vasco Nuñez; y el pueblo fuera al instante ocupado por los españoles, á no salirles al encuentro los indios, que habiendo puesto en salvo sus mejores efectos y sus familias, se situaron en un cerro y animosamente los esperaron.

Eran hasta quinientos hombres de guerra y al frente de ellos Cemaco su cacique, hombre resuelto y tenaz, dispuesto á defender su tierra

á todo trance contra aquella nube de advenedizos. Temieron los españoles el éxito de la batalla, y encomendándose al cielo ofrecieron si conseguian la victoria dar al pueblo que edificasen en aquel pais el nombre de Santa María de la Antigua, una imagen en Sevilla de gran veneracion. Hizo ademas Enciso jurar á todos mantener su puesto á muerte ó á vida sin volver la espalda, y hechas estas prevenciones dió la señal de la batalla. Levantan al instante el grito y con ímpetu terrible se arrojan sobre los indios, que con no menor ánimo los recibieron. Pero los españoles peleaban como desesperados, y las armas desiguales con que combatian no dejaron durar mucho tiempo la refriega, que fue terminada con el estrago y fuga de los salvages despavoridos. Los españoles, alegres con su triunfo, entraron en el pueblo, donde hallaron muchas preseas de oro fino y abundancia de provisiones y ropas de algodon. Corrieron despues la tierra, hallaron en los cañaverales del rio todos los efectos preciosos que los indios habian allí ocultado; y hechos cautivos los pocos que no pudieron escapar, sentaron tranquilamente su dominacion. Envió en seguida Enciso por los españoles que habia dejado en la banda oriental del golfo, y todos contentos y esperanzados se pusieron á fundar la villa, que segun el voto hecho antes de la batalla, se llamó Santa María de la Antigua del Darien [1].

1 El P. Casas en el cap. 63 de su Historia Cronológica

La conducta de Enciso en estos principios no era desmerecedora del mando y autoridad que ejercia. Pero doce mil pesos, á que ascendia el oro de los despojados, habian excitado en sus compañeros la codicia y la esperanza, y él imprudentemente prohibiendo con pena de la vida que nadie contratase con los indios, contradecia de un modo extraño estas dos pasiones, las mas fuertes de aquellos aventureros. «Es un avaro, decian, que quiere para sí solo toda la utilidad de los rescates, y abusa en perjuicio nuestro de una autoridad que no le corresponde. Puestos ya como estamos fuera de los límites asignados á la jurisdiccion de Ojeda, el mando de su alcaldía mayor es nulo y nuestra obediencia tam-

dice que en las memorias viejas que él tenia se hallaba pintada de diferente modo esta guerra con los indios. Segun ellas los españoles llegaron y fueron recibidos en paz por Cemaco, el cual sabiendo el ansia que tenian por oro, les dió voluntariamente hasta ocho ó diez mil pesos. Preguntado de donde venia aquel metal, respondió que del cielo. Insistieron, y dijo que las piezas grandes se cogian á distancia de veinte leguas, y las menudas en unos rios allí cerca. Dijéronle que fuese á mostrarles los parages que indicaba: él lo consultó con sus indios, los cuales le retrajeron de su propósito, diciéndole que si los castellanos encontraban oro nunca se irian de allí. Escondiose el cacique en el pueblo de un vasallo suyo: fueron tras él, le prendieron y le dieron tormento para que descubriese los sitios que buscaban. Vencido de dolor dijo lo que sabia; y habiéndole soltado, recogió la gente que le obedecia y la de sus amigos, y vino sobre los españoles.

Gomara tambien dice que los indios del Darien no acometieron hostilmente á los españoles hasta que los vieron empezar á edificar casas en su propia tierra sin licencia. Véase el cap. 58 de su Historia de las Indias.

bien [1].» Señalábase en este bando de oposicion Vasco Nuñez, á quien la traslacion de la colonia habia ganado crédito entre los mas valientes y atrevidos. Acorde, pues, la mayor parte en su propósito, quitaron el mando á Enciso y determinaron proveerse de un gobierno municipal, formar un cabildo, crear regidores, nombrar alcaldes, y procediéndose á la eleccion recayeron las varas de justicia en Martin Zamudio y en Balboa.

Los bandos sin embargo no sosegaron con este arreglo. Todavía el partido de Enciso decia que no estaban bien sin una cabeza, y queria que lo fuese él: otros decian que, pues se hallaban en la jurisdiccion de Diego de Nicuesa, se le enviase á llamar y se sujetasen á su mando: otros en fin, y estos entonces eran los mas fuertes, insistian en que el gobierno que se habia formado era bueno, y que en caso de dar el mando á uno solo, Balboa era mejor para mandarlos que otro general cualquiera.

En estas contestaciones se hallaban, cuando de repente oyen atronarse el golfo con los tiros que resonaban á la parte oriental de él. Vieron tambien ahumadas como de gente que hacia señales, y ellos respondieron con otras semejantes. De allí á poco vino á ellos Diego Enriquez

1 *Y no decian mal, si verdad era que aquella tierra salia de los dichos términos, como creo sea verdad. Pero cierto mejor dijeran que ni Anciso, ni todos ellos, ni juntado con ellos Ojeda, tenian una punta de alfiler de jurisdiccion, etc.*
CASAS: Hist., cap. 64.

de Colmenares, que con dos navíos cargados de bastimentos, armas y municiones, y con sesenta hombres habia salido de la Española en busca de Diego de Nicuesa. Echado por las tormentas á la costa de Santa Marta, donde los indios le mataron bastante número de sus compañeros, con los restantes bajó al golfo de Urabá á tomar lengua de Nicuesa, y como no halló á ninguno de los compañeros de Ojeda en el sitio donde pensaba, tomó el arbitrio de disparar la artillería y hacer ahumadas para ver si se le respondía de alguna parte. Las ahumadas y tiros del Darien dirigieron su rumbo á la Antigua, donde, preguntando por la suerte de Nicuesa y no sabiéndosela decir nadie, acordó detenerse y repartir con los que allí estaban los bastimentos y armas que traía. Esta liberalidad le ganó los ánimos, y le dió en la villa crédito bastante para hacer preponderar el dictamen de los que querían se llamase á Nicuesa para que los gobernase. Asi se acordó en cabildo, y en seguida fueron diputados para el mensage el mismo Colmenares con Diego de Albitez y Diego del Corral; los cuales se embarcaron al instante, y se dirigieron á la costa de Veragua en demanda de Nicuesa.

Con cinco navíos y dos hergantines montados de cerca de ochocientos hombres habia salido de Santo Domingo este descubridor muy poco despues de Ojeda, como ya se dijo arriba. Alcanzóle en Cartagena, ayudóle en sus refriegas con los indios, y despues se separaron uno de

otro para ir á sus gobernaciones respectivas. Las diferentes aventuras, y las plagas funestas que cayeron sobre el triste Nicuesa desde que empezó á costear las regiones sujetas á su mando, forman el cuento mas lastimoso, y al mismo tiempo el mas terrible, para escarmiento de la codicia y de la imprevision humana. Pero como no son de nuestro propósito, baste decir que todo aquel poderoso armamento con que parecia iba á dar la ley al istmo de América y á todos los paises convecinos, no le quedaban al cabo de pocos meses mas que sesenta hombres; los cuales miserablemente fijados en Nombre de Dios, á seis leguas de Portobelo, esperaban la muerte por instantes, faltos y desesperados de todo recurso. En tal situacion llegó Colmenares y dió á Nicuesa el mensage que traía del Darien. El cielo parecia que, apiadado de sus trabajos, queria ponerles un término abriendo aquel camino á su remedio. Su desgracia ó su imprudencia no lo consintió, y aquel llamamiento inesperado fue al fin el dogal funesto con que la fortuna le llevó arrastrando al precipicio.

Las desgracias, que por lo comun hacen prudentes y circunspectos á los otros hombres, habian alterado la noble índole que se conocia en Nicuesa. De festivo, generoso y contenido que antes era, se habia convertido en temerario, desabrido y aun cruel. No bien aceptó la autoridad que los del Darien le daban, cuando, sin haber salido de Nombre-de-Dios, ya los amenazaba

con castigos, y decia que les quitaria el oro que sin licencia suya habian tomado en aquella tierra. Disgustóse Colmenares; y mas se ofendieron Albitez y Corral, á quienes como pobladores del Darien tocaban mas de cerca las baladronadas del gobernador. Estos llegaron al golfo un poco antes que Nicuesa, el cual añadió á su loca jactancia el yerro de dejar ir delante á hombres que le anunciasen tan siniestramente. Bramaban los de la Antigua á tal nueva, y la exaltacion subió de punto cuando llegó el veedor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que tambien resentido de él, acabó de encender la discordia en los ánimos irritados, echándoles en cara la locura que hacian, siendo y viviendo libres, en someterse á un extraño.

Con esto levantaron la cabeza los dos partidos de Enciso y de Balboa, y se unieron como era de esperar en daño del desdichado Nicuesa. Llegó al Darien, y el pueblo le salió á recibir para decirle con gritos y amenazas que no desembarcase y que se fuese á su gobernacion. Zamudio el alcalde con otros de su valía acaudillaba este movimiento; mientras que Balboa, que secretamente los habia excitado á él, en público manifestaba templanza y moderacion. Sintió Nicuesa desplomarse sobre sí el cielo cuando se vió con aquella imprevista contradiccion. En vano les rogaba que ya que no por gobernador, á lo menos por igual y compañero le admitiesen: y si aun esto no consentian, le metiesen en una

prision y le dejasen vivir entre ellos encerrado, pues menos duro le seria esto, que volver á Nombre-de-Dios á perecer de hambre ó á flechazos. Recordóles el enorme caudal que habia expendido en la empresa y los infortunios deplorables que habia pasado. Pero la política no tiene compasion, ni la codicia oidos: el pueblo cada vez mas irritado no se sosegaba; y él, contra el aviso secreto que le habia enviado Balboa de que no desembarcase sino en su presencia, se dejó engañar de las promesas de algunos y bajó á tierra entregándose en manos de aquellos furiosos. Pusiéronle preso, y despues le metieron en un bergantin con órden que saliese de allí al instante y se presentase en la corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometian: insistió en la legitimidad de su autoridad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fue en vano: embarcado en el navichuelo mas ruin que allí habia, mal provisto de víveres, y acompañado de solos diez y ocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia, y se hizo á la mar, sin que ni él ni ninguno de sus compañeros, ni la barca tampoco hayan parecido jamas.

Dia 1.º de marzo de 1511.

Arrojado Nicuesa solo quedaba Enciso que pudiese contrarestar la autoridad de Balboa en el Darien. Pero el partido de aquel letrado en la villa era muy débil para poder sostenerse. Vasco Nuñez le hizo cargo de haber usurpado la ju-

risdiccion, no teniendo título para ello sino solo de Alonso de Ojeda, le hizo proceso, le prendió, le confiscó los bienes, y al fin, dejándose vencer del ruego y de la prudencia, le mandó poner en libertad con la condicion de que en el primer navío que saliese se iria á Santo Domingo ó á Europa. Acordaron despues enviar comisionados á una y otra parte para hacer saber los sucesos de la colonia, dar idea de la calidad de la tierra y circunstancias de sus naturales, y pedir socorros de víveres y de hombres. Eligieron para este encargo al alcalde Zamudio y al regidor Valdivia, uno y otro amigos de Vasco Nuñez, y encargados de ganar con presentes la proteccion y favor de Miguel de Pasamonte, tesorero en Santo Domingo, y árbitro casi absoluto entonces en las cosas de América, por la gracia que alcanzaba con el Rey Católico y con su secretario Conchillos. Pero estos presentes ó no llegaron á su poder, ó no fueron bastantes á contentar su codicia: porque no hay duda en que los primeros despachos de Pasamonte al gobierno sobre las cosas del Darien fueron todos tan favorables á Enciso como contrarios á Vasco Nuñez; y en este paso mal dado puede fijarse el origen de las desgracias y catástrofe final de este descubridor. Valdivia quedó en la Isla á preparar y activar los socorros que necesitaba el Darien, y Zamudio y Enciso vinieron á España á sembrar, el uno alabanzas y el otro querellas de Balboa.

¿Quién era, pues, este hombre que sin título, sin comision, sin facultades, asi sabia influir en sus compañeros, y suplantar á los personages cuya autoridad era legítima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando, ¿por cuál razon se dejaban guiar y dirigir asi por un hombre oscuro, privado, menesteroso como el que mas? Era Vasco Nuñez de Balboa natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobre. En España habia sido primeramente criado de don Pedro Puertocarrero, señor de Moguer; y despues se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedicion de Ojeda se hallaba establecido en la Española en la villa de Salvatierra, donde tenia algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como los mas de aquellos colonos, y ansioso de gloria y de fortuna quiso acompañar á Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del almirante que prohibía salir de la isla á los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente sin conocimiento de aquel comandante en su navío, encerrado en una pipa, ó como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremanera Enciso, amenazándole que le dejaría en la primera isla desierta que encontrasen: pero mediaron ruegos de otras personas, Vasco Nuñez

se le húmilló, y al fin aplacado consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante [1]. No pasaba entonces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga, y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera: hasta su lebrel de batalla era el mas inteligente y el de mayor poder [2]. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma, y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslacion de la colonia desde San Sebastian al Darien, debida á su consejo, fue la que empezó á darle crédito entre sus compañeros. Y cuando puesto á su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual á la franqueza y á la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos con la equidad mas exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo ó su hermano; y conciliar del modo mas grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitan, con los oficios de camarada y amigo; la adhesion que en-

1 *Era mancebo de hasta treinta y cinco ó pocos mas años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre, muy entendido y para sufrir mucho trabajo.* CASAS: Hist., cap. 62.

2 Véase sobre este perro la cita de Oviedo en el Apéndice.

tonces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno, y todos se daban el parabien de la superioridad que en él reconocian. Pudo considerársele hasta la expulsion de Enciso como un faccioso artero y atrevido, que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas, despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi á la par con Colon.

Los contornos del nuevo establecimiento estaban habitados por diferentes tribus, bastante conformes entre sí por las costumbres, pero separadas y divididas ya por las guerras que continuamente se hacian, ya por la naturaleza del terreno, áspero, fragoso y desigual. Aunque igualmente valientes y belicosos que los indios de la costa oriental, eran sin embargo los del Darien menos feroces y crueles. Peleaban aquellos con flechas enerboladas, no daban cuartel en la guerra, y se comian los enemigos que rendian: estos preferian pelear de cerca con mazas, macanas ó dardos, no ponian yerba en las flechas de que usaban, y los cautivos que hacian,

señalados en la frente, ó con un diente menos, sufrian la servidumbre y no la muerte. Dábase la nobleza entre ellos al que salia herido de la guerra: y recompensado con posesiones, con alguna muger distinguida y con mando militar, era tenido por mas ilustre que los otros, y trasmitia á sus hijos aquella distincion, con tal que siguiera la profesion de las armas. Obedecian á caciques, que, segun las antiguas relaciones; tenian sobre ellos mas autoridad que la que generalmente lleva consigo la condicion de salvages. De médicos y adivinos les servian los que llamaban *Tequinas*, especie de embaidores á quienes consultaban en sus enfermedades, en sus guerras, y generalmente en todas sus empresas. *Tuira* llamaban á la deidad que adoraban, y la supersticion en partes pacífica y dulce le presentaba en ofrenda pan, aroma, frutas y flores; en otras cruel y abominable le ofrecia sangre y víctimas humanas.

Tenian sus asientos junto á la orilla del mar y á las márgenes de los rios donde hallaban proporcion de pesquerías. Cultivaban un poco y cazaban tambien, pero el pescado era su sustento principal. Sus casas eran de madera y cañas atadas con bejucos y cubiertas de yerba para defenderse de la lluvia. Llamábanlas *bohíos* cuando estaban sentadas sobre la tierra, *barbacoas* cuando se construían en el aire, fundadas en árboles, y sobre el agua; y tales las habia entre los principales que en la desnudez general de la tierra podian pasar por palacios. Nunca sus

lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un sitio á otro, segun la necesidad ó el peligro los constreñia.

Andaban los hombres generalmente desnudos, cubierto con un caracol el órgano de la generacion, ó con un estuche de oro. Las mugeres traían unas mantillas de algodon desde la cintura hasta la rodilla, bien que en algunos parages ni los unos ni los otros se cubrian cosa alguna. Los caciques y principales en ostentacion de dignidad traían á los hombros mantos de algodon. Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija ó con tierras de color, principalmente cuando salian á las batallas; se adornaban las cabezas con penachos de plumas, las narices y orejas con caracolillos vistosos, los brazos y piernas con brazaletes de oro. Dejaban crecer el cabello que se tendia libremente por la espalda, y por delante le cortaban sobre las cejas con pedernales. Preciábanse mucho las mugeres de la hermosura y firmeza de sus pechos, y cuando por la edad ó los partos veían que faltaban, se los sostenian con barretas de oro atadas á los hombros y sobaco con cordones de algodon. Hombres y mugeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus mas grandes placeres.

Sus costumbres eran muy libres, ó por mejor decir corrompidas, si esta calificacion puede convenir á salvages. Los caciques y señores casaban con cuántas mugeres querian; los demas

sólo con una. Para divorciarse no era necesario mas que la voluntad de entrambos, ó la de un consorte solo, mayormente cuando la muger era esteril, que entonces el marido la dejaba, y á veces la vendia. La prostitucion no era infamia. Las mugeres nobles tenian por máxima que era de villanas negar cosa alguna que se les pidiera, y se entregaban de grado á quien las queria, especialmente si los amantes eran hombres principales. Este gusto de libertinage las llevaba hasta la costumbre inhumana de tomar yerbas para abortar cuando se sentian preñadas, para no perder el atractivo de sus pechos ni suspender sus placeres, y decian que las viejas pariesen, no las mozas que tenian que divertirse. Sin embargo, estas mugeres tan libertinas y sensuales iban con sus maridos á la guerra, peleaban con ellos, disparaban flechas, y morian valientemente á su lado. Otra abominacion conocian, que era la prostitucion de hombres, y los caciques tenian para sus placeres serrallos de mozos, que luego que eran destinados á este inmundo oficio, se vestian de mugeres, se ejercitaban en los menesteres que ellas, y estaban exentos de guerra y fátigas. Sus diversiones públicas se reducian á *areitos*, especie de danza muy parecida á las de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compas del canto, los otros le seguian y le imitaban, y entretanto otros bebian de aquellos licores fermentados que hacian del datil y del maiz; daban

de beber á los que bailaban, durando todo horas y aun dias enteros, hasta que de fatigados y beodos quedaban sin sentido.

Cuando algun cacique moria, sus mugeres y los criados mas allegados á su persona acostumbraban darse la muerte para servirle en la otra vida, en los mismos términos que antes, creyendo que las almas de los que esto no hacian morian con sus cuerpos ó se convertian en aire. Daban tierra á los muertos, pero en algunas provincias luego que el señor espiraba le sentaban en una piedra, y poniéndole fuego al rededor le enjugaban hasta que quedase la piel y los huesos, y en este estado le colgaban en una estancia retirada que destinaban á este uso, ó le arrimaban á la pared, adornándole de plumas, joyas de oro y aun ropas, y poniéndole al lado de su padre ó antecesor, muerto antes que él. Asi, con su cadaver se conservaba su memoria en la familia; y si alguno de ellos perecia, ó se perdia en la guerra, la fama de sus proezas quedaba consignada para la posteridad en los cantares de sus areitos.

Por este bosquejo de las costumbres y policía de aquellos naturales se ve la poca resistencia que harian á la sujecion ó al exterminio, si la colonia europea llegaba á consolidarse y progresar. Habíase fundado la villa á las orillas de un rio que los españoles tuvieron por el Darien, aunque no era mas que una de sus bocas mas considerables. Tenian al oriente el golfo que los se-

paraba siete leguas de la costa y tribus feroces de los caribes, al norte el mar, al poniente el istmo, y al sur la llanura cortada por los diferentes brazos del Darien y llena toda de anegadizos y lagunas. Para un pueblo que hubiese de afianzar su subsistencia en el cultivo, hubiera bastado el valle que se forma entre las sierras de los Andes y las cordilleras menos altas que orillean la costa desde la boca principal del rio hasta la punta occidental del golfo, á quien se dió el nombre de Cabo Tiburon. Este valle excelente para plantíos, y los recursos de pesca y caza que presentaban el golfo, los rios, y los montes convecinos, eran mas que suficientes para contentar y mantener á otros aventureros menos codiciosos y mas quietos. Pero el ansia de los españoles era descubrir paises, adquirir oro, subyugar naciones, y para esto tenian que luchar no solo con los pueblos indómitos y errantes que poblaban el istmo, sino con la calidad del pais mucho mas áspero y terrible que ellos. Y si á esto se añade la guerra que continuamente hacian á la salud y complexion europea el calor y humedad constante del aire y las lluvias grandes y frecuentes, se verá que solo el teson mas incontrastable y la robustez mas firme podian bastar á sostenerse y superar tan grandes dificultades.

En el tiempo que duraron las contiendas sobre el mando iban y venian los indios al Darien; llevaban provisiones y las trocaban por cuentas,

cuchillos y bujerías de Castilla. No los llevaba allí solamente la codicia del rescate; iban tambien á espiar, y deseando que los advenedizos les dejasen libre su tierra, les ponderaban la abundancia y las riquezas de la provincia de Coiba, distante treinta leguas de allí, al poniente. Vasco Nuñez envió primero á descubrir á Francisco Pizarro, que se volvió despues de haber tenido una corta refriega con un tropel de indios acaudillados por Cemaco; y despues salió el mismo al frente de cien hombres en la direccion de Coiba. Mas no hallando en muchas leguas indio ninguno ni de guerra ni de paz, yermo y despoblado el pais, con el terror difundido á la redonda, tuvo que volverse á la Antigua sin sacar fruto alguno de esta expedicion segunda.

Envió despues dos bergantines por los españoles que habian quedado en Nombre-de-Dios, los cuales á su vuelta tocaron en la costa de Coiba, y allí vieron venir á ellos dos castellanos desnudos y pintados de bija, á la usanza india. Eran marineros de la armada de Nicuesa, que en el año anterior se habian salido del navío de aquel desgraciado comandante cuando pasó en demanda de Verágua. Hospedados y regalados por el cacique de la tierra habian permanecido allí todo aquel tiempo, aprendido la lengua y examinado las circunstancias y recursos del pais. Pintáronle á los navegantes como rico y abundante de oro, y todo género de provisiones; y en seguida se acordó que uno de los dos se que-

dase con el cacique para servir á su tiempo, y el otro se fuese con ellos al Darien á dar noticia de todo al gobernador.

Bien conoció Balboa cuanto se le venia á las manos con la adquisicion de este intérprete, y asi despues que se hubo informado por él de cuantas circunstancias necesitaba para conocer la gente á quien queria atacar, ordenó que se apercibiesen para la expedicion ciento y treinta hombres, los mas vigorosos y dispuestos. Proveyóse de las mejores armas que habia en la colonia, de los instrumentos propios para abrirse paso por las malezas de los montes, y de las mercancías útiles en los rescates, y embarcado en dos bergantines dió la vela para Coiba. Llegado allá salta en tierra y busca la mansion de Cáreta, que asi se llamaba el cacique. Cáreta esperóle sabiendo que iba en su busca; y á la demanda que se le hizo de provisiones para la tropa de la expedicion y para los colonos del Darien, respondió sosegadamente: *Que cuantas veces habian los extrangeros pasado por su tierra, tantas los habia provisto de los bastimentos que necesitaban: pero que á la sazon nada podia dar por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo: que nada habian sembrado, nada cogido, y estaban por consiguiente tan menesterosos como ellos*. Manifestóse Vasco Nuñez, por consejo de sus intérpretes, satisfecho de esta respuesta, bien que no diese crédito ninguno á ella. Tenia el indio á sus órdenes dos mil hom-

bres de guerra, y reputó mas seguro vencerle por sorpresa que atacarle de frente. Hizo, pues, demostracion de volverse por donde era venido; pero á la media noche revolvió sobre el pueblo, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones habia en el lugar, lo llevó todo al Darien. Cáreta asi escarmentado, se resignó á su destino y se humilló á su vencedor. Rogóle que le dejase ir libre, que admitiese su amistad; y ofreció dar á la colonia bastimentos en abundancia, con tal que los españoles le defendiesen contra Ponca. Estas condiciones no podian dejar de agradar al caudillo castellano, que ajustó asi la paz y la alianza con aquella tribu; siendo prenda de ella una hermosa hija del cacique, que él presentó á Balboa para que la tuviese por muger, y él la aceptó y quiso siempre mucho.

Con esto los dos aliados se apercibieron para ir contra Ponca, el cual no osando esperarlos se refugió á los montes, y dejó desierta su tierra que fue saqueada y destruida por indios y españoles. Pero Balboa, dejando para mas adelante la conquista, ó como entonces se decia, la pacificacion del interior, volvió á la ribera del mar, donde para la seguridad y subsistencia de la colonia le convenia mejor tener amigos ó esclavos. Era vecino de Cáreta un cacique á quien unos llaman Comogre, otros Panquiaco; gefe de hasta diez mil indios, entre ellos tres mil hombres

de pelos. Deseaba él, oida la fama de valientes que tenian los castellanos, tratarlos y conocerlos; y habiéndose presentado como medianero de esta nueva amistad un indio principal deudo de Cáreta; Vasco Nuñes, que no quiso perder la ocasion de adquirirse un amigo, fue á verle con los suyos. Luego que el cacique supo que llegaba, le salió á recibir seguido de sus vasallos mas principales, y acompañado de sus hijos, que eran siete, habidos en diversas mugeres, y todos ya mancebos. Fue grande la cortesía y agasajo que usó con sus huéspedes, los cuales fueron alojados en diferentes casas del pueblo y provistos de víveres en abundancia, y de hombres y mugeres que los sirviesen. Lo que mas llamó la atencion fue la habitacion de Comogre, que segun las memorias del tiempo, era un edificio de ciento y cincuenta pasos de largo, y ochenta de ancho; fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizami de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimientos, tenia sus despensas, sus bodegas, y su panteon para los muertos; puesto que allí fue donde los españoles vieron por la primera vez secos y colgados, como se dijo arriba, los cadáveres de los abuelos del cacique.

Hacía los honores del hospedage el hijo mayor de Comogre, que era el mas discreto y sagaz de sus hermanos. Este presentó un dia á Vasco Nuñez y á Colmenares, á quienes por su

porte conoció eran los gefes de los demas, setenta esclavos y hasta cuatro mil pesos de oro en diferentes preseas. Fundióse al instante el oro y empezóse á repartir el resto separado el quinto para el rey. La particion produjo una disputa, que dió ocasion á voces y amenazas. Lo cual visto por el indio, arremetiendo de improviso á las balanzas en que el oro se pesaba, y arrojando uno y otro al suelo: *¿Por qué reñir,* les dijo, *por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro que por ella desamparais vuestra tierra y venís á inquietar las agenas, provincia os mostraré yo donde podais á manos llenas contentar ese deseo. Mas para ello os conviene ser mas en número de los que venís, porque teneis que pelear con reyes poderosos que defenderán vigorosamente sus dominios. Hallareis primeramente un cacique muy rico de oro, que reside á distancia de seis soles; luego vereis el mar que está hácia aquella parte*, y señalaba al mediodia: *allí encontrareis gentes que navegan por él en barcas á remo y vela, poco menores que las vuestras; y esta gente es tan rica que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciáis.* Estas palabras célebres, conservadas en todas las memorias del tiempo, y repetidas por todos los historiadores, fueron el primer anuncio que los españoles tuvieron del Perú. Maravilláronse de oirlas, y empezaron á indagar del mancebo mas noticias respecto de los paises que decia. Él insistió en que necesitaban ser mil hombres cuan-

do menos para subyugarlos, se ofreció á servirles de guia, á ayudarlos con la gente de su padre, y puso su vida en prendas de la verdad de sus palabras.

A tales nuevas Balboa, exaltado con la perspectiva de gloria y de fortuna que se le presentaba delante, creyéndose ya á las puertas de la India Oriental, que era el objeto deseado del gobierno y de los descubridores de entonces, determinó volver cuanto antes al Darien á alegrar á sus compañeros con tan grandes esperanzas, y á hacer los preparativos necesarios para realizarlas. Detúvose sin embargo algunos dias con aquellos caciques; y la amistad que tenia con ellos se estrechó de tal modo que uno y otro se bautizaron con sus familias, tomando en el bautismo Cáreta el nombre de Fernando, y Comogre el de Cárlos. Volvió en seguida al Darien, rico con los despojos de Ponca, rico con los regalos de sus amigos, y mas rico todavia con las esperanzas hermosas que le presentaba el por venir.

A esta sazon, despues de seis meses de ausencia, arribó el regidor Valdivia con una carabela cargada de bastimentos. Traía ademas grandes promesas del almirante de socorrerlos abundantemente de víveres y hombres luego que llegasen navíos de Castilla. Pero los socorros que trajo Valdivia se consumieron muy luego; las sementeras, ahogadas con los temporales y avenidas, no les prometian recurso ninguno, y vol-

vieron á hambrear como solian. Acordó, pues, Balboa hacer correrías en tierras mas apartadas, pues ya estaban gastados y consumidos los contornos de la Antigua, y enviar á Valdivia á la Española á hacer saber al almirante las noticias que tenia del mar del Sur y de las riquezas de aquellas regiones. Llevó Valdivia quince mil pesos que pertenecian al rey de su quinto; y el encargo de pedir los mil hombres que necesitaba, asi para la expedicion, como para sostenerse sin necesidad de exterminar las tribus y caciques enemigos; pues de otro modo, siendo tan pocos les era preciso, si no querian perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese. Pero estos encargos hechos á Valdivia, con los ricos presentes de oro que los principales del Darien le dieron para sus amigos, se perdieron en el mar, donde sin duda fueron sumergidos el comisionado y la embarcacion en que iba, pues no se volvió á saber de él.

A la partida de Valdivia siguió inmediatamente la expedicion por el golfo y el reconocimiento de la tierra situada á la extremidad interior de él. Allí estaba el dominio de Dabaibe, de cuyas riquezas se hacian grandes ponderaciones, principalmente de un ídolo y de un templo que se suponia de oro. Allí se habia refugiado Cemaco con los indios de su obediencia, y no habia perdido el deseo ni la esperanza de arrojar de su pais á los salteadores que se lo usurparon. Montó, pues, Balboa ciento y setenta hombres 1512.

bien armados en dos bergantines al mando suyo y de Colmenares, y subió con ellos por el golfo arriba hasta llegar á las bocas del rio. El escaso conocimiento que los españoles tenian aun del terreno y de las circunstancias de aquel gran caudal de agua, les hizo creer que era diferente del Darien, y le dieron el nombre de *el rio grande de san Juan* por su magnitud y por el dia en que le descubrieron. Pero en realidad el que bañaba la poblacion de la Antigua y aquel no eran mas que un solo rio, que naciendo á trescientas leguas de allí, detras de la cordillera de Anserma á la banda del Sur, corre casi directamente al septentrion atropellando con la impetuosidad de su curso cuanto se le pone delante. Va unido con el Cauca hasta llegar á las sierras ásperas y quebradas de Antioquía; pero divididos por ellas, el Cauca va á perder su nombre en el de la Magdalena, con el cual junta sus aguas, mientras que el Darien ceñido por las cordilleras de Abaibe mas cercanas, y enriquecido con sus muchas aguas y con las que recoge de la parte de Panamá, sigue su curso hasta llegar á las cercanías del golfo. Tiéndese allí por las llanuras formando anegadizos y pantanos; y dividiéndose en diferentes bocas, que ya mas, ya menos, todas son navegables para botes, desagua por ellas en el mar, cuyas ondas endulza por el espacio de algunas leguas. Sus aguas son cristalinas, su pesca abundante y saludable. Llamósele al principio Darien, acaso del nombre de algun cacique

que allí encontraron Bastidas ú Ojeda cuando le descubrieron primero: los ingleses y holandeses le han dado en los últimos tiempos el de Atrato; y con las tres denominaciones de Darien, Atrato y san Juan le designan indistintamente la historia y la geografía.

Entrados en él Vasco Nuñez y Colmenares reconocieron algunos de sus brazos y las diferentes poblaciones que hallaron á sus orillas. Los indios al verlos venir las desamparaban ó eran facilmente arrollados en su debil resistencia: mas las esperanzas de que la codicia española se alimentaba, no se lograron entonces; y tal cual alhajuela de oro y algunos pocos bastimentos fueron los solos despojos que consiguieron en aquella fatigosa correría. Lo mas singular que en ella vieron fueron las barbacoas de la tribu de Abebeiba. Cubierta la tierra de aguas en aquel paraje no consiente que se pongan habitaciones sobre ella; y los indios habian construido sus moradas sobre las palmas elevadas que allí crecen. Esta especie de edificios dió mucho que admirar á los castellanos. Nido habia de estos que ocupaba cincuenta ó sesenta palmas, donde podian abrigarse hasta doscientos hombres. Estaban divididos en diferentes compartimientos para dormir, para rancho y para despensa. Los vinos los tenian debajo de tierra al pie, para que con el movimiento no se torciesen. Subíase arriba por unas escalas que pendian de los árboles, á cuyo uso estaban tan acostumbrados que hom-

bres, mugeres y muchachos andaban por ellas con cualquiera carga encima con tanta agilidad y despejo como por el suelo. Tenian al pie sus canoas en que salian á pescar por aquellos rios, y cuando la familia se recogia alzaban las escalas y dormian seguros de fieras y de enemigos.

Cuando llegaron los castellanos á la barbacoa de Abebeiba estaba él recogido en ella y alzadas las escalas. Diéronle voces para que bajase sin miedo, pero negóse á hacerlo diciendo que él en nada les habia ofendido, y que le dejasen en paz. Amenazáronle con derribarle á hachazos los árboles de la casa, ó con ponerles fuego; y añadiendo la accion á la amenaza, empezaron á hacer saltar astillas de los troncos de las palmas. Bajó entonces el cacique con su muger y dos hijos, quedando el resto de su familia arriba. Preguntáronle si tenia oro, y dijo que no, porque para nada lo necesitaba, y viéndose importunado les dijo que iría tras de unas sierras, que de lejos se descubrían, á buscarlo y á traerlo. Dejáronle ir quedando en rehenes la muger y los hijos, pero él no volvió á parecer. Balboa despues de reconocer otras muchas poblaciones, todas abandonadas de sus dueños, bajó á buscar á Colmenares, á quien habia dejado atras, y unido con él dió la vuelta para el Darien, dejando un presidio de treinta soldados en la poblacion de Abenamaguey, uno de los caciques vencidos, para guardar la tierra y que los indios no se rehiciesen.

Esto no bastó sin embargo á contenerlos: porque los cinco régulos, cuyas tierras habian sido corridas y saqueadas, formaron una confederacion y se dispusieron á caer con todas sus fuerzas sobre la colonia, cuando los españoles estuviesen mas descuidados. La conspiracion se tramó con el mayor secreto, y los de la Antigua hubieran perecido todos á no haberse descubierto el peligro por una de aquellas incidencias mas propias de las novelas que de la historia, y que sin embargo no han dejado de ser frecuentes en los acontecimientos del nuevo mundo. Tenia Balboa una india á quien por su belleza, y tal vez por su caracter, amaba mas que á sus demas concubinas. Un hermano de ella, disfrazado con el hábito de otros indios pacíficos que llevaban provisiones á los nuestros, iba y venia á visitarla y á procurar su libertad. Y teniendo por segura la destruccion de los europeos, la dijo un dia que estuviese sobre aviso y cuidase de sí propia, que ya los príncipes del pais no podian sufrir por mas tiempo la insolencia de los advenedizos, y estaban resueltos á caer sobre ellos por mar y por tierra. Cien canoas, cinco mil guerreros, provisiones abundantes acopiadas en el pueblo de Tichirí, eran preparativos suficientes para conseguir lo que ansiaban; y en esta seguridad los despojos estaban repartidos, los cautivos demarcados. Díjola cual seria el dia del asalto, y se fue aconsejándola que se retirase á parte segura para no ser envuelta en el estrago general.

No bien se vió sola, cuando de amor ó de miedo descubrió á Balboa cuanto habia oido. Hízola él llamar á su hermano bajo el pretesto de que queria irse con él; y venido, fue preso y puesto en el tormento para que declarase lo que sabia. Repitió el infeliz lo que habia dicho á la muger, añadiendo que ya anteriormente Cemaco habia tratado de dar muerte á Vasco Nuñez, y que para eso habia apostado guerreros suyos disfrazados de trabajadores en una de sus labranzas. Pero intimidados por la yegua que montaba el gobernador y por la lanza que llevaba, no se habian atrevido á ejecutarlo: lo cual visto por Cemaco, habia buscado mejor medio de venganza en la liga y conspiracion con los otros caciques ofendidos.

Patente asi todo, Balboa marchó por tierra con setenta hombres, y Colmenares por agua con otros tantos á sorprender á sus enemigos. El primero no halló á Cemaco donde pensaba, y sí solo un pariente suyo con otros pocos indios que se trajo prisioneros al Darien. Colmenares fue mas feliz, porque sorprendió á los salvages en Tichirí, cogió allí al caudillo nombrado para la empresa con otros indios principales, y mucha gente inferior. Perdonó á la muchedumbre, pero á su vista hizo asaetear al general y ahorcar á los señores; quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento á la independencia.

Tratóse luego de enviar nuevos diputados á España para dar cuenta al rey del estado de la colonia, y de camino pedir en la Española los auxilios que necesitaban, por si acaso Valdivia no hubiese podido llegar, como asi habia sucedido. Dícese que Balboa queria para sí esta comision, ó ambicioso de ganarse la gracia de la corte, ó temeroso de que le hallase en el Darien el castigo de su usurpacion. No lo consintieron sus compañeros, diciéndole que sin él quedaban desamparados y sin gobierno: á él solo respetaban y seguian con gusto los soldados, á él solo temian los indios. Sospechaban tambien que, salido de allí, no querría volver á padecer los trabajos que continuamente venian sobre ellos; como ya habia sucedido con otros. Por tanto eligieron á Juan de Caicedo, veedor que habia sido de la armada de Nicuesa, y á Rodrigo Enriquez de Colmenares, hombres los dos graves, expertos en negocios, y seguidos de la estimacion general. De estos creían que desempeñarian bien su encargo y volverian; porque el uno se dejaba allí á su muger, y Colmenares habia comprado mucha hacienda y labranzas en el Darien, prendas unas y otras de confianza y de adhesion al pais. No siéndole, pues, posible á Balboa ausentarse del Darien para mirar por sí mismo, trató de ganarse á lo menos la gracia del tesorero Pasamonte, y es probable que fuese en esta ocasion cuando le envió aquel rico presente de esclavos, piezas de oro y otras alha-

jas de que habla el licenciado Zuazo en su carta al señor de Chievres [1]. Tambien llevaron los nuevos procuradores con el quinto que pertenecia al rey, un donativo que le hacia la colonia, y mas felices que los anteriores, salieron del Darien á fines de octubre y llegaron á España en mayo del año siguiente.

Sucedió á su partida un ligero disturbio, que aunque pareció al principio que iba á destruir la autoridad de Vasco Nuñez, sirvió á consolidarla mas. Bajo el pretesto del abuso que Bartolomé Hurtado hacia de la privanza del gobernador, se alborotaron Alonso Perez de la Rua y otros facciosos. Su verdadero intento era apoderarse de diez mil pesos que estaban aun enteros y repartirlos á su antojo. Despues de algunas contestaciones en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de sorprender á Vasco Nuñez y ponerle en prision. Súpolo él, y se salió del pueblo como que iba á caza, previendo que, apoderados aquellos turbulentos de la autoridad y del oro, de tal modo abusarian de uno y otro que los buenos le habian de llamar al instante. Asi sucedió: dueños del caudal Rua y sus amigos, se portaron con tan poca cordura en el reparto, que los colonos principales afrentados y avergonzados, viendo la inmensa distancia que habia de aquella gente á Vasco Nuñez, alzaron el grito, se arrojaron á

1 Esta carta se verá en los apéndices á la vida de fray Bartolomé de las Casas; que se publicará en el tomo 3.°

los cabos de la sedicion, los prendieron, y llamaron á Balboa, cuya autoridad y gobierno volvieron á reconocer de nuevo.

Llegaron en esto de Santo Domingo dos navíos cargados de bastimentos, con doscientos hombres al mando de Cristobal Serrano, entre ellos ciento y cincuenta de guerra. Todo lo enviaba el almirante, y Balboa en particular recibió el título de gobernador de aquella tierra, enviado por el tesorero Pasamonte, que se suponia autorizado para hacer estas provisiones, y ya le era tan favorable como antes le habia sido contrario. Lleno de gozo con el título y con el socorro, y seguro de la obediencia de todos, dió libertad á los presos, y determinó salir por la comarca y ocupar la gente en expediciones y descubrimientos. Mas cuando estaba haciendo los preparativos vino á acibararle su satisfaccion una carta de su amigo y compañero Zamudio, en que le avisaba de la indignacion que las quejas de Enciso y los primeros informes del tesorero habian excitado contra él en la corte. En vez de agradecerle sus servicios se le trataba de usurpador y de intruso, se le hacia responsable de los daños y perjuicios que su acusador reclamaba, y el fundador y pacificador del Darien estaba mandado procesar por los cargos criminales que se le hacian.

Pero estas nuevas aciagas, en vez de abatir su espíritu, le dieron nueva osadía y le impelieron á empresas mayores. ¿Daría lugar á que otro,

aprovechándose de sus fatigas, descubriese el mar del sur y le arrebatase la gloria y las riquezas que esperaba? Faltábanle á la verdad los mil hombres que se necesitaban para aquella expedicion, pero su arrojo, su pericia y su constancia le daban aliento para emprenderla sin ellos. Borraría asi con tan señalado servicio los defectos de su usurpacion primera; y si la muerte le atajaba en medio del camino, moriría trabajando en bien y gloria de su patria, y libre de la persecucion que le venia encima. Lleno, pues, de estos pensamientos y resuelto á seguirlos, habló y animó á sus compañeros, escogió ciento y noventa los mas bien armados y dispuestos, y con mil indios de carga, algunos perros de pelea, y
1.º de setiembre de 1513. las provisiones suficientes, se hizo á la vela en un bergantin y diez canoas.

Arribó primero al puerto y tierra de Cáreta, donde fue acogido con las muestras de amistad y el agasajo consiguiente á sus relaciones con aquel cacique, y dejando allí su escuadrilla tomó el camino por las sierras ácia el dominio de Ponca. Habíase fugado este régulo como la vez primera: pero Vasco Nuñez, que ya habia adoptado la política que le convenia, deseaba componerse amigablemente con él, y á este fin le envió algunos indios de paz que le aconsejasen volviese á su pueblo y no temiese nada de los españoles. Volvió en efecto, fue bien acogido, presentó en don algun oro, y recibió en cambio cuentas de vidrio, cascabeles y otras bujerías.

Pidióle ademas el capitan español guias y gente de carga para viajar por las sierras, que el cacique proporcionó gustoso, añadiendo provisiones en abundancia, con lo cual se separaron amigos.

No fue tan pacífico el paso á la tierra de Quarequá, cuyo señor Torecha receloso de la invasion y escarmentado con lo que habia sucedido á sus convecinos, estaba dispuesto y preparado para recibir hostilmente á los castellanos. Salió un enjambre de indios al camino, que feroces y armados á su usanza, empezaron á increpar á los extrangeros, preguntándoles á qué iban por allí, qué buscaban, y amenazándoles con su perdicion si pasaban adelante. Los españoles avanzaron sin curarse de sus fieros: entonces se dejó ver el régulo al frente de la tribu vestido de un manto de algodon y seguido de sus principales cabos, y con mas ánimo que fortuna dió la señal del combate. Acometieron los indios con grande ímpetu y vocería, pero aterrados primero con el rigor y los estallidos de las ballestas y escopetas, fueron facilmente despues destrozados y ahuyentados por los hombres y los lebreles que se arrojaron á ellos. Quedó muerto el régulo en la refriega con otros seiscientos mas, y los españoles allanado aquel obstáculo entraron en el pueblo, que fue despojado de todo el oro y prendas de valor que en él habia. Allí fue donde encontraron á un hermano del cacique y á otros indios vestidos de mugeres, y empleados en el uso inmundo de que se hizo

mencion arriba. Cincuenta fueron los que en este traje y por esta causa fueron abandonados á los alanos, que los hicieron en un instante pedazos, con grande satisfaccion de los salvages, los cuales, segun se cuenta, traían de lejos al castigo á otros muchos miserables de aquella especie. Debió la tierra con estos ejemplares quedar tan pacífica y sumisa, que Balboa dejó en ella los enfermos que traía, despidió los guias que le dió Ponca, y tomando allí otros nuevos siguió su camino ácia las cumbres.

La lengua de tierra que divide las dos Américas no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas, y en algunos parages se estrecha hasta solas siete. Y aunque desde el puerto de Cáreta hasta el punto á que se dirigían los españoles no haya á lo sumo mas que seis dias de viaje, ellos gastaron veinte, y no es de extrañar que asi fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de norte á sur todo el continente nuevo, y le sirve como de reparo contra los embates del océano pacífico, atraviesa tambien el istmo del Darien, ó mas bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio de las tierras adyacentes. Tenian, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros que solo aquellos hombres de hierro podian arrostrar y vencer. Aquí tenian que penetrar por bosques espesos y enmarañados, allá atravesar pantanos fatigosos donde cargas y hom-

bres miserablemente se hundian: ahora se les presentaba una agria cuesta que subir, luego un precipicio profundo y tajado que bajar; y á cada paso rios rápidos y profundos, solo practicables en balsas mezquinas ó en puentes trémulos y endebles: de cuando en cuando la oposicion y resistencia de los salvages, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo la falta de provisiones, que, agregada al cansancio y al cuidado, abatia y enfermaba los cuerpos, y desalentaba los ánimos.

En fin, los quarequanos que iban guiando muestran de lejos la altura desde donde el deseado mar se descubria. Balboa al instante manda hacer alto al escuadron, y él se adelanta solo á la cima de la montaña. Llegado á ella lleva ansioso la vista al mediodia, el mar austral se presenta á sus ojos, y sobrecogido de gozo y maravilla cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado á aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal á sus compañeros para que subiesen, y mostrándoles el magnífico espectáculo que tenian delante, vuelve á arrodillarse y á agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, mientras que los indios atónitos no sabian á qué atribuir aquellas demostraciones de admiracion y de alegría. Anibal en la cima de los Alpes enseñando á sus soldados los campos deliciosos de Italia no pareció, segun la ingeniosa compara-

25 de setiembre de 1513.

cion de un escritor contemporáneo [1], ni mas exaltado, ni mas arrogante, que el caudillo español puesto ya en pie, recobrado el uso de la palabra que el gozo le tenia embargada, y hablando asi á sus castellanos: *Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya teneis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habeis visto esas playas y esas ondas: vuestros son sus tesoros, vuestra solo es la gloria de reducir esas inmensas é ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y á la luz de la religion verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas.* Todos alegres le abrazaron, y todos prometieron seguirle hasta donde quisiese llevarlos. Cortan luego un árbol grande, y despojándole de sus ramos, forman de él una cruz que fijaron en un túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubria el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, y en medio de aplausos y gritería alborozada descienden de la sierra y se encaminan á la playa.

Llegaron á unos bohios que cerca se descubrian, poblacion de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas y la ferocidad de los

1 *Hannibale Italiam et alpina promontoria militibus ostendente ferocior.* PEDRO MARTIR: Decada tercera, libro 1.°

lebreles dispersaron en un punto aquella tropa, cogiéndose muchos cautivos. De estos y de los guias quarequanos se enviaron algunos que ofreciesen á Chiapes paz y amistad segura si venia, ó exterminio y ruina de pueblo y de sembrados. Persuadido de ellos vino el cacique y se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro, presentó oro, y recibió en cambio vidrios y cascabeles, con lo cual amansado y contento no pensaba mas que en agasajar y regalar á los extrangeros. Allí despidió Vasco Nuñez á los quarequanos, y dió orden para que los enfermos que se habian quedado en aquella tierra viniesen á encontrarle. Entre tanto envió á Francisco Pizarro, á Juan de Ezcaray y á Alonso Martin á descubrir por la comarca y á buscar los caminos mas breves para llegar al mar. El último fue quien llegó antes á la playa, y entrándose en unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre las ondas, y con la satisfaccion de haber sido el primer español que habia entrado en el mar del sur, se volvió para Balboa.

Bajó en fin este con veinte y seis hombres al mar, y llegó á la ribera al empezar la tarde del dia veinte y nueve de aquel mes. Sentáronse todos en la playa á esperar que el agua creciese por estar á la sazon en menguante: y cuando las ondas volvieron con ímpetu á cobrar tierra y llegaron á donde estaban; entonces Balboa armado de todas armas, llevando en una mano

la espada y en la otra una bandera en que estaba pintada la imagen de la vírgen con las armas de Castilla á los pies, levantóse y empezó á marchar por medio de las ondas, que le llegaban á la rodilla, diciendo en altas voces: *vivan los altos y poderosos reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesion de estos mares y regiones: y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.* Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitan, y se votaron á la muerte para defender aquella adquisicion contra todos los reyes y príncipes del mundo. Extendióse el acto por el escribano de la expedicion Andres de Valderrábano [1]; el ancon en que se solemnizó se llamó *golfo de san Miguel* por ser aquel su dia; y probando el agua del mar, derribando y cortando árboles, y grabando en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas regiones con estos actos de posesion, y se retrajeron al pueblo de Chiapes.

Volvió despues Balboa su atencion á reconocer el pais comarcano, y á ponerse de inteligencia con los caciques que le señoreaban. Pasó en canoas un rio grande que por allí desagua, y se dirigió á las tierras de un indio que llamaban Cuquera. Quiso este resistirse, pero escarmentado con el daño que recibió en el primer en-

1 Véase el apéndice.

cuentro, aunque de pronto huyó, se redujo al fin á venir á pedir amistad y paz al capitan español, persuadido de algunos chiapeses que Balboa le envió al intento. Trajo consigo algun oro, pero lo que llamó mas la atencion de los españoles fue una considerable porcion de perlas de que tambien les hizo presente. Preguntado donde se cogian, dijo que en una de las islas que se veían sembradas por el golfo, y la señaló con la mano. Quiso Vasco Nuñez reconocerla al momento y mandó preparar las canoas para la travesía. Pero los indios mas expertos que él en la condicion de aquellos mares, empezaron á disuadirle de aquel intento, aconsejándole que lo dejase para estacion mas benigna. Estaban á fines de octubre, y la naturaleza entonces se presentaba en aquel pais con el aspecto mas fiero y espantoso. El furor de los vientos embravecidos y de las tempestades asordaba la esfera y echaba por el suelo los bohios: los rios, crecidos con las lluvias y salidos de madre, arrastraban consigo peñascos y arboledas; y el mar tempestuoso bramando horriblemente entre las isletas, peñascos y arrecifes, de que el golfo está lleno, quebraba sus ondas en ellos, y amenazaba con naufragio y muerte inevitable á los atrevidos que se aventurasen á navegarle.

Pero el ánimo intrépido de Balboa desconocia los peligros, y su impaciencia no le permitia dilacion. Con sesenta castellanos tan arrojados como él se lanzó en el mar en unas canoas don-

de tambien se embarcó Chiapes, que no quiso desampararle. Mas apenas habian entrado en el golfo cuando embravecida la mar les hizo arrepentirse de su arrojo temerario. Acogiéronse á una isleta, saltaron en tierra, y dejaron por consejo de los indios ligadas las canoas unas con otras. Creció el mar, cubrió la isla, y pasaron la noche con el agua hasta la cintura. Al amanecer se encontraron las barcas, hechas pedazos unas, abiertas otras y llenas de agua y arena, sin comestibles ni equipaje alguno de los que dejaron en ellas. Calafatearon como pudieron las canoas hendidas con yerba y cortezas de árboles machacadas, y asi volvieron á tierra hambrientos y desnudos.

El rincon del golfo en que arribaron estaba dominado por Tumaco, un cacique que tambien quiso resistirse como los otros y tuvo el mismo desengaño. Huyó, y en su fuga le alcanzaron los chiapeses que le envió Balboa para persuadirle que se viniese de paz á él y le manifestasen cuan amigo era de sus amigos, y cuan terrible á los que se le resistian. No quiso Tumaco fiar su persona á las promesas de sus emisarios, y envió á un hijo suyo, que agasajado y regalado por Vasco Nuñez con una camisa y otras bagatelas de Castilla, fue restituido á su padre. Entonces él blandeó y se vino para los españoles: y, ó fuese movido de su buen trato, ó porque se lo aconsejó Chiapes, envió luego un criado suyo á su bohio, y de él trajeron en don á

los castellanos hasta seiscientos pesos en diferentes joyas de oro, y doscientas cuarenta perlas gruesas, sin otro gran número de menudas. Dilatóse el ánimo de los codiciosos aventureros con aquel tesoro, y ya les pareció que se acercaba el cumplimiento de las esperanzas que el hijo de Comogre les habia dado. Solo les dolia que el oriente de las perlas, por haber sido sacadas al fuego, no fuese mas puro. Pero esto tenia remedio, y el cacique fue tan bien tratado por aquella generosidad, que envió á sus indios á pescar mas, y en pocos dias trajeron hasta doce marcos de ellas.

Alli fué donde vieron adornadas las cabezas de los remos de las canoas con perlas y aljofar engastados en la madera, de que se maravillaron mucho, y á peticion de Balboa se extendió por testimonio, sin duda para que así se diese crédito á lo que pensaba escribir de la opulencia del pais al gobierno de España, no menos necesitado y codicioso de oro que los descubridores. Mas todo era nada segun Tumaco y Chiapes le dijeron, respecto de la abundancia y grosor de las perlas que se criaban en una isla que se divisaba á lo lejos en el golfo, como á cinco leguas de distancia. Los indios le daban el nombre de Tre ó de Terarequi, y los castellanos la llamaron Isla rica. Bien quisiera Balboa ir á reconocerla y subyugarla; pero el miedo de otro temporal como el pasado le contuvo, y dejó la empresa para otra estacion. Despidióse,

pues de Tumaco, el cual señalándole hácia el oriente, le dijo que toda aquella costa corria adelante y sin fin, que era tierra muy rica, y que sus naturales usaban de ciertas bestias en que ponian y conducian sus cargas. Para darse á entender mejor hizo en la tierra una figura grosera de aquellos animales: los castellanos admirados decian que eran dantas, otros que ciervos, y lo que el indio quiso figurar era el llama, tan comun en el Perú.

Hechos en aquella costa los actos de posesion que en la otra, y puesto á la tierra de Tumaco el nombre de Provincia de San Lucas, por el dia que en ella entraron, Balboa trató de volverse al Darien, y se despidió de los dos caciques. Dícese que Chiapes lloró al tiempo de separarse de él; y en prueba de su confianza Vasco Nuñez le dejó los castellanos enfermos que tenia en su tropa, encargándole mucho que los cuidase hasta que se restableciesen y pudiesen seguirle. Con el resto y muchos indios de carga se puso en camino por diferente rumbo que el que habia traido, para descubrir mas tierra. La primera poblacion que encontraron fué la de Techoan, que Oviedo llama Thevaca, el cual les agasajó mucho, les dió gran cantidad de oro y perlas, provisiones en abundancia, los indios necesarios para la carga, y á su hijo mismo para que gobernase aquella gente y sirviese de guia. Llevólos él á la tierra de un enemigo suyo llamado Poncra, señor poderoso, y

segun los nuevos aliados, tirano insufrible de toda la comarca. Poncra huyó con su gente á los montes; pero tres mil pesos de oro hallados en su pueblo, eran cebo bastante para empeñarse en hacerle venir y declarar de dónde sacaba aquella riqueza. Vencido al fin de amenazas y de miedo, se puso por su mal en manos de sus enemigos, que no perdieron momento hasta completar su ruina. Preguntáronle de donde sacaba el oro que tenia, dijo que sus abuelos se lo habian dejado, y que él no sabia mas. Diéronle tormento, mantúvose en su silencio, y al fin fue echado á los perros con tres indios principales que quisieron seguir su triste fortuna. Dícese que era disforme de miembros, feísimo de cara, sanguinario en sus acciones, inmundo en sus costumbres. La culpa de su muerte es mas de los indios que de los castellanos; pero estos al fin no eran los jueces de Poncra.

Entre tanto los españoles que habian quedado con Chiapes, restablecidos ya de sus fatigas, se volvieron á su capitan. Pasaron por la tierra del cacique Bonouvamá, quien no contento con regalarlos y hacerlos descansar dos dias en su pueblo, los quiso acompañar y ver á Vasco Nuñez. Llegado á su presencia: *aquí tienes*, le dijo, *hombre valiente, salvos y sanos á tus compañeros del mismo modo que en mi casa entraron. El que nos da los frutos de la tierra y hace los relámpagos y los truenos, te conserve á tí y á ellos.* Miraba, esto diciendo, al cielo; y dijo

otras muchas palabras que no se entendieron bien, aunque parecian ser de amor. Agasajóle mucho Balboa, asentó con él perpétua alianza y amistad; y despues de haber descansado treinta dias en aquel parage, prosiguió su camino.

Íbase haciendo cada vez mas penoso y dificil, porque marchaban por tierras estériles y fragosas, ó por pantanos en que se sumian hasta la rodilla. El pais estaba casi enteramente despoblado; y si tal vez hallaban alguna tribu, era tan pobre que con nada podia socorrerlos. Tal era, en fin, el trabajo, y tal la estrechez, que algunos indios teochaneses murieron de necesidad en el camino. Yendo asi despeados y desfallecidos, divisaron un dia en un cerro á unos indios que les hacian señales de que aguardasen. Hicieron alto los españoles, y ellos llegaron delante de Balboa, y le dijeron que su señor Chioriso los enviaba á saludarle en su nombre y á manifestar el deseo que tenia de mostrar su amor á hombres tan valientes. Convidáronle á que se llegase al pueblo de su cacique y le ayudase á castigar á un enemigo poderoso que tenia, el cual poseía mucho oro, del que podria apoderarse. Y para obligarle mas le presentaron de parte de Chioriso diferentes piezas de oro, que pesarian hasta mil y cuatrocientos pesos. Recibió Balboa con mucho gusto el mensaje; dió á los indios cuentas, cascabeles y camisas, y les prometió que á otro viaje iria á saludar á Chioriso. Partieron ellos contentísimos

con su regalo; mientras que los españoles cargados de oro y faltos de sustento proseguían melancólicamente su viaje, maldiciendo las riquezas que los agoviaban y no los mantenian.

Entraron luego en el dominio del cacique Pocorosa, con quien hicieron amistad, y despues se dirigieron al de Tubanamá, régulo poderoso temido en toda aquella comarca y enemigo de la tribu de Comogre. Este indio estaba de guerra y era preciso subyugarle: mas la gente de Balboa consumida y fatigada con el viaje, no estaba á propósito para el trance de una batalla, y él prefirió la sorpresa al ataque descubierto. Eligió, pues, sesenta hombres los mas bien dispuestos, hizo dos jornadas en un dia, y sin ser sentido de nadie, dió de noche sobre Tubanamá, y le prendió con toda su familia, en la cual habia hasta ochenta mugeres. A la fama de su prision acudieron los caciques convecinos á dar quejas contra él, y pedir su castigo, como se habia hecho con Ponçra. Respondia él, que mentian, y que por envidia de su poder y de su fortuna le acusaban. Y viéndose amenazado de ser echado á los perros, ó atado de pies y manos en un rio que cerca de allí corría, empezó á llorar dolorosamente, y llegándose acongojado á Balboa, y señalando á su espada: *¿Quién*, dijo, *contra esta macana que de un golpe hiende á un hombre pensará prevalecer, á menos de estar falto de seso? ¿Quién no amará mas presto que aborrecerá á tal gente? No me mates, yo te lo*

ruego, y te traeré cuanto oro tengo y cuanto pueda adquirir. Estas y otras razones dijo en tono tan lastimero, que Balboa, que nunca tuvo propósito de quitarle la vida, le mandó poner libre. Tubanamá en retorno dió hasta seis mil pesos de oro; y siendo preguntado de donde le sacaba, dijo que no lo sabia. Sospechóse que hablaba de este modo para que los extrangeros dejasen el pais: por lo cual Balboa mandó que se hiciesen catas y pruebas en algunos parajes donde se encontró tal cual muestra de aquel metal. Hecho esto, salió del distrito de Tubanamá, llevándose todas sus mugeres, y tambien un hijo del cacique para que aprendiese la lengua española y pudiese servir de intérprete á su tiempo.

Era ya pasada la pascua; la gente estaba toda cansada y enferma, y él mismo aquejado de unas calenturas. Resolvió, pues, apresurar su vuelta, y llevado en una hamaca sobre hombros de indios llegó á Comogre, cuyo cacique viejo habia muerto, sucediéndole en el señorío su hijo mayor. Fueron allí recibidos los españoles con el agasajo y amistad acostumbrada, dieron y recibieron presentes; y despues de haber reposado algunos dias, Balboa se encaminó al Darien por la tierra de Ponca, donde encontró cuatro castellanos que venian á avisarle de haber llegado á aquel puerto dos navíos de Santo Domingo con muchas provisiones. Esta alegre nueva le hizo apresurar mas su camino, y con

veinte soldados se adelantó al puerto de Cáreta. Allí se embarcó y navegó ácia el Darien, donde llegó por fin el dia 19 de enero de 1514, cuatro meses y medio despues de haber salido. 19 de enero de 1514.

Todo el pueblo salió á recibirle. Los aplausos, los vivas, las demostraciones mas exaltadas de la gratitud y de la admiracion le siguieron desde el puerto hasta su casa, y todo parecia poco para honrarle. Domador de los montes, pacificador del istmo, y descubridor del mar austral, trayendo consigo mas de cuarenta mil pesos en oro, un sin número de ropas de algodon, y ochocientos indios de servicio; poseedor en fin, de todos los secretos de la tierra, y lleno de esperanzas para lo futuro, era considerado por los colonos del Darien como un ser privilegiado del cielo y la fortuna, y dándose el parabien de de tenerle por caudillo, se creían invencibles y felices en su direccion y gobierno. Comparaban la constante prosperidad que habia disfrutado la colonia, la perspectiva espléndida que tenia delante, el acierto y felicidad de sus expediciones, con los infelices sucesos de Ojeda, de Nicuesa, y hasta del mismo Colon, que no habia podido asentar el pie con firmeza en el continente americano. Y esta gloria se hacia mayor cuando ponian la consideracion en las virtudes y talentos con que la habia conseguido. Este ponderaba su audacia, aquel su constancia, el uno su prontitud y diligencia, el otro la invencible entereza de ánimo con que jamas desmayaba y abatia;

quien la habilidad y destreza con que sabia conciliarse los ánimos de los salvages templando la severidad con el agasajo; quien, en fin, su penetracion y prudencia para averiguar de ellos los secretos del pais y preparar nuevas fuentes de prosperidad y riqueza para la colonia y para la metrópoli Sobresalia entre estos elogios el que hacian de su cuidado y de su afecto por sus compañeros, con quienes procedia, en todo lo que no era disciplina militar, mas como igual que como caudillo. Visitaba uno por uno á los dolientes y heridos; consolábalos como hermano: si alguno se le cansaba ó desfallecia en el camino, en vez de desampararlo, él mismo iba á él, le auxiliaba y le animaba. Viósele muchas veces salir con su ballesta á buscar alguna caza con que apagar el hambre de quien por ella no podia seguir á los otros: él mismo se la llevaba y esforzaba; y con este agasajo y este cuidado tenia ganados los ánimos de tal modo, que le hubieran seguido contentos y seguros á donde quiera que los quisiera llevar. Duraba muchos años despues la memoria de estas excelentes calidades, y el cronista Oviedo, que seguramente no es pródigo de alabanzas con los conquistadores de Tierra firme, escribia en 1548, que en conciliarse el amor del soldado con esta especie de oficios, ningun capitan de Indias lo habia hecho hasta entonces mejor, ni aun tan bien como Vasco Nuñez.

Recogidos ya á la colonia los compañeros de

la expedicion, se repartió el despojo habido en ella, habiéndose antes separado el quinto que pertenecia al rey. El reparto se hizo con la equidad mas escrupulosa entre los que habian sido del viaje y los que habian quedado en la villa. Despues Balboa determinó enviar á España á Pedro de Arbolancha, grande amigo suyo y compañero en la expedicion, á dar cuenta de ella y llevar al rey un presente de las perlas mas finas y mas gruesas del despojo á nombre suyo y de los demas colonos. Partió Arbolancha, y Vasco Marzo
Nuñez se dió á cuidar de la conservacion y pros- de
peridad del establecimiento, fomentando las se- 1514.
menteras para evitar las hambres pasadas y excusarse de asolar la tierra. Ya no solo se cogia en abundancia el maiz y demas frutos del pais, sino que se daban tambien las semillas de Europa, traidas por aventureros que de todas partes acudian á la fama de la riqueza del Darien. Envió á Andres Garabito á descubrir diferente camino para la mar del sur; y á Diego Hurtado á reprimir las correrías de dos caciques que se habian alzado. Cumplieron uno y otro felizmente sus comisiones, y se volvieron á la Antigua dejando las provincias refrenadas. Todo, pues, sucedia prosperamente á la sazon en el istmo [1].

1 Balboa, segun Herrera, hizo en este tiempo una expedicion á las bocas del rio, en la cual, á pesar de llevar consigo trescientos hombres, fue maltratado y herido por los indios barbacoas, y obligado á volverse sin fruto alguno al Darien. Ni en Anglería, ni en Oviedo, ni en Gomara, hay mencion alguna de esta jornada; y por otra parte el número de

Los contornos estaban pacíficos y tranquilos: la colonia progresaba; y los ánimos engreidos con la fortuna y bienes adquiridos, se volvian impacientes y ambiciosos á las riquezas que les prometian las costas del mar nuevamente descubierto.

Pero estas grandes esperanzas iban á desvanecerse por entonces. Enciso habia llenado la corte de Castilla de quejas contra Balboa; y el miserable fin de Nicuesa excitó tanta compasion, que el Rey Católico no quiso dar oidos á Zamudio, que le disculpaba, mandó prenderle, y asi se hiciera, si él no se hubiese escondido. A Vasco Nuñez se le condenó en los daños y perjuicios causados á Enciso, se mandó que se le formase causa, y se le oyese criminalmente para imponerle la pena á que hubiese lugar por sus delitos. A fin de cortar de una vez los disturbios del Darien determinó el gobierno enviar un gefe que ejerciese la autoridad con otra solemnidad y respeto que hasta entonces, y fue nombrado para ello Pedrarias Dávila, un caballero de Segovia á quien por su gracia y destreza en los juegos caballerescos del tiempo, se le llamaba *en su* juventud el Galan y el Justador. A poco de esta eleccion llegaron Caicedo y Colmenares como

españoles, la capacidad del capitan, y la flaqueza de los enemigos hacen improbable su resultado. A no ser Herrera tan exacto y puntual, podria creerse que esta expedicion estaba confundida en sus Decadas con otra que hizo Vasco Nuñez mas adelante en los mismos parages, y con el mismo mal éxito, ya cuando Pedrarias mandaba en la colonia.

diputados de la colonia, que trajeron muestras de las riquezas del pais, y las grandes esperanzas concebidas con las noticias que dieron los indios de Comogre. Caicedo murió muy luego, *hinchado,* dice Oviedo, *y tan amarillo como aquel oro que vino á buscar*. Pero la relacion que hicieron él y su compañero de la utilidad del establecimiento fue tal, que creció en el rey la estimacion de la empresa, y acordó enviar una armada mucho mayor que la que pensó al principio. Y como los aventureros que iban á la América no soñaban sino oro, y era oro lo que buscaban allí, oro lo que quitaban á los indios, oro lo que estos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la corte, y oro lo que en la corte se hablaba y codiciaba; el Darien, que tan rico parecía de aquel ansiado metal, perdió su primer nombre de *Nueva Andalucía*, y se le dió en la conversacion y hasta en los despachos el de *Castilla del Oro*.

Era entonces la época en que el rey Fernando mandó deshacer la armada aprestada para llevar al Gran Capitan á Italia á reparar el desastre de Ravena. Muchos de los nobles que á la fama de este célebre caudillo habian empeñado sus haberes para seguirle á coger lauros en Italia, volaron á alistarse en la expedicion de Pedrarias, creyendo reparar asi aquel desaire de la fortuna y adquirir en su compañía tanta gloria como riquezas. La vulgar opinion de que en el Darien se cogia el oro con redes, habia exci-

tado en todos la codicia, y alejado de sus ánimos todo consejo de seso y de cordura. Fijóse el número de gente que habia de llevar el nuevo gobernador en mil y doscientos hombres. Pero aunque tuvo que despedir á muchos por no ser posible llevarlos, todavía llegaron á dos mil los que se embarcaron, jóvenes los mas, de buenas casas, bien dispuestos y lucidos, y todos deseosos de hacerse ricos en poco tiempo, y volver á su pais acrecentados en bienes y en honores.

Gastó Fernando en aquella armada mas de cincuenta y cuatro mil ducados, suma enorme para aquel tiempo, y que manifiesta el interes é importancia que se daban á la empresa. Componíase de quince navíos bien provistos de armas, municiones y vituallas, y iban de alcalde mayor un jóven que acababa de salir de las escuelas de Salamanca llamado el licenciado Gaspar de Espinosa, de tesorero Alonso de la Puente, de veedor Gonzalo Fernandez de Oviedo el cronista, de alguacil mayor el bachiller Enciso, y otros diferentes empleados para el gobierno del establecimiento y mejor administracion de la hacienda Real. Dióse título de ciudad á la villa de Santa-María del Antígua, con otras gracias y prerogativas que demostrasen el aprecio y la consideracion del monarca á aquellos pobladores: y en fin, para el arreglo y servicio del culto divino fue consagrado obispo del Darien fray Juan de Quevedo, un religioso franciscano predicador del rey, y se le envió acompañado de los

sacerdotes y demas que pareció necesario al desempeño de su ministerio. A Pedrarias se le dió una larga instruccion para su gobierno; se le mandó que nada providenciase sin el consejo del obispo y los oficiales reales, que tratase bien á los indios, que no les hiciese guerra sin ser provocado; y se le encomendó mucho aquel famoso requerimiento, dispuesto anteriormente para la expedicion de Alonso de Ojeda, de que se hablará mas adelante en la vida de Fr. Bartolomé de las Casas, donde es su lugar mas oportuno.

Salieron de San Lucar en 11 de abril de 1514, tocaron en la Dominica y arribaron á Santa Marta. Tuvo allí Pedrarias algunos encuentros con aquellos indios feroces, saqueó sus pueblos, y sin hacer ningun establecimiento, como se le habia prevenido, bajó al fin al golfo de Urabá y surgió delante del Darien en 29 de junio del mismo año. Envió al instante un criado suyo á avisar á Balboa de su arribo. El emisario creía que el gobernador de Castilla del Oro deberia estar en un trono resplandeciente dando leyes á un enjambre de esclavos. ¿Cuál, pues, sería su admiracion al encontrarle dirigiendo á unos indios que le cubrian la casa de paja, vestido de una camiseta de algodon sobre la de lienzo, con zaragüelles en los muslos y alpargatas á los pies? En aquel traje, sin embargo, recibió con dignidad el mensaje de Pedrarias; y respondió que se holgaba de su llegada, y que estaban prontos él y todos los del Darien á recibirle y servirle.

11 de abril de 1514.

Corrió por el pueblo la noticia, y segun el miedo ó las esperanzas de cada uno, empezaron á agitarse y á hablar de ella. Tratóse el modo con que recibirian al nuevo gobernador: algunos decian que armados como hombres de guerra; pero Vasco Nuñez prefirió el que menos sospecha pudiese dar, y salieron en cuerpo de concejo y desarmados.

A pesar de esto Pedrarias, dudoso aun de su intencion, luego que saltó en tierra ordenó su gente para no ir desapercibido. Llevaba de la mano á su muger doña Isabel de Bobadilla, prima hermana de la marquesa de Moya, favorita que habia sido de la Reina Católica, y le seguian los dos mil hombres á punto de guerra. Encontróse á poco de haber desembarcado con Balboa y los pobladores, que le recibieron con gran reverencia y respeto, y le prestaron la obediencia que le debian. Los recien venidos se alojaron en las casas de los colonos, los cuales los proveían del pan, raices, frutas y aguas del pais, y la armada á su vez les proporcionaba los bastimentos que habia llevado de España. Pero esta exterior armonía duró poco tiempo, y las discordias, los infortunios y los sinsabores se sucedieron y amontonaron con la rapidez consiguiente á los elementos opuestos de que el establecimiento se componia.

Al dia siguiente de haber llegado llamó Pedrarias á Vasco Nuñez, y le dijo el aprecio que se hacia en la corte de sus buenos servicios, y el

encargo que llevaba del rey de tratarle segun su mérito, de honrarle y favorecerle: y le mandó que le diese una informacion exacta del estado de la tierra y disposicion de los indios. Contestó Balboa agradeciendo la merced que se le hacia, y prometió decir con verdad y sinceridad cuanto supiese. A los dos dias presentó su informe por escrito, comprendiendo en él todo lo que habia hecho en el tiempo de su gobernacion; los rios, quebradas y montes donde habia hallado oro, los caciques que habia hecho de paz en aquellos tres años, y eran mas de veinte, su viaje de mar á mar, el descubrimiento del océano austral, y de la isla rica de las perlas. Publicóse en seguida su residencia, y se la tomó el alcalde Espinosa. Pero el gobernador no fiándose de su capacidad por ser tan jóven, comenzó por su parte con un gran interrogatorio á hacer pesquisa secreta contra él. Ofendióse de ello Espinosa, y ofendióse mas Vasco Nuñez que vió en aquel pérfido y enconado procedimiento la persecucion que Pedrarias le preparaba. Hubo, pues, de mirar por sí, y resolvió oponer á la autoridad del gobernador, que le era adverso, otra autoridad igual que le favoreciese y amparase.

Para este fin acudió al obispo Quevedo, con quien Pedrarias, segun la instruccion que se le habia dado, tenia que consultar sus providencias. Rindióle toda clase de respetos, y se ofreció á toda clase de servicios en su obsequio. Dióle parte en sus labores, en sus rescates, en

sus esclavos; y el prelado por una parte llevado del espíritu de granjería que dominaba generalmente á todos los españoles que pasaban á Indias, y por otra conociendo que ninguno de los del Darien igualaba en capacidad y en inteligencia á Vasco Nuñez, pensaba hacerse rico con su industria, y todos sus negocios de utilidad se los daba á manejar. Hizo mas, que fue poner de parte de Balboa á doña Isabel de Bobadilla, á quien el descubridor no cesaba de agasajar y regalar con toda la urbanidad y atenciones de un fino cortesano.

Asi es que el obispo le exaltaba sin cesar, encarecia sus servicios, y decia públicamente que era acreedor á grandes mercedes. Pesaban á Pedrarias estas alabanzas, y se ofendia quizá de que mereciese esta consideracion un hombre nuevo, nacido del polvo, y que en Castilla apenas habria osado levantar sus deseos á pretender ser su criado. La residencia entre tanto proseguia: el alcalde mayor ofendido de la desconfianza del gobernador, miró con ojos de equidad ó de indulgencia los cargos criminales que se hacian á Balboa, y le dió por libre de ellos; pero le condenó á la satisfaccion de daños y perjuicios causados á particulares, segun las quejas que se presentaron contra él. Llevóse esto con tal rigor que poseyendo á la llegada de Pedrarias mas de diez mil pesos, de resultas de la residencia se vió reducido casi á la mendicidad. Mas, no satisfecho el gobernador con este abati-

miento, todavía queria enviarle á España cargado de grillos, para que el rey le castigase segun su justicia por la pérdida de Nicuesa y otras culpas que en la pesquisa secreta se le imputaban á él solo. Eran de esta opinion los oficiales reales, que en el Darien como en las demas partes de América, fueron siempre enemigos de los capitanes y descubridores. Pero el obispo, que yéndosele Balboa creía que se le iba la fortuna, hizo ver á Pedrarias que enviarle asi á Castilla era enviarle al galardon y al triunfo: que la relacion de sus servicios y de sus hazañas hecha por él mismo, y auxiliada de su presencia, necesariamente se atraería el favor de la corte: que volvería honrado y gratificado mas que nunca, y con la gobernacion de la parte de Tierra firme que el quisiese escoger, la cual, atendida la práctica y conocimiento que tenia del pais, seria la mas abundante y rica. Por lo mismo lo que convenia á Pedrarias era tenerle necesitado y envuelto en contestaciones y pleitos, y entretenerle con palabras y demostraciones exteriores, mientras que el tiempo aconsejaba lo que debia hacerse con él. El obispo tenia razon; pero el mayor enemigo de Balboa no hubiera pensado en un modo mas exquito de perjudicarle, que el que buscó su interesado protector para detenerle en el Darien. Persuadióse Pedrarias; se restituyeron á Vasco Nuñez los bienes que tenia embargados, y se le empezó á dar por medio del obispo alguna parte en los negocios del gobierno. Aun

se creyó que volviese á tomar la autoridad principal, porque Pedrarias habiendo adolecido gravemente á poco de haber llegado, se salió del pueblo á respirar mejor aire y dejó poder al obispo y oficiales para que gobernasen á su nombre. Sanó empero, y la primera cosa que hizo fue enviar á diferentes capitanes á hacer entradas en la tierra, y dió particular comision á Juan de Ayora, su segundo, para que con cuatrocientos hombres saliese ácia el mar del sur y poblase en los sitios que le pareciesen convenientes. Díjose entonces que era con el objeto de oponerse á cualquiera gracia que la corte hiciese á Vasco Nuñez en premio de su descubrimiento, pretextando que la tierra estaba ya poblada por Pedrarias, y que Balboa no habia hecho otra cosa que verla materialmente y maltratar á los indios que encontró en ella.

Mas, aun cuando no hubiera este motivo, la necesidad de desahogar la colonia prescribia imperiosamente esta medida. Empezaban ya á escasear los alimentos que habia llevado la flota. Un bohio grande que habian hecho junto al mar para almacenarlos habia sufrido un incendio y en él habia perecido una gran parte: otra se habia consumido, y el resto estaba para concluir. Adelgazáronse las raciones; y la falta de alimentos, la diversidad de clima y la angustia del ánimo empezaron á ejercer su influjo en los nuevos colonos. Preguntaban ellos cuando llegaron por el parage en que se cogia el oro con redes, y los

del Darien les respondian que las redes para coger el oro eran la fatiga, los trabajos y los peligros: asi habian hallado ellos el que tenian, asi los otros tendrian que procurarse el que codiciaban. Vinieron tras esto las enfermedades; la racion del rey se acabó; creció la calamidad; y los que habian dejado en Castilla sus posesiones y sus regalos por correr tras la opulencia indiana, andaban por las calles del Darien pidiendo miserablemente limosna, sin hallar quien se la quisiese dar. Vendian unos sus ricas preseas y vestidos por pedazos de pan de maiz ó galleta de Castilla: hacíanse otros leñadores, y vendiendo por algun poco de pan las cargas que traían, sustentaban algun tanto la vida: pacian otros á fuer de bestias las yerbas de los campos; y hubo, en fin, caballero que salió á la calle clamando que se moria de hambre, y á vista de todo el pueblo rindió el alma desfallecido. Morian cada dia tantos, que no podia guardarse ni orden ni ceremonial alguno en los entierros, y se hicieron zanjas para arrojarlos allí como en tiempo de contagio. Menos necesidad habia entre los primeros pobladores; pero se advirtió en ellos una dureza en socorrer á los afligidos, que manifestó bien el poco gusto que habian tenido en su venida. Murieron en fin hasta setecientas personas en el término de un mes; y huyendo del azote muchos de los principales desampararon la tierra con licencia del gobernador, y se volvieron á Castilla ó se refugiaron á las islas.

Salieron, pues, los capitanes de Pedrarias á reconocer la tierra y á poblar: Luis Carrillo al rio que llaman de los Ánades, Juan de Ayora al mar del Sur, Enciso al Zenu; otros en fin á diferentes puntos en diferentes tiempos. No es de mi propósito dar cuenta de sus expediciones, ni contar una por una las violencias y vejaciones que cometieron; como robaban, saqueaban, cautivaban hombres y mugeres, sin distincion de tribu amiga ó enemiga. Los indios pacíficos y tranquilos con la buena política y artes de Balboa, volvieron sobre sí á vengar tantas injurias, y en casi todas partes se alzaron, embistieron y ahuyentaron á los españoles, que tuvieron que volverse al Darien; donde, aunque sus excesos se supieron, ninguno sin embargo fue castigado. Hasta el mismo Vasco Nuñez que en compañía de Luis Carrillo salió á una expedicion á las bocas del rio y atacó á los indios barbacoas, participando ya de la mala estrella presente, fué atacado de improviso por aquellos salvages en el agua, y roto y maltratado en la refriega, de que volvieron malheridos Carrillo y él al Darien, donde al instante murió el primero. El temor y desaliento que causaban estos contínuos descalabros fué tal, que llegó ya á cerrarse en el Darien la casa de la fundicion, señal siempre de grande aprieto. Los árboles de las sierras, las yerbas altas de los campos, las oleadas del mar se les figuraban indios que venian á asolar el pueblo. Las disposiciones de

Pedrarias, todas desconcertadas, en vez de dar seguridad aumentaban el miedo y la confusion: mientras que Balboa mofándose de ellas, les recordaba los dias en que la colonia bajo su mando, tranquila dentro, respetada fuera, era reina del istmo y daba leyes á veinte naciones.

Mal contento de esta situacion Pedrarias, escribió á Castilla haciendo mucho cargo á Vasco Nuñez, por no haber encontrado en el pais las riquezas y comodidades de que hablaba en sus relaciones con tanta jactancia. Los amigos de Balboa por el contrario escribieron que todo estaba perdido por el mal gobierno de Pedrarias y las insolencias de sus capitanes: que las reales órdenes no se ejecutaban: que no se castigaba á nadie: que á la llegada de Pedrarias el pueblo estaba bien ordenado; mas de doscientos bohios hechos, y la gente alegre, que cada dia de fiesta jugaba cañas; la tierra cultivada, y todos los caciques tan de paz, que un solo castellano podia atravesar de mar á mar seguro de violencias y de insultos. Pero ya en aquel tiempo mucha de la gente española era muerta; la que quedaba triste y desalentada; la campaña destruida, y los indios levantados. Todo lo habia causado la residencia tomada á Balboa. Hubiéranle dejado descubrir, añadian, y ya se sabria la verdad de los ponderados tesoros de Dabaybe, los indios estarian de paz, la tierra en abundancia, y los castellanos contentos. Tambien escribió Vasco Nuñez al Rey acusando

duramente y sin rebozo alguno por los males de la Colonia, al gobernador y sus oficiales. Pudo darle confianza para ello la certeza en que ya se hallaba del favor que le dispensaba la corte de resultas del viaje de Pedro de Arbolancha. Hasta la llegada de Caicedo y Colmenares su opinion en Castilla habia sido siempre muy baja. Puede verse en las Décadas de Angleria el horror y el desprecio con que se le miraba. Espadachin, revoltoso y aun rebelde, salteador y bandolero son los dictados con que aquel escritor le mienta siempre.[1] Mas despues que llegaron aquellos diputados, aun cuando Colmenares no era amigo suyo ni le favorecia en sus relaciones; la pintura, sin embargo, que hicieron del establecimiento y de la conducta del gefe que le dirigia, empezó á inclinar los ánimos en favor suyo, y á darle consideracion y aprecio. Decíase que era un hombre esforzado y necesario, un caudillo inteligente á cuya prudencia y valor se debia la consolidacion de la primera colonia europea en el continente indio; especie de mérito negado á todos los descubridores anteriores, y reservado para él solo. Él conocia los secretos de la tierra; ¿quién sabe el provecho

1 *Vaschus ille Nunnez, qui magis vi quam suffragiis principatum in Darianenses usurpaverat, egregius digladiator.* PEDRO MARTIR, Década segunda lib. 5.

Sin duda Enciso y los demas enemigos de Vasco Nuñez debian mofarse mucho de su destreza en las armas, porque Angleria, que estaba prevenido por ellos contra él, usa mas frecuentemente para designarle de la calificacion de *gladiator* que de otra ninguna.

que podria producir á su patria un hombre de aquel teson, de aquella pericia y fortuna? A este cambio de opinion pudieron contribuir eficazmente los informes favorables del ya ganado Pasamonte; el cual escribió de Vasco Nuñez como del mejor servidor que el Rey tenia en tierra firme, y el que mas habia trabajado de cuantos allá habian ido. Esto, sin embargo, no fué bastante para variar las disposiciones de la expedicion, ya muy adelantadas, ni el mando conferido á Pedrarias. Mas cuando despues llegó Arbolancha llevando consigo las riquezas, los despojos, las esperanzas brillantes que les habian dado las costas del mar austral, cuando oyeron que con ciento y noventa hombres habia hecho aquello, para que se habian creido necesarios mil; y que de esos nunca habia obrado sino con sesenta ó setenta á la vez; que en cuantos encuentros tuvo no habia perdido un soldado; que habia pacificado tantos caciques; que sabia tantos secretos; cuando se entendió su porte religioso y moderado, y la reverencia y docilidad con que tributaba á Dios y al Rey el reconocimiento y sumision debidas en todas sus prosperidades y fortuna; la gratitud y admiracion se dilataron en alabanzas sin fin; y Angleria mismo decia que aquel Goliat se habia convertido en Eliseo, y de un Anteo sacrílego y foragido en Hércules, domador de monstruos y vencedor de tiranos.[1] Hasta el anciano rey, em-

1 *E violento igitur Golià in Heliseum, ex Antheo in Hercu-*

belesado con lo que oía á Arbolancha y con las perlas en las manos, salió de su genial indiferencia, y encargó formalmente á sus ministros que se le hiciese merced á Vasco Nuñez, pues tan bien le habia servido. Por manera que si Arbolancha llegára antes de que Pedrarias saliera, tal vez Balboa hubiera podido conservar su autoridad en el Darien, y los sucesos fueran muy diversos. No lo consintió su estrella, que ya le llevaba á su ruina, y las mercedes del monarca llegaron al Darien á tiempo que sin ser útiles ni al Estado ni á Vasco Nuñez, solo habian de acibarar los celos y la envidia del viejo y rencoroso gobernador.

Dióse á Balboa el título de Adelantado del mar del Sur, y la gobernacion y capitanía general de las provincias de Coiba y Panamá. Mandósele sin embargo estar á las órdenes de Pedrarias, y á este se le encargaba que atendiese y favoreciese las pretensiones y empresas del Adelantado, de modo que en el favor que le hiciese conociera lo mucho que el rey apreciaba su persona. Pensaba asi la corte conciliar los respetos que se debian al caracter y autoridad del gobernador con la gratitud y recompensas que se debian á Balboa; pero esto, que era facil en la corte, era imposible en el Darien, donde

lem portentorum domitorem, transformatus hic noster Vaschus Balboa fuisse videtur. Mutatus ergo ex temerario in obsequentem, honoribus et beneficentiá dignus est habitus. P. M. Década tercera lib. 3.

las pasiones lo repugnaban. Llegaron los despachos muy entrado el año de 1515. Pedrarias, que desconfiado y receloso solia detener las cartas que iban de Europa, hasta las de los particulares, detuvo los despachos de Balboa, con ánimo de no darles cumplimiento. No era de extrañar que asi lo hiciese: las provincias que se le asignaban en ellos eran las que mas prometian, asi por su riqueza como por el talento del gefe que se les enviaba, mientras que las que quedaban sujetas á la autoridad de Pedrarias eran solamente las contiguas al golfo, y de ellas las de oriente indómitas y feroces, pobres y agotadas ya las de occidente.

No fué empero tan secreta la ratería del gobernador que no la llegasen á entender Vasco Nuñez y el obispo. Levantaron al instante el grito, y empezaron á quejarse de aquella tiranía, principalmente el prelado, que hasta en el púlpito amenazaba á Pedrarias, y decia que daría cuenta al rey de una vejacion tan contraria á su voluntad y servicio. Temió Pedrarias, y llamó á consejo á los oficiales reales, y tambien al obispo, para determinar lo que habia de hacerse en aquel caso. Eran todos de opinion que no debian cumplirse los despachos hasta que el rey, en vista de la residencia de Balboa y del parecer de todos, manifestase su voluntad. Pero las razones que les opuso el obispo fueron tan fuertes y tan severas, cargólos con una responsabilidad tan grande si por escuchar sus mise-

rables pasiones suspendian el efecto de unas gracias concedidas á servicios eminentes y notorios en los dos mundos, que puso miedo en todos, y mas en el gobernador que resolvió dar curso á los despachos; tal vez porque pensó allí mismo el modo de inutilizarlos. Llamaron pues á Vasco Nuñez y le dieron sus títulos, exigiendo préviamente palabra de que no usaria de su autoridad ni ejerceria su gobernacion sin licencia y beneplácito de Pedrarias; ofreciólo él asi, no sabiendo que en ello pronunciaba su sentencia, y se empezó á llamar públicamente Adelantado de la mar del Sur.

Esta nueva y reconocida dignidad no le salvó de un atropellamiento que sufrió poco despues. Viéndose pobre y perseguido en el Darien, y acostumbrado como estaba á mandar, quiso buscar camino para salir del pupilage y dependencia en que alli se le tenia; y antes de esta época habia enviado á Cuba á su compañero y amigo Andres Garabito para que le trajese gente, con la cual, por Nombre de Dios, proyectaba irse á poblar en la mar del Sur. Volvió Garabito con sesenta hombres y provision de armas y demas efectos necesarios á la expedicion, cuando ya se habia dado cumplimiento á los despachos y títulos de Balboa. Surgió á seis leguas del Darien y avisó secretamente á su amigo; mas no fué tan secreto que Pedrarias dejase de entenderlo. Furioso de enojo, y tratando aquel procedimiento como criminal rebeldía,

hizo prender á Balboa, y queria tambien encerrarle en una jaula de madera Esta indignidad sin embargo no se puso en ejecucion: medió el obispo, concedió el gobernador á sus ruegos la libertad de Balboa, y volvieron á ser, en apariencia, amigos.

No se contentó con esto el infatigable protector. Era, como se ha dicho, Pedrarias viejo y de salud muy quebrada: tenia en Castilla dos hijas casaderas, y el obispo emprendió formar entre él y Balboa un lazo que fuese indisoluble. Díjole que en tener oscurecido y ocioso al hombre mas capaz de aquella tierra, nadie perdia mas que él mismo; puesto que perdia cuantos frutos pudiera producirle la amistad de Balboa. Este al fin de un modo ú de otro habia de hacer saber al rey la opresion y desaliento en que le tenian con desdoro suyo y perjuicio del Estado. Valia mas hacerle suyo de una vez, casarle con una de sus hijas, y ayudarle á seguir la carrera brillante que la suerte al parecer le destinaba. Mozo, hijodalgo, y ya Adelantado, era un partido muy conveniente á su hija, y él podria descansar en su vejez, dejando en las manos robustas de su yerno el cuidado y estrépito de la guerra. Asi los servicios que hiciese Vasco Nuñez se reputarian por suyos, y cesarian de una vez aquellas pasiones, aquellas contiendas tristes que tenian dividido en bandos el Darien, y entorpecido el progreso de los descubrimientos y conquistas. Lo mismo dijo á doña Isabel de Bobadi-

lla, que mas afecta al descubridor se dejó persuadir mas pronto, y al fin inclinó al gobernador á dar las manos á aquel enlace. Concertá-
1516. ronse, pues, las capitulaciones, el desposorio se celebró por poder, y Balboa fue yerno de Pedrarias y esposo de su hija mayor doña María.

Fuese con esto el obispo á Castilla creyendo que con aquel concierto dejaba asegurada la fortuna y dignidad de su amigo [1]. Pedrarias le llamaba hijo, le empezó á honrar como á tal, y lo escribió así, lleno al parecer de gusto y satisfaccion, al rey y á sus ministros. Despues, para darle ocupacion, le envió al puerto de Cáreta donde á la sazon se estaba fundando la ciudad de Acla, para que acabase de establecerla, y desde allí tomase las disposiciones convenientes para los descubrimientos en la mar opuesta. Hízolo asi Balboa, y luego que asentó los negocios de Acla, empezó á dar todo el calor posible á la construccion de bergantines para la ansiada expedicion. Cortó allí la madera necesaria, y ella y las áncoras, la jarcia y clavazon, todo fue llevado á hombros de hombres de mar á mar, atravesando las veinte y dos leguas de sierras ásperas y fragosas que allí tiene el istmo de ca-

1 La llegada del obispo á Castilla no se verificó hasta en 1518; y por cierto que no guardó aquí á su amigo los respetos y consecuencia que le debia. En su disputa con Casas delante del emperador aseguró que el primer gobernador del Darien habia sido malo, y el segundo muy peor.

Véase Herrera, decada segunda, libro 4.°, capítulo 4.°— Argensola, Anales de Aragon. — Remesal, Historia de Chiapa.

mino. Indios, negros y españoles trabajaban, y hasta el mismo Balboa aplicaba á veces sus brazos hercúleos á la fatiga. Con este teson consiguió al fin ver armados los cuatro bergantines que necesitaba: pero la madera, como recien cortada, se comió al instante de gusanos y no fue de provecho alguno. Armó otros barcos de nuevo, y se los inutilizó una avenida. Volviólos á construir con nuevos auxilios que trajo de Acla y del Darien, y luego que estuvieron á punto de servir, se arrojó en ellos al golfo, se dirigió á la isla mayor de las perlas, donde reunió gran cantidad de provisiones, y navegó algunas leguas al oriente en demanda de las regiones ricas que los indios le anunciaban. No pasó empero de puerto de Piñas; y parte por recelo de aquellos mares desconocidos, parte por deseo de concluir enteramente sus preparativos, se volvió á la isla y dióse todo á activar la construccion de los barcos que le faltaban.

Su situacion era entonces la mas brillante y lisonjera de su vida; cuatro navíos, trescientos hombres á su mando, suyo el mar, y la senda abierta á los tesoros del Perú. Iba entre la gente un veneciano llamado Micer Codro, especie de filósofo, que venido al Nuevo mundo con el deseo de escudriñar los secretos naturales de la tierra, y quizá tambien de hacer fortuna, seguia la suerte del Adelantado [1]. Presumia de astrólo-

1 De este Codro habla Oviedo en el cap. 2.° del lib. 39 de su Historia General, y por lo que allí dice de él se ve que

go y de adivino, y habia dicho á Balboa que cuando apareciese cierta estrella en tal lugar del cielo, corria gran riesgo su persona, pero que si salia de él seria el señor mas rico y el capitan mas célebre que hubiese pasado á Indias. Vió acaso Vasco Nuñez la estrella anunciadora, y mofando de su astrólogo, dijo: *Donoso estaria el hombre que creyese en adivinos, y mas en Micer Codro.* Si este cuento es cierto, seria una prueba mas de que allí donde hay poder, fortuna ó esperanza de haberlos, alli va al instante la charlatanería á sacar partido de la vanidad y de la ignorancia humana.

Asi se hallaba, cuando de repente llegó una orden de Pedrarias, mandándole que viniese á Acla para comunicarle cosas de importancia, necesarias á su expedicion. Obedeció al instante sin sospecha de lo que iba á sucederle, ni se movió de su propósito por los avisos que recibió en el camino. Cerca de Acla se encontró con Pizarro que salia á prenderle seguido de gente armada. *¿Qué es esto, Francisco Pizarro?* le dijo sorprendido: *no solíades vos antes salir así á recibirme.* No contextó Pizarro; muchos de los vecinos de Acla salieron tambien á aquella novedad, y el gobernador, mandando que se le custodiase en una casa particular, dió orden al alcalde Espinosa para que le formase causa con todo el rigor de justicia.

la tenia en grande aprecio. El pasaje es curioso y puede verse en el apéndice número 4.

¿Qué motivo hubo para este inesperado trastorno? Lo único que resulta en claro de las diferentes relaciones con que han llegado á nosotros aquellas miserables incidencias, es que los enemigos de Balboa avivaron otra vez las sospechas y rencor mal dormido de Pedrarias, haciéndole creer que el Adelantado iba á dar la vela para su expedicion y apartarse para siempre de su obediencia. Una porcion de incidentes que concurrieron entonces, vinieron á dar color á esta acusacion. Díjose que Andres Garabito, aquel grande amigo del Adelantado, habia tenido unas palabras con él á causa de la india hija de Cáreta, á quien Vasco Nuñez tanto amaba; y que ofendido por este disgusto y deseoso de vengarse, cuando Balboa salió la última vez de Acla, habia dicho á Pedrarias que su yerno iba alzado y con intencion de nunca mas obedecerle. Lo cierto es que de los complicados en la causa solo Garabito fue absuelto. Sorprendióse tambien una carta que Hernando de Argüello escribia desde el Darien al Adelantado, en que le avisaba de la mala voluntad que se le tenia allí, y le aconsejaba que hiciese su viaje cuanto antes, sin curarse de lo que hiciesen ó dijesen los que mandaban en la Antigua. Por último, teníase ya noticia de que el gobierno de Tierra firme estaba dado á Lope de Sosa; y Vasco Nuñez, temiéndose de él la misma persecucion que de Pedrarias, habia enviado secretamente á saber si era llegado al Da-

rien, para en tal caso dar la vela sin que los soldados lo supiesen y entregarse al curso de su fortuna y descubrimientos. Los emisarios enviados á este fin, y las medidas proyectadas por el Adelantado, llegaron tambien á oidos del suegro suspicaz, pero con el colorido de que todo se encaminaba á salir de su obediencia. Reanimó, pues, todo su odio, que envenenaron á porfía los demas empleados públicos, enemigos de Balboa, y soltando el freno á la venganza se apresuró á sorprender su víctima y sacrificarla á su salvo. Fuele á ver sin embargo en su encierro, dióle todavía el nombre de hijo, y le consoló diciéndole que no tuviese cuidado de su prision, pues no tenia otro fin que satisfacer á Alonso de la Puente, y poner su fidelidad en limpio. Mas no bien supo que el proceso estaba suficientemente fundado para la ejecucion sangrienta á que aspiraba, volvió á verle, y le dijo con semblante airado é inflexible: *Yo os he tratado como á hijo porque creí que en vos habia la fidelidad que al rey y á mí en su nombre debíades. Pero ya que no es así, y que procedeis como rebelde, no espereis de mí obras de padre, sino de juez y de enemigo.* — *Si eso que me imputan fuera cierto*, contestó el triste preso, *teniendo á mis órdenes cuatro navíos, y trescientos hombres que todos me amaban, me hubiera ido la mar adelante sin estorbármelo nadie. No dudé como inocente de venir á vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuese para verme tratado con tal*

rigor y tan enorme injusticia. No le oyó mas Pedrarias y mandó agravarle las prisiones. Sus acusadores en el proceso eran Alonso de la Puente y los demas publicanos del Darien: su juez Espinosa, que ya codiciaba el mando de la armada que quedaba sin caudillo con la ruina de Balboa. Terminóse la causa, y terminaba en muerte. Acumuláronse á los cargos presentes la expulsion de Nicuesa, y la prision y agravios de Enciso. Todavía Espinosa conociendo la enormidad de semejante rigor con un hombre como aquel, dijo á Pedrarias que en atencion á sus muchos servicios, podia otorgársele la vida. *No*, dijo el inflexible viejo, *si pecó, muera por ello.*

Fue, pues, sentenciado á muerte, sin admitírsele la apelacion que interpuso para el emperador y consejo de Indias. Sacáronle de la prision publicándose á voz de pregonero que por traidor y usurpador de las tierras de la corona se le imponía aquella pena. Al oirse llamar traidor alzó los ojos al cielo y protestó que jamas habia tenido otro pensamiento que acrecentar al rey sus reinos y señoríos. No era necesaria esta protesta á los ojos de los espectadores, que llenos de horror y compasion le vieron cortar la cabeza en un repostero y colocarla despues en 1517.
un palo afrentoso. Con él fueron tambien degollados Luis Botello, Andres de Valderrábano, Hernan Muñoz y Fernando de Argüello, todos amigos y compañeros suyos en viajes, fatigas y

destino. Miraba Pedrarias la ejecucion por entre las cañas de un vallado de su casa, á diez ó doce pasos del suplicio. Vino la noche, faltaba aun Argüello por ajusticiar, y todo el pueblo arrodillado le pedia llorando que perdonase á aquel, ya que Dios no daba dia para ejecutar la sentencia. *Primero moriría yo*, respondió él, *que dejarla de cumplir en ninguno de ellos*. Fue, pues, el triste sacrificado como los otros, seguidos de la compasion de cuantos lo veían, y de la indignacion que inspiraba aquella inhumana injusticia.

Tenia entonces Balboa cuarenta y dos años. Sus bienes fueron confiscados y con todos sus papeles entregados despues en depósito al cronista Oviedo por comision que tenia para ello del emperador. Alguna parte fue restituida á su hermano Gonzalo Nuñez de Balboa, y así éste como Juan y Alvar Nuñez, hermanos tambien del Adelantado, fueron atendidos y recomendados por el gobierno de España en el servicio de las armadas de América, *acatando*, segun dicen las órdenes reales, *á los servicios de Vasco Nuñez en el descubrimiento y poblacion de aquella tierra*. No se explican asi respecto de Pedrarias, ni los despachos públicos, ni las relaciones particulares. En todas se le acusa de duro, avaro, cruel; en todas se le ve incapaz de cosa ninguna grande; en todas se le pinta como despoblador y destructor del pais á donde se le envió de conservador y de amparo. Por manera

que ni á la indulgencia ni á la duda, aunque apuren todo su esfuerzo para justificarle ó disculparle, les será dado jamas lavar este nombre aborrecido de la mancha de oprobio con que se ha cubierto para siempre [1]. A Balboa por el contrario, luego que callaron las miserables pasiones que su mérito y sus talentos concitaron en su daño, los papeles de oficio, igualmente que las memorias particulares y la voz de la posteridad, le llaman á boca llena uno de los españoles mas grandes que pasaron á las regiones de América.

---

1 Es preciso advertir aquí, que la mala reputacion de Pedrarias no proviene precisamente de sus desavenencias con Balboa, aunque haya contribuido en gran manera á ella la iniquidad usada con este descubridor. El conjunto de sus acciones en América, tal como le presentan todos los historiadores, da el resultado odioso que se expresa en el texto, y de un modo tan incontestable, que toda defensa es vana, como toda acriminacion supérflua. No faltó en los tiempos pasados quien quisiese volver por su crédito, y un conde de Puñonrostro, en calidad de descendiente suyo, sacó la cara por él, y demandó en juicio al cronista Herrera por el mal que decia en sus Décadas de Pedrarias, alegando que

de todo se le habia dado por libre cuando se le declaró buen ministro del Rey en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba, que la declaracion podia libertarle de la pena, pero no quitar que lo que en verdad pasó no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan unos impresos y otros manuscritos en el archivo de Indias. Herrera hizo patente que aun le disimulaba mucho: cedió al fin el Conde, y el negocio se transigió en que un ministro del consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasage del historiador.

FRANCISCO PIZARRO.

Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor, parecía haber cortado tambien las magníficas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase trasladado la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá: mas ni esta posicion, mucho mas oportuna para los descubrimientos de oriente y mediodia, ni las frecuentes noticias que se recibian de las ricas regiones á que despues se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y su conquista. Ninguno tenia aliento para hacer frente á los gastos y arrostrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba ne-

I

AUTORES CONSULTADOS. *Impresos*: Francisco de Jerez.— Agustin de Zarate. — Garcilaso Inca. — Francisco Lopez de Gómara. — Antonio de Herrera. — Pedro Cieza de Leon.

Inéditos: *Memorias históricas y Anales del Perú*: de don Fernando Montesinos. — Gonzalo Fernandez de Oviedo: *Historia general de Indias*, parte tercera. — Las relaciones de Miguel de Estete; del P. Fr. Pedro Ruiz Nabarro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista. — Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos á ella, comunicados al autor.

F:

siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto mas gloriosa, cuanto de mas bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia, es al tiempo de la última expedicion de Ojeda á Tierra firme, cuando ya
1510. Pizarro tenia mas de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles en aquella afanosa empresa, hizo el aprendizage de la carrera díficil en que despues se habia de señalar con tanta gloria No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demas compañeros, cuando Ojeda, despues de fundar en Urabá la villa de San Sebastian, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona de mayor confianza para su gobierno y conservacion.

Contados estan en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los españoles; como tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y como fueron despues vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, asi como los debates y pasiones que despues se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que ningun papel hizo en ellos.

Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como habia obtenido la de Ojeda, y despues la de Pedradrias del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las expediciones mas importantes; Vasco Nuñez al mar del sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitan Gaspar de Morales en el viaje que de orden del último gobernador hizo desde el Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las mas sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atencion sino por lo que contribuyeron á aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitan, y al crédito y confianza que se granjeó con los soldados; los cuales no una vez sola se le pidieron á Pedrarias, y marchaban mas seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello su ambicion dormía: ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenia en abundacia; y despues de catorce años de servicios y de afanes el capitan Pizarro

era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Asi es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Luque ponia en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó agenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias mas positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponian descubrir.
1522. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur; y llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama sin duda habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel parage el rumor de las expediciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenian con aquella gente belicosa sobre la dominacion del pais. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los indios decian, pasar por caminos ásperos, y sierras en extremo

fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo despues morir el capitan Juan Basurto, á quien Pedrarias tenia dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querian entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retraíanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el pais, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismos las regiones que caían ácia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el Adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir despues Almagro con mas gente y provisiones. El navío dirigió su rumbo al ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitan subir por el rio de Birú arriba,

Noviembre de 1524.

en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde habia andado antes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviese.

Pero ni los avisos de Andagoya, ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones, pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma, los pocos bohios que hallaban, desamparados, el cielo siempre lloviendo, el suelo áspero en unas partes, y en otras cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacian: ninguna caza, ninguna fruta, ningun alimento: ellos cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres dias, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto donde hicieron agua y leña, y despues de haber andado algunas leguas mas, se volvieron á él á ver si podian repararse de la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenian, y dos mazorcas de maiz que se daban diariamente á cada soldado, no podian ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar á este puerto se temian los unos á los otros de flacos, desfigurados y miserables que estaban.

Y como el aspecto que les presentaba el pais no era mas de sierras, peñas, pantanos, y continuos aguaceros, con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecian, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habian salido de allí. Consolábalos su capitan, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenia de llevarlos á tierras en donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servian de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrudece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demas en su ruina.

Viendo en fin que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que habia en el barco, y unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demas que quedaban seguian luchando con las agonías del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarias entonces á aquel des-

cubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. Él no solo alentaba á los soldados con blandas y amorosas razones, que sabia usar admirablemente cuando le convenia, sino que ganaba del todo su aficion y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por *sí mismo* el refresco y alimento que mas podia convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por *su* mano, les hacia barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacia con ellos las veces, no de caudillo y capitan, sino de camarada y amigo. Este esmero no bastó sin embargo á contrarrestar las dificultades y apuros de la situacion y del pais. Como solo se mantenian de las pocas y nocivas raices que encontraban, hinchábanseles los cuerpos, y ya veinte y siete de ellos habian sido víctimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieran al fin, si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maiz.

Pizarro entonces no estaba en el puerto. Sabiendo que á lo lejos se habia visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los mas esforzados, y dieron en efecto con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y solos dos pudieron ser habidos que no acertaron á correr tan ligeramente como los demas. Hallaron tambien cantidad de cocos, y como una fanega de maiz que repartieron entre

todos. Los pobres prisioneros hacian á sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del nuevo mundo donde se los veía saltear de aquel modo. *¿ Por qué no sembrais, por qué no cogeis, por qué andais pasando tantos trabajos por robar los bastimentos agenos?* Pero estas sencillas reconvenciones del sentido comun y de la equidad natural, fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre; y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debian hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *Puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos dias, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron *de la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores: el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrian encima de los cuerpos, el cielo siempre relampagueando y tronando, los naturales huidos ó escondi-

dos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron sin embargo algunas sendas, y guiados por ellas despues de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maiz, raices, carne de cerdo, y lo que les dió mas satisfaccion bastantes joyuelas de oro bajo, cuyo valor ascendería á seiscientos pesos. Este contento se les aguó cuando descubriendo unas ollas que herbian al fuego, vieron manos y pies de hombres entre la carne que se cocia en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar mas, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un parage de la costa que llamaron *Pueblo quemado*, y está como á veinte y cinco leguas del puerto de Piñas: tan poco era lo que habian adelantado despues de tantos dias de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrian entre los manglares que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron mucho en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado tambien, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situacion á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra al rededor no tan estéril ni triste como las que habian visto, determinó recogerse en él y enviar el na-

vío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitan acordó que saliese Montenegro con los soldados mas dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entretanto se mantenian reunidos acechando lo que los castellanos hacian, y meditando el modo de echar de sus casas á aquellos vagamundos, que con tal insolencia venian á despojarlos de ellas. Así luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro lanzando sus armas arrojadizas con grande algazara y gritería. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor, y todo era necesario para con aquellos salvages desnudos que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que mas sobresalian. De este modo fueron muertos tres castellanos y otros muchos heridos. Los indios luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendia mas de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabian, dar de pronto sobre el lugar donde imaginaban que solo habrian quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro. Mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose alli la refriega con el mismo teson y furia que en la otra parte. Animaba él á los suyos con la voz y

con el ejemplo, y los indios que le veían señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre, y le apretaron de modo que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pie con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demas, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entretanto seguia, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvages, que se retiraron al fin dejando mal herido á Pizarro y á otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es con aceite hirbiendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido que no les convenia permanecer alli siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la expedicion Nicolas de Rivera, para que llevase el oro que habian encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenian de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afan y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parages, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debia seguirle, se hizo á la

mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos dias antes de que llegase á Panamá Nicolas de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veía en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió tambien en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habian dado en què entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado asi por un soldado de este apellido que allí falleció; el rio del Melon, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho asi por el aspecto que tenian las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y últimamente el rio que llamaron de San Juan, por ser aquel el dia en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porcion de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podian percibir con ello, se convertía en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creían perdidos, de modo que desconsolados y abatidos determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro,

volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenia hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para rehacerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les habia dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa, como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez que se le habia alzado en Nicaragua; y no queria que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razon: pero él alegaba las malas noticias traidas por Nicolas de Ribera, y culpaba altamente la obstinacion de Pizarro, á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, segun ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decia á boca llena que iba á revocar la comision y á prohibir que fuese mas gente allá. La llegada de Almagro, mas rico de esperanzas, que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido, sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el Maestre de Escuela Hernando

de Luque, amigo y auxiliador de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiría á las ganancias de la empresa, sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual halagada su codicia, cedió de la obstinacion y alzó la prohibicion que tenia dada para el embarque [1]. Puso sin embargo la condicion de que Pizarro habia de llevar un adjunto como para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para mas autorizarle se dió el título de capitan; pero á pesar de la buena fe y sana intencion con que este acuerdo se hizo, luego que fue sabido por Pizarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacia, y mal satisfecho con las disculpas que le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazon, pudiéndose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que despues sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fue en enero del año siguiente. 1526.

1 Esta asociacion de Pedrarias á la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron mas confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transacion con él: el pasage está en Oviedo, y es curioso. Véase el apéndice tercero.

Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fue cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedicion, y los dos ponian en ella la licencia que tenian del gobernador y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa [1]. Y para dar mayor solemnidad á la asociacion, y enlazarse con los vínculos mas fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la misa á los dos, y dividiendo la hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con las otras dos dió de comulgar á sus compañeros. Los circunstantes, poseidos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parages para semejante proyectos; mientras que otros consideraban que ni aun asi se salvaban los asociados de la imputacion de locura, que su temerario propósito merecia para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con mas rigor

1 Véase el apéndice segundo y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quien era el verdadero asociado á quien Luque no hacia mas que prestar su nombre.

aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo [1]. Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atencion al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heróicos, que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervencion del cielo. No plegue á Dios jamas, que la pluma con que esto se escribe, propenda á disminuir ni en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambicion: pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los modernos europeos tan agenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de Paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates, y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo co-

1 Es la expresion de Robertson, el mas moderado y juicioso de los escritores extrangeros que han hablado de nuestras cosas en el nuevo mundo.

mun, y por lo común tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenia apariencia de ser algo mas poblada y rica, y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron donde hallaron algun oro y provisiones, y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el pais de lejos y de cerca no presentase mas que altas montañas, ciénagas y rios; de manera que no podian andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas: Almagro volvió á Panamá en uno de los navíos para alistar mas gente con el oro que habian cogido; y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fue el paso mas adelantado y seguro que se habia dado hasta entonces para encontrar el Perú. Él descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasaos debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que ve-

nian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, despues de haberlos examinado algun tanto y los efectos que traían consigo, dióles libertad para que se fuésen á la playa, quedándose solo con tres de los que le parecieron mas á propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, segun pareció, á contratar con los indios de aquella costa; y por esto entre los demas efectos que contenia la balsa, habia unos pesos chicos para pesar oro, construidos á manera de romana, de que no poco se admiraron los castellanos. Llevaban ademas diferentes alhajuelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodon y lana, semejantes á las que ellos traían vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del pais. Esto fue ya para los españoles una novedad extraña y agradable, pero mucho mas lo fue su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fé á lo que oían teniéndolo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo Bartolomé se los llevó consigo tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él llegó Almagro

con el socorro que traía de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas, y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios: y aunque se sabia que á fuerza de representaciones y diligencias del maestrescuela Luque traía encargo espreso del gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal sin embargo el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del gobernador. Este á la verdad sentia la pérdida de tantos castellanos, pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daria todo el favor que pudiese [1]. Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá, el gobernador le salió á recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos apro-

1 Al maestrescuela no le daban alli otro nombre á la sazon que el de *Hernando el loco*, por el empeño que tenia en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponian suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

vechando tan buena disposicion se hicieron al instante al mar, siguiendo el mismo rumbo que antes habia llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo donde se detuvieron quince dias rehaciéndose de las necesidades pasadas, y continuando su viage entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lengua de las tierras que estaban mas adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbez, á quienes Pizarro hacia con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte la tierra abundante en maiz y en yerbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo menos mientras no fuesen mas gente. Pusiéronse pues á deliberar lo que les convenia hacer. Los mas decian que volverse á Panamá y emprender despues el descubrimiento con mas gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento y pobres, expuestos á la risa y mofa de sus contrarios, y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictamen era que se debia buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navíos por mas gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas cuanto

la situacion requeria. Porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni despues se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es facil disculpar, le contestó ásperamente, que no se maravillaba fuese de aquel dictamen quien yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro si eso le agradaba mas. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias, de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Ribera y otros oficiales de consideracion que los oían, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasion, y abrazarse como amigos. ¡Dichosos, si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse despues!

Restablecida asi la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenia de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron antes todos los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desenga-

ñados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho mas oportuno para sus fines. Almagro por tanto dió la vela para Panamá, y Pizarro con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba despues de tantos refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navío que le quedaba para que se reparase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces se quejaban de su inhumanidad y dureza. «¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse, y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del nombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magníficas esperanzas que se les habian dado al salir? El poco oro recogido en los saltos que de tarde en tarde hacian se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese mas víctimas al matadero. Y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin mas alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raices mal sanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfer-

mos, arrastraban penosamente la vida, para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asaeteados por los indios, devorados por los caymanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y despues de tantos refuerzos como Almagro habia traido eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastar les debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel miserable resto á su inhumana terquedad, y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez mas de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendia por aquel lado con mas teson y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo enfin perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo menos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales."

No era facil responder, ni mucho menos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los gefes recelando que fuesen todavía mas ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que asi la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos. Pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, mas sutil que la sospecha, supo abrirse paso so-

guro á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluían con la súplica mas vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer [1]. Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de algodon, que un soldado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la muger del gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el gobernador que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos, y excusar mas desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podian remediar. Ayudó mucho á esta resolucion ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitan. Asi, á pesar de los ruegos, reclamaciones, y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el gobernador, sordo á

1 Gomara dice que este memorial fue escrito por un Saavedra natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos: Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acababa así:

Pues, señor gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor
Y aquí queda el carnicero.

todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navíos á recoger aquellos miserables, y traérselos á Panamá.

Hallábanse ellos entretanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacian de las hostilidades de los naturales· porque los indios por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogídose á tierra firme. Llegaron los dos navíos, y mostrada por Tafur la orden del gobernador, fue tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento: sus dos asociados le escribian que á todo trance [1] se mantuviese firme, y no malograse la expedicion volviéndose á Panamá, que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo, pues, el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa: *Volveos en buen ora*, les dijo, *á Panamá, los que tanto afan teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza, y los desaires que os esperan. Pésame de que asi querais perder el fruto de tan heróicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbez os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no direis jamas que vuestro capitan no os*

1 La expresion literal era: *que aunque supiese reventar, etc.*

ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre mas de vosotros que de sí mismo.

Ni se persuadian ellos por tales razones, cuando él sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo de oriente á poniente, y señalando el mediodia como su derrotero: *por aquí*, dijo, *se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que mas bien le estuviere.* Dicho esto pasó la raya, siguiéndole solos trece de todos cuantos allí habia. Arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdaderamente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos estos valientes españoles; pero los mas memorables entre ellos, son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candia, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que despues hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán [1].

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno

1 Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fue Tafur, que por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos, y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan pueden verse en la capitulacion inserta en el apéndice cuarto.

de los navíos como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con él los indios de Tumbez, y una corta porcion de maiz por toda provision. Él viéndose solo con tan poca gente determinó abandonar la isla del Gallo donde los naturales podian volver y exterminarlos; y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa, y á tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja de la seguridad era lo único que podia contrapesar los demas inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuele puesto el nombre de Gorgona por las muchas fuentes, rios, y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamas se ve el sol allí, jamas deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra, la dan un aspecto salvage y horrible, propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir á pescar á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maiz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor, pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel pais insalubre necesariamente habian de contraer, ni al desaliento consiguiente á ellas, pues aunque al parecer de hierro, sus co-

razones eran de hombres. Pasábanse los dias y el socorro no llegaba: cualquier remolino de olas, cualquiera celage que viesen á lo lejos se les figuraba el navío. La esperanza engañada tantas veces se convertía en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeando á Panamá, cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmentada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debia inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navío solo con la marinería necesaria para la maniobra, y conducíalo Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y experiencia lo que él escribia al gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que las lástimas de los demas. Al oirlas se desbandó toda la gente que Almagro tenia alistada para enviar á su compañero: el gobernador pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío; pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis

meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

Él, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que á su situacion convenia; y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle [1] y todos los indios de servicio que allí tenian, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos monta en el navío y dirige su rumbo por donde le habia antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte dias halla y reconoce la isla que despues se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbez; parage desierto, pero consagrado á la religion del pais, donde un adoratorio, y diferentes alhajuelas de oro y plata que allí hallaron, construidos en figuras de pies y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del pais que iban buscando. Al dia siguiente navegando siempre adelante se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos de camisetas y mantas, y armados á su usanza. Eran de Tumbez y iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbez. En medio de la

[1] Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Paez y de Trujillo: pero estos apellidos no estan entre los trece que antes tiene expresados, y despues repite al contar las mercedes que les hizo el emperador.

extrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los castellanos tierra de promision comparándola con las que habian visto hasta allí. Surge, en fin, el navío en la playa de Tumbez, los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijesen á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchudumbre de indios que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio pais. La maravilla y la curiosidad crecian cuando llegando á tierra aquellos indios, y dirigiéndose al instante al Curaca del pueblo, que asi llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los extrangeros, y de lo que les contaron los indios intérpretes que traían. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fue enviado al navío en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazon uno de aquellos nobles peruanos, á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traían, pusieron despues los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todó con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del pais. Pizarro, que recibió el presente y á

los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso, y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejon le hacia. Dióle por tanto alguna noticia del objeto de su viaje; de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religion católica. Todo lo oía con atencion y sorpresa el peruano, y entretenido con las novedades que veía y escuchaba se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fue de mas precio para él, una hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidiéronse de este modo amigablemente, y rogando el orejon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el curaca los viese, condescendió el capitan mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habian dicho los de las balsas. Todo los desatinaba, la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedia, quién hacia lavar al negro para ver si se le qui-

taba la tinta que á su parecer le cubria, quién tentaba la barba á Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mugeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos; y respondiéndoles Molina por señas, segun podia, á lo que le preguntaban. Las mugeres sobre todo, mas curiosas y mas expresivas, no cesaban de acariciarle y de regalarle, y aun dábanle á entender, que se quedase allí y le darian una moza hermosa por muger. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extrangeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. Á ojos acostumbrados tantos meses á no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvages desnudos y feroces, y miserables bohíos, debió sin duda causar tanta alegría como asombro, hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policía, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una fortaleza, á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y plata con abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navío y lo encarecia de tal modo, que Pizarro no atreviéndose á darle fé, quiso que saliese á tierra Pedro de Candia para informarse mejor. Candia tenia otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina: era ademas alto, membrudo, de gentil disposi-

cion; y las armas resplandecientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron á los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneracion, tal vez como un ser favorecido de su numen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz que por las noticias que dieron los indios de las balsas, le rogaron que disparase: él lo hizo apuntando á un tablon que estaba alli cerca y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro [1]. Agasajado y acariciado con tanto afecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza, y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servian. Llamábanlas *mamaconas*, estaban consagradas al sol, y su ocupacion, despues de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finísimos de lana. El agasajo y expresion viva y afectuosa de aquellas criaturas simples é inocentes interesarian sin duda menos al curioso extrangero, que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas á trechos las paredes del adoratorio, y prometian tan largo premio á su codicia y á la de sus compañeros. Despidióse,

1 Aquí añaden las relaciones antiguas que los indios sacaron un tigre y un leon, á ver si se defendia de ellos; que Candia disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo: ahora ya no es dificil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra *historia del nuevo mundo*.

enfin, del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del pais [1], se volvió al navío, en donde refirió cuanto habia visto con expresiones harto mas ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitan español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habian abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedage que recibia, sentia que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcazar, y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encarecidas. Su buena fortuna le escusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los Incas no habian empezado aun: Huayna-Capac vivia, y las fuerzas todas de aquel grande estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, facilmente los hubieran exterminado, ó por lo menos no les dejáran destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron despues.

Las noticias adquiridas en Tumbez no llena-

1 Eran dos llamas, que los españoles dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.

ron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir mas pais. Su anhelo era ver si podia hallar ó tener noticia de Chincha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió, pues, su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tàn célebre despues, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaque donde despues se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y enfin, el puerto de Santa, á nueve grados de latitud austral. Alli, ya navegadas y reconocidas mas de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá, puesto que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un pais tan grande y tan rico. Él lo juzgó asi tambien, y el navío volvió la proa al occidente, siguiendo el mismo camino que habia llevado hasta alli.

A la ida y á la vuelta los indios prevenidos por la fama salieron en todas partes á su encuentro, con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas, y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. *Juzgaban de ellos entonces por lo que habian visto en Tumbes*, segun la candorosa expresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban, eran consiguientes á la idea que tenian de su humanidad y cortesía.

Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó, un jarro de plata y una espada que se les habia perdido en un buelco de balsa que padecieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podian desear: presentes muchos de mantas y collares de chaquira: oro no les daban, porque los castellanos, segun las juiciosas disposiciones de su capitan, ni lo pedian, ni lo tomaban, ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Gines pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho á los indios, y encareciéndoles el valor de esta confianza: Molina quedó en tumbez y Gines en otro punto mas atras, Ya antes Bocanegra, otro marinero, se habia escapado del navío en la costa de Colaque, por disfrutar de la bondad de la gente, y de lo risueño del pais, sin que las diligencias que hizo su capitan para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar mas los vínculos entre unos y otros, y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana, y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que despues bautizado se llamó don Martin, y el otro Felipillo, harto célebre despues por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del Inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía, ni alcanza en interes, al modo que tuvo de acogerlos y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extrangeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no habia podido satisfacerla á la ida, y habia prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon cuanto que Alonso de Molina, que casualmente habia tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, habia sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iria el navío para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que asi entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles á decir ademas, *que para dar mas confianza á los extrangeros, ella queria fiarse primero del capitan, y iria al navío á verlos á todos, y despues les dejaria en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen.* Pizarro para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navío al instante y fuesen á saludar-

la el tesorero Nicolas de Rivera, Pedro Alcon, y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de beber, diciendo que asi se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y despues añadió que queria inmediatamente ir al navío y rogar al capitan que saltase en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron ellos que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navío, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posicion permitia, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó, que pues siendo muger se habia atrevido á entrar en el navío, el capitan que era hombre podria mejor salir á tierra, quedando allí cinco de los mas principales de sus indios, para que lo hiciese con toda confianza. A lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo habia hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban al rededor del

navío mas de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y asi lo hicieron, por mas que Pizarro porfió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en orden, con ramos verdes y espigas de maiz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Siguióse el banquete compuesto de todos los alimentos que daba de sí el pais, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza que los indios ejecutaron con sus mugeres, admirándose los españoles cada vez mas de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la vez, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacian y la obligacion en que por ellas les estaba. Para acreditarla en el momento, les indicó la errada religion en que vivian, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Díjoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traeria personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísi-

mo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponia. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el mas á propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron mas corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la bandera y por dar gusto á su huesped la alzaron tres veces, bien asi como por burla, no creyendo que se comprometian nada en ello, y bien seguros de que no habia en el mundo otro rey mas poderoso que su Inca Huayna-Capac.

Los españoles, agasajados y honrados de este modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal extremo, que sus compañeros se burlaban de él, y decian qué parecia mas bien soldado galan de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de orden de Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquella era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubon de terciopelo, sus calzas negras, un escofion de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Asi salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarría. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza: porque, sea que ella

fuese de hermosa disposicion, sea que su dignidad y cortesía le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar, y á mostrar su aficion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcon que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en consecuencia pidió á su capitan licencia para ello. Negósela resueltamente Pizarro conociendo su poco juicio; y él viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros, y á dar muestra de querer herirles con una espada rota que acaso se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba: sus improperios y voces se dirigian todos á llamarles *bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano*; por donde se venia en conocimiento, que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galantería y presuncion. Para excusar, pues, los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido no fue de peligro ni de enojo á sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesí; si bien inclina á creerlo, verle comprendido despues en las

gracias y honores que el emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro, ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse mas en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado; pues el otro era muerto, y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá. Allí entró al fin despues de mas de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradiccion de los hombres.

A fines del año de 1527

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiente á la gran perspectiva de gloria y de riqueza que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido; faltaba realizar su conquista; empresa por cierto harto mas árdua y costosa. Medios no los tenian, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro: en Pedrarias no podian, ó no querian confiarse: y por otra parte depender de agena mano en empresa de tanta importancia, era exponerse á los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron, pues, acudir á la corte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los títulos y autorizacion compe-

tente para dar por sí mismos cima á lo que tenian comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fue quién habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la corte, no se prestaba facilmente á ello. Luque conociendo el caracter de sus dos compañeros queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo menos fuesen los dos á negociar. Pero Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debia ir sino Pizarro: que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos, nunca oidos, que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para ir á Castilla á pedir al rey aquella gobernacion: que esto se hacia mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que habia visto y reconocido el pais, podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictamen desinteresado: Pizarro se rindió al fin, y Luque condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que despues sucedió, en aquellas palabras proféticas: *Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis uno al otro la bendicion como Jacob á Esaú: yo holgára todavía que á lo menos fuérades entrambos.*

Determínose en seguida que la negociacion debia dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para

Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demas de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta expedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro de Candia y algunos indios vestidos á su usanza; con muestras del oro, plata y tejidos del pais, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apenas habia saltado en tierra cuando fue preso á instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Darien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traía tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo despues habia de eclipsar con su fasto y su poder á los próceres y aun príncipes de su tiempo, se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traía consigo. No duró mucho sin embargo la prision; porque noticioso el gobierno de sus descubrimientos y proyectos, dió orden de que al instante se le pusiese en libertad, y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la corte á la sazon se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedi-

do. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magníficas, y sabia dar grande interes á lo que contaba. Tal se presentó delante del emperador: y al pintar lo que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por extender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre, y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una eloouencia tan natural y tan persuasiva, que Cárlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser mas oportuna: Cárlos V entonces halagado por la victoria y por la fortuna se veía en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aun poco, puestos dos españoles á sus pies, aquel acabando de darle un grande y rico imperio, éste presentándose á ofrecerle otro mas vasto y mas opulento.

Viéronse, en efecto, en aquella ocasion Hernan Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde

su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venia á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarría y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del emperador y de la corte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descubridor del Perú, le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestría de sus consejos. Útil le fue tambien la especie de ingratitud usada entonces con Cortés, á quien á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fue concedido el mando político de un reino, en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierto, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior, ni aun igual.

La ambicion hasta entonces ó dormida, ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud. No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitan general de doscientas leguas de

costa en la nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró tambien para sí el título de Adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades que segun lo convenido debia negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaidía de la fortaleza de Tumbez, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaracion en fin de hidalguía, y la legitimacion de un hijo natural, nó podian ser para Almagro mercedes ni honores suficientes á disminuir la dis-distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponia respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbez para un hijo suyo cuando estuviese en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candia fue hecho capitan de la artillería que habia de servir en la expedicion, y todos los famosos de la Gorgona declarados hidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenian aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba, no podian competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador: y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debia establecerse en Tumbez, y nombrado, mientras

las bulas se despachaban en Roma, protector general de los indios en aquellos parages con mil ducados de renta anual [1].

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada, con un leon y un tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del pais, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrero que asi decia: *Caroli Caesaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Pizarro inventa et pacata.* Ofende la soberbia, y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda: pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bizarría, verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacia mas que acabar de descubrir. Habíase obligado por la capitulacion hecha con el gobierno á salir de España para su expedicion en el término de seis meses,

1 Él sin embargo se daba despues por quejoso asi de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribia al cronista Oviedo. Véase la Historia General de este: cap. 1.º del lib. 46.

y llegado á Panamá emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Érale, pues, forzoso ganar tiempo, y aprovechar los pocos medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiese prontamente en Indias los despachos que iba á llevar y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre-de-Dios. La diligencia no podia ser mas oportuna: pues ya Pedrarias en Nicaragua aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolas de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habian ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á excitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

Él entretanto se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Habia anteriormente pasado por Trujillo con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes, y disfrutar la satisfaccion, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principos. Su familia, que quizá no habia hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que habia mediado desde su partida, le

recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenia, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se presentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la expedicion, se embarcó en los cinco navíos que componian su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que habia capitulado con el gobierno. Sus medios eran tan cortos y la empresa tan desacreditada á pesar de sus magníficas esperanzas, que no habia podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debia sacar de España. El plazo señalado estrechaba: ya el consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso tambien instigado por algun enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navíos aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La orden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta, no se les dejase salir. Él temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela al instante en el navío que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candia, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de

19 de enero de 1530.

menos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navío delantero. De este modo el que á su llegada de Indias habia sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, tambien por no poder ocurrir á los gastos en que se habia empeñado, tenia que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navíos, y preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedicion, Hernando Pizarro, Pedro de Candia y otros pasageros [1]. La contestacion fue tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana que los esperaba en la Gomera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente, á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los paises á donde iban. Huyó, pues, de allí como de una tierra enemiga, y dióse priesa á llegar á Nombre-de-Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinte y cinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad

1 Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530: existe todavía el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce que eran cinco los navíos que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba ademas uno de pasageros que no iban á la conquista. Extractos de Muñoz: año 1530.

antigua y de los vínculos que los unian. No dejó sin embargo Almagro de darle sus quejas á solas: »era extraño por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como excluido de los grandes favores de la corte y limitado á la alcaidía de Tumbez, gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre los dos, á la fe jurada, á los trabajos padecidos, á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo mas sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su Rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo, viéndose asi excluido de sus justas esperanzas, con tan poca estimacion, ó mas bien con tanto vilipendio." A esto contestó Pizarro, que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia: que la gobernacion no podia darse mas que á uno: que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demas vendria facilmente despues, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande que habria sobrado para los dos: por último que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente: pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado acaso á sosegar todas las inquietudes, si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. ¿Pues cómo presumir despues de lo pasado que el gobernador pospusiese los

intereses de ellos á los de su amigo? ¿Ni cómo, aunque asi fuese, conllevar entretanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos, que todo lo despreciaban y todo les parecia poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron despues se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista: pero no es menos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que despues sobrevinieron, y aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los deveró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho; legítimo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo bastardos, como el gobernador: Francisco Martin de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el mas señalado y el que influyó mas en los acontecimientos fue Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposicion de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar: su valor era á toda prueba, su actividad infatigable: en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cor-

tesano mas flexible, mas artero, mas liberal; no habia en América español mas altivo, mas soberbio, ni mas ambicioso. No miraba él la corte sino como instrumento de sus miras: no consideraba los hombres sino como siervos de su interes, ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible á los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, á cuya elevacion y dignidad lo sacrificaba todo, y parecia el mal Genio destinado á viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones [1].

Era imposible que un hómbre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado ademas con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasía por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba mas al desprecio que á la estimacion, cuando no se le consideraba mas que por el exterior solo. Hernando Pizarro y sus hermanos recien venidos no le podian considerar de otro modo, y mas al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido

1 *E de todos ellos Hernando Pizarro solo era legítimo e mas legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura, e grueso, la lengua e el labio gordos, e la punta de la nariz con sobrada carne e encendida; y este fue el desavenidor y el torbador del sosiego de todos.* OVIEDO: Historia general: lib. 46 cap. 1.º

con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenian en su corazon, traspiraba á veces en sus ademanes, y á veces tambien en sus palabras. Almagro resentido se conducia cada vez con mas indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingratos: y esta triste disposicion se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugestiones traidas y llevadas todos los dias por amigos, enemigos, y parciales. Llegaron á tanto, en fin, los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sugetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Hernando de Soto, ricos vecinos de Leon en Nicaragua; los cuales propietarios de dos navíos, y soldados experimentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la expedicion y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase este á la sazon en Panamá, y ademas de ser amigo de todos ellos, tenia en la empresa, segun se ha sabido despues, una parte harto mas considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron, que Pi-

zarro se obligase á no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del rey, hasta que se diese á Almagro una gobernacion que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias, y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista, se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algun tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la expedicion. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios, y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y llevando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres [1]. Con este miserable armamento, mas

1 Esta salida fue en los últimos dias del año de 1530, ó primeros del 31, segun se deduce de la relacion MS. del P. Nabarro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el dia de San Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes No parece verosimil, segun esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo expresa la relacion antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio seguida en esta parte por Robertson. Zarate dice expresamente que la salida fue á principios del año de 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demas la autoridad del P. Nabarro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del nuevo mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia, pero es preciso confesar que hubo mas de ocasion y de fortuna; y á tener noticias mas puntuales de la extension y fuerza del pais, es de creér que no se aventurasen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una region y no de su resistencia. esta en su arrojo era nula: allá iban y allí se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la expedicion tomó tierra fue la bahía de San Mateo: allí se determinó, que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navíos fuesen costeando casi á la vista unos de otros. Vencieron, con su acostumbrada constancia, las dificultades que les ofrecia el pais en aquella direccion por los rios y esteros que tenian que atravesar; y llegaron en fin al pueblo de Coaque rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los indios viéndolos venir los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente extrangera. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fue entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los indios despa-

vorides se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al cacique escondido en su propia casa, y traido delante del capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen viendo cuan contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los españoles. Pizarro le aseguró diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomára cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del cacique, y proveyeron por algun tiempo de bastimento á los castellanos: pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por mas diligencias que se hicieron pudiesen despues ser habidos.

Fue considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar las muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro [1]. Hízose de todo un monton, de donde se sacó el quinto para el rey, y se repartió lo demas segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La

1 Dícese que muchas de estas esmeraldas se perdieron por quererlas probar con martillo, para distinguirlas de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábales esto Fr. Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedicion con otros religiosos de su orden; asegurándoles que la verdadera esmeralda era mas dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile; pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba. Herrera: década cuarta, lib. 7, cap. 9.

regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos era poner de manifiesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa que despues habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo asi, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla; y la codicia, que todo lo vigila, nada perdona tan poco.

Los tres navíos salieron de allí, dos para Panamá, y uno para Nicaragua á mostrar las piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir á militar en la expedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna y les pedia que le enviasen en los navíos hombres y caballos. Él entretanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron á experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era este como el último esfuerzo que hacia la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fue harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos y amanecian unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, acometió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de berrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrian curar. Los que se las cortaban se desangraban, y á veces hasta morir: los otros tenian por mucho

tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros, y cada vez se hacia mas cruel. Renovábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonías, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del pais que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navíos no venian, y ya desalentados y afligidos pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navío que les traía bastimentos y refrescos. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la expedicion, y los demas oficiales reales que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian en fin llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y mas con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caraques, y otras comarcas habitadas de indios llegaron por último á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbez, pudieron considerarse á las puertas del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz ó por temor á sus armas, ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos;

en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces extrangeros: harto mas árduos eran los que la naturaleza les ponia, y ya los habian vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcazar, uno de los capitanes que mas se señalaron despues en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el gobernador tenia otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para despues venir á Tumbez, y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que, á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos, y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los españoles con mas confianza ó mas espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que segun las relaciones antiguas infundieron los intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los is-

leños. Los castellanos conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á tierra firme á disipar las dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas, con que los indios trataban de exterminarlos á su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas, ó no? La decision es dificil, cuando no tenemos á la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay mas motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro informado un dia de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió á buscarlos á todos, y traidos á su presencia los reconvino ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá, y se entregasen los otros á los indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla

bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devastaciones. Ellos viendo en poder suyo á sus víctimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detras á manera de reses de matadero.

Los de Puna viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor, y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los españoles, no solo en el real donde tenian hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que por mas desamparados parecian mas fáciles de ofender: pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrian hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadizas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo sin embargo aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvian una vez y otra al ataque con nueva furia, para dispersarse despues y esconderse en los pantanos y manglares del pais. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos dias, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro conociendo que no le era ventajoso continuarla,

hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veía los males que sus indios habian traido sobre sí con su doblez y alevosía: á él como su cacique convenia atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les mandase dejar las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase, los castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio: «que él no habia dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le habia imputado: que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle, era gustoso de mandar lo que quería, y daria orden á los indios para que dejasen las armas." Asi lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos decian á gritos que nunca tendrian paz con gente que tanto mal les habia hecho.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venian algunos infantes y caballos. Fue este capitan considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general, que á él se le habia ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor manifestados en todas las ocasiones de importancia, le

granjearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimacion de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta mas razon cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aun del contagio de las berrugas, y todos deseosos de establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo facilmente excusarse, la de Tumbez por el contrario ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habian pasado á Puna: allí los tumbecinos habian hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, alli habian tenido la feroz satisfaccion de sacrificar por su mano á los caciques; y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados parte al sacrificio y parte á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecia. Beneficios eran estos que debian asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales: y sin embargo no la asegu-

raron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosía y la perfidia que pudieran temerse del enemigo mas encarnizado. Los españoles al verse asaltados asi, debieron sentir tanta sorpresa como indignacion, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fé. Mas la causa no estaba en los indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se hacian interesantes por su novedad, y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en dar, agradecidos al recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecian á los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto, y acreedores á toda doblez y alevosía. No tenian, pues, los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservacion debia necesariamente instigar á repeler de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo parte en los navíos y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los indios pudieron coger por ir mas delanteros, despues de ayudarles cortesmente á salir á tierra,

los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos, les cortaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenian puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demas balsas iban llegando cual con mas cautela, cual con menos, y los indios las acometian y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del gobernador que iba en una de ellas. Los hombres que salian á tierra, como se vieron sin capitan y sin guia, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la grita y al bullicio del desorden Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un estero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida, los indios no tuvieron aliento para sostenerse y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no solo yermo sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y mas los de Nicaragua al comparar los trabajos que allí padecian, y la devasta-

cion que miraban con las delicias de su paraiso, que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veían en pie, y prometió quedarse en su servicio. *Yo he estado en el Cuzco*, añadia, *yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra.* Mandó el gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella region, de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas mas comunes, sino tambien en chapear las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los españoles: pero ellos escarmentados é incrédulos no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que habia servido al marinero Bocanegra, escrita segun se decia por él; y donde habia estas palabras: *los que á esta tierra viniéredes, sabéd, que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.* El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo mas efecto que cerrarles la fe y los oidos á las grandes cosas que

aquel indio contaba despues, y que otros que iban llegando repetian.

Quiso tambien Pizarro saber de él cuál habia sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco antes que llegase el ejército habian sido muertos los dos, uno en Tumbez, y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamas parecieron, pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió, variaban las noticias segun la pasion ó las miras de los que las daban. Quién decia que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mugeres del pais; quién que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habian sido cogidos y alanceados por los insulares; quién, enfin, que llevados á que los viese el Inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y á pesar de la perfidia y crueldad usada por los tumbecinos con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedian, y permitirles que volviesen á poblar su lugar desamparado. Revolvia ya en su pensamiento fundar en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados; y que siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese tambien refugio seguro para su retirada en caso de descalabro.

Conveníale, pues, pacificar la comarca y no dejar enemigos á sus espaldas. Con este objeto no solo se reconcilió con los indios de Tumbez, 16 de mayo de 1532.
sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos, y con una parte de él envió á Hernando de Soto á hacer otro por la sierra. Los indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya habia entre ellos del poder y valor de los españoles, y mas todavía con los castigos que hicieron en los que con razon ó sin ella sospecharon que se les querian oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los serranos, menospreciando su gente por tan poca: mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el Inca Huayna-Capac habia hecho construir en aquellas alturas. Los despojos que hubieron de la refriega con los indios, y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra, acrecentaron la alegría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real, de manera que el gobernador, viendo esta buena disposicion, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecucion sus intentos.

Procedióse en seguida á la fundacion del nuevo asiento que se llamó la ciudad de San Miguel en los valles de Tangarala, á treinta leguas de Tumbez, veinte y cinco del puerto de Payta, y ciento y veinte de Quito. Fue la primera pobla-

cion española en aquellas regiones, y despues por ser mal sano el sitio primero, se trasladó á las orillas del rio Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero y segun las instrucciones que traía, su policía y regimiento, y le dió las reglas mas oportunas para su conservacion y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que habia de ser en todo caso el fundamento y apoyo de todas sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por via de depósito el repartimiento del territorio, segun tenian de costumbre los españoles en todas las demas partes de Indias. En esta distribucion cupo Tumbez á Hernando de Soto, sea que el gobernador quisiese indemnizarle asi del cargo de su segundo que habia conferido á su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecian su persona y sus servicios. Hízose tambien entonces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del Rey despachó el general á Panamá los navíos que estaban en Payta, escribiendo á su compañero Almagro que se diese priesa á *venir* con toda la gente que pudiese. Sospechábase de él que trataba de hacer armada y gente para salir á descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas por todo cuanto habia mediado entre ellos, que no diese lugar ni á sospechar ni á enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas asi las cosas, todavía se detuvo algun tanto en arrançar con su gente. Necesitaba tomar

mas amplias noticias de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba á someter, y por otra parte daba lugar con la dilacion á que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios á la consecucion de su empresa, vista la poca gente que tenia consigo. Pero estos refuerzos no llegaban; y no queriendo perder reputacion con los indios si mas se detenia, ni tampoco la ocasion que le presentaban las divisiones de los dos Incas para sojuzgarlos á uno y otro, movióse al fin de los valles donde estaba, y con solos ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban á caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose á Caxamalca. 24 de setiembre de 1532. (1)

La Monarquía que los españoles iban á destruir se extendia de norte á sur por aquella costa del nuevo continente sobre setecientas leguas, y su origen subia, segun la tradicion de los

(1) Esta es la fecha que pone Jerez á la salida, y debe estarse á ella y no á la de Herrera que la señala en el 4 del mismo mes. La relacion de Jerez es propiamente un diario de la expedicion, y en esta diversidad de cómputos debe estarse mas bien á su dicho que al de otro ninguno. Tambien hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que 160, otros que los 177 expresados en el texto. ¿Pero á qué extrañarlo, cuando Jerez y Herrera no estan acordes ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto á la verdad es de mucha importancia: pero esto seria una prueba de que aun los autores mas puntuales no están libres de estas ligeras inexactitudes, y que cuando la historia desciende á tales menudencias es muy facil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro en su carta á los oidores de Santo Domingo dice que eran *sesenta* de á caballo, y *noventa* peones.

indios, á una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel pais desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvages, cuya civilizacion comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran laguna de Titicaca, en la tierra del *Collao*. Estos indios probablemente eran mas activos, mas belicosos é inteligentes que los otros; y como apenas hay nacion alguna que por supersticion ó por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, tambien los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un dia un hombre y una muger, cuyo aspecto, cuyo trage y cuyas palabras les infundieron veneracion y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama-Oello, y diéronse por hijos del Sol, cuyo culto y adoracion predicaban, amaestrados por él en todas las artes de buena policía y de virtud, y venidos por orden suya á enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir al rededor de si algunas *tribus* errantes de la comarca, enseñando Manco á los hombres el cultivo de los campos, y Oello á las mugeres á hilar y á tejer, y demas labores propias de su sexo. La sumision y obediencia que por este camino se granjearon de ellos eran correspondientes á los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominacion y de su influjo, los llevaron á fundar una ciudad en un valle montuoso á ochenta leguas de la laguna. Esta ciudad fue el Cuz-

co, silla en adelante, y cabeza del imperio de los Incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al Sol, allí dieron á su culto mas pompa y aparato, mayor autoridad y magestad á sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del Sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenian.

Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una succesion de doce príncipes que, parte por la persuasion y parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominacion y sus leyes, por la inmensa region que corre desde Chile hasta el ecuador; atrayendo ó sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras, y en los llanos de la marina. El monarca que mas dilató el imperio fue el Inca Topa-Yupangui que llevó sus conquistas por la parte del Sur hasta Chile, y por la del Norte hasta Quito; bien que, segun la mayor parte de los autores, no fue él quien conquistó esta última provincia; sino su hijo Huayna-Capac, el mas poderoso, el mas rico, y el mas hábil tambien de todos los príncipes peruanos. Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio despues de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelion de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sábias, corrigió abusos

en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él; y se granjeó mas veneracion y respeto de sus pueblos, que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicacion, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas, el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducian del Cuzco al Quito en una extension de mas de quinientas leguas. De estos dos caminos uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, á la distancia propia y conveniente, de estancias ó aposentamientos que llamaban *tambos*, donde el monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su Inca, y que al principio tan útiles, despues les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del pais.

Huayna-Capac murió en Quito, dejando el imperio á Huascar, su hijo mayor, habido en la Coya ó Emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo á quien queria mu-

cho, llamado Atahualpa, jóven de grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fue de sus abuelos maternos; no previendo los tristes efectos que de semejante particion se seguirian. Suponen otros que esta desmembracion no fue obra de Huayna-Capac, sino de Atahualpa que hallándose bien quisto del ejército de su padre, y ganando con promesas y lisonjas á los dos generales principales Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del pais que habia pertenecido á sus mayores. Esta diferencia de tradiciones en hechos tan recientes, manifiesta lo mal informados que estaban los españoles, ó el influjo que sus pasiones tenian en lo que contaban, segun que cada uno queria disculpar ó acriminar la resistencia de Atahualpa á la voluntad de su hermano [1]; el cual queriendo absolutamente mantener la integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco, y que Atahualpa, so pena de ser tratado como enemigo, viniese á rendirle la obediencia y le restituyese las mugeres, alhajas y tesoros del Inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar á Atahualpa, le

1 Véase la contradiccion que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. 11, lib. 7, Década cuarta, con el capítulo 17 lib. 2.° Década quinta: en el primero la particion del estado suena hecha por Huayna-Capac; en el segundo es la ambicion de Atahualpa la que quiere poseer á Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre.

estimularon; mas á sostener con la fuerza sus pretensiones ó sus derechos; y dando el primero la señal á la guerra civil, salió con su ejército de Quito dirigiéndose ácia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales á su partido, y engrosando sus fuerzas al paso que marchaba. Llevaba esperanza de que su hermano mas joven que él, y de índole mas mansa y mas pacífica, vista su resolucion, y temiendo su poderío, se allanase á dejarle en la posesion en que estaba, y se confederase con él. Mas Huascar envió á su encuentro un ejército, cuyos generales reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y despues de tres dias de un obstinado combate le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban, entregados á la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una muger, rompió la pared de su prision y pudo escaparse á los suyos. Dícese que para darles aliento á seguirle y volver á la pelea, les hizo creer que el Sol su padre le habia libertado convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero, y que le prometia la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y mas que ella su diligencia y valor ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para

volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. Él los atacó, los desbarató, y el estrago de una y otra parte fue tal, que largos años despues se veían con asombro en el canpo de batalla las reliquias miserables de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acababa de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazon, y no puso límite alguno ni á sus pretensiones ni á sus deseos. La roja borla, insignia real de los Incas, con que se ciñó la frente en Tomebamba, anunció al agitado Perú que era ya capital la contienda entre los dos hermanos, y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa como bastardo no podia sentarse en aquel trono, herencia sagrada y exclusiva de los hijos legítimos del Sol. Pero la falta de título se suplia con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran menos de usurpador artificioso que de monarca ofendido é irritado. Desdoran con efecto su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, ó, por mejor decir, de crueldad, que iba dando segun adelantaba en su marcha. Asoló á Tomebamba, castigó las tribus que habian abandonado su partido, y una de ellas, la de los Cáñaris, de quien tenia mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por mas demostraciones de humillacion y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres á millares,

y que sus corazones fuesen esparcidos por las sementeras, diciendo, *que queria ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores*. Con esto siguió su camino ácia el Cuzco, y se situó en Caxamalca, desde donde podia atender á los movimientos de su competidor, y á la marcha y miras de los castellanos, cuya entrada ya sabia, y empezaba á darle cuidado.

Fue, pues, indispensable á Huascar juntar nuevo ejército y salir personalmente á defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entonces, bien que ni por la experiencia, ni por la calidad, ni por la confianza, pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima; y estos mas hábiles ó mas felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento en el que por su mal iba Huascar, y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores se adelantaron á ocupar la capital, y Atahualpa noticioso de su fortuna, ordenó que su hermano fuese llevado vivo á su presencia [1].

Entretanto Pizarro al frente de su pequeño escuadron avanzaba para encontrarle. La mar-

1 En el modo de contar estos sucesos hay mucha variedad en los autores españoles. En el texto se ha seguido la narracion de Zárate que es la mas clara, la mas consistente y la mas probable. Otros hacen preceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades.

cha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspeccion necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Asi es que, aunque de San Miguel á Caxamalca no hay mas que doce grandes jornadas, los españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es exceso, atendidos los estorbos que tenian que superar. Mientras mas avanzaban mas noticias tenian del poder y fuerzas del monarca que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambicion y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolucion verdaderamente bizarra y propia de su caracter, hizo entender á sus soldados, que los que quisiesen volverse á avecindarse en San Miguel podian hacerlo en buen hora, y allí se les señalarian indios con quien sustentarse, como á los demas que habian quedado; pues él no queria que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando mas en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo, que en el número de muchos desalentados. Cinco de á caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia; la cual parecerá por ventura mas temeridad que valentía á los que consideren bien cuanto valia cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas, y cuan dificil era po-

der suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

Purgado así el ejército de aquellos pocos cobardes, los demas siguieron alegres y animosos á donde su capitan los llevaba. Por fortuna en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas, ó siniestras interpretaciones, les infundian tal vez recelo en algun parage, este recelo se disipaba al punto que llegaban con la amistosa disposicion de los indios, y con el buen hospedage que de ellos recibian. Díjose á Pizarro que en un pueblo llamado Caxas habia gente de guerra de Atahualpa esperando á los castellanos. Él envió allá un capitan con algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro dia de marcha, sentó su real en el pueblo de Zaran, y allí esperó las resultas del reconocimiento mandado. El capitan encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad, y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que alli tenian de cobrar las contribuciones, y de otras costumbres del pais. El capitan español, que no solo reconoció á Caxas sino á Guacabamba, otro pueblo cercano á él y mas grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los rios, de las azequias, de las fortalezas que tenian construidas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército, en fin, de la fábrica de ropas que habia en Caxas, donde muchedumbre de mugeres hilaban y tejian ves-

tidos para los soldados del Inca. Contaba tambien que á la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los pies, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro á gozar de una muger, y de habérselo consentido los porteros que las guardaban. Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos á lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra hechos con tanta prevision é inteligencia; enfin, una policía y un orden tan bien observados, y tan fuera de lo que se conocia en las regiones que habian recorrido, debió dar á entender á los españoles que era muy diferente gente la que iban á experimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del monarca á cuya presencia se dirigian.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traía de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificiosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahumase con ellos, segun el uso de los principales del pais. Añadió que el Inca le encargaba decirle que queria ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y cortedad del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar á cualquiera aun menos cauteloso que Pizarro. Él sin embargo aparentó recibir el regalo con estimacion y agrado, y dijo al indio que recibia agradecido aquella demostracion de amistad de parte de tan gran

príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que, noticioso de las guerras que sostenia contra sus enemigos, se habia movido para servirle en ellas con aquellos compañeros y hermanos suyos; y muy principalmente ademas para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos dias queria estar con ellos descansando, lo podia hacer en buen hora. Él se quiso volver al instante á su señor, y entonces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fue muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodon y lana entretejida con oro y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habian transitado, se enviaron á San Miguel, á donde el gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el Inca, y encargando á aquellos españoles que conservasen á toda costa la paz con los indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos donde los recibieron de paz, los españoles se hallaron á orillas de un caudaloso rio muy poblado de la otra parte. Recelando algun impedimento, mandó Pizarro á su hermano Hernando que lo pasase á nado con algunos soldados para divertir á los indios, y pasar él entretanto con la demas

gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el rio á los españoles: solo pudieron alcanzarse algunos pocos á quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar: y como ninguno de ellos respondiese á lo que se les preguntaba de Atahualpa; hizo dar tormento á uno, el cual declaró, que el Inca, mal enojado con los castellanos, y resuelto á acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pie de la sierra, otro en la cima, y el último en Caxamalca. Dijo ademas, que asi lo habia oido, y que tenia motivos de saberlo por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipages, llevando los caballos á nado. Alójose en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado á llamar un Cacique de las cercanías, este vino, y de él entendió que Atahualpa se hallaba mas adelante de Caxamalca en Guamachuco, con mas de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y asi el tormento dado al indio á quien antes se apremió, fue una crueldad bien superflua, pues su declaracion era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplejidad el ánimo del gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad, enviando á un indio de su confianza que espiase la estacion, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de

San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensagero, pareciéndole que asi podia hablar con el Inca y traer mejor relacion de todo. Túvolo á bien Pizarro, y le mandó que fuese y le saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer á nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba, y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenia, si queria aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado tambien de avisarle con uno de los compañeros que llevaba, si habia en la tierra gente de guerra como se les habia dicho antes.

Despues de tres dias de camino por tierras fáciles y apacibles llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer, si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenian el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chincha sin dificultades ni peligros. Por esta razon se inclinaban muchos á que se tomase esta direccion, y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el general, altamente convencido de que todo el buen éxito de su expedicion consistia en avistarse cuanto antes con el Inca, les hizo entender cuan impropio era de españoles huir de las dificultades y perder reputacion. ¿Qué pensaría de ellos el Inca cuando supiese que torcian el camino, despues de haberle anunciado que iban derechos á buscarle? Diria que no osaban

de miedo: asi los despreciaria, y en este desprecio consistia el peligro, pues que no podian vivir tranquilos en medio de aquellas gentes, sino teniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso, pues, marchar por la sierra, una vez que lo mas árduo no solo era para ellos lo mas glorioso, sino tambien lo mas seguro. Todos á una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle á donde quiera, y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasion se lo mandase.

Llegaron en esto al pie de la sierra. Pizarro, tomando consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó á subirla el primero, dejando atras el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco á poco sus pasos, segun las órdenes y avisos que él les daria. La subida como se ha dicho era ágria y dificultosa; los caballos iban del diestro porque montados era imposible, y los pasos á veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que habia en un cerro bien empinado le sirvió de punto de direccion, y á ella llegaron al mediar el dia. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué

admirarse de que el Inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero, ni les estorbase el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo, y el gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba mas adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche: pero antes de que espirase el dia, llegó á su presencia un indio enviado por el mensagero que habia despachado anteriormente para el Inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguiente se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia; y avisó á los que quedaban atras que se apresurasen para juntarse con él. Entretanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros.

Estos llegaron, y poco tiempo despues los mensageros del Inca, que presentaron al capitan diez reses de su parte, y le dijeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no menos cortesmente, que iria con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y

preguntóles noticias del pais y de la guerra que el Inca sostenia. El Inca, segun ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la habia toda enviado contra el Cuzco: contaron largamente las diferencias de los dos hermanos, y las glorias de su rey, entre ellas la de haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traían con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intencion de espantarle, respondió arrogantemente el capitan castellano, que el rey su señor tenia criados mayores señores que Atahualpa, y tambien capitanes que le habian vencido grandes batallas y preso reyes mas poderosos. Este era quien le enviaba para dar al Inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios; y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenia, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz, si de paz le recibian; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla, si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensageros, llegó á la noche siguiente el primero que habia buscado á Pizarro de parte del Inca en la estancia de Zaran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad: acompañábanle muchos

criados, traía vasos de oro en que bebia su vino y con él brindaba á los castellanos, diciéndoles que se queria ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba mas desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. Á pocos dias de estar este indio con los castellanos, volvió el mensagero que Pizarro habia enviado al Inca antes de emprender la subida de la sierra; y no bien hubo entrado en el campamento, y avistado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el gobernador, y preguntando el recien llegado por la causa de aquel atrevimiento: *¿Cómo quereis,* contestó, *que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á este perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al Inca, ni me han dado de comer, y á penas he podido escapar con la vida, segun me han maltratado?* Refirió en seguida que él habia encontrado á Caxamalca sin gente, y á Atahualpa con su ejército en el campo: que no se le habian dejado ver bajo el pretesto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones: que habia hablado con un pariente del Inca al cual habia referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo habia tenido todo en poco, menospreciando por su corto número á los extrangeros. El otro indio replicó,

que si en Caxamalca no habia gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el Inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer asi desde que duraba la guerra. *Tú no has podido verle*, añadió dirigiéndose á su adversario, *porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quien ibas, él te recibiera y oyera, y te mandára regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.*

¿A quién creer? El gobernador segun la propension de su genio, mas cauteloso que confiado, y midiendo la disposicion del Inca por la suya, se inclinaba mas bien á lo que decia el indio amigo, que no al que se decia mensagero. Disimuló sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo á su emisario, y siguió honrando y tratando bien al del monarca peruano.[1] Y sin detenerse mas tiempo dió cuanta priesa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron á la sazon otros mensageros de Atahaulpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al Inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no habria falta en corresponderle con la misma.

1 El mensagero de Atahualpa venia á lo menos autorizado con los presentes que habia traido en sus dos embajadas. ¿Cuales eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al Inca por Pizarro? Ningunas a la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

De allí á poco se descubrió Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rebaños paciendo á trechos, y de lejos el ejército del Inca acampado á la falda de una sierra en toldos de algodon, y con un aparato no visto antes por los españoles. Como una legua antes de llegar, el gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y, señalando á cada uno su capitan, se puso en marcha otra vez y entró en Caxamalca á hora de vísperas del 15
1532. de noviembre de aquel año. No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna mas que unas pocas mugeres en la plaza que, segun se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenian de aquellos extrangeros por su manifiesta perdicion. Pizarro en consecuencia, despues de reconocido el pueblo, y visto los diferentes puntos que ofrecia para la seguridad, halló que la mejor estacion militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caían á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecia la mejor y mas oportuna posicion para resguardarse de cualquiera sorpresa, y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al Inca para acorralarle, y apoderarse mas facilmente de su persona; es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir, como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta á Caxamalca, y que el Inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Hernando de Soto con quince caballos, y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos, y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el Inca tenia consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fue el que le advirtió el peligro que corrian los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contextó que llevaba una embajada para el Inca, de su servidor y amigo el gobernador de los cristianos. Entonces el Inca salió grandemente acompañado y representando magestad y gravedad: sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que queria. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo, que don Francisco Pizarro su capitan, deseaba mucho besarle las manos,

conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas por qué habia ido á aquella tierra, con otros negocios que holgaría saber: que por eso le habia enviado á saludarle y suplicarle que se sirviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro dia, pues aunque extrangero en la tierra, no dejaría de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El Inca contextó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitan, y que por ser ya tarde, otro dia iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si habia otras órdenes que llevar. —*Iré*, añadió el Inca, *con mi ejército en orden y armado, mas no tengais pena ni miedo por ello*. Habia ya en este llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el Inca de que aquel que hablaba era hermano del gobernador, alzó los ojos que hasta entonces, por representar gravedad los habia tenido bajos, y le dijo: *Que Mayzabelica, un capitan suyo en el rio Turicara, le habia avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno* [1]. *Él sin embargo queria ser su amigo, y se*

1 De este Mayzabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como gefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viage, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al Inca.

iria á ver al otro dia con su hermano el general. A esto replicó arrogantemente el español, que Mayzabelica mentía, porque todos los indios de aquel valle eran como mugeres, bastando un solo caballo para toda la tierra, como lo conocería cuando los viese pelear: añadió que el gobernador era muy su amigo y le ofrecia su ayuda contra cualquiera á quien quisiese hacer guerra. *Cuatro jornadas de aquí*, repuso el Inca, *hay unos indios muy bravos, con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los mios. — Diez de á caballo enviará el gobernador*, contextó Hernando, *y estos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan.* Sonrióse Atahualpa, porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mugeres con vasos de oro en sus manos en que traían la chicha ó vino que ellos hacian del maiz, y por orden del Inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia á aquel brevaje: pero al fin importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiendo que el Inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitan saltó en él, y empezó á escaramuzear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole echar mucha espuma. Mirábalo Atahualpa con atencion y

maravilla, pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla; y aun se dice que reprendió y castigó á algunos de los suyos porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse, en fin, los embajadores con el encargo de decir á su general que el Inca iría otro dia á visitarle, y que entretanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que habia en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca dieron cuenta de su comision, ponderando la magestad y entereza del Inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiría á mas de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente, que contento de que el Inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual en vez de servir á los indios de provecho, iba á ser su perdicion, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habian sido, él les aseguraba una felicísima vitoria.

Al dia siguiente Atahualpa, despues de avisar al general español que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los castellanos que habian ido armados á su real, él tambien llevaria armada su gente, dió la señal de

marchar y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traía. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detras de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que solian servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sin número de mugeres que seguian el campo. En el centro se veía al Inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios mas principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojin de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona, como la borla encarnada que le caía sobre la frente y le cubria las cejas y las sienes, insignia augusta de los succesores del Sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trescientos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas, y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del monarca, y con ellos algunos indios principales llevados tambien en andas y en hamacas para ostentacion de grandeza. La mar-

cha presentaba un orden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caía ya la tarde, y Pizarro viendo á los indios hacer alto á un cuarto de legua del pueblo, y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenia preparado, y envió á rogar al Inca que apresurase su marcha y le viniese á ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa con su ruego, y le contextó que allá iba al instante, y tambien que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole tambien en gran parte los mismos señores principales que le habian acompañado hasta allí. Entretanto el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes, y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio: colocó en una eminencia que habia á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candía, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen

mas ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcazar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debian seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados arrimado á las casas, y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empiezan, en fin, á entrar los indios en la plaza, ordénanse en ella segun su costumbre, y en medio de ellos el Inca, se pone en pie sobre sus andas, como registrando el sitio y buscando con la vista á los extrangeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, enviado por el gobernador, á hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo [1]. Llevaba en una mano una

1 El P. Remesal en su Historia de Chiapa dice que «fue poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religion dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa, *que no tuvo*, de la prision del Inca, por las voces que suponen dió cuando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo: como si, aunque hubiera dicho que creia en Dios como San Pedro y San Pablo, dejára de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenia apercibida la gente y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió despues."— Es probable que la suerte del Inca no hubiera sido otra de la que fue, aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de Capellan en la expedicion; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le cargan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el Inca. Véase la Historia de Chiapa: lib. 9, cap. 7.

cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano le hizo reverencia, y le santiguó con la cruz, y despues le dijo: que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios habia puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba: añadió, segun se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donacion de aquellas regiones hecha por el papa á los reyes de Castilla, y de la obligacion en que el Inca estaba de ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el gobernador era su amigo, que queria la paz con él y se la ofrecia con la misma voluntad que hasta allí lo habia hecho. Él como sacerdote se lo aconsejaba tambien, pues Dios se ofendia mucho de la guerra, y que entrase á ver al gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto presentóle la Biblia, que el Inca tomó en sus manos y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro, ni en gran parte las palabras del religioso podian en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fue lo que se le decia de las intenciones pacíficas de aquellos extrangeros, pues al tiempo de arrojar el libro: — *Bien sé*, dijo, *lo que habeis hecho por ese camino, y como habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.* Quiso disculpar el religioso á

los suyos echando la culpa á los indios: pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habian de restituir cuanto habian tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fue para el gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque, ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el Inca se volvió á poner en pie y habló á los suyos, de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fue la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

Hace entonces Pizarro la señal, y al instante Pedro de Candia dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel murallon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo tan espantoso y terrible como imprevisto y repentino de armas, hombres y caballos, parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro, ni valor en pie. Todos despavoridos y atónitos, ó recibian pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por donde. Tomadas las puer-

tas, alta la muralla, y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y se ahogaban, mientras que los castellanos los herian y mataban á su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran mas resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fue la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los castellanos que los fueron siguiendo, hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores ácia la parte donde estaba el Inca. Pizarro con sus veinte rodeleros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda costa de la persona del príncipe; bien persuadido de que en esto consistia todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir sino en sostener al Inca en las andas á toda costa: herian y mataban, pero derribado uno, entraba otro al instante á suplirle, con un ánimo y un denuedo que admiraba á los españoles y los cansaba tambien. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brio, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros dejando de herir en los indios se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le

matasen, sino que le prendiesen: él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas asió con mano vigorosa de la ropa del Inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la accion, porque los indios no teniendo ya á quien guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los castellanos pereciese ninguno, ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger á Atahualpa [1].

El príncipe prisionero fue tratado al principio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debia. A la fama de que estaba vivo y sin lesion, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, dícese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo del campamento indio al dia siguiente de la accion, entre el riquísimo despojo de albhajas de oro y plata, y tejidos de lana y algodon finísimos, se hallasen tambien muchas mugeres principales, bastantes

1 Para la narracion de esta jornada he tenido presente, ademas de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecia dudoso he seguido su testimonio como el mas sensato y el mas autorizado. Este monumento, precioso á todas luces, é inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice 5.º

de la sangre real, y algunas Mamaconas, ó sean vírgenes consagradas al Sol; llevadas tambien á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componian una especie de corte que, en cuanto podia conciliarse con su cautiverio, no desdecia absolutamente de su magestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello tambien la cortesía y respeto con que el gobernador le trataba. Él le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situacion; se ofreció á servirle conforme á su grandeza, le dijo que si sabia que alguna de sus mugeres estuviese en poder de algun español, se la mandaria buscar y restituir, y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliría segun su deseo. El Inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles, no desmereció jamas aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su caracter le prescribia, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su desgracia y veía gemir y sollozar á los suyos, que no debian extrañar lo que le sucedia, *pues era uso de guerra vencer y ser vencido.*

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos dias de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cu-

briria con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla, y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pie, y alzando la mano cuanto pudo hizó una señal en la pared, y dijo resueltamente, que no solo cubriria el suelo, sino que le henchiria tambien hasta allí. Venia á tener el aposento veinte y dos pies de largo, y diez y seis de ancho, y la altura á que el Inca hizo su señal era de mas de tres varas. Entonces el gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponia delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese solo en apariencia, las esperanzas del Inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaria libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros [1]; echóse una raya roja en toda la pared del aposento á la altura que el Inca señaló; y al instante envió mensageros á los principales pueblos de sus es-

1 Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no seria esta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero, sin hacer de sus prendas morales mas aprecio del que ellas merezcan, podria lavársele de este exceso de perfidia, y decirse, que su codicia satisfecha con las ofertas del Inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe, lo que despues ó no quiso, o no pudo cumplir. Herrera quiere á toda fuerza hacer de Pizarro un gran politico, aunque sea á costa de hacerle mas malo.

tados mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fue el de que no se tratase de mover guerra á los castellanos, con los cuales no le convenia sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policía del pais, y de la manera con que las órdenes de los Incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles, que á ruegos del Inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martinez de Zárate, y Martin Bueno; los cuales llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no solo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el pais, y regalados y agasajados con todo lo mas rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban admirados de la buena razon de los indios, del buen orden que tenian puesto en sus casas, del aseo, comodidad y abundancia de sus caminos. Llega-

ron á la ciudad y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos, y con la policía de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufria entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábanseles los sacerdotes, y todos los demas los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos á aquella buena fe, á aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿De qué manera supieron conservar este concepto y buen nombre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacia, sacrificando á su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistian, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y grosería delante de los hombres, dieron á entender facilmente á los indios que, en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarian: el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedia, y con él los despacharon á Caxamalca, y asi se libertaron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la te-

meridad, si la insolencia, ó si la grosería, se podria preguntar cuales eran los bárbaros aqui, si los europeos ó los indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho á Pizarro por esta desatinada eleccion que comprometia en tanto grado los intereses y el honor de la nacion castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenia de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar mas diestros en el lenguaje del pais, ó en fin por cualquier otra causa particular que ahora se nos oculta; la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria [1].

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fue el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron en odio de los castellanos, y hacer lo mismo despues en Pachacamac. El templo de este nombre era el mas rico de todo el Perú, y

1 Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó, por mejor decir, se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que estos se encontraron en el camino con el Inca Huascar, á quien traian preso los generales de Atahualpa, y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo, y le llevasen á Pizarro, ellos se excusaron con su comision ect. Con él conviene Zárate: pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos están en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir á Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

la codicia de adquirirlo, y el recelo de que se disipase con las disensiones civiles que habia en el imperio, movieron á Pizarro á pedírsele á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debia entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el Gobernador nombró á su hermano Hernando para que, acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si eran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió con efecto aquel capitan á principios del año de 1533, y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca á Pachacamac, no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que cumpliendo las órdenes del Inca iban cargados de oro y plata á Caxamalca. Mas antes de que estos españoles llegasen á Pachacamac, ya les habia precedido allí la noticia de las demasías y escándalos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes, ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y la plata que les fue posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del Sol para no exponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extrangeros. Por manera que, cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba

5 de enero de 1533.

despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos, no trajese á Caxamalca viente y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia: pero todavía los castellanos pudieron complacerse mas de ver venir con él al guerrero Chialiquichiama, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Xauxa al frente de unos veinte y cinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitan español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado, pues, en las disposiciones pacíficas tomadas por el Inca, y todavía mas en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadron otras cuarenta leguas mas para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos dias. Mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chialiquichiama al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para enviar á Caxamalca. Llevado en andas, se-

guido de indios principales, atentos á sus órdenes; en el séquito y cortejo que traía, y en la ostentacion y riqueza que llevaba, se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía. Pero este soberbio sátrapa luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los pies y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio, costumbre usada en el pais en demostracion de sumision y respeto. Y cuando, en fin, estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al Sol como en accion de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los pies, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor, á hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personage tan principal, y en situacion como aquella, y se admiraban todavía mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada, recibia magestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un Dios

Antes de que Hernando llegase, vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La

una fue la muerte del Inca Huascar á quien los generales de Atahualpa, despues de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su *rota* y prision en Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero. Mas viniendo despues á considerar lo que debia hacer en este caso, y temiendo que si Huascar era traido á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de enmedio este estorbo, y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diesen muerte. Mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa respondió, que sus capitanes, despues de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo, luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El gobernador le consoló diciendo, que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los aconte-

cimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte que le libraba asi de uno de sus enemigos, por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la orden cruel, y el desdichado Huascar implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo, para que su cadaver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues segun la superstición de aquellas gentes, eran destinados á condenacion y pena eterna los ahogados y quemados que no recibian sepultura. Este príncipe, que apenas tenia veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal; y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del estado. La victoria estuvo por Atahualpa: mas por quien estaba la razon y la justicia, no es facil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces, todos á boca llena se la daban al príncipe del Cuzco. Asi era natural que lo hiciesen los que poco despues pusieron esta muerte como cargo capital

en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestion, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus funestas querellas, y del error cometido por su padre en la particion de la Monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fue la llegada del capitan Almagro al Perú, y su pronta venida á Caxamalca. Venia ya condecorado por el Rey con el título de mariscal, y traía cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes que venian de Nicaragua con Francisco de Godoy á servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecia ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el gobernador, cuando á éste se dijo que su amigo con mas fuerza y poderío tenia á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querian persuadir que el gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducian á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos supieron uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mútuas obligaciones. Pizarro envió mensa-

geros á su amigo, dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él, y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos chismes venia de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosía. ¡Dichosos los dos, si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, á donde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino, antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió á recibirle el gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad, donde al instante el mariscal pasó á hacer reverencia al Inca, y como á ponerse á sus órdenes. Él aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demas castellanos. Todo se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al príncipe prisionero: reinaba entre ellos la confianza, y reinaba tambien la alegría: él tenia la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

14 de abril de 1533.

25 de mayo de 1533. Llegó de allí á poco Hernando Pizarro con las riquezas del templo de Pachacamac, y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el gobernador y los principales capitanes del ejército, mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó, ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta grosería, y mas al gobernador que le reprendió de ella cuando estuvieron solos; y en seguida pasaron á la estancia del mariscal, y excusándose el recien venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el caracter moral de los personages históricos. En la narracion presente todavía son mas indispensables: pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman despues el grande incendio en que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin, y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente hacía poco bulto á los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto

tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasía. Alguna vez echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro de que entonces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca, para entender en las atenciones de sus encargos respectivos, y hallarse presentes á la reparticion de los despojos. Mas cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que ya alli habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entonces á la impaciencia que antes tenian porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fue la de disfrutar. Y aunque segun toda apariencia no estubiese lleno aun el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiese al instan-

te[1]. Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en gefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero, y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon, mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

17 de Junio de 1533. Ejecutóse esta con la mayor solemnidad. Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban despues de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quin-

1 Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: *Llegado el tesoro del rescate del Inca,* etc.: Gomara asegura mas positivamente que los españoles dieron priesa á que se repartiese antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen, ó cargasen mas españoles antes de distribuirlo y hubiese que partir con ellos.

tos reales, el importe de un donativo que ademas se hizo al Rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la corte, los cien mil ducados de los Almagristas, y los derechos del quilatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el general, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento que va puesta á la letra en el apéndice [1], se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fue, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinte y cinco mil pesos. Botin prodigioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se dis-

1 Véase el Apéndice 6.º

tribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrías ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian; porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto; no ciertamente contra los hombres que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia, cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria; ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear [1]. Faltábale hacerlo ver en América, y hacerlo ver

[1] A la verdad, esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer. Una mano de papel valia diez pesos: unos borceguíes treinta: una capa negra ciento: un caballo tres, cuatro, y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete: la plata valia tambien á este tenor: por manera que, los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

en España. Para esò determinó enviar á su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido, y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el título de Adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro: pero no confiando mucho ni en su buena voluntad, ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones, en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias

los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuidos los tesoros del Inca, parecia llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido habia. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que en la situacion en que estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destruccion de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa, estaba expuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolítico, mantenerle en prision embarazoso, quitarle la vida cruel, y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la agena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros, siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo asi entonces; y si ya mucho antes no tenia en su corazon condenado á muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando, satisfecha la pasion primera que era la de adquirir, pudo dar oido solamente á las sugestiones de la ambicion. Por desgracia el mismo Atahualpa le habia dado el ejemplo, y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una víctima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolucion fue al principio se-

creta, y nadie llegó á entenderla hasta despues. Entretanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanaconas, los cuales, como la clase mas perjudicada en el estado, tenian odio á las demas, y solo veían su restauracion futura en el trastorno del imperio y destruccion de sus gerarquías. Dobláronse las guardias al Inca, y fue preso el general Chialiquichiama como fautor de estas inquietudes, y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del gobernador, si no lo estorbára Hernando Pizarro, que aun no habia partido para España. Crecian las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecian, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaria de temor á los indios, y allanaria todas las cosas: entre ellos el mas caviloso, el mas inquieto, y el mas cruel de todos Alonso Riquelme el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayudadas de la

autoridad de su oficio, no parecia que lo pedia, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el gobernador, como quien ponia todo su artificio entonces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interes, y por consiguiente en su deseo. Y como los agresores quieran siempre tener una apariencia de justicia aun para los mismos á quienes ofenden; Pizarro en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al Inca, y le dijo que extrañaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenian los castellanos, él tratase de destruirles con los ejércitos, que públicamente se decia mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo despues en el tono y semblante del gobernador la realidad y continuacion del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias: *No sé*, decia á los españoles, *como me teneis por hombre de tan poco seso, que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traicion, y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir y sepais que viene, podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo, si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan, ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra.* Mas estas reflexiones saca-

cadas del sentido comun mas obvio, y de la razon mas sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarle delincuente; y despues de aquella triste conferencia, y de unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable Inca presentir cual iba á ser su destino. Asi es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decia que, despues que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia de darle la muerte.

Todavía el gobernador quiso dar otra prueba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitan con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decia que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el pais que atravesaron, mas que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta comision fue un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al Inca despues de la ida de Hernando Pizarro; siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él mas se complacia en sus conversaciones y en sus juegos.

Despues de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentára. Entonces ya pareció todo maduro y

dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenian mas jurisdicion que la fuerza [1]. Imputósele la muerte de Huascar, y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos á su modo, fue llevada la causa á Fr. Vicente Valverde. Este religioso, todavía menos instruido en las formalidades de la justicia, que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al Inca, y ofreció que si menester fuese, él firmaria este dictamen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debia ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad, y de la gratitud en favor

1 Dícese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poechos torcia las declaraciones de los indios, de modo que el Inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del Inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecio que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabia leer. Ni una ni otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere, lo hace como de oidas, y sin citar escritor ninguno ó testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demas, este cuento y el de Felipillo, parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento, que presenta por sí mismo causas mas probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarlo se advierta bien la circunspeccion penosa con que procede.

del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho inhumano, y no querian que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre y honra española. Nombraron á este fin un protector al Inca, y apelaron formalmente de la sentencia para el Emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres mas distinguidos del ejército. Todo fue en vano: el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó, los redujo al fin al silencio, la sentencia fue intimada al Inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia preguntaba con lágrimas, *¿en qué habia delinquido él, sus mugeres, ni sus hijos?* Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin, y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el dia como si temieran la luz para la consumacion de su crímen, y dos horas despues de anochecido, le sacaron al suplicio, consolándole el P. Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia, á que en algun modo habia dado principio. Persuadíale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no seria

entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fue administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron [1]. Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fue entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenia entonces treinta años; y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron, *era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traido*. La idea que de él han dejado las relaciones antiguas, le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar á su caracter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interes y el afecto de tantos castellanos, que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él [2]. Se avienen tambien mal con los elogios

1 Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe; y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

2 Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del Inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, despues de decir que no fue enviado al emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fue muerto á instancia de los de Almagro; añade: *no hay que*

que en estas mismas relaciones se le dan, donde despues de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran monarca, el buen rey*, y otros de la misma dignidad. Están finalmente en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana; la cual, considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus príncipes las grandes prendas del Inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del Inca, las indias que le servian, y toda su familia, en general, empezó á herir el aire con sus lamentos, y á invocar al cielo con sus gritos. Las mas queridas salieron desesperadas y frenéticas á enterrarse con él, y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron

reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues: ca todos ellos acabaron mal. Oviedo es todavía mas positivo: en el cap. 14 del lib. 46 de su Historia general copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecha por Francisco de Jerez: pero despues en el cap. 22 vuelve á tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: *Notorio es que el gobernador le aseguró la vida; y sin que le diese tal seguro, él se le tenia, pues ningun capitan puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso....* Y mas adelante - *Le levantaron que los queria matar, e todo aquello fue rodeado por malos, e por la inadvertencia e mal consejo del gobernador, e comenzaron a le hacer proceso mal compuesto e peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado e deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia e de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron.*

por los contornos, y cual con cordeles, cual con sus propios cabellos, se ahorcaban para seguirle. Satisfacieron asi algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas mas lo hicieran, si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadaver enterrado con decencia entre otros cristianos, fue á pocos dias sacado secretamente por los indios, y llevado, segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamas pudo despues saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro, muchos españoles hicieron en uno y otro parage diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion; dándose muerte hombres y mugeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado Inca. El sentimiento fue general en todo el imperio, y como se sabia en todo él la constancia y buena fe con que se habia conducido en su prision, y las órdenes positivas y eficaces que habia dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los castellanos; comparaban con esta conducta el inicuo modo usado por ellos; y no solo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los castellanos, y envidiaban la suerte de los Incas anteriores, que no habian alcanzado tiempos tan desastrados y crueles.

Este fue el último acto con que se consumó la destruccion de aquella gran monarquía. Ya desde la prision del Inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el estado, los vínculos que le unian se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse, todo fue confusion y desorden, y la obra de la civilizacion que habia costado siglos de sabiduría y perseverancia, se veía destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del Sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños, y la burla y el desprecio de unos y otros [1]. Una mudanza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policía y en aquel concierto de leyes divinas y humanas, llenaba entonces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habian de parar en aquello. Y con efecto, fue así, porque

1 *Algunos españoles dicen, que ni eran virgines, ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres, etc.* Gomara.

muerto el Inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto mas lastimoso; las clases largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenia el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los designios del conquistador; que pudo ver en ella abierta mas facil entrada á la nueva monarquía que se proponía fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podian oponer su capacidad, su valor y su poderío; tambien sobrevinieron otras de pronto que debieron poner á los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venia á *Caxamalca* para el rescate del Inca, el servicio de los indios empezó á entorpecerse, los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles ácia gentes que á tan poca costa y peligro suyo habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales ácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos, y los castellanos poquísimos. Pareció, pues, á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo Inca que fuese su instrumento princi-

pal para la obediencia de los indios, y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerras que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban; hízoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban mas digna de recibir la borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa, le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años, y su inexperiencia le hacian muy á propósito para los fines del general español; el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fue reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y magestad. Asi los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos Césares de farsa; y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Anthemio al lado de Ricimer, á Julio Nepos y Augústulo al de Orestes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas antes era preciso dejar asegurados á S. Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fue elegido el capitan Sebastian de Belalcazar, que recibió sus instrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetracion del general castellano.

Porque Belalcazar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinociales, ya en fin tomando á veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande, y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso, y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los mas señalados descubridores.

Cumplidos, en fin, siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los españoles dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias, podian considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo Inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiama, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonía iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los primeros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz; los indios de las di-

versas poblaciones por donde pasaban los salian á recibir y agasajar con sumision y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecia en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca, se recibió aviso de que habia mas adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del Inca Huayna-Capac fuese á sosegarlos: pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su pais. Entonces no quedó duda á los castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad fue la prision del general Chialiquichiama, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena, ó por seguridad, ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con mas cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Xauxa, sesenta leguas mas allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle,

empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: -¿*Qué querian en tierra agena? ¿Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho, y con la muerte de Atahualpa.* - El rio ya grande de suyo y crecido entonces con las nieves derretidas, al que ademas habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los castellanos entrar denodadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos ácia el norte y otros al poniente, quedando todavía bastantes en el campo para probar, y aun cansar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxitó igual de algunos otros encuentros se allanaron los indios de aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí habia, buen número de tejidos de lana y algodon, y muchas mugeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenia á todas partes. Entre tanto que lo ponia por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para

defender el paso, y dió aviso al gobernador, pidiéndole que enviase adelante al nuevo Inca para ver si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazon gravemente y falleció luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber como repararla, conociendo cuan útil le habia sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos á donde estaban los indios, los dispersó facilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentian á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vilcaconga, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron mas gente, se proveyeron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno; hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancasen los caballos. Los castellanos creyéndolos de huida siguieron el alcance; pasaron á Curambo, atravesaron el rio de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, alzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos, y con los aillos, se mostraban por todas partes en la sierra con

el propósito de morir ó de vencer. Retraíanse de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posicion fuerte que habian sabido escoger, y sobre todo de su obstinacion. Viéndolos Soto asi inciertos, *ni el parar aquí*, les dijo, *nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Mientras mas nos detengamos, la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos; seguidme.* Y dicho esto arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fue obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diría que pertenecian á la misma gente. Morian á la verdad muchos de ellos, pero tambien caían caballos y españoles; y en la desproporcion inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertía era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademan de embestir luego que rompiese el dia. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos, y de los caballos muertos dos, y heridos catorce; considerando

ademas cuan poco bastimento traía consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que habia enviado desde el camino, seria ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posicion, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban mas con la oscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oir al pie de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadron de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el dia doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenian en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, facilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado asi el campo, los vencedores acordaron aguardar allí al resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entretanto Pizarro, despues de haber dado en Xauxa las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse asi de

aquel hombre díscolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podria fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto á igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas: pues Vilcas con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfía se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderío, así en el templo y adoratorios, como en los aposentos reales y sitios de recreo que tenian construidos en aquel delicioso parage. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia que le esperaba: mas el que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga dió segunda prueba de cuan pocos respetos le merecian la humanidad y la justicia, cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos, llevaban una apariencia de orden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabíase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales mas hábiles de

Atahualpa, y compañero de Chialiquichiama en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichiama habia enviado avisos á su amigo de que los castellanos se dividian, y como debian aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó despues con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto, habia llenado el ánimo de los españoles de tanta ira como cuidado. Añadíase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey, la seguridad con que los indios decian, que si él se hallára con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca, no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habian tenido. Temíanse, pues, las dificultades que iba á traer sobre los españoles si llegaba á cobrar su libertad; y aun se decia, que para proporcionársela venian sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era mas de lo que se necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso, y Pizarro para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Asi terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputacion. Chialiquichiama desde la estaca en que fue pues-

to para ser quemado, podia triunfar de su verdugo echándole en cara su falta de fé, sus injusticias, y en fin su inhumanidad con un hombre que no le habia dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valía mas que él [1].

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que, mandada por Almagro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos, y á embestirlos y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que habia salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria se pasó á los españoles, y se presentó al gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los indios desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio y esconder los tesoros que en él habia. Volaron á estorbarlo, por man-

1 *Y en esta suspension de ánimo*, dice Herrera, *acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar; aunque pareció á algunos cosa fuerte: pero los que siguen las razones de estado á todo cierran los ojos.*

dado del gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro: pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivian, y puesto fuego en algunos puntos de la poblacion: con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella á fines de noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla.[1]

Apoderados á tan poca costa los españoles de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, despues de haber contenido el fuego que los indios encendieron, fue buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraido y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian; metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba á bajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó despues el ansia á los sepulcros; y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo

1 Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada: sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narracion de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice número 7.

que con mas anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Capac, Atahualpa y otros Incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los indios donde estaban, y ellos ladinos y reservados, ó respondian con efugios, ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, despues los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron mas fuertes que sus verdugos; y asi aquellos venerables monumentos escaparon para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fue todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos mas á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dícese que sacado el quinto del rey, se hicieron de lo demas cuatrocientas ochenta partes, y que cupieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente, en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, qué fue el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa: la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata. viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pron-

to, debieron conocer facilmente que aquel tesoro anhelado les servia mas de carga y pesadumbre que de satisfaccion y provecho.

No por atender á estos cuidados, propios del capitan y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribia su oficio de gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los ídolos del pais, señaló el lugar en que debia erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la facil prosperidad con que se sucedian estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venian á poner en contingencia lo que ya tenia en su poder.

Estaba entonces de Adelantado y gobernador en Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva España, y quizá de todos sus compañeros el mas querido de Hernan Cortés. Muy pocos podian disputarle la palma del valor y del esfuerzo, ninguno el de la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole asi por su hermosura con el sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondian al

atractivo que tenia su persona: hablaba á la verdad con algun exceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas dulces, daba mucho, prometia mas. El corazon por desgracia no era semejante á esta apariencia seductora: vano, ingrato y aun falso, los españoles no podian sufrir su arrogancia, ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrian. Habia allanado y pacificado la provincia de Guatemala, á donde le envió Cortés, acabada la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que habia granjeado en aquella conquista, vino á la corte en el año de 527 á hacer ostentacion de sus servicios, y demandar el galardon que se les debia La buena fortuna que habia tenido en las Indias le acompañó tambien en España. Su buena gracia, quizá tambien sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del emperador, y asi cuando volvió á Nueva España, se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitan general de Guatemala, casado con una dama principal que se hizo célebre por la idolatría con que le amó, y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y una arrogancia que no cabian en los ámbitos de aquel nuevo mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos mag-

níficos, y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentacion y en grandeza á los mismos de Hernan Cortés.

Habia prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos á la navegacion de las islas de la Especería, proyecto á la sazon muy del gusto de la corte. Y con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondia á su palabra empeñada, á las esperanzas de la corte, y á su vanidad y ambicion, ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto, ni empeño, ni vejacion que le detuviera para llevar su intento adelante; y en menos tiempo del que pudiera creerse, tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños, entre ellas un galeon de trescientas toneladas, que comparado con los demas buques que entonces se veían en aquellos mares, debia parecer colosal, y por lo mismo fue llamado el San Cristoval. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demas efectos de guerra fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se habia construido y aprestado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfia y ansia de gente de todas clases y oficios, para ser ocupada en él. El gran Cortés, ya marques del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y él que ya en Es-

paña le habia desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero.[1]

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el Adelantado viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podia, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del mediodia, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaracion fue mayor la porfia de los aventureros que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponian al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes expresas del gobierno, y á las obligaciones que tenia contraidas con él: en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstuviese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificacion; en vano en fin la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera la amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones

1 Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cecilia Vazquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos, olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa á doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

y avisos, seguía sin detenerse poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondia que su comision para la mar del sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podia ir á donde mejor le conviniese: á la audiencia, que don Francisco Pizarro no tenia fuerzas suficientes para acabar la empresa que habia comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas: al ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último á los que podia hablar con mas franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras mas ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al Adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras ácia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atahualpa, caía fuera de los límites señalados á aquel gobernador, y estaba aun por ocupar. Esto fue poner espuelas al deseo del Adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela en su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veinte y siete caballos, y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros

como auxiliares, y los mas de servicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas que prohibian semejantes traslaciones de naturales: pero al Adelantado entonces no contenian ni el respeto, ni la conveniencia, ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habian pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguíanse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fue quien tanto se señaló despues en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Mas de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navíos. Llegado al puerto de la Posesion, le vino á encontrar allí el capitan García Holguin, á quien de antemano habia enviado para que fuese á la costa del Perú, y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguin confirmó las noticias que habia dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y allí el Adelantado, para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navíos que se hallaban en el puerto. Teníalos apercibidos el capitan Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con ahinco para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecia muchos, ni sus reclamaciones fue-

23 de enero de 1534.

ron bastantes para excusarle aquel desabrimiento; y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles que le siguieron, á buscar á su amigo en el Perú, y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Caraques, cerca de Puerto viejo, y allí desembarcó su tropa. Dícese que en aquel punto, y aun antes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeando, y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Chincha, Marzo de 1534.
donde él sabia que se acababa la gobernacion de D. Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fé, el ejército, cansado ya de navegar y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometía, pidió á voces á su general que le condujese allá, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros dias, á la verdad, les salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso, pudieron adquirir alguna riqueza, bastante por ventura á contentar ánimos menos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron despues enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guia ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas ó rios, y la parte mas llana erizada de malezas y espesuras, por donde solo podian

abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron tambien acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentirlas, ó los dejaba sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y la ocasion en que su mal deseo les trajo á agonizar y perecer en tan horrible pais. El mismo general atacado de ellas estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron despues á parages menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun oro hallaron y ese recogieron: pero al cabo de cinco meses que asi andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelecerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el pais, tuvieron que vencer rios caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer, detras el Adelantado con el segundo, y en fin el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenia todo el aprecio y confianza del general. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve

caía á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban mas expedítos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenian los puertos, y llegaron á un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algun tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el general de los peligros que tenía aquel paso, y de la necesidad que habia de atravesarle para llegar al buen parage en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el Adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya antes era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frio cruel. Los españoles al fin mas robustos, mas bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse menos del rigor del temporal, y cual perdiendo la vista, cual los dedos, cual las manos y los pies, cual quedándose enteramente helado, todos en fin horriblemente padecian. Arrimábanse á los peñascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba

la voz, y se les helaba la vida. Cogióles la noche asi, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque, á excepcion de algunas pocas tiendas que los mas acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demas tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose mas que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el Adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le habia hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion le presentaba. Vino la luz, y al aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin órden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegamente al lugar de donde habian salido. Entonces Alvarado desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdicion, corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frio habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atras; que no fuesen pusilánimes, y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles mas aliento, hizo pregonar que los que quisiesen oro, lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al Rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban para quedar mas expeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien agenos de aprovecharse de aquella oferta, tan forzada como inoportuna [1]. Ya en

1 Castellano hubo á quien presentándole su negro una

esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos en fin mas animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era mas áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frio á entorpecer los caballos: ya los españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas esmeraldas que habia recogido, y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado oyó los gritos de su muger y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso mas bien que salvarse quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entretanto la nieve y el viento arreciaban cada vez mas: el que se distraía ó se paraba era perdido, el que mas andaba libraba mejor, todo se arrojaba para quedar mas libres, oro, armas, ropa, preseas, quedaban esparcidas por la nieve. Lo que habia costado tantos sacrificios, y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba

carga de oro, *anda en mal hora*, le dijo; *el verdadero oro es comer.*

y se aborrecia como cosa vil y aun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos en fin, abatidos, y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mugeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que solo podian consolar las esperanzas de encontrarse con un pais rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto: porque apenas se habian reparado algun tanto, y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el pais, las frescas huellas de caballos que encontraron de improviso, les dieron á entender que ya andaban por alli otros españoles. Ultimo golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande, empezó ya á temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el pais por otros castellanos, le era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba, por cierto, en su siniestra conjetura. El Mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle; y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel

de Piura, y con el destacamento que tenia Belalcazar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corredores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra, habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos, sino descubrir nuevas tierras, y servir en ello al Rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al Mariscal con una carta en que manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarian todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados; añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caía bajo la jurisdiccion de Don Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para go-

bernar al oriente todo lo que caía fuera de los límites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al descuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender, que asi como defendia la gobernacion de su compañero, defendería tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion, y prosiguió su camino acia allá.

Hasta aqui las comunicaciones eran mas corteses que hostiles. Mas no por eso, cuando ya los campos comenzaron á acercarse, dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles, cuando los ánimos no estan enconados. Los recien venidos ponderaban su fuerza: los de Almagro con mas cautela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas provincias de aquella gobernacion estaban aun por repartir, y que mas cuenta les tenia entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer [1]. Empezó tambien la deser-

1 El mismo Alvarado en la carta que escribió al Emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedicion, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, *que si yo*, dice, *quisiera partirme á mi conquista, no hallára treinta hombres que me siguieran.*

cion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al Mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo este llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente, tendidas las banderas, y en son y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno, y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenia mas que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venian sobre él, no desmayó por eso, y fiado en el valor y resolucion de su gente y en los manejos secretos que tenia en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba á los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autoridad y entereza de un hombre que manda en el pais, envió á decir á Diego de Alvarado que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto, y asi lo hizo. Entonces el Adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. *Picado es libre*, contestó Almagro, *y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello*. Y para acabar de poner las formalidades de su parte, asi como estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva poblacion de Riobamba, que en aquellos mismos dias quiso fundar alli, para alegar en todo caso la primacía de posesion. Estos comisio-

nados intimaron judicialmente al Adelantado que se fuese á su gobernacion de Guatemala, que no usurpase la agena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. *Yo soy gobernador y capitan general por el Rey*, replicó vivamente Alvarado, *y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernacion. Si el Mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa, que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército.*

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo, ni su vanidad, ni su pujanza le podian defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazon. Contra el parecer de todos habia salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú: Veía á los suyos inciertos, divididos en opinion, y muy poco ganosos de pelear: mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la mas mínima señal de flaqueza. Cedió pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos, para que conferenciasen con él, y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales que se apalabró para el dia siguiente, y se verificó en Riobamba, á donde pasó el Adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el Mariscal con toda especie de honor y cortesía; y luego que estuvieron en presencia uno de otro habló primero Alvarado:

«*Públicos*, dijo, *son en las indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas tambien las mercedes y honores que he recibido del rey. Gobernador y capitan general de un reino tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto, y reposar en tan gran dignidad y confianza: pero el ocio dice mal con la profesion de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida, y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer mas honra de mi Rey, y mas celebridad en el mundo. Habilitado por S. M. para descubrir por mar, dejé el designio que tenia de tomar mi rumbo á las islas del poniente, llevado de la fama que corria de las riquezas de estas tierras del sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador Don Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, segun veo, está ya ocupada, por mi parte, señor Mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el rey será deservido.*" Almagro en pocas razones, segun su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito diciendo, *que no habia creido jamas otra resolucion en tan honrado caballero.* En esto llegaron Belalcazar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al Adelantado; lo mismo hicieron los de este con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimientos urbanos y caballerosos. Pareció tambien alli Antonio Picado, y su

general lo perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fue restablecido en la gracia del Mariscal.

Tratóse luego del concierto que debia tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaquez, y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el Adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por los gastos que habia hecho, y en precio y
26 de agosto de 1534. paga de la armada 1. De todo se hizo pública y formal escritura; y aunque de semejante transaccion pudiese pesar á algunos de los gefes del ejército de Alvarado, que perdian por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Asi se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesanía, que nada perdian sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor Mariscal, les rogaba que

1 Herrera dice que fueron 120 mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta que he tenido presente, solo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la poblacion proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fue autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aqui se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto viejo hasta Quito duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

le reconociesen gustosamente por su caudillo, de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fue realizada y aun excedida por el generoso caracter de Almagro. Los oficiales del Adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respetos y á darle su obediencia. Él los recibia con tanta afabilidad y agasajo, y los metió despues tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los hizo suyos, no solo durante la vida, sino hasta despues de la muerte: pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fue por las pretensiones desmedidas que en él produjo, y por la envidia que causó en sus rivales, ocasion muy principal de los males que despues sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes [1].

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostraciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver á las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcazar, con quien se quedó

1 Alvarado lo presentía así cuando en su carta al Emperador decia, hablando de la gente que el dejaba al Mariscal: *con la cual se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos, que diz que trae de V. M., no sea parte para que entre ellos haya alguna gran discordia por donde se pierda todo.*

buena parte de la gente de Alvarado, y le dió órden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenian los Incas en el Quito. Envió un capitan para que poblase en Puerto viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recien llegados al Perú; y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que despues se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el Mariscal y el Adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la sazon se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesías que pasaron entre los tres; si bien no faltaron malsines que quisieron inducir sospechas en el ánimo del gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecia tan absurda sugestion, recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado; y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados, prometió hacer tanto en su favor, que asi él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron despues á ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo por los clavos y vestigios que aun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto,

encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se despidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro, y con los magníficos presentes que el gobernador y Mariscal le hicieron, pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin honra. La expedicion á la verdad no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometian: pero él habia salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador, y volvia cargado de cajones de oro y plata, á manera de mercader [1].

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Limac ó de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecia todas las comodidades que podia desear para este fin: posicion central en las provincias, proximidad á la mar; suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió pues, fijar allí el grande establecimiento que

1 Está relacion de la expedicion de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado; que es lo único para que puede ser util su imperfecta y parcial narracion, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita coleccion del Señor Don Antonio Uguina.

proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar, y cuatro de Pachacamac, junto á un rio, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Xauxa, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundacion con todas las ceremonias acostumbradas, 18 de enero de 1535. en 18 de enero de 1535 [1]. Púsole el nombre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que habia de fundarla. Pero el nombre que tenian el valle y rio en que se sentó, ha prevalecido sobre el primero; y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la poblacion que allí habia proyectado el Mariscal Almagro á la vuelta de su última expedicion, y de que quedó encargado Miguel Estete; y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se habia hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó tambien en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcazar, repartió la tierra, se ganó la aficion de todos los vecinos de ella, y procuró con medios suaves atraer de paz á los indios. Bien sabia él usar es-

1 A los mas ha engañado el nombre de los Reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fue fundada el 6 de enero. En el texto se sigue al P. Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundacion de Lima* fija la fecha en el dia 18 de enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del nuevo mundo es irrecusable.

tas artes cuando quería, y mas entonces que, viejo y cascado, menos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes, en suma, hacer vida de príncipe, objeto á que se habian dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambicion se despertó. Así puede llamarse esta época una de las mas afortunadas de su vida, si se ha de medir la fortuna por la ambicion satisfecha: puede llamarse tambien quizá la mas gloriosa en realidad, siendo cierto que vale mas la fama que se gana en conservar y edificar, que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco, y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos, para producir la ponzoña que causó despues tantos estragos.

Hallábase aun en Trujillo, cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que Don Diego de Almagro fuese gobernador desde Chincha en adelante. Oida que fue esta noticia por Diego de Agüero, uno de los capitanes que habian servido con Almagro en la expedicion del Quito, voló al instante á ganarse las albricias de la noticia, y alcanzó á Almagro junto á la puente de Abancay, cerca del Cuzco; y sin tener ni orden ni comision para ello, le dió la noticia y el parabien de parte de Don Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su buena fe acostum-

brada, *que le agradecia el trabajo que se habia tomado, y tenia en mucho la merced que el Rey le hacia, y se holgaba de ella, porque asi nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado: pero que en lo demas tan gobernador era él como Don Francisco Pizarro, pues mandaba lo que queria.* Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de siete mil pesos, y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allí con poderes amplios de su compañero, para tomar á su nombre el mando de aquellas partes, y facultad de descubrir por sí ó por otros ácia lo que llamaban Chiriguana, al medio dia, corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demas principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos, cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos, por consiguiente, era tan grata como para él aquella noticia, pues le veían ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco, fue recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto, los dos Pizarros Juan y Gonzalo, y demas gente principal que alli habia. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones, pues las originales las traía Hernando Pizarro, el mal aconsejado Mariscal se desvaneció de modo, que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero, porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion, y sí de la se-

gunda que se le confería á él, fuera menoscabar su autoridad, cuando ya sus poderes emanaban del Rey mismo.

No dudaba entonces el gobernador que el Cuzco caía fuera de los límites de su mando. Dolíole sin embargo perder de aquel modo la mas rica joya de su conquista, y mucho mas no haber repartido la tierra, y ver que otro habia de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado, pues, de amigos mas interesados por él que por el Mariscal, y todavía mas impelido de su propia ambicion y anhelo de mando, revocó los poderes que habia dado á su compañero, poniendo por pretesto en las cartas que escribió, así á él como á la ciudad, que lo hacia con el fin de que asi quedase el Mariscal mas desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con expresa orden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos; porque si no se aprovechaba de ellos debia seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazon le ejercía. Con este despacho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó al Cuzco mucho despues que el Mariscal; á quien no hubo que notificar nada, porque no hacia caso de los poderes que el go-

bernador le habia dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponia y prometia, como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendiéronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguia á los dos hermanos; pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al Mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo dia en que salieron los dos bandos á la plaza, ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderacion de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el Mariscal guardase la suya, para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera, y á Antonio Picado, á quien habia hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos: porque recibió el mensage que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que habia pasado, y despues una carta de un Carrasco en que le de-

cia que se diese priesa si queria ver á sus hermanos vivos. Él se alteró, llamó á Moscoso y le reconvino por su falta de verdad: mas insistiendo el otro en que la carta mentía, envió con él á Antonio Picado, para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fue derecho á la iglesia, donde al instante le fue á ver el Mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorumpió Pizarro: *Mirad como me haceis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maiz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que, habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo? - No era necesaria esa prisa*, contextó Almagro, *pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estais y lo sabreis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han podido disimular el pesar que les causan las honras que el rey me ha hecho.* Llegó en aquel punto Hernando de Soto acompañado de muchos caballeros á darle la bien venida; y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo, que ya el Mariscal se tenia por gobernador del Cuzco, y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho mas que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua, ni del decoro que se debia á sí mismo y á su antiguo compañero: no asi el del Mariscal, á quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respetos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningun agravio positivo, y acaso mas bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendría á su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron facilmente oidos á las gestiones de conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron;
21 de Junio de 1535. (1) y la amistad y compañía de los dos capitanes se volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Votáronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compa-

1 Asi está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia á la letra: Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion expresa á la causa inmediata de aquella primera disension, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavía: pero ¿no parecia natural prever y precaver el caso para cuando llegase? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia, la cual parece mas una renovacion de compañía mercantil, que un arreglo político de mando y de gobierno.

ñía, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; esto es, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida, y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaría yo á creer, á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fé, y que tenian ánimo de cumplir lo que entonces ofrecian. Es cosa deplorable por cierto que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y jurada, se rompiese despues de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos si infunden respeto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrílego, aunque con razon se le tache de perjuro.

Publicóse despues la jornada del Mariscal para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, asi por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobernacion que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habian hecho todavía su fortuna, y aun algunos que la tenian, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato, y su liberalidad sin límites, le ganaban todos los corazones, de manera que apenas habia quien no le quisiese seguir. Ciento

y ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenian con que equiparse, sin recibir por ello mas obligaciones, que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra á donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron [1]. Esta profusion mas que real con que se preparaba á su viaje, le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo don Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la expedicion, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante de sí á Paullo Topa, un indio principal, de quien se hablará despues, hermano del Inca Mango, y al Vilehoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos para que le preparasen y allanasen los ánimos de los naturales; y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que de-

1 Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenia un dia junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lope le pidió uno: *Toma*, le respondió Almagro, *los que te quepan en las dos manos*; y sabiendo despues que era casado, le mandó dar 400 pesos para que se fuese con su muger. A otro que le presentó una adarga, le agasajó con 400 pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados: al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló 600 pesos: etc., etc.

jaba en el Cuzco y en Lima, para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro: que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase, y no hubiese nunca impedimentos ni estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedia como hermano, como amigo, y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecia todo el tesoro que quisiese. *En esto*, le decia, *dareis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos.* Á esto respondió el gobernador, que le tenian amor de padre, y no darian jamas ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero sin duda para los oidos de un hermano, dificil de seguirse, atendido el caracter del gobernador; pero honrado, seguro, y inspirado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda prisa venian sobre ellos [1].

No bien partió Almagro para su expedicion, cuando el gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando á su hermano

1 *Pizarro*, dice Herrera, *aunque era astuto y recatado, pero en la mayor parte fue de ánimo suspenso, y no muy resoluto.* Década quinta, lib. 7. cap. 13. Acaso no podia él ya con sus hermanos lo que debia, á pesar del respeto que suponía en ellos.

Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construían; lo cual era entonces su pensamiento favorito, y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos dias todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del general respetada y obedecida como suprema ley; y no siendo esta voluntad, como le sucedia siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fue otra época de su vida, honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se habia sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso, ver á aquel hombre de una educacion tan descuidada, y tan falto de noticias, disputar con los artífices sobre la dimension de las *calles*, *altura* de los edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con *razones tocadas* de la política, del comercio, y de la salubridad, la posicion que habia elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recien llegados á apreciar y disfrutar aquel paraiso en donde los ponia. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos: y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabia dar con gracia y con magnificencia cuando era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Henriquez, á Tello y Luis de

Guzman, á Hernando de Soto cuando se despidió de él para venirse á España; en fin á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe, sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador [1].

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venia con comision del rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traía Hernando Pizarro, y este no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al obispo que su comision era ya supérflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernado-

1 Sabia dar tambien como particular con discrecion y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solia jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo, y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasage del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese: mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo, ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó mas de tres horas, y llamándole á parte, le dió el oro, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tantos mas, que el trabajo que habia padecido, con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra mas que aquel paso de arrojarse al rio de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo que, caido impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñíanle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó, *que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.*

res por la última concordia que habian hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en aquel pais se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse á su iglesia, reusando el gran presente que el gobernador quiso hacerle, y admitiendo solo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fue tambien cuando Pizarro dió al capitan Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los Chiachapoyas, nacion situada al oriente, para ensanchar por allí la dominacion española y la propagacion del evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedicion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de caracter que siempre le distinguieron, y supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en las de los indios.

Llegó en fin á Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada, casi como lo habia hecho al tiempo en que Colon vino á presentar el nuevo mundo á los reyes Católicos. Ahora

se cumplian las esperanzas de entonces, y por ventura excedia la realidad á la esperanza. El mensagero que tanta parte habia tenido en aquellos acontecimientos, fue altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la corte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de Santiago, la facultad de llevar ciento y cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese á las Indias; en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho á los gobernadores, comandantes, y demas empleados públicos, por quienes hubiesen de correr sus negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el gobernador se le dió el título de Marques, y setenta leguas mas de gobernacion, por luengo de costa y cuenta de meridiano. Al Mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el título de Adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, línea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los límites de la jurisdiccion de don Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por succesor de ella despues de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsis-

tido. Las cartas con que el rey contextó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerles siempre merced. Al padre Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fue presentado á su Santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la corte tenia tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó á Lima poco tiempo despues que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dícese que á vista de las provisiones que enviaba la corte se renovó en el gobernador el sentimiento de emulacion y de envidia contra su compañero: y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contextó que los servicios del Mariscal eran tan notorios en la corte, que aun aquel galardon parecia corto al rey y al consejo; que por lo demas, en las setenta leguas que le traía añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien mas allá, con lo cual

debia desechar aquel cuidado. No omitieron sin embargo los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse mas y mas de aquella gran posesion. En primer lugar dilataron entregar á Juan de Rada, capitan de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia, para llevárselos con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaría: todo para dar lugar á que el Adelantado se alejase mas y mas cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios, que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazon estaba encargado á Juan Pizarro: pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, queria que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviese en manos mas firmes y mas capaces.

Entretanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la corte, ostigaba á los conquistadores para que hiciesen á el rey un servicio extraordinario, y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos facil oido á estas persuasiones: decian que bastante hacian por el rey en enviar-

le aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello: que no querian contribuir mas con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traido sino el hábito de Santiago para sí, y el título de Marques para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecia al rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuerda era delicada, y el gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. Él los defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á don Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponia nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedia que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concedería á perpetuidad los indios, que hasta entonces no tenian mas que en depósito. Estas palabras dichas con la afabilidad que solia cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazon se hallaban en Lima: de modo que, reunida gran cantidad de dinero para

el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco, á ver si podia conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entretanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo y de su resolucion. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros, y aun los desastres. Creíase que solo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aun inciertas del Adelantado Almagro: pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra, y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion desde mas arriba, y llevar la vista y atencion á los indios, de quienes mucho tiempo ha que no hablamos.

No por ver al Inca desbaratado y prisionero en Caxamalca, desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debian á su rey y á su pais. Si no pudieron inspirar mas despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo menos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron

todos libres é independientes, sin reconocer ni sufrir el ageno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcazar, sucumbió á la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario, pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza [1]. Ya hemos visto como pereció Chialiquichiama en poder de Pizarro, y su suplicio acredita menos su culpa, que el temor que infundia con su crédito y con su valor, y la poca esperanza que se tenia de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba; llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitan de los mas valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los Guamanconas oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra: primero en el puente de Apu-

1 Belalcazar le sorprendió por la traicion de algunos indios que avisaron donde estaba: hízole dar tormento á él y á sus compañeros de prision para que descubriesen los tesoros del Quito; *pero ellos*, dice Herrera, *se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia y él inhumanamente los hizo matar.*

rima, cerca del Cuzco, contra el gobernador, y luego contra los castellanos de Xauxa acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazon en aquel valle. Allí se peleó mas obstinadamente: los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fue muerto y tambien tres caballos, y ademas prendieron á sesenta Yanaconas, que Quizquiz hizo matar luego, como sus mas implacables enemigos. Él prosiguió su camino al Quito, á donde habia ofrecido llevar sus mitimaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcazar en que tambien fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron á Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veía que eran invencibles. Él los llamó cobardes, y acalorándose la disputa sobre si habian de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demas le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debian poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeon de la independencia peruana. Mucho mas cuando los españoles, despues de la muerte de Toparpa, continuaban la farsa de tener un Inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar, y aun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia Don Francisco Pizarro, á poco tiempo de estar en el Cuzco, hecho poner la borla de rey, con todas las ce-

remonias acostumbradas en el pais, á aquel Mango Inca, que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que á ley de hijo de Huayna-Capac era á quien con mejor título pertenecia el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el Inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto á que el gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco: los indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso, que el Inca Mango siguiese mas bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos despues de estar conformes entre sí, conciliar tambien á los naturales; pues aunque en una junta que tuvieron con los mas distinguidos, persuadieron, rogaron, y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el Inca y sus parientes quedaron enemistados [1]. Des-

1 Sucedió en esta junta que un hermano del Inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se hallaban no hablaban con su Rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenian un espíritu tan brioso y resuelto, que el Gobernador español se alteró oyéndole, le amenazó, y le dijo malas razones; cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

pues, cuando Almagro partió á su jornada de Chile pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos antes, á su hermano Paullo Topa, y al Vilchoma, dando á entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenia por inquieto y peligroso en razon de su poder. Esto, á lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que pura apariencia: pues antes de partir, dejó concertado con Mango el plan del levantamiento, y apenas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte en él y á dirijirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el Inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias convecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debia hacer, para salir de la sujecion en que aquellos extrangeros los tenian: recordóles la mansedumbre y justicia con que los habian gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas: manifestó el desorden y trastorno que todo habia padecido con la llegada de los castellanos, el sacrílego robo de los templos, la corrupcion de las costumbres por el desenfreno de su lujuria, tenidas por mancebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin mas ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos

habian hecho alianza con los Yanaconas, la clase mas vil de aquella tierra, y les habian dado alas y soberbia para insultar á sus señores, y aun vilipendiarle á él: lo mismo sucedia con muchos mitimaes, de modo que ya no faltaba sino que le despojasen de la borla. ¿Qué habia hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada, y dar muerte á Atahualpa, á Chialiquichiama, y demas personages, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtióles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en tomar remedio, ya despues seria tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podia ser mas oportuna: los mas valientes y mejores se habian alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile: los demas, divididos y situados á grandes distancias, podrian ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso pues aprovechar la coyuntura inmediatamente, y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y despues á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darían la vida por él: que los sacase de aquella dura servidumbre, y el Sol y los dioses estarían en su favor. Y pasando despues á consultar las disposiciones que deberian tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fue en que procurase el Inca sa-

lir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese, y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos que al fin los Yanaconas no los rastreasen y avisasen de ello á los españoles Asi es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fue vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda, para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa, pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temian; y ademas Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto, ni tampoco su resolucion. En esto llegó Hernando, y, sea compasion ó desprecio, sea política ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fue poner á Mango en libertad. Él usó de ella al principio con discrecion y con recato. Supo ganar los oidos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasion con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el Inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango pues salió del Cuz-

co á ciencia y presencia de todos, acompañándole, ademas de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este á los ocho dias conoció el yerro que habia cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al Inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos que le dijeron como iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso sin embargo dar vista á Calca, y fue acometido de los indios, que le dieron en que entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos, y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolucion como porfia. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio: porque mas habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicion al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron pues como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza exterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearon las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se

comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavía mas de los que eran. Los españoles reducidos á doscientos, y á mil Yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se defendian como podian de las piedras, flechas y armas arrojadizas, que á manera de espeso granizo venian disparadas contra ellos. Hacian á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras, y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenian que volverse á sus guaridas, y los indios rehechos repetian sus ataques y sus insultos. Pudieron en fin los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aun echar á sus enemigos de la ciudad; mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior, les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela tambien, y con efecto se consiguió, pero fue á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que, por la fatiga del dia, se acababa de quitar la celada. Era de los cuatro hermanos el de menos orgullosa y arrogante condicion, y por eso su pérdida fue sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatía la fortaleza, se combatía tambien en la ciudad, y los indios añadiendo golpe á golpe la

pusieron fuego por diferentes partes. Las casas cubiertas de paja, segun el uso general del pais, ardieron en un momento; los españoles veían quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los dias y aun los meses; socorro, por mas que lo esperaban, no venia, los bárbaros les arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del pais segun los encontraban, y la imaginacion ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heróico, pero aguardar insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El ayuntamiento se inclinaba á ello y aun lo pedia; pero Juan Pizarro antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sugetos todos de caracter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza, y que antes se debería perecer. Este dictamen prevaleció, como era regular que sucediese, entre hombres tan valientes; y la conservacion del Cuzco se debió entonces sin duda á la resolucion verdaderamente heróica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que seria conveniente ir á atacar al Inca en el Tambo del valle de Yuçay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio babia fijado Mango su re-

sidencia [1]. Tomó á su cargo la expedicion, y con setenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos, llegó cerca del Tambo y ahuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le salieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del Tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzar sobre él, le desordenó los caballos, y fuele preciso retirarse á un llano frontero de la puerta del lugar para rehacerse. Entonces los indios cobrando ánimo, salieron á él con tal gritería y tal intrepidez, y en tan excesivo número, que los castellanos empezaron á temer, y mucho mas cuando vieron, que en un momento sacaron de madre el rio que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase á su confusion que oían y sentian disparar mosquetes contra ellos, señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellanas y sabian usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga: los enemigos á cada paso le cargaban y le detenian, y el suelo erizado

1 «*Por todas partes del*, se habla del valle de Yucay, *se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia: especialmente los que hay en Tambo, que está el valle abajo tres leguas entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo..... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inexpugnable el sitio: y por lo bajo está lleno de grandes andenes que parecen murallas, unas encima de otras.*» PEDRO CIEZA DE LEON: Parte primera, cap. 94.

de espinos y de puas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podian caminar. Los indios lo habian previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco, no solo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavía mas en otra salida que hizo despues con ochenta caballos y algunos infantes. Habian aflojado los indios en el sitio, y retirádose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre; creyendo Hernando Pizarro por lo mismo, que le seria fácil sorprender al Inca en el Tambo á donde antes fue á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la rapidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de mas de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del Tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos armados de espadas, rodelas y morriones quitados á los nuestros, salian de sus reparos, arrostraban los caballos, y se entraban furiosos

por las lanzas castellanas. Fue pues forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, á donde de allí á pocos dias dieron los indios de improviso, por disposion de su Inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este teson, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuanto pudieran hacer los indios en su defensa, si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes al ejército, asi como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fue atacado el Cuzco fue embestida tambien Lima. Allí á la verdad no con tanto efecto, ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra mas llana dejaba toda su fuerza y su pujanza á los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre, y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el gobernador no sentía allí ni por sí mismo, ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte: los indios tenian interceptado el camino y aun la tierra: todos los castellanos dispersos eran muertos: los diferentes destacamentos enviados, ó por noticias, ó en socorro, tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habian podido volver fugitivos y

espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el Inca, para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientes los españoles, que en unos parages ó en otros habian sido sacrificados por los indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso pais, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba lejos; los demas establecimientos españoles de América lo estaban tambien, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso pues que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pie y de á caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió ademas á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú, y pidiendo á toda prisa socorros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas, podia conocerse la fuerza de los recelos que tenia. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decia: *que si la socorria le dejaria la tierra y se iria á Panamá ó á España* [1]. De todas partes le acudieron á su tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés

1 Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro, y por él se cobrase la tierra, cumpliese Pizarro su palabra. Estas expresiones, ademas del desaliento

le envió dos navíos con armas, gente, caballos, y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los dias solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demas partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú, cuando ya sus conquistadores por sí solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y aun el gobernador fue notado de pusilánime por haberse creido tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolucion tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navíos del puerto, quebrantando asi á los indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era obligacion suya mantener y asegurar el pais que habia conquistado y gobernaba; y miradas sus precauciones por este lado, no desdecian de su posicion y atribuciones, aun cuando por ventura sus palabras fuesen sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos dias con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de

que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasion en que asi los Pizarros, como los demas conquistadores del Perú, estaban de que el pais era suyo.

veteranos, y al tiempo en que mas lo habia menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacía que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles, cuando empezó á oirse en el Cuzco que el Adelantado volvia. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata conexion con esta vida, aun cuando por sus resultas no dejen de tener relacion con ella. Vendríase por otra parte á coincidir en su narracion con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenian que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranías del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces con quienes tenia que estar continuamente combatiendo, y que si á veces se podian vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hácia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningun descubrimiento importante, ningun establecimiento útil, ningun hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que

salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, despues de haber corrido mas de trescientas leguas al mediodía, viendo que la tierra era mas pobre mientras mas se internaba en ella, y no hallando mas que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro, y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atras. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados; y la facil adquisicion de tesoros, de poder y gloria que habian hecho ya tantos otros. y aun ellos mismos, en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacia mirar con ceño y desden todo lo que no fuese un imperio que rendir, y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del Adelantado las provisiones originales de su gobernacion que Juan de Rada le habia traido, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolucion de volver, en la impaciencia que él tenia de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decia que si le aconteciese morir allí, no quedaria á su hijo mas que el nombre de Don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allá al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites, y que ellos tenian voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejantes, la cabeza de aquel

hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la corte le hacia, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y facil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugestiones de la ambicion; y era dificil que no se decidiese á contentar la suya y la agena á toda costa. Dióse pues la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los indios, y el peligro y trabajos de los españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria, y mas satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir á su expedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el Inca, desde Arequipa donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades; el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido; y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta: echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fue entendida por los castellanos del Cuzco, que

casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de españoles estaba en el valle de Xauxa. Era el de Alvarado enviado, como ya se dijo arriba, por el gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que despues se expresarán, se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero á que atendió fue á romper las inteligencias de Almagro con el Inca, sin duda para quitar al Adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envió pues con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con Don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino Don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos castellanos de Almagro que á la sazon estaban con él, añadiendo, que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era Don Diego de Almagro, y por tanto queria que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con solo cortarle un dedo, y con este escarmiento y respuesta, le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fue tratar de inquirir el designio del Adelantado, el cual ya se habia acercado á Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decia él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de D. Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habria avisado de su llegada, ó se hu-

biera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese: pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro; la cual se les hacia cada vez mas sospechosa, viendo la insolencia, y oyendo la gritería de los indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á veces les decian, que ya era llegado Almagro que habia de matar á todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habian creido de buena fé que el Adelantado se iba á juntar con el Inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensages que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yucay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con orden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse: porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile, viesen que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recien venidos sin hacerse mal ninguno, antes bien

con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del Adelantado, y avisando de ello á Mango, el Inca en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenia ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta ácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entretanto este capitan una conferencia con Hernando Pizarro cuando este salió al reconocimiento, de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atreverse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenian. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general: Pizarro por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. Tambien por su parte el Adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer á los españoles del Perú, y á su amigo el gobernador en el aprieto en que estaba: que era su intento tambien tomar posesion de la gobernacion que el rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compañía

que había entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua, que le dijesen cual era en realidad la intencion del Adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano, ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones. *Como tal sea su intencion*, dijo Hernando entonces, *suyo será el omenaje, y hará de todos á su voluntad.* Acordóse en suma por los Pizarros que se contextase al Adelantado, que fuese su señoría bien venido, que no creían que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que habia entre él y el gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde seria muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparia la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fue asi: porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenia, ye l desprecio y mofa con que á la sazon bablaba de la persona del Adelantado, como siempre lo hacia, agriaban cuantas buenas palabras podia dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para mas facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones marcharon al Cuzco en orden

de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas: y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban; envió el Adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales, con la intimacion expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no habia mas que doscientos hombres de guerra, divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y por consiguiente poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo, antes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos; ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podia contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios

con las provisiones, los envió al ayuntamiento diciendo que este vería lo que habia de hacer. Los pobres regidores no sabian á qué atenerse, ni qué decidir: dentro tenian una especie de tiranos á quienes no querian ofender, y fuera una fuerza superior á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon, pues, que las provisiones eran claras, respecto de la gobernacion del Adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacia mencion ninguna: que ellos no eran letrados ni geógrafos, para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites ó no: pero que siendo el caso grave convenia mirarlo bien, y para tratarlo con mas quietud, convendria que se hiciese suspension de armas por algunos dias. El Adelantado, á quien se comunicó esta declaracion por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspension de armas que se le proponia, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenia preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua, con la condicion de que él permanecería en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaría adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fé: no asi sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, asi como las propias suyas despeñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que

aquello no era mas que ganar tiempo, para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya segun fama se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder segun las reglas mas estrechas del pundonor militar: pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajustaban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron, pues, en este dictamen á su general, que dió por ventura, contra su inclinacion, la orden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos, y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad, por ser la noche obscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores, y descontentos de aquellas diferencias. Solo en la casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra, y unos mosquetes montados á la puerta. El Adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia: Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se

arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenian, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro, que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento. *Yo no me doy á tales soldados*, contextó él, y seguia combatiendo. *Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad*, replicó Orgoñez, *y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse, ó aparejar las manos y pelear*. Peleábase en efecto con todo el furor que cabe en ánimos desesperados; y Orgoñez juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuyo techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante feroz se veía el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. Él insistia en combatir; pero el fuego cundia á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caían sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no habia que esperarlo. En aquel conflicto todos de tropel, asi el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habian salido

de ella, cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó á los dos prisioneros la humillacion de verse en su presencia; los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones 18 de abril de 1537. reales que llevaba, y él recibido y publicado por gobernador, anunció que no trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas, y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitan, que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco meses antes habia sido enviado por el gobernador para socorrer la capital amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Xauxa, pacificando aquellos naturales. Decia para justificar su tardanza, que asi se lo habia mandado el gobernador; pero sus enemigos, para acriminarle, le imputaban que se habia detenido allí por los intereses particulares de su amigo

Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. Á la noticia de su venida el Adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernacion agena, ó diese la obediencia al que la tenia, ó se volviese al distrito de la gobernacion de don Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Almagro, con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinion y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y *cortesía* por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso mas bien que resolviese guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos y poner en prision, contra la fé pública y el caracter de que iban revestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian menos de venir segunda vez á rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo

que era, y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debia hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra siguiendo el dictamen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenian ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarian de su parte, y asi se pondrian en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenia tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenian todavía los respetos de su amistad antigua con el gobernador, aunque aborrecia á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos. *Mostraos en buen hora piadoso*, replicó Orgoñez, *ahora que podeis: mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno*: palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba, si al fin venia á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos á combatir, salen los castellanos del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran

iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza: los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitan de mas reputacion entre ellos, mantenia inteligencias con Orgoñez [1]. Alvarado sospechándolo le habia mandado prender, pero él pudo escaparse, atravesar el rio, y pasarse al Adelantado. Acrecéntose con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenia tan grande en el crédito de valor que gozaba, y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso juiciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenia delante el rio, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. Él con otro cuerpo quedó para acudir á donde conviniese. Llegado Almagro al rio, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos. Mas Orgoñez su general no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el rio: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones

1 Lerma iba descontento, porque el gobernador habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó despues y se le dió á Alvarado.

muertos; recordóles que iban á pelear, no con indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al rio al frente de ochenta caballos los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputacion. Era de noche, el rio hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oían las voces de aquel hombre denodado: *Caballeros, ánimo, apriesa, que ahora es tiempo*, con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguian. Tiraban los contrarios á donde oían el rumor, mas los tiros se perdian y no hacian efecto alguno. Los caballeros, segun iban pasando el rio y llegando á la orilla, se apeaban, y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fue herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitan Guevara que mandaba en aquel punto. El Adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se habia quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se juntó á los suyos. Pasábansele ya algunos de sus contrarios: mas Alonso de Alvarado con el cuerpo que se habia reserva-

do y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacia con el mayor valor rostro á las picas y á las ballestas. Era de noche todavía: mezclábase el nombre del rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servian entonces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fue herido de una pedrada en la boca: pero aunque el golpe fue crudo, y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él cada vez mas feroz alzando la espada y exclamando *aquí me han de enterrar ó he de vencer*, se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podian resistir. Alvarado, que al romper el dia vió su desórden y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo dudoso de lo que haría. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba, y no habia entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendia, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente, y le hizo rendirse

prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitan enviado á tomarlos, y Garcilaso sabido el suceso, se vino tambien para el Adelantado, de modo que al salir el sol el campo era todo suyo, y fuera de duda la victoria.

Esta fue la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados despues. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos: ni despues de la accion se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas, que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de estado, ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñez tenia fulminado contra el general prisionero, cuando le llevaban al Cuzco [1]; mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase que se pagase de su hacienda propia; en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron despues ó por flaqueza ó por inconstancia, no por eso perdieron jamas el interes que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones,

1 La máxima de Orgoñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas; *porque*, decia él, *que perro muerto ni muerde ni ladra*. Cuando le llegó la orden de Almagro para que no se procediese á la rigorosa ejecucion de Alvarado, contextó con ceño y desabrimiento: *pues asi lo quiere, asi sea, y á él le pesará.*

llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió, con generosidad, tambien harto noble de su parte, la suspension de la terrible orden de Orgoñez, *ya eso está hecho*, respondia él con una satisfaccion y una alegría, que daba á entender bien claro la bondad de su corazon, y cuan poco habia nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y agena le tenia puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversacion era mas propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razon que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse, sí, con discrecion y templanza del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento seria conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenia, y cualquiera que fuese su resolucion, siempre le tendria por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del Adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo despues de la batalla, que lo que convenia era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitan Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del gobernador, y acabar asi á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decia él, duras á la verdad, pero las úni-

cas en que podian cifrar su seguridad, pues la experiencia tenia acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano: y que si ellos no lo hacian asi con los Pizarros ahora que los tenían en su poder, ellos lo harian con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su caracter, daban sobrada fuerza á sus palabras, que ademas de lisonjear el orgullo de aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente tambien del odioso concepto que justamente se habian adquirido los objetos de su proscripcion y de su ira. Asi es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinion rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecucion, y el ejército se volvió al Cuzco quince dias despues de la batalla, sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro entretanto se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Íbale á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atencion cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban largo como se ha acostumbrado siempre en América,

y todavía mas entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que enviados á Hernando Pizarro, este se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha mas eficacia lo que antes habia hecho por mera compasion y conveniencia. Él fue el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y contínuas sugestiones de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que, á no estar él de por medio, acaso el Adelantado, á pesar de su blanda condicion, diera acogida al fin á los consejos de su general, y sacrificára los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista al Marques gobernador: él á la verdad no habia intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna estan siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigian los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prision de sus hermanos fue la que le envió Alonso de Alvarado, de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que habia de hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que habia reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada nove-

dad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto despues, y considerando que por su parte no habia habido culpa en el rompimiento, *siento*, dijo, *como es razon, los trabajos de mis hermanos; pero mucho mas me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan.* Dichas estas palabras de desahogo ó de disimulo, y dado cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecia su aviso, y que aunque las cosas habian venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondría paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba á unírsele con la gente que tenia, no se avistase con el Adelantado, ni viniese á rompimiento. Llamó despues á los principales de su campo, y ponderando el deservicio que al rey se hacia en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él como á su lugar-teniente y gobernador le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos como lo tenia de costumbre y ellos experimentarian. Despues de este preámbulo artificioso les dijo, que como caballeros de honor y leales servidores del Rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguir-

lo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delicada: habian sido enviados para defender el pais contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban, cuando se encontraban con una guerra civil, y convidados á mover sus armas contra españoles Ignorantes de los sucesos y de las pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quien darian la razon. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces: hablábales el primer descubridor del pais, su principal conquistador, gobernador por el rey, y que, lejos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenia al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veían un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitan castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision, ningun mensaje, ninguna propuesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era facil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenian presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones, tuvieron mas cuenta con lo que la razon dictaba, que con esta inclinacion: y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros al Adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entretanto se envia-

se por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse, era averiguar si el Cuzco caía en la gobernacion de Don Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demas era excusado. Este dictamen hería la dificultad de lleno, pero tambien hería las pasiones, y no se hizo caso de él.

El gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion agena, y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolas de Ribera con un mensaje pacífico al Adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado [1]. Pero en esto llegó la nueva de la rota de Abancay, de la prision de su general, y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan, y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temíase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban

[1] Aquí fue donde puso guarda para su persona, compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda el que nada habia temido antes empezó á recelar por sí; á menos que lo hiciese por darse autoridad: pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

el acierto de la opinion del general Orgoñez, cuando queria que desde Abancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro, pues, resuelto á negociár para rehacerse entretanto, y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para despues combatirle de poder á poder, envió al Cuzco una embajada compuesta de las personas mas distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y mas antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas despues, compañero tambien en las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable; con tanta mayor razon, cuanto era público que él y los demas comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el Adelantado con los

suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro; el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí, y partir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó, que si como hombre oprimido se allanaba entonces á todo por cobrar su libertad, y encender despues la guerra para vengar sus resentimientos, seria mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen mas tardíos; una vez que lo que menos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones, tan perniciosas á todos, y á nadie mas que á los gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero, pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa mas ingénuo y entero con el Adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entonces Espinosa le llamó la atencion á lo que diría el mundo que los habia visto á los dos en tan perfecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre sí, causadores de sedicio-

nes y guerras civiles, manchando y escureciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenian adquirida: «*Mas, dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿donde está vuestro juicio cuando aventurais de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensais que el rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la órden que conviene para estorbarlos? No os engañeis: presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que á estos parages se envían, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de agena profesion, que, segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos, para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al albedrío y voluntad agena, y expuestos á sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones para que extendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas mas ó menos, vayais aho-*

ra á enojar al cielo, á ofender al rey, y á llenar el mundo de escándalos y desastres?" A estas palabras, dignas de notarse, por ser cabalmente un letrado quien las profería, se contentó el Adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á Don Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudoso, segun los límites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitablemente caía en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida, si menester fuese. - *Segun eso, señor Adelantado*, le replicó Espinosa, *vendrá á suceder aqui lo que dice el refran antiguo castellano: el vencido vencido, y el vencedor perdido.*

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernan Gonzalez que venia con ellos le traía tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazon como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó á rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro; y no es extraño por cierto que sabida por él, agriase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa, pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar ciertos artículos en que unos y otros se habian convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintiéronlo mucho todos los que deseaban sínceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla: sintiéronlo tambien los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no asi los soldados que habian militado con Balboa: acordábanse aun de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias; y veinte años de servicios, de fatigas y descubrimientos en tierra firme, de prudencia y moderacion en su conducta, no habian labado, ni labarán ya jamas, la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el Adelantado despidió á los embajadores, con encargo de que dijesen al gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que, oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligacion de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo, con el objeto de enviar al rey el oro de sus quintos, y de paso iría pacificando la tierra. Movió en seguida su ejército

á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado, encargados á Gabriel de Rojas que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debia ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco, y la victoria de Abancay, lo menos que decian era que iban á arrojar al Gobernador á mandar á sus anchos en las tierras de los manglares, y no habia de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chincha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los refuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales, y demas efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecucion, poblóse la ciudad que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre, y por la ocasion, parecia destinada á servir de padron á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entretanto Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas, y escaparse del Cuzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros

y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chincha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigorosos de Orgoñez, iba ya inclinándose á ponerlos en ejecucion respecto de Hernando Pizarro. Jamas estuvo en mayor peligro este capitan. pero Diego Alvarado, constante en protejerle, templó lo irritacion del Adelantado, y contradijo las razones que para despacharle daba siempre su general. Hizo mas aun, que fue salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arratraba frecuentemente. Tal debió estar un dia, que el alferez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle, y perdiendo toda consideracion y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazon, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el gobernador oido á la proposicion de poner el negocio en tercería, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del Padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sugeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fue el Adelantado, con mucha contradicion de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decia abiertamen-

te, que el Padre Bobadilla era mas aficionado á Don Francisco Pizarro que no á él: que este juicio en caso de fiarse á alguno, debia ser, no á un hombre exento como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios, y tambien temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadia, que la verdadera seguridad no consistia en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondia que si no podia esperarse justicia de un hombre de las prendas que acompañaban al Padre Bobadilla, no habia en el mundo de quien poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del Adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto era sin duda ir á cortar el mal de raiz, si todavía quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua: pues viéndose, hablándose y abrazándose, podian disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traidos y llevados por terceros. Concertáronse pues estas vistas para Mala, donde el provincial habia fijado su residencia y establecido su juzgado; y se hicieron todos los juramentos y pleitos omenages que se

contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no solo los gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban, mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgoñez, pero sospechando siempre, segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha: *Señor Adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino.* Él adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demas, y solo como por milagro se escapó el Adelantado de la celada que le tenian prevenida.

El primero que se presentó en Mala fue Pizarro, seguido, segun el convenio hecho, de solos doce á caballo que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo despues marchó el Adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el Padre Bobadilla, el Gobernador y demas capitanes se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fuese para el Gobernador con el sombrero en la mano y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenia puesta, y saludándole friamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veían, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad traspiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aqui ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenian endure-

cidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna mas atencion recibió á los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo *que iban de rua*, á lo que ellos cortesmente respondieron, que *para servirle.* El provincial rogó á los gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro; el primero que prorrumpió á hablar fue Pizarro, que preguntó al Adelantado: *¿Por qué causa le habia tomado la ciudad del Cuzco, que él habia ganado y descubierto con tanto trabajo? ¿Por qué le habia llevado su India y sus Yanaconas? ¿Por qué, en fin, no contento con estas tropellas, le habia hecho la grande injuria de prender á sus hermanos?* — *Mirad lo que decís*, contestó el Adelantado, *en eso de afirmar que ganásteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quien la ganó. Yo he ocupado el Cusco, porque era ciudad de mi gobernacion segun las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza y no por armas: vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos.* — *Si mis hermanos*, interrumpió el Gobernador, *siendo mancebos os la defendieron, mejor os la defenderé yo.* — *Por estas causas*, continuó Almagro, *he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador.* — *No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos, ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay:*

Así, pues, volved el Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó de lo contrario, debeis considerar que va á resultar gran daño. — El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré, si el rey no me lo manda. En cuanto à la libertad de vuestro hermano, letrados hay aqui, y ellos podran determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si asi lo declaran, con tal que se presente ante el rey con el proceso. — Soy contento de ello, contestó Pizarro.

Asi altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se habia acercado con tropas á Mala, y aun se decia que tenia dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto pues arrimaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes, en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro sin detenerse bajó, subió á caballo y con él sus amigos, y á todo galope desaparecieron [1]. El Gobernador en-

[1] Dícese tambien que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, mal contento del mal trato y doblez con que se recibia á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa del provincial, empezó á cantar un romancillo que decia:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es ya de andar de aquí.

El Adelantado lo entreoyó, y por eso estuvo tan presto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle.

vió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro dia para terminar su conferencia. Pero el juego estaba ya descubierto, y el Adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oir la determinacion, bastaban los procuradores, y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compromisario, que le enconó todavía mas. El Provincial, vistas las escrituras, y oidos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fue tal como si el mismo Pizarro se la dictára: porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la division de las distancias y de los términos de una y otra gobernacion, se mandaba á Don Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á Don Francisco Pizarro que la poseía pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifiestamente contra la voluntad del rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese ademas el oro y la plata perteneciente á los quintos del rey, y que dentro de seis dias entregase los presos con sus causas, para que vistos por él hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la corte. Este era el artículo principal ó mas bien esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fue alabado y consentido

por el Gobernador. Por el contrario el procurador del Adelantado interpuso apelacion para el rey y su Consejo de Indias, á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no habia apelacion, porque era de consentimiento de ambas partes interesadas.

Mas cuando el aviso de aquella decision tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se expresaban las pasiones de aquellos soldados, que de un golpe se creían despojados de lo que con tanto afan, tantos trabajos y peligros habian adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento: mas luego se acordaron de que tenian en sus manos las armas mismas con que se lo habian adquirido, y entonces furiosos, decian que no debia sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso habia hecho: y volviendo despues su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. *Por ellas,* decian, *triunfarán los Pizarros y ocuparán las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre los Charcas y Collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si hablamos de perder el Cusco, pasar el rio Maule, y entrar en las provincias del Estrecho de Magallanes? Esas á lo menos nadie nos las disputaría.* — El alboroto y la agitacion eran tales, que el Adelantado, aunque lo intentára, no los pudiera apaciguar: pero era preciso sose-

garle primero á él, que confundido y irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí, y prorumpia en expresiones que desdecian de su caracter y ajaban su dignidad. *¿Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este nuevo mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo: pues deben saber que si este viejo, este tuerto no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y teson de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á Tierra firme: y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio, que solo competia á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia.*

Esta ira y exaltacion del Adelantado no eran de extrañar: Bobadilla espontáneamente habia dicho, que si él fuera juez de aquellas diferencias, partiria los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que habia desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traía; y el buen Almagro creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso, y el Adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenia armado su rival. Orgoñez, viendo á su goberna-

dor tan afligido, le consolaba á su modo y le decia: que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenia la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí: *de este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. Él podrá seguirnos con su ejército, pero por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles, ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar.* Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia bien con el derramamiento de sangre; y respondió á su general, que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entretanto lo que mas peligro corria era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazon de Almagro. Su hermano lo veía bien, y asi, prescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia, y se diese libertad al prisionero. Queríala conseguir á todo precio, y con tanto mas ahinco, cuanto en su corazon tenia propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el Adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió

por fin oidos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capítulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir al instante á Castilla, en cumplimiento de los encargos que de allá habia traido.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fue llamado Orgoñez, pero lo fue cuando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando Pizarro. Disculpóse el Adelantado del recato que se habia tenido con él, y justificó su resolucion con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingenuo como leal, no pudo menos de exponer, que el que en Castilla no habia cumplido con su palabra, tampoco la cumpliría en las Indias: que donde no habia confianza no podia haber amistad: que una y otra fundadas en verdad y en virtud, no podian existir en compañía del fraude y la malicia, antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia apercibirlas para en adelante, pues nunca faltaban excusas á los pérfidos para faltar á sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza, *¡ Orgoñez! ¡Orgoñez!* exclamó, *por la amistad de don Diego*

de Almagro te han de cortar esta. Otro soldado valiente dijo á voces: *Señor Adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros*. Todo el campo alborotado, sabiendo lo que se trataba, y convencido del caracter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes, y escritos sin autor, se daba á entender que si se deseaba paz no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada; Almagro resuelto, y todos en espectacion. El mismo fue al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El Adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas, y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos, á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa mas deseaba, y que por su parte no faltaría á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente: allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de don Diego, hijo del Adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion: los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al jóven don Diego, y los despi-

dió con todo agrado y cortesía. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraria mucho tiempo, Almagro no obstante seguia en su confianza, y mas sabiendo el buen recibimiento que Pizarro habia hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que habia empezado á fundar en Chincha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al gobernador venganza de las injurias que se habian hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prision, y demas violencias de Almagro: decíale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debia seguir y prender al Adelantado. Convenia el gobernador en la razon del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano. *Temo*, decia, *la ira del rey.* — *¿Y la temia él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mí en prision?* No era, pues, posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardía en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que habia conducido la negociacion hasta llevar las cosas al punto en que se

hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que, calificando de delitos todas las operaciones del Adelantado desde su vuelta de Chile, se constituía vengador y castigador de aquellos males; y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona habia, pudiéndose enviar los quintos al rey con otro sugeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que habia traido de la corte, y para completar esta farsa indecente que á nadie podia engañar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aun amenazar con castigo si no le obedecia.

Hízose en seguida al Adelantado la intimacion de estilo, para que, en cumplimiento de una provision real que habia venido algunos dias antes sobre límites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el gobernador; y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldria del lugar donde se le notificaba, que hiciese lo mismo el gobernador, y que los daños corriesen de su parte, si otra cosa hacia. Esta diligencia era en realidad la declaracion de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales, ni la confianza la misma. Los Pizarros tenian doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados, y todos adictos y fieles á la causa que defendian, los unos por creerla mas legítima, los otros seducidos y fascinados por las magníficas promesas del gobernador; y este, mas firme y mas recio mientras mas años tenia, redoblaba sus esfuerzos y su teson para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era mas celoso. Almagro al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un caracter infinitamente menos firme, aunque mas bueno, cansado de negociar inútilmente, y gastado con el tiempo, no podia comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenia. Orgoñez poseía las calidades de alma que faltaban á su gefe, y las poseía en alto grado: pero carecia de la autoridad y del influjo, propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos: y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los mas seguros, fueron siempre combatidos por Diego de Alvarado, que mas blando, mas comedido, y por lo mismo mas acepto á Almagro, conseguia siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demas capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenian menos subordinacion y menos unidad de intereses y de miras que los del Marques. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados

unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasion, no componian un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Asi no es de extrañar, que todas las operaciones de las tropas de Almagro desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no interrumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Guaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer á sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron tambien la ocasion de desbaratarlos, cuando empeñados en el paso de la sierra se hallaron los Pizarros atacados del frio intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban facil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictamen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse allí de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputacion ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvacion que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le apro-

baron, fue contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenian, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los rios que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos en fin al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó mas bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á su enemigos, que si bien eran menos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabucería y ordenanza militar.

Pizarro luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos, para que persiguiesen á Almagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente gobernador y cabeza de la expedicion: Gonzalo con título de capitan general. Recomendólos el gobernador á los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos con sus enfermedades y su vejez: animó á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos, la cual no seria

batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposicion se dió la señal de marchar, tomando el ejército el camino del Cuzco, y el gobernador el de Lima.

No faltó quien aun en aquel extremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre aquella gente, tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadia para representar á los dos hermanos, que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecucion de aquellos desvaríos: que se acordasen de lo que debian á Dios, al rey y á la patria, y suspendiesen aquellos aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razon fuese oido de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondia que don Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el Adelantado con las banderas tendidas y al son de los atambores se habia declarado enemigo de los Pizarros: bien era menester que entendiese á qué hombres habia ofendido; y asi no habia que pensar en mas que en ir á buscar al enemigo, y que las armas decidiesen cual era el partido que debia prevalecer. El gobernador, aunque

con menos violencia, pero con igual dureza, resistia aquellas benévolas sujestiones: el que se atrevió á afirmar *que su jurisdiccion llegaba hasta el estrecho de Magallanes* [1], devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba al momento de arruinar sin recurso á su adversario, para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la corte obraban como inciertos y lejanos, y seiscientos mil pesos de oro que tenia recogidos para enviar al rey, le parecian suficiente justificacion ó disculpa de cualquiera atentado. No habia por consiguiente respeto que le enfrenase, ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion hidrópica mas insaciable en él todavía que en su hermano la venganza. A esta disposicion tan enconada en los gefes se añadia la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas, y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrian en aquella contienda. Cerróse, pues, el paso á todo buen consejo y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse esta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron. Estas batallas de América, que en 26 de abril de 1538.

1 Para esta expresion ambiciosa y temeraria véase á Herrera, Década 6, lib. 4.°, cap. 2.

Europa apenas pasarian por medianas escaramuzas, llevan consigo el interes de los grandes resultados que tenian, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con mas energía, que en nuestras sábias maniobras y grandes operaciones. Díjose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devocion legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernando armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado, y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un rio y una ciénaga que habia delante, se fue á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales; prevalecian á la verdad los de Almagro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del dia. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenian que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro que les gritaba ¡*á las astas arboladas*! pusieron fuera de combate á mas de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida é impetuosidad de los caballos, que era en lo que podian llevar ventaja los

de Almagro: Orgoñez receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, habia elegido una posicion mas propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo erró, y proporcionó al temor y á la fuga la ocasion que habia quitado á la audacia. Su gente ostigada con aquel fuego certero y sostenido empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formacion por irse á guarecer detras de unos paredones arruinados que habia en el campo, otros huían á la ciudad, otros en fin sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alferez general de Almagro. Ya entonces, perdido el orden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma conociendo de lejos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matára si no fuera tan bien armado. Otros hacian por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponian delante. Orgoñez, que no habia olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podia esperarse de su arrojo y resolucion. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su

caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente de un arcabuzazo, muerto el caballo y caido debajo de él, todavía pudo desembarazarse y defenderse peleando de la muchedumbre de enemigos, que le tenian cercado y le decian que se rindiese. Preguntó si habia allí algun caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondiò que sí, y que se diese á él. Asi lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él y le degolló con una daga. Asi murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace mas fea y vil la accion de su matador: pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores, si hubiesen caido en sus manos. Era natural de Oropesa, *habia servido* en las guerras de Italia, y se halló de alferez en el saco de Roma. Poco antes de su muerte le habia dado el rey el título de Mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habian caido, ó heridos gravemente, ó muertos; y la gente de Almagro enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros, el campo quedó por ellos, y la ciudad fue al instante ocupada por el ven-

cedor. Lleno de ira y de soberbia, y respirando venganza, era por demas esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponian la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fria en los infelices prisioneros que no se les podian defender. Asi mataron traidoramente al capitan Rui Diaz llevándole un amigo á las ancas de su caballo; asi pereció tambien Pedro de Lerma, que cubierto de heridas y casi exánime, fue sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso que le paso á estocadas en la cama, donde yacía moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióseles acudir de todos aquellos contornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban: oyóseles al comenzarse la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y despues cuando, terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras á despojar los muertos, rematar los heridos, y creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿qué era entretanto del sin ventura Ade-

lantado? El dia antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, despues de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pie, propuso á su general que se buscasen medios de paz, y se excusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados antes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Despues no pudiendo por su indisposicion y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarle desde lejos en un recuesto, y vió con la congoja y agonía que son de imaginar, sus amigos rotos y vencidos, y á él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, á donde despues de la batalla le fue á buscar Alonso de Alvarado y le trajo á la ciudad, para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitan que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle diciendo: *mirad por quien han muerto á tantos caballeros*. Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad; porque ¡de cuántos sinsabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertára aquel golpe, si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fue á ver Hernando Pizarro

por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos; y si se tardase en venir, daria lugar á que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviese alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iria mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas: el prisonero agradecido respondió que iria mejor en silla, y con estas buenas palabras de dia en dia esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entretanto se le estaba formando un proceso capital; se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener mas de dos mil fojas. Entregado asi á las pesquisas y cabilaciones judiciales, que cuando se llevan por semejante estilo, son una degradacion todavía peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el dia de la batalla [1], cuando pareció al ven-

1 Herrera dice que cuatro: pero en una carta inédita que he tenido á la vista del tesorero Manuel de Espinal al emperador, se fija el dia de la pronunciacion de la sentencia en 8 de julio de 1538, y por consiguiente no era tanto el tiempo. Espinal era testigo de vista, y su carta contiene una relacion

cedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva fueron iguales á la seguridad y confianza en que á la sazon se hallaba; y aquel hombre que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los rios, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dese todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigorosa; pero no puede menos de considerarse con menos lastima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en su poder: que mirase como él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia: díjole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba, cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la

bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

carcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia, podrian ablandar las piedras; mas no á aquel corazon de bronce que con un desabrimiento y dureza, digna de sus malas entrañas, le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte: que no era ni el primero ni el último que así acabaria, y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza, y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio [1].

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos, y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto mas propias de su caracter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento dejando por herederos al rey y á su hijo, declarando que tenia gran suma de dinero en la compañía con don Francisco Pizarro: pidió al rey que hiciese merced á su hijo, y en virtud de la facultad real que tenia, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de èste encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él

1 Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los trásfugas de Almagro le decian para congratularse con él, que el Adelantado quedaba tan enfermo que ya seria muerto: *No me querrá Dios tan mal*, exclamaba él, *que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos.*

entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volvióse al capitan Alonso de Toro, que sin duda debia de ser uno de los mas encarnizados contra él, y le dijo: *Ahora, Toro, os vereis harto de mis carnes*. La muerte se ejecutó en la prision, dándole garrote en ella, y sacándole despues á la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Despues le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitan Hernan Ponce de Leon, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego [1], hijo de padres humildes y desconocidos, y tenia sesenta y tres años cuando le mataron. Fue á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los caracteres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron á porfia: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento: los segundos per-

1 Herrera le hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo mas probable: Zárate, de Malagón: Gomara y Garcilaso, de Almagro: todos pues convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

dian un caudillo generoso, á quien seguian y servian mas por inclinacion que por interés. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion no solo rigorosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan inicuo como desagradecido. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar mas que aquella amable dulzura, incansable generosidad, facil clemencia y afectuoso corazon con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos facilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre: pero la aficion que inspiran las amables prendas del Adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad; y dando lágrimas á su desastrada muerte, confesaremos sin embargo, que él fue sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy lejos de ser cierto [1], no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazon

[1] El término del paralelo de Chincha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco, pero con el aumento de las setenta leguas que se hábia dado á la gobernacion de Pizarro, quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

Y;

era mas fuerte: él fue flaco á su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella: mas despues se fijó con mas encono en el gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, *determinó* ponerse en marcha ácia el Cuzco, para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la moderacion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviría y volvería con él á la amistad antigua. Lo mismo ofreció al jóven don Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre, cuando se le presentaron en Xauxa *los* capitanes que se le llevaban de orden de su hermano: y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando orden, cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario, y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo don Gonzalo. Buenas y loables demostraciones, si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entretanto no se prosiguiera el proceso, y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Xauxa cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competi-

dor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban, que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas: otros aseguraron que cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse, y que la respuesta fue que hiciese de modo que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos. No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman políticos, tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuanto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los indios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entonces con aspereza y desabrimiento; y á las quejas que le daban por los ultrajes que padecian de los castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, á los soldados de Chile como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del Adelantado su amigo, y le pidió que mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el Adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda

de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir, que dejaba á parte el debate de la ciudad del Cuzco, hasta que el rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion, ni el justo y amable proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fue, *que su gobernacion no tenia término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes,* dando á entender asi, que su ambicion no tenia límites, y que con la felicidad excesiva habia perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalia.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastian de Belalcazar solicitaba de la corte el gobierno en propiedad de todas las provincias de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcazar, ni el respeto y reverencia que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí. Ejército no podia mandar contra él, porque el que tenia iba entonces persiguiendo al Adelantado Almagro: pero dió comision á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito, y despojase cautelosamente á Belalcazar de la autoridad que tenia delegada en él para gobernar aquel pais, y procurase sobre todo prenderle y enviarle

bien custodiado á Lima. Su anhelo entonces era que el rey diese en gobernacion las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto consistia el delito de Belalcazar. Por fortuna este hombre infatigable y belicoso se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del ecuador, y no podia atender al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito. Aldana por consiguiente se estableció allí sin oposicion ninguna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Cuando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus hermanos, que se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la corte le habia hecho, apresuró su viaje recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron á las manos. Sabia él harto bien, que un buen tesoro sería la mejor justificacion de sus hechos en la corte. Al despedirse del gobernador le dió por consejo, que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para quitar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretexto para cometer algun atentado contra su persona: que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos, ni que viviesen en ninguna parte de dios arriba: sobre todo que mirase por sí, y anduvie-

se siempre bien acompañado. El Marques se burló de estos avisos, y le respondió, *que se fuese su camino adelante, y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la suya.* El tiempo manifestó cuan fundados eran los temores de Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al joven don Diego á Castilla era de hombre que sabia ver las cosas
1539. de muy lejos. Fuese Hernando, y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le infundian sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió á tocar en Panamá temiendo que allí la audiencia le pidiese razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente asi estaba dispuesto. Navegó ácia nueva España, y desembarcando en Guatulco, le prendieron cerca de Guaxaca y le llevaron á Méjico. Mas el virey don Antonio de Mendoza, que no tenia órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde podrian hacérsele los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Vera Cruz y llegado á las islas de los Azores, no se atrevió á pasar adelante, hasta saber por sus amigos si podia hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió á entrar en España, y á presentarse en la corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia, ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Habíale precedido la fama de sus

violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño, como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el mas querido del desdichado Almagro, él habia recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros de aquel anciano moribundo: á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La desesperacion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro, fue igual á la confianza que por sus oficios anteriores con el vencedor habia concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la contradicion que habia hecho á los rigorosos consejos de Orgoñez: lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamas se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y despues de haber probado en vano, si el gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de aquellos hombres injustos y crueles. Llegado Hernando á la corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cabilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á

las armas de caballero. Envió, pues, á Hernando Pizarro un cartel de desafío, en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada, que en su proceder con el Adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del rey y fementido caballero. No se sabe lo que contextó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias, y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se creyó exenta
1540. de malicia. Así acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios; y cuyo carácter en medio de las atrocidades y alevosías que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fue puesto en el alcazar de Madrid. Despues, al trasladarse la corte á Valladolid, fue llevado al castillo de la Mota de Medina, donde hasta el año de quinientos sesenta [1] permaneció sepultado y

1 Así viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1625 por un nieto suyo para la vindicacion del título de Marques, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fue hasta el año de 62.

olvidado de los hombres el que tanto ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal, debida á los manes de Almagro y de Atahualpa, estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iban ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Despues de la muerte de su competidor todo reía al parecer á la ambicion que le dominaba; y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayan, no habia otra voluntad que la suya. La corte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho Marques de los Charcas, dándole tambien facultad de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y aun se preparaba á extender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entonces, de los Quixos y de la Canela. Él roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de La Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del Inca Mango, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el pais, no causaba tampoco cuidado por las pocas fuerzas de aquel príncipe y los escarmien-

tos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, aun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del rey á tomar informaciones sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba, se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que asi no tuviese pena ninguna por ello, pues iba mas para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales con mas vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia: porque con ella se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su gefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados hambrientos y desnudos vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian bajado á Lima atraidos de su amor al jóven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo privado de su herencia, echado de la casa del Marques, arrojado de otras por adulacion al poder dominante; acogido en fin por dos amigos viejos de su padre que se aventuraron á todo por acudirle; aun cuando por las liberalidades agenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenia medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenian y aliviar

sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastantemente encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad agena, y no teniendo entre doce, y eran los mas principales, sino una capa, de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entonces los hinchaba, tenian á menos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba mas y mas el sentimiento de sus males, y los ponia á punto de no poderlos sufrir. Solo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el Marques. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su gefe es muerto, y faltan los cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden, y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion, prolongada despues de la victoria, no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á don Diego, y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabára sus dias en paz, y en todo el lustre de la gloria y poderío á que le subió

la fortuna. No lo hizo asi, y se perdió, y perdió aquel desgraciado pais, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y solo por culpa suya.

Alguna vez sin embargo trató de enmendar este mal, y acudia á los trabajos que aquella gente padecia. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuço, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado, pensando en dar allí repartimientos á los de Almagro: pero los celos de los vecinos de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristoval de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen: pero ellos, rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian antes perecer, que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en san Miguel de Piura, y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitan. A esta comision enviaron despues un buen caballero de entre ellos, llamado D. Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar: y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la

guerra á lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del Marques, y las otras dos á las de su secretario Picado y su alcalde mayor el doctor Velazquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El Marques incitado por sus amigos á que buscase y castigase á sus autores, respondia que harta mala ventura tenian aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Vióselé de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivia don Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada y sembradas en ella muchas higas de plata: paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo; cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho mas enojosas de parte de un hombre, que era en su concepto el que mas fomentaba la pasion del gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar, que despues de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hácia este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traía á las cosas del Marques, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y á su valor.

Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados: veíase á don Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del Adelantado, natural de Navarra, y hombre, que asi por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponia el jóven Almagro, obtenia la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que habia comprado una cota, y que la traía siempre consigo, y esto se notaba mas en él, y daba mas que sospechar. Vino esto, como era natural, á noticia de los amigos del Marques, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. Él se contentó por entonces con llamar á Juan de Rada, el cual si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fue á presentar á él, sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecian á hacerlo. Llegó delante del Marques, que á la sazon se hallaba en su huerta mirando unos naranjos; y luego que supo quien era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle: *¿Qué es esto, Juan de Rada*, le dijo, *que me dicen que andais comprando armas para matarme? — Asi es verdad, señor*, contextó Rada, *he comprado dos coracinas y una cota para defenderme. — ¿Pues qué causa os mueve ahora á pro-*

veeros de armas mas que en otro tiempo? —Porque nos dicen, y es público, que V. S. recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya V. S. y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los pies. Tambien se dice que V. S. piensa matar al juez que viene enviado por el rey: y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos; destierre V. S. á don Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él á donde la ventura nos quisiere llevar. —Conmovido y enojado el Marques de lo que oía, respondió con grande alteracion: *¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez: que ya estuviera aquí, si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos íbamos no habia quien llevase una lanza; mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad. — Por Dios, señor*, repuso Rada ya mas mitigado, *que he invertido mas de quinientos pesos en comprar armas, y por esto traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme.—No plegue á Dios, Juan de Rada, qne yo haga tal.* Íbase ya el capitan, cuando un loco, que para su diversion tenia el Marques y estaba presente, le dijo, *¿por*

qué no le das de esas naranjas? Eran entonces muy apreciadas por ser las primeras que se conocian. *Dices bien*, respondió el Marques, y cortando por su mano seis del árbol que tenia delante, se las dió, añadiéndole al oido que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fue á encontrar con sus amigos, que viéndole salieron del cuidado en que su llamada los habia puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temian ellos ser destruidos si el Marques volvia á sus rencores ó á sus sospechas; mientras que él, juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo habia descubierto; una de ellas cenando en casa de Francisco Martinez, su hermano: él respondió que aquello no tenia fundamento, y que le parecia dicho de indios, ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á la mesa, sin hacer mas diligencia, aunque á la verdad no volvió á probar bocado. Aquella misma

noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al dia siguiente le habian de matar los de Chile; y muy enojado le envió en mal hora diciéndole, *esas cosas no son para tí, rapaz*. A la mañana siguiente, último dia que habia de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenia dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile. Habíaselo mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenia dicho que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad, y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martinez de Alcántara, ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demas amigos, noticiosos como debian ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oidos á todos los avisos de la prudencia; como si fuera mengua del valor, ó desdoro de la grandeza suponer que nadie se les atreva. Asi en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera

que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entretanto los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aun ni del modo ni del dia. Hallábanse aquella mañana los principales en casa de don Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de san Millan entra y le dice: *¿Qué haceis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos: asi lo acaba de decir el tesorero Riquelme.* Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demas se arman tambien, él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la accion á que estaban resueltos, antes conveniente á su ambicion y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven; todos le responden segun su deseo, y se precipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cuya señal debian armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarse los pies en un charco de agua, que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va á él mal enojado, y le dice:—*¿Conque vamos á mancharnos en sangre humana, y rehusais mojaros los pies con agua? Vos no sois para el caso, ea, volveos;* y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez

Domingo 26 de junio de 1541.

no asistió al hecho. Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil [1]. A la mitad del dia, y gritando furiosos *¡viva el rey! ¡mueran tiranos!* atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo, como quien á banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quiza pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veían y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: *estos van á matar á Picado, ó al Marques.*

Estaban con él á la sazon un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del Marques gritando: *al arma, al arma, que los de Chile vienen á matar al Marques mi señor.* Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que seria, cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El Marques intrépido y resuelto se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenia vestida, se puso una coracina y tomó una arma

1 Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuedo de Juán de Rada, se halla en Montesinos: año de 1541.

enastada. Asistian á su lado su hermano Francisco Martinez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna, y dos pajes. Los otros circunstantes cual por un lado cual por otro habian desaparecido, quedando en la sala solo el capitan Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si asi permaneciera, como lo habia mandado el Marques, el hecho hubiera sido mas difícil. Subian ya por la escalera los matadores guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel dia y en aquel paso, tan deseados de su amistad y de su rencor, repetía el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á combatir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir: entonces ellos entraron por la sala buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia: *¿qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del Marques; yo fui siempre amigo: mirad que os perdeis.* Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del Marques, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte un viejo de mas de sesenta años [1], dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y

[1] Los historiadores no estan acordes en la edad que entonces tenia: Herrera le da sesenta y tres años; otros sesenta y cinco.

nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó sin embargo con ellos el Marques, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. *¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me quereis matar? A ellos, que traidores son.* Asi clamaba él, mientras que ellos gritaban: *Ea, muera, que se nos pasa el tiempo;* y diciéndose injurias y dándose cuchilladas, continuaba la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedian á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin Juan de Rada dando un empellon á su compañero Narvaez que estaba delantero, le echó encima de Pizarro, para que él y los suyos embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demas. Asi pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podia permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martinez de Alcántara, muertos fueron tambien los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido D. Gomez. El Marques, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos mas: pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podia ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aun, y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazon tenia una alcarraza de agua

en las manos, le dió con ella fuertemente en la cara, y á la violencia de aquel golpe inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arrastrarle á la plaza, y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del obispo le salvaron de este último ultraje, y el cadaver envuelto en un paño blanco fue llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viniesen á cortar la cabeza, para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recámara, donde habia por valor de mas de cien mil pesos. Sus dos hijos [1], niños aun, fugitivos y descarriados mientras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos á recaudo por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cádaver del padre. Su muerte no fue sentida, ni vengada tampoco al pronto: porque unos capitanes, que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza, supieron que era muerto y se retiraron á sus casas. Todo, pues, quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó se-

1 Véase el apéndice 8.°

lemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del Marques, y á ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozára en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuan cortos fueran, y cuan acerbos despues á su corazon paternal! Veríale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios, cuan peligroso poder es el que se adquiere con delitos.

APÉNDICES

A LA VIDA DE BALBOA.

I.°

Sobre el perro Leoncico.

«Asimismo quiero hacer mencion de un perro que tenia Vasco Nuñez, que se llamaba *Leoncico*, y que era hijo del perro *Becerrico* de la isla de San Juan *, y no fue menos famoso que el padre. Este perro ganó á Vasco Nuñez en esta y otras entradas mas de dos mil pesos de oro, porque se le daba tanta parte como á un compañero en el oro y en los esclavos cuando se partian. Y el perro era tal que lo merecia mejor que muchos compañeros soñolientos. Era aqueste perro de un instinto maravilloso, y asi conocia al indio bravo y al manso, como le conociera yo e otros que en esta guerra anduvieran e tuvieran razon. E despues que se tomaban e rancheaban algunos indios e indias, si se soltaban de dia ó de noche, en diciendo al perro, *ido es, búscale*, asi lo hacia, y era tan gran ventor, que por maravilla se le escapaba ninguno que se les fuese á los cristianos. Y como lo alcanzaba, si el indio estaba quedo asíale por la

* Sobre el perro *Becerrico* véase á Herrera, Década primera, lib. 7, cap. 13.

muñeca, ó la mano, e traíale tan ceñidamente, sin le morder ni apretar, como le pudiera traer un hombre: pero si se ponia en defensa haciale pedazos. Y era tan temido de los indios, que si diez cristianos iban con el perro, iban mas seguros que veinte sin él. Yo ví este perro, porque cuando llegó Pedrarias á la tierra al año siguiente de 1514, era vivo, y le prestó Vasco Nuñez en algunas entradas que se hicieron despues, y ganaba sus partes como he dicho: y era un perro bermejo, y el hocico negro, y mediano, y no alindado, pero era recio y doblado, y tenia muchas heridas y señales de las que habia habido en la continuacion de la guerra, peleando con los indios. Despues por envidia, quien quiera que fue, le dió al perro á comer con qué murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto despues en estas partes."—OVIEDO: *Historia general*, lib. 29, cap. 3.

II.°

Testimonios sobre el descubrimiento y toma de posesion del mar del Sur.

Son tres los que existen incorporados á la letra en el texto de la *Historia general* de Oviedo, como lo hacia frecuentemente con otros muchos documentos que le venian á la mano. Estos se hallan en los capítulos 3.° y 4.° del libro 29, uno respectivo al descubrimiento de aquel mar, y los otros dos á la toma de posesion primera y segunda. Pondremos aquí el primero, y extractaremos el segundo para contentar la curiosidad de los lectores, y poner algun documento auténtico y original de aquel célebre acontecimiento.

«Diré aquí quienes fueron los que se halla-

ron en este descubrimiento con el capitan Vasco Nuñez, porque fue servicio muy señalado, y es paso muy notable para estas historias, pues que fueron los cristianos que primero vieron aquella mar; segun daba fé de ello Andres de Valderrábano, que allí se halló, escribano real, e natural de San Martin de Val-de-Iglesias; el cual testimonio yo ví allí, y el mismo escribano me le enseñó, y despues cuando murió Vasco Nuñez, murió aqueste con él, y tambien vinieron sus escripturas á mi poder, y aquesta decia de esta manera: —

Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento de la mar del Sur con el magnífico y muy noble señor capitan Vasco Nuñez de Balboa, gobernador por sus Altezas en la Tierra firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Nuñez, y él fue el primero de todos que vió aquella mar e la enseñó á los infrascriptos — Andres de Vera, clérigo. — Francisco Pizarro. — Diego Albitez. — Fabian Perez. — Bernardino de Morales. — Diego de Tejerina. — Cristoval de Valdebuso. — Bernardino de Cienfuegos. — Sebastian de Grijalva. — Francisco de Avila. — Juan de Espinosa. — Juan de Velasco. — Benito Buran. — Andres de Molina. — Antonio de Baracaldo. — Pedro de Escobar. — Cristoval Daza. — Francisco Pesado. — Alonso de Guadalupe. — Hernando Muñoz. — Hernando Hidalgo. — Juan Rubio, de Malpartida. — Alvaro de Bolaños. — Alonso Ruiz. — Francisco de Lucena. — Martin Ruiz. — Pascual Rubio, de Malpartida. — Francisco Gonzalez de Guadalcama. — Francisco Martin. — Pedro Martin, de Palos. — Hernando Diaz. — Andres García, de Jaen. — Luis Gutierrez. — Alonso Sebastian. — Juan Vegines. — Rodrigo Velazquez. — Juan Camacho. — Diego de Monteher-

moso. — Juan Mateos. — Maestre Alonso, de Santiago. — Gregorio Ponce. — Francisco de la Tova. — Miguel Crespo. — Miguel Sanchez. — Martin García. — Cristoval de Robledo. — Cristoval de Leon, platero.—Juan Martinez.—Francisco de Valdenebro. — Juan de Beas Loro. — Juan Ferrol. — Juan Gutierrez, de Toledo. — Juan de Portillo. — Juan García, de Jaen.—Mateo Lozano. —Juan de Medellin. — Alonso Martin, esturiano.— Juan Garcia, marinero. — Juan Gallego. — Francisco de Lentin, siciliano. — Juan del Puerto. —Francisco de Arias. —Pedro de Orduña.—Nuño de Olano, de color negro.— Pedro Fernandez de Aroche. — Andres de Valderrábano, escribano de sus Altezas en la su corte y en todos sus reinos e señoríos, que estuve presente e doy fe ello; y digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del Sur, con los cuales yo me hallé e cuento por uno de ellos."

Extracto del segundo testimonio.

«E fechos sus autos e protestaciones convenientes, obligándose á lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, asi en la mar como en la tierra contra todas e cualesquiera personas, pidiólo por testimonio. E todos los que allí se hallaron respondieron al capitan Vasco Nuñez, que ellos eran como él servidores de los reyes de Castilla e de Leon, y eran sus naturales vasallos, y estában prestos e aparejados para defender lo mismo que su capitan decia, e morir, si conviniese sobre ello contra todos los reyes e príncipes e personas del mundo, e pidiéronlo por testimonio: e los que allí se hallaron son los siguientes · — El capitan Vasco Nuñez de Balboa. — Andres de Vera, clérigo. —

Francisco Pizarro. — Bernardino de Morales.— Diego Albitez. — Rodrigo Velazquez. — Fabian Perez. — Francisco de Valdenebro. — Francisco Gonzalez de Guadalcama.—Sebastian de Grijalva. — Hernando Muñoz. — Hernando Hidalgo. — Alvaro de Bolaños. — Ortuño de Baracaldo, vizcaino.—Francisco de Lucena.—Bernardino de Cienfuegos, esturiano.—Martin Ruiz.— Diego de Tejerina. — Cristoval Daza. —Juan de Espinosa. — Pascual Rubio, de Malpartida. — Francisco Pesado, de Malpartida. — Juan de Portillo. — Juan Gutierrez, de Toledo.—Francisco Martin. —Juan de Beas. — Estos 26 y el escribano Andres de Valderrábano fueron los primeros cristianos que los pies pusieron en la mar del Sur; y con sus manos todos ellos probaron el agua, e la metieron en sus bocas como cosa nueva, para ver si era salada como la de esotra mar del Norte: e viendo que era salada, e considerando e teniendo respeto á donde estaban, dieron infinitas gracias á Dios por ello, &c."

III.°

Itinerario y diario de la expedion de Balboa á descubrir el mar del Sur, segun resulta de la narracion de Oviedo.

Salió del Darien en jueves 1.° de setiembre de 1513, y llegó al puerto y tierra de Careta de allí á cuatro dias: descansó dos, y salió el 6 á internarse en la tierra, y á los dos dias arribó á la Ponca por camino áspero y de sierras: estuvo allí hasta el 20 en que continuó su viaje, y llegó el 24 á Quarequá, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro dias diez leguas: era mal camino y habia rios. Salió de allí

el 25 y llegó en el mismo dia á los bohíos de Parque, en donde no se detuvo, y siguiendo adelante, descubrió la mar que buscaba, á las diez de la mañana. Llegó, no se dice el dia, á la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de San Miguel, y tomó posesion del mar y costas.

IV.º

Sobre el astrólogo Micer Codro.

«E dentro del dicho ancon e de las dichas puntas (el golfo llamado de Paris, y las puntas de Quera y de Santa María) estan las islas del Cebaco á tiro de escopeta, e poco mas la una de la otra, que son dos, e de buenas fuentes e torrentes ó arroyos; e en la que está mas á el leste está enterrado aquel docto filósofo veneciano llamado Codro, que con deseo de saber los secretos de estas partes pasó acá, e murió allí, e el piloto Juan Cabezas lo enterró en aquella isla, donde á su ruego le sacó á morir, e acabó encomendándose á Dios como católico; non obstante que un dia ó dos antes emplazó al capitan Gerónimo de Valenzuela que le habia maltratado, e le dijo estas palabras el Codro: *Capitan, tú eres la causa de mi muerte por los malos tratamientos que me has hecho; yo te emplazo para que vayas á estar á juicio de Dios conmigo dentro de un año, pues yo pierdo la vida por tu mal portamento*. E el capitan le respondió; *que no cuidase de hablar aquellos desvaríos, e que si se queria morir, á él se le daria poco de su emplazamiento; que él enviaria un poder á su padre ó abuelos e otros deudos suyos, que estaban en el otro mundo, que le responderian como él merecia*. El caso es, que el capitan le pudiera hacer

placer en contextarle sin poner nada de su casa, si quisiera. Finalmente el Valenzuela murió dentro del término que el otro le señaló e dijo en su emplazamiento. Yo estuve con el mismo piloto en la misma isla, é me enseñó un árbol, en la corteza del tronco del cual estaba hecha una cruz cortada, e me dijo que al pie de aquel árbol habia enterrado al dicho Codro, de forma que este murió en su oficio, como Plinio en el suyo, escudriñando e andando á ver secretos de natura por el mundo. A este piloto le pesaba mucho de la muerte de Codro, e le loaba de buena persona, e á otros que le trataron he oido decir lo mismo, y me dijo que estando apartados de tierra en la mar, le rogó que por amor de Dios le sacase á morir fuera de la carabela en una de aquellas islas. E el piloto le dijo: «Micer Codro, aquellas que decis que son islas, no lo son, sino tierra doblada, e no hay islas allí:" e él le replicó; «llévame, que sí hay dos buenas islas junto á la costa e de muy buena agua, e mas adentro esta una gran bahía o ancon con un buen puerto en la tierra firme;" e ansi era la verdad." — Oviedo: *Historia general*, lib. 39. cap. 2.

APÉNDICES

A LA VIDA DE FRANCISCO PIZARRO.

I.°

Sobre si sabia, ó no, firmar.

Aunque la mayor parte de los escritores antiguos y modernos han afirmado que Pizarro no sabia escribir ni leer, algunos han dudado del hecho, y aun se han inclinado á lo contrario, entre ellos don Juan Bautista Muñoz, que de la inspeccion de algunos documentos, que aparecen firmados y escritos á nombre de aquel conquistador, ha deducido que sabia escribir, y escribia bien. Véanse los diferentes apuntes que dejó escritos para su historia, en donde no una vez sola manifiesta esta opinion. Si se atendiese á la autoridad de Montesinos, escritor casi contemporáneo, podria creerse que por lo menos sabia firmar; pues se explica asi en sus *Anales*, año de 1525: «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer; no le dió su viveza lugar á ello: contentóse solo con firmar, de lo que se reía Almagro, y decia, *que firmar sin saber leer, era lo mismo que recibir herida sin poder darla*. En adelante firmó siempre Pizarro por sí; y por Almagro, su secretario.'' Aun esta noticia está dada tan ligeramente por Montesinos, que no

advirtió la contradiccion que decia con ella lo que se expresa en la escritura de compañía entre Fernando de Luque, Pizarro y Almagro, celebrada en el año siguiente de 526; donde se dice que, por no saber firmar ni Pizarro ni Almagro, lo hacen por ellos los testigos Juan de Panés y Alvaro del Quiro.

Mas seguro y positivo está Zárate, cuando en el cap. 9 del lib. 4.º de su *Historia del Perú*, dice: « *que de todo punto no sabian Pizarro ni Almagro leer ni firmar*, y que Pizarro en todos los despachos que hacia, asi de gobernacion como de repartimiento de indios, libraba haciendo dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.'' Esto está plenamente confirmado con los muchos documentos, que aun existen, en que se ve al conquistador firmar del modo expresado. En una de las contratas que hizo con la corte por agosto de 1529, se dice al fin: *Señalólo con una señal propia suya*, *por no saber firmar*. Esta señal, segun yo lo observé en 1813 mediante el favor de mi difunto amigo don Manuel de Valbuena, encargado á la sazon del archivo de Indias, eran las dos rúbricas de que habla Zárate, entre las cuales despues sus secretarios ponian ó *Francisco Pizarro*, ó *El Marques Pizarro*. Hay muchas de estas firmas y de diferentes letras, segun mudaba de secretarios: las unas son de letra constantemente igual, menuda y clara, y parecen ser indubitablemente de la misma mano que lo demas del documento: pero luego que tomó por secretario á Antonio Picado, ya el nombre de Francisco Pizarro que está entre aquellas dos rúbricas ó garabatos, es de una letra enteramente diversa de la anterior, alta, estrecha y rasgueada, probablemente del mismo Picado. Aun en el uso de las rúbricas hu-

ho alguna novedad; porque á lo último ya no ponia mas que una, la de la mano izquierda: y la de la derecha fue substituida por una rúbrica de la misma mano que el nombre, esto es, de Picado.

Con esta investigacion, menuda á la verdad, pero no absolutamente importuna en la vida de un personaje tan célebre, queda desvanecida la duda sobre el hecho controvertido; y se explica como, aun cuando se encuentran documentos escritos y firmados, al parecer, por Francisco Pizarro, él sin embargo ni los escribió, ni los firmó.

II.°

Escritura de compañía entre Pizarro, Almagro y Luque; segun se halla en los Anales de don Fernando Montesinos año de 1526.

En el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la santísima Vírgen nuestra Señora hacemos esta compañía. —

Sepan cuantos esta carta de compañía vieren como yo don Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte; y de la otra el capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá, decimos: que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía, la cual sea firme y valedera para siempre jamas en esta manera: —Que por cuanto nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los

reinos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente, y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menéster; y vos el dicho don Fernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por iguales partes: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganáre y conquistáre, y poblar en los dichos reinos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho D. Fernando de Luque nos dísteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y de á cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fé que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro, y lo recibieron en mi presencia los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de S. M. nos ha hecho, y las demas mercedes que nos hiciere y acrescentare S. M., y los de su consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo

goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer la dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardáre en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ningmo ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, asi de los aprovechamientos que con nuestras personas tuviéremos, y ventajas de las partes que nos cupieren en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozáremos, y nos cupiere por cualquier via y forma que sea, asi á mí el dicho capitan Francisco Pizarro como á mí Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin desfraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte, porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere, decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y succesores, de quien en esta dicha compañía succediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo ello á vos, y á vuestros succesores, quieta y pacíficamente, sin llevar mas parte cada uno de nos, que vos el dicho don Fernando de Luque, y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y asi de cualquier dictado y estado de señorio perpétuo, ó por tiempo señalado que S. M. nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, así á mí el dicho capitan Francisco Pizarro, ó á mí el dicho Diego de Almagro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y

vasallos que á cada uno de nòs se nos diere y hiciere merced en cualquiera manera ó forma que sea en el dicho reino del Perú por via de estado, ó renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adicion ni condicion ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oidos en juicio ni fuera dél, y nos damos por condenados en todo y por todo como en esta escriptura se contiene para lo pagar y que haya efecto; y yo el dicho D. Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, á pérdida ó ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernacion y tierra, he yo de gozar y haber la tercera parte, y la otra tercera para el capitan Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro, asi de estado de señor, como de repartimiento de indios perpétuos, como de tierras y solares, y heredades; como de tesoros, y escondijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condicion que sea, que los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él, y lo declara para que to-

dos por iguales partes hayamos en todo y por todo, asi de estados perpétuos que S. M. nos hiciese merçedes en vasallos ó indios, ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haya la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el dia que S. M. nos hiciere cualesquiera mercedes como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escriptura de compañía, y de todo lo en ella contenido, y que os acudirémos y pagarémos nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere, y nosotros hubiéremos por cualquiera via y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escriptura se contiene, juramos á Dios nuestro Señor y á los Santos Evangelios donde mas largamente son escritos y estan en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta † con sus dedos de la mano en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán esta dicha compañía y escriptura en todo y por todo, como en ella se contiene, sopena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amen; y asi lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriéremos y conquistáremos y pobláremos en el dicho reino y tierra del Perú; y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte, como dicho es en esta dicha escriptura, y nos obligamos de acudir con ello á vos el dicho don Fernando de Luque, y á quien en vuestro

nombre le perteneciere y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y poblacion del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparémos y trabajarémos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganáre, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros; seamos obligados á volver á vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escriptura contenido, cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos, y pramáticas, y otras cualesquier constituciones, ordenanzas que estén fechas en su favor, y cualesquiera de ellos para que aunque las pidan y aleguen, que no les valga. Y valga esta escriptura dicha, y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecucion asi en sus personas como en sus bienes, muebles y raices habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de S. M. para que por todo rigor, y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien á lo asi cumplir y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia difinitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice: Que general renunciacion de leyes no vala: Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez dias del mes de marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil

quinientos veinte y seis años: testigos que fueron presentes á lo que dicho es Juan de Panés, y Alvaro del Quiro, y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá, y firmó el dicho D. Fernando de Luque: y porque no saben firmar el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fé que conozco. Don Fernando de Luque.—A su ruego de Francisco Pizarro—Juan de Panés; y á su ruego de Diego de Almagro—Alvaro del Quiro: E yo Hernando del Castillo, escribano de S. M. y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fui al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo á tal en testimonio de verdad. Hernando del Castillo, escribano público.

NOTA. Lo mas particular que hay en este convenio, y que no se ha apuntado por ninguno de los historiadores, á lo menos que yo sepa, es que Hernando de Luque no era mas que lo que comunmente se dice un testa de ferro en este caso, y que el verdadero contratista y asociado era el licenciedo Gaspar de Espinosa; que se valió de su nombre para entrar á la parte de la empresa, y dió los veinte mil pesos de oro. Esto consta de una escritura otorgada en Panamá á 6 de agosto de 1531 ante el mismo escribano, por la cual Hernando de Luque, refiriéndose á la antecedente de 1526 «cede y traspasa la »tercera parte, que por su virtud le toca, en el licenciado Gas»par de Espinosa (que está presente y acepta) porque así es »verdad que hizo y efectuó la dicha compañia y contrato por »mandado y comision del señor licenciado Gaspar de Espinosa »que presente está; y los veinte mil pesos de oro de ley per»fecta los recibió del dicho señor licenciado y son suyos, y »hice la dicha compañía con ellos á su ruego para él y por »su mandado. Testigos Alonso de Quiros, Juan Diaz Guerre»ro, Juan de Vallejos, vecinos de Panamá."

Noticia sacada de la obra inédita intitulada *Noticia general del Perú, Tierra firme y Chile*, por Francisco Lopez de

III.º

Conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias para separarle de la asociacion en la empresa del descubrimiento del Perú; segun la cuenta Oviedo en el cap. 23, parte segunda de su Historia general.

«En el cual tiempo (febrero de 1527) yo tuve ciertas cuentas con Pedrarias, y haciendo la averiguacion dellas en su casa, donde nos juntábamos á cuentas, entró el capitan Diego de Almagro un dia, e le dijo: señor, ya vmd. sabe que en esta armada e descubrimiento del Perú teneis parte con el capitan Francisco Pizarro, y con el maestre escuela don Fernando de Luque, mis compañeros, y conmigo, y que no habeis puesto en ella cosa alguna; y que nosotros estamos perdidos, e habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, e agora el capitan Francisco Pizarro e los cristianos que con él están tienen mucha necesidad de socorro, e gente, e caballos, e otras muchas cosas para proveerlos, porque no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico á V. S, que nos socorrais con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y lonas, e pez para los na-

Caravantes, contador de cuentas en el tribunal de la contaduría mayor de las mismas provincias. Esta obra estuvo antes en la librería del colegio mayor de Cuenca de Salamanca, y ahora existe en la particular de S. M.

víos, que en todo se terná buena cuenta y la hay de lo que hasta aquí se ha gastado, para que así goce cada uno e contribuya por rata segun la parte que tuviere; e pues sois partícipe en este descubrimiento por la capitulacion que tenemos, no seais, señor, causa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; ó si no quereis atender el fin de este negocio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata, y dejémoslo todo. A lo cual Pedrarias, despues que hobo dicho Almagro, respondió muy enojado, e dijo: Bien paresce que dejo yo la gobernacion, pues vos decís eso, que lo que yo pagára si no me hobieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro e vuestra, e que habeis destruido la tierra al rey, e de todos esos desórdenes e muertos habeis de dar razon, como presto lo vereis antes que salgais de Panamá. A lo cual replicó el capitan Almagro, e le dijo: señor dejaos deso, que pues hay justicia e juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos e de los muertos, e no faltará á vos, señor, de que deis cuenta, e yo la daré á Pizarro de manera que el Emperador N. S. nos haga muchas mercedes por nuestros servicios; pagad si quereis gozar de esta empresa, pues que no sudais ni trabajais en ella, ni habeis puesto en ello sino una ternera que nos distes al tiempo de la partida, que podrá valer dos ó tres pesos de oro; ó alzad la mano del negocio, y soltaros hemos la mitad de lo que nos debeis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, e dijo: no lo perdéredes todo, e me dareís cuatro mil pesos; e Almagro dijo: todo lo que nos debeis os soltamos, e dejadnos con Dios acabar de perder o ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que

él debia en el armada, que á buena cuenta eran mas de cuatro ó cinco mil pesos, dijo ¿qué me dareis de mas deso? Almagro dijo: daros he trescientos pesos, muy enojado; y juraba á Dios que no los tenia, pero que él los buscaría por se apartar dél e no le pedir nada. Pedrarias replicó e dijo, y aun dos mil me dareis; entonces Almagro dijo, daros he quinientos: mas de mil me dareis, dijo Pedrarias; e continuando su enojo Almagro dijo: mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligáre, e Pedrarias dijo que era contento; e asi se hizo cierta escritura de concierto en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la compañía Pedrarias, e alzó la mano de todo aquello, e yo fui uno de los testigos que firmamos el asiento e conveniencia, e Pedrarias se desistió e renunció todo su derecho en Almagro e su compañía, y de esta forma salió del negocio, y por su poquedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro, como es notorio que se ha habido en aquellas partes."

I V.°

Capitulacion hecha por Francisco Pizarro con la reina en Toledo á 26 de julio de 1529 para la conquista y poblacion de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitan general de las provincias de Tierra firme, descubrió cinco años antes á una con el capitan Diego de Almagro.

La reina: — Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de Tierra firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del ve-

nerable padre D. Fernando de Luque, maestre escuela y provisor de la iglesia del Darien, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicísteis relacion, que vos e los dichos vuestros compañeros con deseo de nos servir e del bien e acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco mas o menos, que con licencia e parecer de Pedrarias Dávila, nuestro gobernador e capitan general que fue de la dicha Tierra firme, tomastes cargo de ir a conquistar, descubrir e pacificar e poblar por la costa del mar del Sur, de la dicha tierra a la parte de Levante, a vuestra costa e de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudiéredes, e hicísteis para ello dos navíos e un bergantin en la dicha costa, en que asi en esto por se haber de pasar la jarcia e aparejos necesarios al dicho viaje e armada desde el Nombre de Dios, que es la costa del Norte, a la otra costa del Sur, como con la gente e otras cosas necesarias al dicho viaje, e tornar a rehacer la dicha armada, gastásteis mucha suma de pesos de oro, e fuistes a hacer e hicísteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros e trabajo, a causa de lo cual os dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada con solos trece hombres que no vos quisieron dejar, y que con ellos y con el socorro que de navíos e gente vos hizo el dicho capitan Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla e descubristes las tierras e provincias del Pirú e ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos e los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro, e que con el deseo que teneis de nos servir querríades continuar la dicha conquista e poblacion a vuestra costa e mision, sin que en ningun tiempo seamos obligados a vos

pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado, e me suplicásteis e pedistes por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, e vos concediese e otorgase las mercedes, e con las condiciones que de suso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente.

Primeramente doy licencia y facultad a vos el dicho capitan Francisco Pizarro, para que por nos y en nuestro nombre e de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista y poblacion de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Tenumpuela, e despues le llamásteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chincha, que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas o menos.

ITEM: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona, e por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador e capitan general de toda la dicha provincia del Pirú, e tierras y pueblos que al presente hay e adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos e veinte y cinco mill maravedís cada año, contados desde el dia que vos hiciésedes a la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha poblacion e conquista, los cuales vos han de ser pagados de las rentos y derechos a nos pertenecientes en la dicha tierra que ansi habeis de poblar; del cual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, e treinta peones, e un médico, e un boticario, el cual salario vos ha de ser pa-

gado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

OTROSI: Vos hacemos merced de título de nuestro Adelantado de la dicha provincia del Perú, e ansimismo del oficio de alguacil mayor della, todo ello por los dias de vuestra vida.

OTROSI: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais hacer en las dichas tierras e provincias del Perú, hasta cuatro fortalezas, en las partes y lugares que mas convengan, paresciendo a vos e a los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda e pacificacion de la dicha tierra, e vos haré merced de las tenencias dellas, para vos, e para dos herederos, e subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mill maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que ansi estuvieren hechas, las cuales habeis de hacer a vuestra costa, sin que nos, ni los reyes que despues de nos vinieren, seamos obligados a vos lo pagar al tiempo que asi lo gastáredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagándoos en cada un año de los dichos cinco años, la quinta parte de lo que se montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

OTROSI: Vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa de mill ducados en cada un año por los dias de vuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

OTROSI: Es nuestra merced, acatando la buena vida e doctrina de la persona del dicho don Fernando de Luque de le presentar a nuestro muy Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y gobernacion del Perú, con límites e diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entretanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos

los indios de dicha provincia, con salario de mill ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra, entretanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

OTROSI: Por cuanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, e al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que, entretanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro servicio e a la enmienda e satisfaccion de nuestros trabajos e servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no exceda de mill y quinientos ducados, los mill para vos el dicho capitan Pizarro, e los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

OTROSI: Hacemos merced al dicho capitan Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay u obiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedís cada un año, con mas ducientos mill maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el dia que vos el dicho Francisco Pizarro llegáredes a la dicha tierra, aunque el dicho capitan Almagro se quede en Panamá, e en otra parte que le convenga; e le haremos home hijodalgo, para que goce de las honras e preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas e tierra firme del mar Océano.

OTROSI: Mandamos que las dichas haciendas, e tierras, e solares que teneis en tierra firme, llamada Castilla del Oro, e vos estan dadas como a vecino de ella, las tengais e goceis, e hagais de ello lo que quisiéredes e por bien tuvié-

redes, conforme a lo que tenemos concedido y otorgado a los vecinos de la dicha tierra firme; e en lo que toca a los indios e naborias que teneis e vos estan encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengais e goceis e sirvais de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

OTROSI: Concedemos a los que fueren a poblar la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el dia de la data de esta en adelante, que del oro que se cogiere de las minas nos paguen el diezmo, y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, e ansi decendiendo en cada un año hasta llegar al quinto: pero del oro e otras cosas que se obieren de rescatar, o cabalgadas, o en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

OTROSI: Franqueamos a los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años, y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento e provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; e de lo que vendieren ellos, e otras cualesquier personas, mercaderes e tratantes, ansimesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

ITEM: Prometemos que por término de diez años, e mas adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impornemos a los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

ITEM: Concedemos a los dichos vecinos e pobladores que les sean dados por vos los solares y tierras convenientes a sus personas, conforme a lo que se ha hecho e hace en la dicha Isla Española; e ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra

gobernacion, hagais la encomienda de los indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

ITEM: A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur a Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mill maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el dia que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solenidad que ha de hacer ante vos, e otorgado ante escribano. Asimismo daremos título de escribano de número e del consejo de la dicha ciudad de Tumbes, a un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo habil e suficiente para ello.

OTROSI: Somos contentos e nos place que vos el dicho capitan Pizarro, cuanto nuestra merced e voluntad fuere, tengais la gobernacion e administracion de los indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, e goceis para vos e para quien vos quisiéredes, de todos los aprovechamientos que hobiere en la dicha isla, asi de tierras como de solares, e montes, e árboles, e mineros, e pesquería de perlas, con tanto que seais obligado por razon de ello a dar a nos e a los nuestros oficiales de Castilla del Oro en cada un año de los que ansi fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mill maravedís, e mas el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no los podais ocupar en la pesquería de las perlas, ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras granjerías e aprovechamientos de la dicha tierra, para provision e mantenimiento de

la dicha vuestra armada, e de las que adelante obiéredes de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro llegado a Castilla del Oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho nuestro gobernador e juez de residencia que alli estuviere, que no vos querais encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seais tenudo e obligado a nos pagar por razon de ello las dichas ducientas mill maravedís, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

ITEM: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristoval de Peralta e Pedro de Candia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolas de Ribera, e Francisco de Cuellar, e Alonso de Molina, e Pedro Alcon, e García de Jerez, e Anton de Carrion, e Alonso Briceño, e Martin de Paz, e Joan de la Torre, e porque vos me lo suplicásteis e pedistes por merced, es nuestra merced e voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos a los que de ellos no son idalgos, que sean idalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano, gocen de las preeminencias e libertades, e otras cosas de que gozan, y deben ser guardadas a los hijosdalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e a los que de los susodichos son idalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

ITEM: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las abiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenudos al precio de ellas, ni de otra cosa por razon de ellas.

OTROSI: Os hacemos merced de trescientos mill maravedís pagados en Castilla del Oro para el artillería e municion que habeis de llevar a la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que ansi comprastes, e de lo que vos costó, contando el interese e cambio de ello, e mas os haré merced de otros ducientos ducados pagados en Castilla del Oro para ayuda al acarreto de la dicha artillería e municiones e otras cosas vuestras desde el Nombre de Dios so la dicha mar del Sur.

OTROSI: Vos daremos licencia como por la presente vos la damos para que destos nuestros reinos, e del reino de Portugal e islas de Cabo Verde, e dende, vos, e quien vuestro poder hubiere, quisiéredes e por bien tuviéredes, podais pasar e paseis a la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros en que haya a lo menos el tercio de hembras, libres de todos derechos a nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte de ellos en la isla Española, San Joan, Cuba, Santiago e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna los que de ellos ansi dejáredes, sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos a nuestra cámara e fisco.

OTROSI: Que hacemos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mill maravedís librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Ansimismo a vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, á los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ella se hi-

cieren, e de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

OTROSI: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos que hayan e residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga de salario treinta mill maravedís en cada un año dende que comenzaren a residir en la dicha ciudad, o donde, como dicho es, vos les mandáredes; a los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion cuando nuestra merced y voluntad fuere.

ITEM: Que vos mandaremos dar nuestra provision en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navíos que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños para los viajes que hobiéredes de hacer a la dicha tierra, pagando a los dueños de los tales navíos el flete que justo sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen a las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas e cartas nuestras, que cerca de esto por nos e por los reyes católicos están dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, e cada cosa e parte de ello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais tenudo e obligado de salir destos nuestros reinos con los navíos e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y poblacion, con ducientos e cincuenta hombres, los ciento y cin-

cuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podais llevar de las islas e tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres, sino fuere de los que en el primero e segundo viaje que vos hicísteis a la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque a estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes: allegado a la dicha Castilla del Oro, e allegado a Panamá, seais tenudo de proseguir el dicho viaje, e hacer el dicho descubrimiento e poblacion dentro de otros seis meses luego siguientes.

ITEM: Con condicion que cuando saliéredes destos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú hayais de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda, que por nos estan e fueren nombrados; e asimismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instruccion de los indios e naturales de aquella provincia a nuestra santa fé católica, con cuyo parecer e no sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento e poblacion de la dicha tierra; a los cuales religiosos habeis de dar e pagar el flete e matalotaje, e los otros mantenimientos necesarios conforme a sus personas, todo a vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegacion, lo cual mucho vos lo encargamos que ansi hagais e cumplais, como cosa de servicio de Dios e nuestro, porque de lo contrario nos terníamos de vos por deservidos.

OTROSI: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion e tratamiento de dichos indios en sus personas y bienes, seais tenudos e obligados de guardar en todo e por to-

do lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas, e se hicieren, e vos seran dadas en la nuestra carta e provision que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cumpliendo vos el dicho capitan Francisco Pizarro lo contenido en este asiento, en todo lo que a vos toca e incumbe de guardar e cumplir, prometemos, e vos aseguramos por nuestra palabra real que agora e de aqui adelante vos mandaremos guardar e vos será guardado todo lo que ansi vos concedemos, e facemos merced, a vos e a los pobladores e tratantes en la dicha tierra; e para ejecucion y cumplimiento dello, vos mandaremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligándoos vos el dicho capitan Pizarro primeramente ante escribano público de guardar e cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca como dicho es. Fecha en Toledo a 26 de jullio de 1529 años. = YO LA REINA. = Por mandado de S. M. = Juan Vazquez.

Copiada literalmente del traslado que existe en el tomo 18 de la Coleccion de manuscritos pertenecientes á marina y viajes formada por mi amigo el señor D. Martin Fernandez Navarrete.

V.

Carta de Hernando Pizarro

A los magníficos señores, los señores oidores de la audiencia real de S. M. que reside en la ciudad de Santo Domingo.

Magníficos señores: Yo llegué á este puerto de la Yaguana de camino para pasar á España por mandado del gobernador Francisco Pizarro

á informar á S. M. de lo sucedido en aquella gobernacion del Perú, y la manera de la tierra, y estado en que queda: y porque creo que los que á esa ciudad van darán á vuesas mercedes variables nuevas, me ha parecido escribir en suma lo sucedido en la tierra para que sean informados de la verdad, despues que de aquella tierra vino Ysasaga, de quien vuesas mercedes se informarían de lo hasta allí acaecido.

El gobernador fundó en nombre de S. M. un pueblo cerca de la costa que se llama S. Miguel, veinte y cinco leguas de aquel cabo de Tumbez: dejados allí los vecinos é repartidos los indios que habia en la comarca del pueblo, se partió con sesenta de caballo é noventa peones en demanda del pueblo de Caxamalca, que tuvo noticia que estaba allí Atabaliva, hijo del Cuzco Viejo, é hermano del que al presente era señor de la tierra: entre los dos hermanos habia muy cruda guerra, é aquel Atabaliva le habia venido ganando la tierra hasta allí, que hay desde donde partió ciento é cincuenta leguas: pasadas siete ó ocho jornadas vino al gobernador un capitan de Atabaliva, é díjole que su señor habia sabido de su venida, é holgaba mucho de ello, é tenia deseo de conocer á los cristianos; é asi como obo estado dos dias con el gobernador, dijo que queria adelantarse y decir á su señor como iba; y que el otro vernía al camino con presente en señal de paz. El gobernador fue de camino adelante hasta llegar á un pueblo que se dice la Ramada, que hasta allí era toda tierra llana, é desde allí era sierra muy áspera, é de muy malos pasos: y visto que no volvia el mensajero de Atabaliva, quiso informarse de algunos indios que habian venido de Caxamalca, é atormentáronse é dijeron que habian oido que Atabaliva esperaba al gobernador en la sierra para darle

guerra; é asi mandó apercebir la gente dejando la rezaga en el llano, é subió; é el camino era tan malo que á la verdad, si asi fuera que allí nos esperaban, ó en otro paso que hallamos desde allí á Caxamalca, muy ligeramente nos lleváran, porque aun del diestro no podíamos llevar los caballos por los caminos; é fuera de camino ni caballos ni peones pasan esta sierra: hasta llegar á Caxamalca hay veinte leguas.

A la mitad del camino vinieron mensajeros de Atabaliva, é trujeron al gobernador comida, é le dijeron que Atabaliva le esperaba en Caxamalca, que queria ser su amigo; é que le hacia saber que sus capitanes que habia enviado á la guerra del Cuzco su hermano le traían preso, é que serian en Caxamalca dende en dos dias, é que toda la tierra de su padre estaba por él. El gobernador le envió á decir que holgaba mucho de ello, é que si algun señor habia que no le queria dar la obediencia, que le ayudaria á sojuzgarle: desde á dos dias llegó el gobernador á vista de Caxamalca é halló allí indios con comida; é puesta la gente en orden caminó al pueblo, é halló que Atabaliva no estaba en él, que estaba una legua de allí en el campo con toda su gente en toldos. Visto que Atabaliva no venia á verle envió un capitan con quince de caballo á hablar á Atabaliva, diciendo que no se aposentaba hasta saber donde era su voluntad que se aposentasen los cristianos; é que le rogaba que viniese, porque queria holgarse con él: en esto yo vine á hablar al gobernador que habia ido á mirar la manera para si de noche diesen en nosotros los indios; é díjome como habia enviado á hablar á Atabaliva: yo le dije que me parecia que en sesenta de caballo que tenia habia algunas personas que no eran diestros á caballo; é

otros caballos mancos, é que sacar quince caballos de los mejores era yerro, porque si Atabaliva algo quisiese hacer no podian defenderse; é que acaeciéndoles algun reves, que le harian mucha falta; é asi mandó que yo fuese con otros veinte de caballo que habia para poder ir, é que allá hiciese como me pareciese que convenia.

Cuando yo llegué á este paso de Atabaliva hallé los de caballo junto con el real: el capitan habia ido á hablar con Atabaliva: yo dejé allí la gente que llevaba, é con dos de caballo pasé al aposento de Atabaliva, é el capitan le dijo como iba é quien yo era: é yo dije al Atabaliva que el gobernador me enviaba á visitarle, é que le rogaba que le viniese á ver porque le estaba esperando para holgarse con él, é que le tenia por amigo. Díjome que un cacique del pueblo de san Miguel le habia enviado á decir que éramos mala gente, é no buena para la guerra, é que aquel cacique nos habia muerto caballos é gente: yo le dije que aquella gente de san Miguel eran como mugeres, é que un caballo bastaba para toda aquella tierra, é que cuando nos viese pelear veria quien éramos: que el gobernador le queria mucho, é que si tenia algun enemigo que se lo dijese, que él lo enviaría á conquistar: díjome que cuatro jornadas de allí estaban unos indios muy recios que no podia con ellos, que allí irian cristianos á ayudar á su gente: díjele que el gobernador enviaría diez de caballo que bastaban para toda la tierra, que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiesen. Sonrióse como hombre que no nos tenia en tanto: díjome el capitan que hasta que yo llegué nunca pudo acabar con él que le hablase, sino un principal suyo hablaba por él; y él siempre la cabeza baja: estaba sentado en un dubo con toda la magestad del mundo, cercado de todas

sus mugeres é muchos principales cerca dél: antes de llegar allí estaba otro golpe de principales, é asi por orden cada uno del estado que eran. Ya puesto el sol yo le dije que me queria ir, que viese lo que queria que dijese al gobernador: díjome que le dijese que otro dia por la mañana le iría á ver, y que se aposentase en tres salones grandes que estaban en aquella plaza, é uno que estaba en medio le dejasen para él.

Aquella noche se hizo buena guarda: á la mañana envió sus mensajeros dilatando la venida hasta que era ya tarde; y de aquellos mensajeros que venian hablando con algunas indias que tenian los cristianos parientas suyas, les dijeron que se huyesen porque Atabaliva venia sobre tarde para dar aquella noche en los cristianos é matarlos: entre los mensajeros que envió vino aquel capitan que primero habia venido al gobernador al camino: é dijo al gobernador que su señor Atabaliva decia que pues los cristianos habian ido con armas á su real, que él queria venir con sus armas. El gobernador le dijo que viniese como él quisiese; y Atabaliva partió de su real á medio dia, y en llegar hasta un campo que estaba medio cuarto de legua de Caxamalca tardó hasta que el sol iba muy bajo. Allí asentó sus toldos é hizo tres escuadrones de gente; é á todo esto venia el camino lleno é no habia acabado de salir del real. El gobernador habia mandado repartir la gente en los tres Galpones que estaban en la plaza en triángulo, é que estuviesen á caballo é armados hasta ver qué determinacion traía Atabaliva: asentados sus toldos envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí, que por la mañana vernía: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque lo es-

peraba á cenar, é que no habia de cenar hasta que fuese. Tornaron los mensajeros á decir al gobernador que le enviase allá un cristiano, que él queria vernir luego, é que venia sin armas. El gobernador envió un cristiano, é luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traían unas porras pequeñas, é hondas, é bolsas con piedras.

Venia en unas andas, é delante dél hasta trescientos ó cuatrocientos indios con camisetas de librea limpiando las pajas del camino, é cantando, é él en medio de la otra gente que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traían en los hombros, é entrando en la plaza subieron doce ó quince indios en una fortalecilla que allí está, é tomáronla á manera de posesion con bandera puesta en una lanza. Entrado hasta la mitad de la plaza reparó allí; é salió un fraile dominico que estaba con el gobernador á hablarle de su parte que el gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese á hablar, é díjole como era sacerdote, é que era enviado por el emperador para que le enseñase las cosas de la fé, si quisiesen ser cristianos, é mostróle un libro que llevaba en las manos, é díjole que aquel libro era de las cosas de Dios, é el Atabaliva pidió el libro, é arrojóle en el suelo, é dijo: yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien sé quién sois vosotros, y en lo que anduis: é levantóse en las andas, é habló á su gente é obo murmullo entre ellos llamando á la gente que tenian las armas: é el fraile fue al gobernador é díjole que qué hacía, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas: el gobernador me lo envió á decir:

yo tenia concertado con el capitan de la artillería que haciéndole una seña disparasen los tiros, é con la gente, que oyéndolos saliesen todos á un tiempo, é asi se hizo, é como los indios estaban sin armas fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traían las armas é los caciques que venian al rededor dél, nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor dél: el gobernador salió é tomó á Atabaliva, é por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna porque ya era noche: recogiéronse todos al *pueblo* donde el gobernador quedaba.

Otro dia de mañana mandó el gobernador que fuésemos al real de Atabaliva, hallóse en él hasta cuarenta mil castellanos, é cuatro ó cinco mil marcos de plata, é el real tan lleno de gente como si nunca hubiera faltado ninguna: recogióse toda la gente, é el gobernador les habló que se fuesen á sus casas, que él no venia á hacerles mal; que lo que se habia fecho habia seido por la soberbia de Atabaliva, y él asimismo se lo mandó. Preguntando á Atabaliva por qué habia echado el libro é mostrado tanta soberbia, dijo: que aquel capitan suyo que habia venido á hablar al gobernador le habia dicho que los cristianos no eran hombres de guerra; é que los caballos se *desensillaban* de noche, é que con docientos indios que le diese se los ataría á todos, é que este capitan é el cacique que arriba he dicho de san Miguel le engañaron. Preguntóle el gobernador por su hermano el Cuzco; dijo que otro dia llegaría allí, que le traían preso, é que sus capitanes quedaban con la gente en el pueblo del Cuzco; é segun despues pareció, dijo verdad en todo, sal-

vo que á su hermano lo envió á matar con temor que el gobernador le restituyese en su señorío. Él gobernador le dijo que él no venia á hacer guerra á los indios, sino que el emperador nuestro señor, que era señor de todo el mundo, le mandó venir para que les viese, é les hiciese saber las cosas de nuestra fé para si quisiese ser cristiano, é que aquellas tierras é todas las demas eran del emperador, é que le habia de tener por señor. Él dijo que era contento; é visto que los cristianos recogian algun oro, dijo Atabaliva al gobernador que no se curase de aquel oro que era poco, que él les daria diez mil tejuelos, é le henchiría de piezas de oro aquel buhío en que estaba hasta una raya blanca, que seria estado é medio de alta, é el buhío tenia de ancho diez y siete ó diez é ocho pies, é de largo treinta é cinco, é que cumpliría dentro de dos meses.

Pasados los dos meses, que el oro no venia, antes el gobernador tenia nuevas cada dia que venia gente de guerra sobre él; asi por eso como por dar priesa al oro que viniese, el gobernador me mandó que saliese con veinte de caballo é diez ó doce peones hasta un pueblo que se dice Guamachuco, que está veinte leguas de Caxamalca, que es á donde se decia que estaban los indios de guerra; é asi fui hasta aquel pueblo, á donde hallamos cantidad de oro é plata, é desde allí la envié á Caxamalca. Unos indios que se atormentaron nos dijeron que los capitanes é gente de guerra estaban seis leguas de aquel pueblo; é aunque yo no llevaba comision del gobernador para pasar de allí, porque los indios no cobrasen ánimo de pensar que volvíamos huyendo, acordé de llegar á aquel pueblo con catorce de caballo é nueve peones, porque los demas se enviaron en guarda del oro,

porque tenian los caballos cojos. Otro dia de mañana llegué sobre el pueblo, é no hallé gente ninguna en él, porque segun pareció habia seido mentira lo que los indios habian dicho, salvo que pensaren meternos temor para que nos volviésemos.

A este pueblo me llegó licencia del gobernador para que fuese á una mezquita de que teníamos noticia que estaba cien leguas en la costa de la mar, en un pueblo que se dice Pachacamá. Tardamos en llegar á ella veinte y dos dias; los quince dias fuimos por las sierras, é los otros por la costa de la mar: el camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada: todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera: en un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver: pasamos por ellas los caballos: tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: esta tienen siempre cerrada é indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan. Estos caciques de la sierra é gente tienen mas arte que no los de los llanos: es la tierra bien poblada; tiene muchas minas en mucha parte de ella; es tierra fria, nieva en ella, é llueve mucho, no hay ciénegas, es pobre de leña: en todos los pueblos principales tiene Atabaliva puestos gobernadores, é asimismo los tenian los señores antecesores suyos: en todos estos pueblos hay casas de mugeres encerradas, tienen guardas á las puertas, guardan castidad; si algun indio tiene parte en alguna de ellas, muere por ello: estas casas son unas para el sacrificio del Sol, otras

del Cuzco viejo, padre de Atabaliva: el sacrificio que hacen es de ovejas, é hacen chicha para verter por el suelo: hay otra casa de mugeres en cada pueblo de estos principales asimismo guardadas que estan recogidas de los caciques comarcanos: para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas, é sacadas aquellas meten otras tantas: tambien tienen cargo de hacer chicha para cuando pasa la gente de guerra; de estas casas sacaban indias que nos presentaban: á estos pueblos del camino vienen á servir todos los caciques comarcanos cuando pasa la gente de guerra: tienen depósito de leña ó maiz, é de todo lo demas; é cuentan por unos ñudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traido. Cuando nos habian de traer algunas cargas de leña, ó ovejas, ó maiz, ó chicha, quitaban de los ñudos de los que lo tenian á cargo, ó añudábanlo en otra parte, de manera que en todo tienen muy grande cuenta é razon; é todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas é bailes.

Llegados á los llanos, que es en la costa, es otra manera de gente mas bruta, no tan bien tratados, mas de mucha gente: asimismo tienen casas de mugeres, é todo lo demas como en los pueblos de la sierra. Nunca nos quisieron decir de la mezquita, que tenian en sí ordenado que todos los que nos lo dijesen habian de morir; pero como teníamos noticia que era en la costa, seguimos el camino real hasta ir á dar en ella: el camino va muy ancho, tapiado de una banda é de otra, á trechos casas de aposento fechas en él, que quedaron de cuando el Cuzco pasó por aquella tierra. Hay poblaciones muy grandes, las casas de los indios de cañizos, las de los caciques de tapias, é ramadas por cobertura, porque en aquella tierra no llueve: desde el pueblo de

san Miguel hasta aquella mezquita habrá ciento é sesenta, ó ciento é ochenta leguas: por la costa de la tierra muy poblada; toda esta tierra atraviesa el camino tapiado; en toda ella, ni en docientas leguas que se tiene noticia en costa adelante no llueve; viven de riego; porque es tanto lo que llueve en la sierra, que salen de ella muchos rios, que en toda la tierra no hay tres leguas que no haya rio: desde la mar á las sierras hay en partes diez leguas, en partes doce, é toda la costa va asi; no hace frio. En toda esta tierra de los llanos, é mucho mas adelante no tributa al Cuzco, sino á la mezquita: el obispo de ella estaba con el gobernador en Caxamalca; habíale mandado otro buhio de oro como el que Atabaliva mandó: á este propósito el gobernador me envió á ir á dar priesa para que se llevase: llegado á la mezquita é aposentados, pregunté por el oro, é negáronmelo, que no lo habia: hízose alguna diligencia, é no se pudo hallar; los caciques comarcanos me vinieron á ver, é trujeron presente; é allí en la mezquita se halló algun oro podrido que dejaron cuando escondieron lo demas: de todo se juntó ochenta é cinco mil castellanos é tres mil marcos de plata.

Este pueblo de la mezquita es muy grande é de grandes edificios: la mezquita es grande é de grandes cercados é corrales: fuera de ella está otro cercado grande que por una puerta se sirve la mezquita: en este cercado estan las casas de las mugeres que dicen ser mugeres del Diablo; é aquí estan los silos donde estan guardados los depósitos del oro; aquí no está nadie donde estas mugeres están; hacen su sacrificio como las que están en las otras casas del Sol, que arriba he dicho. Para entrar al primero patio de la mezquita han de ayunar veinte dias: para subir al patio de arriba han de haber ayunado un año:

en este patio de arriba suele estar el obispo; cuando suben algunos mensajeros de caciques, que han ya ayunado su año, á pedir al Dios que les dé maiz é buenos temporales, hallan al obispo cubierta la cabeza é asentado: hay otros indios que llaman pajes del Dios: ansi como estos mensajeros de los caciques dicen al obispo su embajada, entran aquellos pajes del Diablo dentro á una camarilla, donde dicen que hablan con él, é aquel diablo les dice de que está enojado de los caciques, é los sacrificios que se han de hacer, é los presentes que quiere que le traigan. Yo creo que no hablan con el diablo, sino que aquellos servidores suyos engañan á los caciques por servirse de ellos, porque yo hice diligencia para saberlo, é un paje viejo de los mas principales é privados de su Dios, que me dijo un cacique que habia dicho que le dijo el diablo que no hobiese miedo á los caballos, que espantaban é no hacian mal; hícele atormentar, é estuvo tan rebelde en su mala secta, que nunca dél se pudo saber nàda mas de que realmente le tienen por dios. Esta mezquita es tan temida de todos los indios, que piensan que si alguno de aquellos servidores del Diablo le pidiese cuanto toviese, é no lo diese, habia de morir luego; é segun parece, los indios no adoran á este Diablo por devocion, sino por temor; que á mí me decian los caciques que hasta entonces habian servido aquella mezquita porque le habian miedo; que ya no habian miedo sino á nosotros, que á nosotros querian servir: la cueva donde estaba el Diablo era muy obscura, que no se podia entrar en ella sin candela, é dentro muy sucia. Hice á todos los caciques que me vinieron á ver entrar dentro para que perdiesen el miedo, é á falta de predicador les hice mi sermon, diciendo el engaño en que vivian.

En este pueblo supe que un capitan, el principal de Atabaliva, estaba veinte leguas de nosotros en un pueblo que se decia Jauja: envióle á llamar que me viniese á ver; é respondióme que yo me fuese camino de Caxamalca, que él saldria por otro camino á juntarse conmigo. Sabiendo el gobernador que el capitan estaba de paz é que queria ir conmigo, escribióme que me volviese; é envió tres cristianos al Cuzco, que es cincuenta leguas mas adelante de Jauja, á tomar la posesion é ver la tierra. Yo me volví camino de Caxamalca por otro camino que él habia ido, é á donde el capitan de Atabaliva quedó de salir á mí: no habia salido, antes supe de aquellos caciques que se estaba quedo é me habia burlado porque me viniese: desde allí volvimos ácia donde él estaba, é el camino fue tan fragoso é de tanta nieve que se pasó harto trabajo en llegar allá: llegado al camino real á un pueblo que se dice Bombon, topé un capitan de Atabaliva con cinco mil indios de guerra que Atabaliva llevaba en achaque de conquistar un cacique rebelde; é segun despues ha parecido eran para hacer junta para matar á los cristianos. Allí hallamos hasta quinientos mil pesos de oro que llevaban á Caxamalca. Este capitan me dijo que el capitan general quedaba en Jauja é sabia de nuestra ida é tenia mucho miedo: yo le envié mensajeros para que estoviese quedo, é no toviese temor; é hallé allí un negro que habia ido con los cristianos que iban al Cuzco, é díjome que aquellos temores eran fingidos, porque el capitan tenia mucha gente é muy buena; é que en presencia de los cristianos la habia contado por sus nudos, é que habia hallado treinta y cinco mil indios. Asi fuimos á Jauja: llegado á media legua del pueblo, é visto que el capitan no salia á recibirnos,

un principal de Atabaliva que llevaba conmigo, á quien yo habia hecho buen tratamiento, me dijo que hiciese ir á los cristianos en orden, porque creía que el capitan estaba de guerra: subiendo á un cerrillo que estaba cerca de Jauja, vimos en la plaza un gran bulto negro que pensamos ser cosa quemada; preguntado qué era aquello, dijéronnos que eran indios: la plaza es grande é tiene un cuarto de legua; llegados al pueblo como nadie salia á recibirnos, iba la gente toda con pensamiento de pelear con los indios: al entrar de la plaza salieron unos principales á recibirnos de paz, é dijéronnos que el capitan no estaba allí, que habia ido á pacificar ciertos caciques; é segun pareció, de temor se habia ido con la gente de guerra, é habia pasado un rio que estaba cabe el pueblo por una puente de red: enviéle á decir que viniese de paz, si no que irian los cristianos á le destruir. Otro dia de mañana vino la gente que estaba en la plaza, que eran indios de servicio; y es verdad que habria sobre cien mil ánimas: allí estuvimos cinco dias; en todo este tiempo no hicieron sino bailar é cantar, é grandes fiestas de borracheras: púsose en no venir conmigo; al cabo desde que vido la determinacion de traerle, vino de su voluntad: dejé allí por capitan al principal que llevé conmigo: este pueblo de Jauja es muy bueno é muy vistoso, é de muy buenas salidas llanas; tiene muy buena ribera: en todo lo que anduve no me pareció mejor disposicion para asentar pueblo los cristianos, é asi creo que el gobernador asentará allí pueblo, aunque algunos que piensan ser allí aprovechados del trato de la mar, son de contraria opinion: toda la tierra desde Jauja á Caxamalca, donde volvimos, es de la calidad que tengo dicho.

Venidos á Caxamalca é dicho al gobernador lo que se habia fecho, me mandó ir á España á hacer relacion á S. M. de esto y de otras cosas que convienen á su servicio. Sacóse del monton del oro cien mil castellanos para S. M. en cuenta de sus quintos. Otro dia de como partí de Caxamalca llegaron los cristianos que habian ido al Cuzco, é trajeron millon é medio de oro. Despues de yo venido á Panamá vino otro navío en que vinieron algunos hidalgos: dicen que se hizo repartimiento del oro. Cupo á S. M. demas de los cien mil pesos que yo llevo é cinco mil marcos de plata, otros ciento é sesenta y cinco mil castellanos, é siete ó ocho mil marcos de plata: é á todos los que adelante venimos nos han enviado mas socorro de oro. = Despues de yo venido, segun el gobernador me escribe, supo que Atabaliva hacia junta de gente para dar guerra á los cristianos, y diz que hicieron justicia dél. Hizo señor á otro hermano suyo que era su enemigo. Molina va á esa ciudad; dél podran vuesas mercedes ser informados de todo lo que mas quisieren saber: á la gente cupo de parte, á los de caballo 9000 castellanos: al gobernador 60000: á mí 30000. Otro provecho en esta tierra el gobernador no le ha habido, ni en las cuentas obo fraude ni engaño: dígolo á vuesas mercedes porque si otra cosa se dijere, esta es la verdad. Nuestro Señor las magníficas personas de vuesas mercedes por largos tiempos guarde é prospere; hecha en esta villa, noviembre de 1533 años. = A servicio de vuesas mercedes. = Hernando Pizarro. =

Sacada de Oviedo, que la inserta en el cap. 15 de su parte tercera, ó lib. 43 de su Historia General.

VI.º

Testimonio de la Acta de reparticion del rescate de Atahualpa, otorgado por el escribano Pedro Sancho.

En el pueblo de Caxamalca de estos reinos de la Nueva Castilla, á diez y siete dias del mes de junio año del nacimiento de nuestro señor Jesucristo de 1533, el muy magnífico señor el comendador Francisco Pizarro, adelantado, lugar teniente, capitan general y gobernador por S. M. en estos dichos reinos, por presencia de mí Pedro Sancho, teniente de escribano general en ellos por el señor Juan de Sámano, dijo: que por cuanto en la prision y desvaratè que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo, se obo algun oro, y despues que el dicho cacique prometió y mandó á los cristianos españoles que se hallaron en su prision cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo seria un buhío lleno y diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenia y poseía, y sus capitanes en su nombre que habian tomado en la guerra y entrada del Cuzco, y en la conquista de las tierras, por muchas causas que declaró como mas largo se contiene en el Auto que de ello se hizo que pasó ante escribano, y dello el dicho cacique ha dado y traido y mandado dar y traer parte dello, de lo cual conviene hacer repartición y repartimiento, asi del oro y plata, como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y de su valor entre las personas que se hallaron en la prision del dicho cacique que ganaron y tomaron el dicho oro y plata, á quien el dicho cacique le mandó y prometió, y ha dado y entregado, porque cada una persona aya y tenga y

posea lo que dello le perteneciere, para que con brevedad su señoría con los españoles se despache y parta de este pueblo para ir á poblar y pacificar la tierra adelante, y por otras muchas causas que aquí no van expresadas, por ende el dicho señor gobernador dijo: que S. M., por sus provisiones é instrucciones reales que le dió para la gobernacion de estos reinos y administracion que le fue dada, le manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en las tierras se hallasen y ganasen, lo dé y reparta entre las personas conquistadores que lo ganasen segun y como le pareciese, y que cada uno mereciese por su persona y trabajo: y que mirando lo susodicho y otras cosas que es razon y se deben mirar para hacer el repartimiento, y cada uno haya lo que de la dicha plata que el dicho cacique ha dado y havido, y ha de haber y se les ha de dar como S. M. lo manda, él queria señalar y nombrar por ante mí el dicho escribano la plata que cada una persona ha de haber y llevar, segun Dios nuestro Señor le diere á entender teniendo conciencia; y para lo mejor hacer pedia el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.

E luego el dicho señor gobernador, atento á lo que es dicho y va declarado en el Auto antes de este, poniendo á Dios ante sus ojos, señaló á cada una persona los marcos de plata que le parece que merece y ha de haber de lo que el dicho cacique ha dado, y en esta manera lo señaló.

Y luego en 18 de junio del mismo año de 1533 proveyó otro auto el dicho gobernador para que el oro se fundiese y repartiese; el cual se fundió y repartió en esta manera, como parece por los autos originales de donde lo he sacado, y pongo con distincion el oro y plata que cada uno recibió en las dos colunas siguientes, por no

haber mas de una vez la lista de la gente, aunque allí está en dos.

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A la iglesia noventa marcos de plata, 2220 pesos de oro. . .	90		2220
Al Sr. Gobernador por su persona y á los leuguas y caballo.	2350		57220
A Hernando Pizarro.	1267		31080
A Hernando de Soto.	724		17740
Al padre Juan de Sosa, vicario del ejérito.	310	6	7770
A Juan Pizarro.	407	2	11100
A Pedro de Candia.	407	2	9909
A Gonzalo Pizarro.	384	5	9909
A Juan Cortés.	362		9430
A Sebastian de Benalcazar. . .	407	2	9909
A Cristoval Mena, ó Medina. .	366		8380
A Luis Hernandez Brueno. . .	384	5	9435
A Juan de Salazar.	362		9435
A Miguel Estete.	362		8980
A Francisco de Jerez.	362		8880
Mas al dicho Jerez y Pedro Sancho por la escritura de compañía.	94		2220
A Gonzalo de Pineda.	384		9909
A Alonso Briceño.	362		8380
A Alonso de Medina.	362		8480
A Juan Pizarro de Orellana. .	362		8980
A Luis Marca	362		8880
A Gerónimo de Aliaga.	339	4	8880
A Gonzalo Perez.	362		8880
A Pedro de Barrientos.	362		8880
A Rodrigo Nuñez.	362		8880
A Pedro Anades.	362		8880
A Francisco Maraver.	362		7770

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Diego Maldonado.	362		7770
A Ramiro ó Francisco de Chastes.	362		8880
A Diego Ojuelos.	362		8880
A Gines de Carranca	362		8880
A Juan de Quincoces.	362		8880
A Alonso de Morales.	362		8880
A Lope Velez	362		8880
A Juan de Barbaian.	362		8880
A Pedro de Aguirre.	362		8880
A Pedro de Leon.	362		8880
A Diego Mejía.	362		8880
A Martin Alonso.	362		8880
A Juan de Rosas.	362		8880
A Pedro Cataño.	362		8880
A Pedro Ortiz.	362		8880
A Juan Morquejo.	362		8880
A Hernando de Toro.	316		8880
A Diego de Agüero.	362		8880
A Alonso Perez.	362		8880
A Hernando Beltran.	362		8880
A Pedro de Barrera.	362		8880
A Francisco Baena.	362		8880
A Francisco Lopez.	371	4	6660
A Sebastian de Torres.	362		8880
A Juan Ruiz.	339	3	8880
A Francisco de Fuentes.	362		8880
A Gonzalo del Castillo.	362		8880
A Nicolas de Azpitia.	339	2	8880
A Diego de Molina.	316	6	7770
A Alonso Peto.	316	6	7770
A Miguel Ruiz	362		8880
A Juan de Salinas Herrador. .	362		8880
A Juan de Olz, ó Loz.	248	7	6110
A Cristoval Gallego, no está en la reparticion del oro. . .	316	6	

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Rodrigo de Cantillana, tampoco.	294	1	
A Gabriel Telor, tampoco.	371	4	
A Hernan Sanchez.	262		8880
A Pedro Sa Páramo.	271	4	6115

INFANTERIA.

A Juan de Porras.	181		4540
A Gregorio Sotelo.	181		4540
A Pedro Sancho.	181		4440
A García de Paredes.	181		4440
A Juan de Baldivieso.	181		4440
A Gonzalo Maldonado.	181		4440
A Pedro Navarro.	181		4440
A Juan Ronquillo	181		4440
A Antonio de Bergara.	181		4440
A Alonso de la Carrera.	181		4440
A Alonso Romero.	181		4440
A Melchor Berdugo.	135	6	3330
A Martin Bueno.	135	6	4440
A Juan Perez Tudela.	181		4440
A Iñigo Taburco.	181		4440
A Nuño Gonzalo, no está en la reparticion del oro.	181		
A Juan de Herrera.	158		3385
A Francisco Dávalos.	181		4440
A Hernando de Aldana.	181		4440
A Martin de Marquina.	135	6	3330
A Antonio de Herrera.	136	6	3330
A Sandoval, no tiene nombre propio.	135	6	3330
A Miguel Estete de Santiago.	135	6	3330
A Juan Bonallo.	181		4440
A Pedro Moguer.	181		4440
A Francisco Perez.	158	2	3880

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Melchor Palomino.	135	6	3330
A Pedro de Alconchel.	181		4440
A Juan de Segovia.	135	6	3330
A Crisóstomo de Ontiveros. . .	135	6	3330
A Hernan Muñoz.	135	6	3330
A Alonso de Mesa.	135	6	3330
A Juan Perez de Oma.	135	6	3885
A Diego de Trujillo.	158	3	3330
A Palomino, tonelero.	181		4440
A Alonso Jimenez.	181		4440
A Pedro de Torres.	135	6	3330
A Alonso de Toro.	135	6	3330
A Diego Lopez.	135	6	3330
A Francisco Gallegos.	135	6	3330
A Bonilla.	181		4440
A Francisco de Almendras. . .	181		4440
A Escalante.	181		3330
A Andres Jimenez.	181		4440
A Juan Jimenez.	181		3330
A García Martin.	181		4440
A Alonso Ruiz.	135	6	3330
A Lucas Martinez.	135	6	3330
A Gomez Gonzalez.	135	6	3330
A Alonso de Alburquerque. . .	94		2220
A Francisco de Vargas.	181		4440
A Diego Gavilan.	181		3884
A Contreras difunto.	133		2770
A Rodrigo de Herrera, escopetero.	135	3	3330
A Mantin de Florencia.	135	6	3330
A Anton de Oviedo.	135	6	3330
A Jorge Griego	181		4440
A Pedro de San Millan.	135	6	3330
A Pedro Catalan	93		3330
A Pedro Roman.	93		2220
A Francisco de la Torre. . . .	131	1	2775

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Francisco Gorducho.	135	6	3330
A Juan Perez de Gamora. . . .	181		4440
A Diego de Narvaez.	113	1	2775
A Gabriel de Olivares.	181		4440
A Juan García de Santa Olalla.	135	6	3330
A Pedro de Mendoza.	135	6	3330
A Juan García, escopetero. . .	135	6	3330
A Juan Perez.	135	6	3330
A Francisco Martin.	135	6	3330
A Bartolomé Sanchez, marinero.	135	6	3330
A Martin Pazarro.	135	6	2330
A Hernando de Montalvo. . . .	181		3330
A Pedro Pinelo.	135	6	3330
A Lázaro Sanchez.	94		2330
A Miguel Cornejo.	135	6	3330
A Francisco Gonzalez.	94		2220
A Francisco Martinez, está en la lista del oro por Francisco Cozalla.	135	6	2220
A Carate, no dice nombre propio en ninguna lista.	182		4440
A Hernando de Loja.	135	6	3330
A Juan de Niza.	195	6	3330
A Francisco de Solar.	94		3330
A Hernando de Jemendo. . . .	67	7	2220
A Juan Sanchez.	94		1665
A Sancho de Villegas.	135	6	3330
A Pedro de Velva, no está en la lista del oro	94		
A Juan Chico.	135	6	3330
A Rodas, sastre.	94		2220
A Pedro Salinas de la Hoz. . .	125	6	3330
A Anton Estevan García. . . .	186		2000
A Juan Delgado Menzon.	139		3330
A Pedro de Valencia..	94		2220

	Marcos de plata.		Pesos de oro.
A Alonso Sanchez Talavera. .	94		2220
A Miguel Sanchez.	135	6	3330
A Juan García, pregonero. . .	103		2775
A Lozano.	94		2220
A Garci Lopez.	135	6	3330
A Juan Muñoz.	135	6	3330
A Juan de Berlanga.	180		4440
A Estevan García.	94		4440
A Juan de Salvatierra.	135	6	3330
A Pedro Calderon, no está en la reparticion del oro.	135		
A Gaspar de Marquina, no está en el repartimiento de la plata.	...		3330
A Diego Escudero, no está en la lista de la plata.	...		4440
A Cristoval de Sosa.	135	6	3330

Asimismo el señor Gobernador dijo que señalaba y nombraba para que se diese á la gente que vino con el capitan Diego de Almagro para ayuda de pagar sus deudas y fletes, y suplir algunas necesidades que traían, veinte mil pesos.

Asimismo dijo que á treinta personas que quedaron en la ciudad de san Miguel de Piura dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prision de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.

Asimismo dijo que los ocho mil pesos que la compañía dió á Hernando Pizarro para que fuese á explorar las cosas de la tierra, y otras cosas asi de barbero y cirujano, y cosas que se han dado á caciques, se saquen del dicho cuerpo ocho mil pesos.

Todo lo cual el dicho señor Gobernador dijo

que le parecia que era bien y estaba bien señalado, y lo que cada una persona lleva declarado que ha de haber en Dios y su conciencia, teniendo respeto á lo que S. M. le manda, y mandó que se les diese y repartiese por peso, y por ante mí el escribano á cada uno lo que lleva declarado: fírmolo por mandado de su señoría. — Pedro Sancho.

Extractado de la obra inédita, anteriormente citada, de Francisco Lopez de Caravantes.

VII.°

Sobre la cronología de Herrera.

El trabajo de este historiador es hasta ahora el mas copióso y el mas instructivo de cuantos se han hecho sobre las cosas del nuevo mundo; y en vano esperaría nadie superarle, ni aun igualarle, en estas prendas tan útiles. Es tambien por ventura, y generalmente hablando, el mas puntual y exacto, asi como el mas imparcial y juicioso. Pero como su obra en gran parte es mas bien una compilacion que una historia, la inexperiencia de las manos que empleaba para extractar, copiar y resumir la muchedumbre de documentos sobre que tuvo que trabajar, y á veces su misma distraccion, le hicieron cometer errores y contradicciones bastante graves, ya de tiempos, ya de lugares; disculpables á la verdad en una empresa tan vasta y ejecutada tan de prisa, pero que no por eso dejan de ser yerros, y deben advertirse cuando se encuentran, aunque no sea mas que para justificar la diferencia de opinion respecto de una autoridad de tanto peso como la suya. Sean ejemplo los siguien-

tes, que se hallan entre algunos otros mas, relativos á cronología, en el curso de los sucesos del tercer viaje desde la fundacion de san Miguel hasta la entrada en el Cuzco.

Dice primeramente que los españoles salieron de san Miguel á 4 de setiembre de 1532 *Década* 5.ª, *lib.* 1.°, *cap.* 2.°; y despues en el cap. 9 del lib. 2.°, dice que á principios del año de 33 estaba Pizarro cerca de Caxamalca: allí mismo, pocos renglones mas adelante, fija la entrada en Caxamalca el viernes 15 de noviembre á hora de vísperas, y cuando los acontecimientos se suceden con la rapidez precisa á su duracion, que no fue mas que de dos dias hasta la venida y prision del Inca, fija sin embargo la fecha de este suceso en el dia de la Cruz de mayo del año de 33.

Otra equivocacion bastante notable es la de la fecha de la entrada en Cuzco por los españoles fijada por Herrera en octubre de 1534, que debió determinar en noviembre del año anterior. Él, como ya se ha dicho, pone la entrada de los españoles en Caxamalca á principios del año de 33, ó cuando mas tarde, si se atiende á la fecha de la prision del Inca, en principios de mayo del mismo año; él les da siete meses de estancia en aquel punto, pasados los cuales los hace salir para el Cuzco: claro está que si llegaron á esta capital en octubre de 1534, duró la marcha al rededor de un año, y ni la distancia, ni los acontecimientos, ni las paradas, tal como el historiador las describe y las cuenta, suponen semejante tardanza.

VIII.°

Sobre las mugeres y los hijos de Pizarro.

No tuvo ninguna legítima; y la principal de sus amigas ó concubinas fue doña Ines de Huaylles Nusta, hija de Huayna-Capac y hermana de Atahualpa. De esta tuvo dos hijos, D. Gonzalo y doña Francisca, que suenan legitimados en los testamentos de su padre. Don Gonzalo falleció de corta edad; y por su muerte la sucesion y derechos del conquistador pasaron á doña Francisca, que fue traida á España algunos años despues, de orden del rey, por Martin Ampuero, vecino de Lima, con quien casó doña Ines de Huayllas despues de la muerte del Marques. A su venida fue tratada por la corte con algun honor en obsequio de sus padres, y casó despues con su tio Hernando Pizarro, á quien fue á asistir y consolar en su prision. De este matrimonio nacieron tres hijos y una hija, por los cuales ha pasado á la posteridad la descendencia y casa del descubridor y conquistador del Perú, y es la que hoy se conoce en Trujillo con el título de *Marqueses de la Conquista.*

Los autores no concuerdan ni en el número de los hijos, ni en el de las madres. El testimonio de Garcilaso, que los conoció cuando muchacho, debería al parecer ser preferido; pero aquí se sigue la informacion judicial citada arriba, y algunos papeles inéditos de la misma casa comunicados al autor de esta vida, que todos, por ser de oficio, deben merecer mas crédito que la autoridad de Garcilaso.

De doña Ines no se sabe cuando murió: cuéntase de ella que al tiempo que los indios alzados tuvieron cercada á Lima, trató de escaparse á

ellos, llevándose consigo una petaca llena de esmeraldas, patenas y collares de oro, que ella tenia del tiempo de su padre Huayna-Capac. Avisaron de ello al Marques, que la llamó y preguntó sobre el caso. Ella respondió que jamas habia tratado eso por sí; pero que una coya suya llamada Asapaesiu, la importunaba para que se fuera con un hermano suyo, que estaba entre los sitiadores. Pizarro perdonó á su amiga: mas hizo venir á la coya y la mandó dar garrote en su mismo cuarto. — MONTESINOS: año de 1536.

NOTA. Todas las obras y documentos inéditos que se han tenido presentes para escribir las dos vidas de este tomo, y la de fray Bartolomé de las Casas que se publicará en el siguiente, pertenecen, á excepcion de uno ó dos, á la copiosa y exquisita coleccion de mi antiguo y excelente amigo el señor don Antonio Uguina. Él me la ha franqueado y confiado con aquella generosidad sin límites, que ya le ha atraido el agradecimiento y aplauso público de dos escritores bien acreditados, los señores Washington Irving, y Navarrete. Yo debo añadir mas, y es que esta comunicacion, sin embargo de ser tan interesante para una empresa como la presente, es el menor de sus beneficios para conmigo: y que una conexion íntima de cuarenta años, jamas alterada ni aun con el menor desabrimiento, y cultivada por él con una serie de obsequios, de favores y de cuidados, tan dulces de agradecer, como imposibles de referirse por su muchedumbre, exige de mi parte este reconocimiento, aunque sea á riesgo de descontentar á su modestia.

Rebacked
S. Holliday
6/2003



